Génesers

La aventura de la supervivencia

MariaL Pardos

Génesers

La aventura de la supervivencia

MariaL Pardos

Génesers

La aventura de la supervivencia

MariaL Pardos

Este cuento, porque cuento es, va para Isabel, mi prima, y casi hermana. Culos inquietos ambas, siempre listas para nuevas aventuras, ¿por qué no a una como esta? Y, por supuesto, siempre, para Aisha y Pepe, que comparten la propiedad de mi corazón a partes iguales.

Contenido

Génesers

Derechos de autor

Dedicatoria

Prólogo de Saray Ramírez Martín

Introducción

1. Ojos de plata

2. Un paso atrás

3. Decisión

4. Curiosidad

5. Cazadores

6. ¿Y si…?

7. Princesa por una noche

8. Igual, especial

9. Mi iniciación clandestina

10. Dar el salto

11. Una visita inesperada

12. El pulso del consejo

13. Traiciones

14. Un paso al frente

15. El desafío

16. El precio de ser distinta

17. Remordimientos

18. Ahora, ¿qué?
19. Iniciativa
20. Base en Punta Negra
21. Intrigas
22. Presión
23. No, sin ayuda.
24. Dentro de mi cabeza
25. Cara a cara
26. Malentendidos
27. Lo que se calla
28. Lo que se dice
29. El corazón también cuenta
30. Buenas ideas
31. De caza
32. Protección
33. Barrera defensiva
34. Resultados
35. Castigo
36. Debilidad
37. Aliados
38. Fuerte, y débil
39. Menos fuerte y más débil
40. ¿Qué celebramos?
41. Promesas incumplidas

42. Más aliados inesperados

43. Hades y los Dioscuros

44. Reparto de responsabilidades

45. Naturales

46. Superar los recelos

47. Mi manada

48. Veneno

49. Intromisión

50. Mi Habitación del pánico

51. Estrategia

52. Heroína

53. Líder

54. Freyja

55. Revelaciones de Bruor

56. Cuestión de fe

¿Me ayudas con una reseña?

Agradecimientos, ¡y muchos!

Acerca del autor

Contáctame

Prólogo de Saray Ramírez Martín

Marial Pardos es una de esas personas cuya nobleza te cautiva de inmediato. Y no solo eso, su amor a la es escritura es, cundo menos, conmovedor. Resulta imposible no empatizar con sus personajes, bien definidos, expuestos en una desnudez insólita y repletos de esos elementos que los vuelven indefectiblemente humanos. Es curioso cómo la literatura puede suponer un nexo de unión entre individuos, ofreciendo un abanico delicioso de diferentes y alternativos modos de ver el mundo. En mi caso, conocer a Marial supuso una experiencia grata, la evidencia de que, por mucho que uno crea lo contrario, a veces la vida, esa proyección que a ratos se nos antoja demasiado previsible, puede sorprendernos… ¡y de qué manera!

Siempre me han gustado las personas brillantes, las que regalan a través de sus dones todo lo bueno que albergan, y créanme, Marial tiene mucho, pero mucho que ofrecer. Impresiona su capacidad para describir esos escenarios que solo a alguien de tal creatividad se le pueden ocurrir. Y resulta maravilloso verse envuelto en una trama donde, a medida que avanzan los capítulos, se aprecian giros inesperados y rutas de lo más apasionantes.

Génesers lo demuestra a la perfección. La historia, trepidante y cargada de suspense, cautiva desde la primera página. Cada fragmento lleva consigo una tensión deliciosa que obliga al lector a continuar devorando página tras página con urgente curiosidad, y eso es algo que no logran todos los escritores del género. La protagonista, Nasirah, encaja más o menos en la línea de descripciones a la que nos tiene acostumbrados la autora: es fuerte, irreverente, poderosa, disconforme… Y de algún modo contagia su necesidad de saber y de crecer, convirtiéndose en una figura digna de epopeya.

Cabe destacar también la fórmula, sutil pero muy elocuente, que Marial emplea para sumergirnos en la realidad compleja que viven los personajes. Y esa exposición, casi cinematográfica desde el punto de vista estético, se graba a fuego en la memoria. Servidora no podrá olvidarse de la fisonomía perfectamente detallada de esos Génesers, fieros y de una frialdad desoladora.

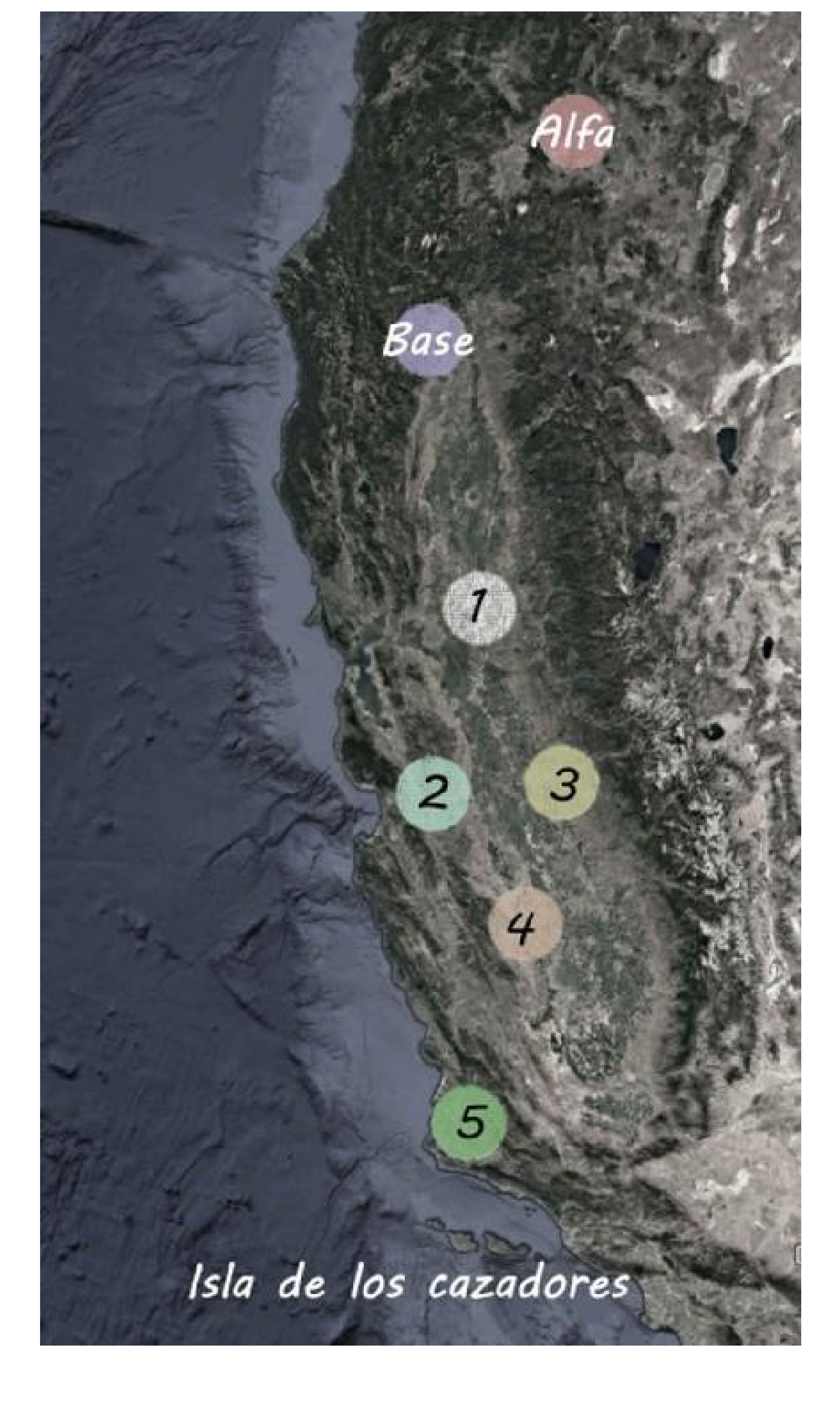
Más allá de la historia, Marial hace un interesante análisis sobre la naturaleza humana, las virtudes y también los miedos que la conforman. Ello enriquece a muchos niveles esta obra, dotándola de una hermosa profundidad que nos hace odiar y amar a partes iguales a nuestra deteriorada y frágil especie.

No quisiera extenderme demasiado, porque considero una desfachatez por mi parte robarles tiempo de la lectura que viene a continuación. Génesers no les dejará indiferentes, así que prepárense para vivir, a través de Nasirah y sus compañeros de viaje, una aventura nutrida de conceptos como lealtad, amor, supervivencia y equipo, términos que en la sociedad actual parecen lejanos y casi obsoletos.

Saray Ramírez Martín, escritora, cantante y artista de reconocido talento.

Introducción

Son más duros los pasos del que camina solo


Alfa
Base
1
2
3
4
5
Isla de los cazadores

El planeta se perdió tiempo atrás, tanto como el que aquella especie agresiva llevaba desarrollándose en un mundo que le era ajeno, y que había conquistado a fuerza de adaptarse, para sobrevivir en él.

Génesers los llamaron, por razones olvidadas, igual que los otros nombres con que se les conoció en el pasado, y es que, cuando queda tan poco de una civilización, la forma de designar a los conquistadores apenas tiene importancia.

Los humanos ya solo vivían en pequeños reductos a los que llamaban colonias, parapetados tras fuertes y altos muros, temerosos de que uno de aquellos reiterados ataques desencadenara, por fin, la caída de uno de los asentamientos, o de todos.

En las cinco colonias jamás tuvieron noticias de ningún otro ser humano, por lo que creyeron ser los últimos supervivientes de la raza.

Y así pretendían seguir.

Durante siglos, observaron e investigaron la estructura jerárquica de los invasores, perfeccionando cierta forma de defensa.

Costó muchas vidas descubrir que únicamente había una creadora de hembras, la Alfa, con un pellejo tan impenetrable, que ningún explosivo ni arma conocidos era capaz de dañar su integridad. Las hembras que alumbraba solo eran capaces de engendrar machos, que alcanzaban, en pocos meses, la edad adulta.

El grueso de población invasora estaba formado por machos, muy agresivos, que acompañaban a la hembra a la que debían proteger. El papel de ellas era el de engendrar, y su única defensa la constituían afilados pinchos, cargados de veneno, en cabeza y en cola. Así, sus propios hijos la alimentaban y cuidaban, conformando un rebaño que no se mezclaba con otros cercanos. Cada hembra con su corte.

La observación era parte importante de la defensa colonial y, aunque no conocían las peculiaridades de los animales, se impuso la necesidad de despejar los alrededores, en previsión de ataques que derribasen las defensas, como había ocurrido en más de una ocasión.

Entre los supervivientes humanos, pocos querían ver la inteligencia que se ocultaba tras la estrategia de los génesers, y los que la apreciaban, callaban.

Ya era malo lidiar con una especie tan destructiva. Si a ello se

añadía la inteligencia, el desastre estaba servido.

1. Ojos de plata

Según mi madre, yo nací dos veces, y ninguna de ellas resultó fácil. La primera vez nací de su voluntad, la segunda, de la obstinación de mi padre.

El día en que él murió, me dio a luz, insuflándome de toda su fuerza y determinación, además de otras cosas que establecerían mi destino a los diez años.

Mi padre era viejo para ser cazador, a sus treinta y seis años, estaba a punto de retirarse, y era por eso que nadie se explicaba el último acto de valentía que le costó la vida.

Los cazadores eran el grupo de élite de la colonia. Dada su actividad, no solían emparejarse, y mucho menos tener descendencia.

Mis padres se arriesgaron y, de esa unión incierta, nací yo.

Los cazadores constituían un grupo cerrado, inmerso en el trabajo que desarrollaban, centrados en su entrenamiento, con la muerte caminando tras ellos, pegada a su sombra.

De superar la enorme proeza que suponía sobrevivir hasta los 36, que era su fecha límite, se retiraban y se dedicaban a adiestrar a los jóvenes. 18 años de preparación, 18 de caza, y el resto de su vida dedicados a entrenar a nuevos cazadores.

Mi padre no tuvo oportunidad de instruir a los novatos, que hubiesen podido aprovechar su experiencia, a mí, sí.

Él fue el primero en percibir mi destreza innata y me entrenó desde que aprendí a caminar, dejando el aprendizaje de otras habilidades a cargo de los instructores. Poseía todas las aptitudes que se requerían para llegar a ser, en su momento, la más joven jefe de equipo.

Las secuelas de mi segundo nacimiento me apartaron de ese camino. Pasé dos años en blanco, combatiendo el veneno que me atacaba desde el interior, perdiendo fuerza y destreza, mientras mi organismo lo asimilaba.

El comité evaluador me retiró del entrenamiento exhaustivo de especialización, por falta de asistencia. Me incluyeron en el grupo de los menos cualificados que se dedicaban, en esencia, a realizar labores

comunitarias entre las que se contaban la de preparar comidas, servirlas y limpiar.

Las múltiples apelaciones de mi madre cayeron en oídos sordos, nadie confiaba en que pudiese continuar con mi entrenamiento, después de tanto tiempo de convalecencia y afectada por una enfermedad desconocida.

A raíz de aquello, mi madre redobló sus esfuerzos en adiestrarme como piloto de helicópteros. Dos días a la semana me llevaba con su equipo, en vuelo de pruebas, alrededor de la colonia. Era su forma de detectar fallos en alguna pieza del aparato, de cara a posteriores reparaciones.

Me probé en aquellos vuelos, y era capaz de manejar un helicóptero con soltura, aunque nunca llegaría a ser tan buena como ella. Se la consideraba la mejor piloto de nuestra colonia, tenía 37 años y todavía le quedaban 3 en activo.

Los cuarenta era una buena edad en la que empezar a formar a otros pilotos, justo cuando los reflejos empiezan a ser menos espontáneos.

Todos los cazadores querían trabajar con su equipo, un grupo de cuatro profesionales: el piloto, el copiloto y dos artilleros, a bordo de un helicóptero tan bien cuidado, que era la envidia de otros equipos de apoyo aéreo.

Realizaban un vuelo rasante, despejaban el área sobre la que pasaban, describiendo círculos concéntricos, que quedaba limpia para los cazadores.

Entonces se dirigían al territorio de otra hembra y repetían has seis veces. Tantas como hembras iban a asediar los especialistas.

En cuanto el equipo de cazadores se teletransportaba, volvían a hacer una pasada por cada área, atrayendo la atención de los machos, y facilitando así el trabajo de los hombres sobre el terreno.

La coordinación de su equipo era perfecta gracias al entrenamiento continuado, además de la confianza existente entre ellos.

Me gustaba la profesión de piloto y aprovechaba todas las lecciones, aunque sentía que mi meta era la caza. Y, a pesar de lo que opinase el Consejo, sería cazadora. Aquella terquedad provenía de mis

dos progenitores. Ambos muy profesionales en su trabajo, pero también con ideas propias.

Al amanecer, mi madre ya tenía preparado un frugal desayuno que tomábamos juntas, antes de irnos cada una a nuestras obligaciones diarias. Ella, al aeródromo donde entrenaría con su equipo o, si estaba de guardia, a despejar las áreas para los cazadores que transportaba. Yo, a las múltiples clases que componían mi vida diaria.

La primera hora comenzaba en el taller barracón de preparado de munición.

Esta actividad era de gran importancia por la cantidad de balas que se usaban en cada limpieza. Todos los individuos de la colonia, excepto vigilantes, cazadores, consejeros y pilotos, tenían obligación de dedicar una hora al día a preparar munición.

Incluso los exentos, solían dedicarle algo de tiempo libre con el fin de no perder la práctica, y contribuir en una labor tan necesaria.

Los artilleros consumían cantidad de munición todos los días, despejando las áreas donde trabajaban los cazadores.

El taller contaba con moldes, hornos de fundición de metales, aparatos que distribuían el explosivo según el calibre, lacradoras, prensas manuales… Sí, era una labor manual. La fabricación automatizada, usada en el pasado, resultaba muy peligrosa y costosa. Un fallo en la maquinaria podía destruir todo el complejo, por la cantidad de material explosivo que se manipulaba.

Si la fabricación de munición era fastidiosa, la siguiente clase, la de agricultura, era una de las más peligrosas y aburridas, ya que se desarrollaba en los campos alrededor de la colonia, fuera de la protección de sus muros.

Los vigilantes se tensaban en cuanto nos veían aparecer por los campos, cargados con los aperos necesarios.

Las clases prácticas eran tan aburridas que, bajo el sol, la somnolencia estaba garantizada. Solo los instructores se emocionaban ante las plantas ya crecidas, que pronto serían cosechadas. A los estudiantes, el lento ciclo de crecimiento nos resultaba tedioso, y únicamente el hecho de encontrarnos fuera de los muros constituía un aliciente por el peligro que acarreaba. La excitación debida a la inconsciencia, ahora lo sé.

En algunas ocasiones, los génesers atacaban estando los estudiantes en prácticas, pero gracias a la rapidez de los guardias en la defensa, y de los alumnos, que se apresuraban a buscar refugio tras los muros, apenas se daban bajas.

Solo una vez ocurrió un lamentable desastre, al aunarse los errores, y más de una veintena de alumnos perecieron entre las garras y dientes de los machos jóvenes que iniciaron el ataque.

Las clases que seguían, tiro y ataque con arma blanca, se encontraban entre mis preferidas. Mi puntería era muy buena, y rara vez fallaba los blancos. Más tarde me enteré de que Martin, el instructor del grupo, comunicó mi habilidad al comité y al Consejo, solicitando mi reasignación. Obtuvo una negativa.

A esas alturas, sabía que no bastaba con ser la mejor, el Consejo no iba a recular en su decisión sobre mi destino.

La clase en la que se aprendía lucha cuerpo a cuerpo y técnicas de guerrilla era mi favorita, aunque ya no contaba con la fuerza y resistencia de las que alardeaba antes de envenenarme. Mis músculos aún estaban en fase de acomodación a la postura erguida, después de tantos meses postrada en cama. Sin embargo, conservaba el instinto de acechar a la figura que hacía de hembra, y hundirle, con firmeza, el cuchillo en la hendidura desprotegida de la nuca, sin hacer saltar ninguna alarma.

Mi padre me había enseñado eso, igual que otras muchas cosas que no se me olvidaron con el paso de los años: acechar, esperar, vigilar y atacar.

Podía hacerlo hasta con los ojos cerrados, y bastante mejor que la mayoría de mis compañeros, lo que no bastaba a los instructores. No perdían tiempo en corregir a alguien destinado al trabajo general.

El cuidado de los animales me fastidiaba, y pasaba toda la hora con el estómago revuelto. Las gallinas olían mal, los cerdos, peor. El puñado de vacas que quedaban, eran unos seres tan anodinos y consumidos, que pronto pasarían a la lista de los extintos.

Los animales se conservaban por si un día se acababa la plaga de génesers, ya que su carne no era consumida ni apreciada. Tras toda una vida comiendo cereales, a pocos les agradaba su textura y sabor. Se cocinaban una vez al año, en conmemoración de la fundación de la colonia, un gesto simbólico absurdo.

Nunca entendí a qué criterio obedecían los que dispusieron la celebración en esa determinada fecha. Las colonias se fueron conformando a lo largo de los años, con los puñados de gente que iba llegando; supervivientes de la plaga, más muertos que vivos, y que tuvieron la suerte de huir en una dirección, y no en otra.

A mi madre no le gustaba que hiciera esa clase de comentarios, y me prohibió hablar de ello. Podía haberle dicho que no perdiera cuidado porque nadie hablaba conmigo, así que no había peligro de herir los sentimientos de mis compañeros.

Desde que me reincorporé a las clases, los demás estudiantes me miraban con recelo, cuchicheaban a mis espaldas y jamás me dirigían la palabra.

Durante un tiempo me sentí molesta, luego, ni eso.

Me acostumbré a entrenar por mi cuenta en las horas libres y, para ello, usaba un edificio medio derruido, apartado del núcleo principal. Se encontraba en desuso, y apenas pasaban por allí vigilantes armados camino de sus puestos.

Vigas y hierros retorcidos asomaban por cada uno de sus cinco pisos de altura. Los techos y suelos se habían desmoronado tiempo atrás, no obstante, los cascotes que se amontonaban en la primera planta, formando elevaciones y grietas, servían a mi propósito.

Al principio, me costó un gran esfuerzo arrastrarme entre los escombros, saltar sobre ellos y correr, esquivando imaginarias rocas y arbustos.

Tomar impulso para saltar y rodar por el suelo, me dejaba llena de moratones y rasgaduras en la ropa. Literalmente, mordía el polvo al caer despatarrada, sin fuerzas.

—Nasirah, tienes que dejar lo que sea que hagas, el equipo textil se pregunta por qué rompes la ropa tan a menudo. Y los médicos tienen otras obligaciones, además de comprobar a diario que tus huesos siguen intactos. —Me recriminaba mi madre.

Temía no solo por mi integridad física, sino por la reacción del Consejo al desafiar su criterio, el único fin que pretendía al entrenar por mi cuenta.

—No te preocupes, soy una rareza de la que no pueden prescindir, mamá.

Y ella sabía también, demasiado bien, a qué me refería. Cada semana acudía al centro médico donde me sacaban sangre, me hacían escáneres, medían mi respiración, mis niveles de veneno y, sobre todo, observaban los círculos plateados que rodeaban mis pupilas.

El grosor de los círculos plateados aumentaba cuando me enfadaba o me encontraba ansiosa, y cubría mi iris por completo. En estado de tranquilidad, disminuían hasta parecer un delgado hilo, que apenas interfería en el color azul oscuro de mis ojos.

Acudir al centro médico todas las semanas, a que me examinaran como a un espécimen extraño, me alteraba bastante, por eso los médicos solo conocían mis ojos plateados por completo.

Nunca comentaron, ni siquiera con mi madre, los resultados de esos análisis, aunque por sus expresiones, imaginaba que no tenían nada que decir: les resultaba inexplicable mi recuperación tras el envenenamiento géneser.

Al cumplir los catorce, seguía acudiendo todas las semanas a someterme al examen rutinario, sin que en dos años se produjera cambio alguno. Al tercer año de investigación, por fin se dieron por vencidos.

El veneno pareció ralentizar mi crecimiento, no así mi voluntad. Aquellas horas que ya no pasaría en el hospital, me vendrían bien para entrenar.

Me dediqué, con verdadero ahínco, a ejercitar mis habilidades, lo que tuvo su recompensa al cabo del tiempo; mis músculos se desarrollaron y recuperé la fuerza perdida. Estaba satisfecha de haberme recuperado físicamente, de forma que incluso sobrepasaba en altura a muchas de las chicas de mi edad.

El edificio, mi pista de obstáculos particular, era coronado hasta la cima, al menos, tres veces al día. Atravesaba la planta baja sin caerme ni magullarme, podía dar saltos mortales hacia adelante y hacia atrás, aterrizando en posición de ataque, preparada con mi fusil de madera. Subía los cinco pisos, encaramándome de viga en viga, de hierro en hierro, balanceando mi cuerpo, girando en el aire, usando el equilibrio y la fuerza de mis brazos.

Esta última práctica me costó algún buen batacazo al principio, porque comencé a subir antes de que mis brazos tuviesen fuerza suficiente, lo que no me acobardó. En la lucha cuerpo a cuerpo destacaba muy por encima de los otros, me movía sobre terrenos

escarpados más rápida y veloz que cualquiera de mis compañeros.

Mis instructores observaban los avances con incredulidad, y hasta los estudiantes empezaban a mirarme con otros ojos. Seguía siendo la chica rara, claro, eso jamás iba a cambiar. Sin embargo, mi cuerpo era firme, flexible, casi del todo desarrollado, al fin.

Heredé la complexión fuerte, pero grácil, de mi padre, con huesos largos y músculos flexibles. En cuanto a los rasgos de mi cara, eran una copia de los de mi madre, pómulos altos, ojos almendrados y nariz recta, un pelín más larga de lo que me hubiera gustado.

Según ella, si mi rostro era una réplica del suyo, el cabello era herencia clara de mi abuela, a la que no llegué a conocer. De color castaño rojizo y espeso, me enorgullecía la gruesa trenza en que lo llevaba recogido, que caía por mi espalda hasta rozarme la cintura. Sentiría tener que cortármelo, pero era un sacrificio que las cazadoras asumían, por seguridad. Quizá por esa pérdida futura, lo apreciaba tanto.

La adolescencia tardía me hizo mucho más consciente de mi cuerpo y del de los demás. Me complacía sorprender a algunos de mis compañeros echando una mirada de reojo a mis pechos, olvidando lo extraño de mis ojos.

De todas formas, los chicos de mi edad me parecían un poco infantiles en su comportamiento. Prefería observar los movimientos de los de cursos superiores, estaban más desarrollados y seguros con sus cuerpos.

Así fue como me enamoré la primera vez.

Se llamaba Antu, Sol. Tenía una sonrisa grande, en una cara de rasgos redondeados, pero atractivos. Sus ojos, en cambio, mostraban una expresión de concentración en todo momento, y de gravedad cuando se cruzaban con los míos. No me importaba, lo amaba igual.

Iba con los de su grupo de diecisiete años, y coincidíamos solo en mis entrenamientos favoritos, en los que podía lucirme.

A los dieciséis, los instructores realizaban una severa criba, escogiendo a los que tenían verdaderas aptitudes en la disciplina de caza. Los elegidos seguirían un entrenamiento más exhaustivo en esa materia, dejando de lado otras menos específicas.

Por tanto, coincidíamos alumnos de 15 a 17 años en las clases que

me interesaban. Los que estaban a punto de cumplir 18 entrenaban aparte, de manera intensiva, antes de enfrentarse a su verdadero reto: salir fuera de la colonia y comenzar con su trabajo.

A punto de llegar al límite de la edad, aguardaba una notificación que me apartara del entrenamiento, el Consejo seguía sin querer rectificar.

Antu observaba con atención la manera en que sorteaba los obstáculos que me separaban de la figura que representaba a una hembra de géneser. En sus ojos, una pizca de desprecio.

Clavé limpiamente la daga en la hendidura, sin que saltase ninguna alarma, y le lancé una mirada retadora.

Era valiente, no rehuía mi mirada plateada como los demás.

2. Un paso atrás

La mañana del día en que las cosas volvieron a ser igual que antes, en que el tiempo pareció retroceder hasta mis doce años, me encontraba trabajando en los campos exteriores. Aburrida y medio adormilada por el sol y la monotonía del trabajo de plantar, iba con retraso en mi labor.

El resto del grupo se retiraba ya tras las murallas, y solo quedábamos cinco alumnos rezagados. En mi caso, me faltaba por terminar de plantar un metro de la hilera que me fue encomendada.

El instructor nos conminó a finalizar, el siguiente grupo de alumnos esperaba para ocupar el campo y retomar el trabajo. Nos quedamos paralizados cuando la sirena emitió un gemido ascendente que nos erizó el vello.

Desde sus puestos privilegiados, los guardias comenzaron a disparar más allá de la triple barrera de chiles. Los cuatro alumnos, a pocos metros de mí, reaccionaron y empezaron a correr hacia la puerta, que ya se cerraba detrás del instructor. De un vistazo me di cuenta de que no iban a llegar, por eso me quedé en el sitio.

El mecanismo de la puerta saltaba con la alarma y, aunque los guardias hubiesen querido mantenerla abierta para salvarnos, no había forma. Incluso la entrada más pequeña, junto al portón principal, quedaba bloqueada ante una emergencia.

La supervivencia de toda la colonia dependía de aquel aislamiento, no podían dejar que la amenaza pasara las puertas, bajo ningún concepto.

Los jóvenes génesers macho que traspasaron la triple barrera, arrasaron el campo, dirigiéndose a por los humanos que quedamos fuera del refugio.

Vi sus cuerpos robustos, pero ágiles, correr veloces, las largas mandíbulas repletas de dientes afilados abiertas y babeantes, anticipando la orgía de sangre. Respiraban sonoramente por los orificios achatados que tenían por fosas nasales, mientras que de sus gargantas salía un sonido ronco y gutural, sin llegar a ser un gruñido.

Uno de ellos se dirigió hacia mí, sus ojillos alargados de reptil fijos en los míos.

Yo seguía en cuclillas, con la planta, que debía estar ya en la hilera, sujeta con tanta fuerza que noté sus jugos al estrujarla. Sabía de la inutilidad de correr, la puerta ya estaba cerrada.

Solo cabía confiar en que la puntería de los guardias fuese lo buena que se suponía, y que se unieran más tiradores a ellos, porque por la brecha abierta en la barrera de chiles ya entraba un grupo de machos adultos.

Los que pasaban rozando las plantas salían despavoridos, como si se incendiaran por dentro. Ese era el efecto que los chiles causaban en los machos adultos, y que no afectaba a los jóvenes.

Estos se encargaban de abrir la brecha, los adultos remataban el trabajo en grupo. Pocas veces había ocurrido, pero, con su fortaleza física, alguna vez derribaron una de las puertas metálicas reforzadas.

Mi madre y yo comentamos, entre nosotras, la inteligencia necesaria para planear sus ataques, mandando por delante a los jóvenes, inmunes a los chiles. Los ataques cada vez eran más metódicos, osados, pensados, como si jugasen con nosotros.

El macho joven fue abatido a pocos metros de mí. Varias balas explosivas habían impactado bajo su inmadura coraza.

Debería haber salido corriendo en ese momento, porque me di cuenta de que otros adultos me habían descubierto y se batían, a la carrera, por llegar primero a destrozarme. Me hubieran alcanzado en unos segundos, no tenía ni una posibilidad de ganar esa competición.

Uno de mis compañeros aulló cuando un macho joven lo derribó y le desgarró, de una sola dentellada, el hombro y parte del pecho, antes de ser abatido por los tiradores.

El macho adulto que precedía a los demás, se acercaba con rapidez, podía distinguir el verde brillante de sus ojos, las pupilas alargadas, las garras afiladas destrozando lo que yo acababa de plantar.

Aquello me enfureció y me puse de pie, no iba a rehuir esos ojos, ni vería miedo en mí. Hubiera sido una buena cazadora, de haber podido vivir para demostrar mi valía.

El géneser paró su carrera en seco, resbalando unos metros por la inercia. Todos los que le seguían hicieron lo propio, levantando la tierra que con tanto cuidado habíamos librado de malas hierbas, arado

y sembrado.

Se encontraban a apenas unos metros de mí. Podía oír las balas silbando por encima de mi cabeza, hiriendo a algunos de ellos, pero yo era la más alejada de la muralla y los vigilantes se concentraban en los que atacaban a mis tres compañeros, que estaban cerca de la puerta.

Me daban por perdida, y no podía culparlos, yo también lo hubiera hecho de encontrarme en su lugar.

El géneser no quitaba sus ojos de los míos, devolviéndome la mirada. Olisqueaba el entorno, emitía un gruñido bajo cada vez que respiraba, y se me acercaba despacio, tomándose su tiempo, como si quisiera alardear de su potencia física y amedrentarme con ella.

Era un extraño comportamiento, sus ataques eran rápidos y sangrientos, no acechaban a la presa, que yo supiera.

Escuché dentro de mi cabeza un sonido parecido a las interferencias de radio, unos chasquidos de fondo,mezclados con ruido blanco. Mi cerebro debía de estar chamuscándose por la aprensión. Nunca había estado tan cerca de aquellos animales y pretendía no temerles, aunque aquello era una reacción de miedo, con toda seguridad. Esperaba que no lo percibieran, quería morir con un poco de dignidad.

Los que estaban tras el géneser de cabeza hicieron ademán de acercarse. Otro gruñido los dejó clavados en sus sitios. ¿Les estaba dando órdenes?

La punta de su morro se encontraba a escasos centímetros de mí, incluso noté la aspiración que hizo al olisquearme. La baba caía desde sus mandíbulas, creando un charco en la tierra, su aliento olía a algo en descomposición. Dio una vuelta completa a mi alrededor, sin dejar de ventear en mi dirección.

Los gritos a mi espalda se intensificaron y escuché profusión de disparos. No me atreví a mirar.

El macho que parecía ser el jefe, estaba de nuevo frente a mí. Mediría cuatro metros de la cabeza a la cola, casi el doble que los machos jóvenes.

Sin dejar de mirarme, emitió un gruñido grave, al que los otros contestaron con gemidos guturales. De pronto, se volvieron hacia la

puerta metálica y comenzaron a correr en aquella dirección.

El líder todavía se quedó varios segundos olisqueándome, antes de salir corriendo en pos de los demás, con sus largas garras arañando la tierra.

Me quedé de pie allí, observando sus cuerpos caer abatidos, mientras golpeaban el portón metálico con los poderosos flancos.

La puerta aguantó, ellos no.

Caí de culo en el suelo arado por las garras de los génesers, incapaz de hacer nada más que mirar la puerta y los restos de animales y humanos destripados, amontonados sobre la rica tierra de la que todos comeríamos en un futuro.

Era un espectáculo desagradable y perturbador. El ataque fue rápido y organizado, como si supieran el momento en que debían llevarlo a cabo. Además, se comunicaban entre ellos, ya no me cabía duda, a pesar de lo que opinaran los expertos

No sé cuánto tiempo pasó desde el cese de la sirena hasta que las puertas se abrieron con un chirrido lastimero, indicativo de que se habían salido de sus guías.

Aquel sonido me hizo percatarme de que el ruido blanco del interior de mi cabeza se había extinguido también. No podría decir cuando, solo noté que ya no estaba ahí.

Un equipo de recolectores profesionales corrió a reemplazar las plantas de chile aplastadas, custodiados desde el muro por medio centenar de vigilantes que apuntaban sus armas hacia la brecha, preparados para otro ataque que no llegó.

El equipo regresó a la seguridad del interior de los muros. Nadie vino a buscarme, por lo que me levanté y me encaminé tras ellos, con las piernas temblorosas.

Aquel episodio, que yo tampoco podía explicar, dio al traste con mi intención de pasar desapercibida y convertirme en una chica más.

3. Decisión

Mi madre tenía la vista baja, intentando ocultar que había llorado.

—¿Por qué me impedirían solicitar el ingreso en otra colonia? Nadie me quiere aquí. ¡No saben qué hacer conmigo!

—No, no lo saben. Nunca había ocurrido algo así y tienen miedo.

—Pero el Consejo se ha ratificado en su decisión de mandarme a servicios comunitarios. Eso quiere decir que, desde mi próximo cumpleaños, ya no podré entrenar, ni siquiera por mi cuenta. No tendré tiempo libre suficiente…

Sus ojos brillaron de determinación y me agarró la mano por encima de la mesa. Tampoco iba a rendirse.

—En mi próximo viaje a la colonia Uno hablaré con Gaitan. Es posible que, con su influencia, consiga que el resto del Consejo decida reclamarte. Aunque eso traería consecuencias.

—¿Consecuencias? ¿A qué te refieres?

—La noticia de lo ocurrido en los campos se ha extendido. Eres el único ser humano al que los génesers no han atacado. Supones un trofeo muy preciado.

—¿Para hacer qué?

—Supongo que… —Hizo un gesto con la mano, viendo que no iba a poder suavizarlo—. Para investigarte.

—¡Ya! —asentí, comprendiendo que a ella le resultaba igual de duro que a mí—. Eso ya se intentó, sin resultado. Y no ha cambiado nada. Todo lo que soy no ha variado desde que tenía doce años.

—No, pero antes nadie sabía que, además de sobrevivir al envenenamiento, también cambió, de alguna forma, el modo en el que los génesers te perciben. Puedes ser el principio del fin de ellos, y descubrir cómo pasó, es importante.

—Tuve que envenenarme, cosa que no le deseo a nadie y, en todo caso, ¡qué inoculen veneno en los demás!

—No es tan sencillo, Nasirah. Los que se han envenenado han

muerto, igual que tu padre.

—Yo no me envenené directamente de una hembra. El veneno pasó a mi sangre a través de papá. Quizá esa es la forma.

—Todo eso yo lo sé, y ellos lo saben —me dijo, con paciencia—. Ya se ha intentado y con el resultado que todos conocemos. Eres la única que lo ha resistido, y nadie más se ha enfrentado con los génesers y sobrevivido a su ataque. Eres especial, cariño. Ahora el Consejo también está al corriente.

—¿Y eso que más da, si me van a tratar igual que siempre? Tengo la mejor formación que puede recibir un cazador, y se empeñan en tenerme aquí limpiando letrinas y barracones. ¿Acaso soy una máquina?

Aquella referencia le arrancó una sonrisa, que era lo que pretendía. Darle más vueltas al asunto no iba a hacer que nada cambiase.

Entre nosotras, era una broma habitual hacer referencia a lo que pensaron nuestros antepasados: el mundo que conocían se iría al traste por culpa de las máquinas. Jamás se les pasó por la cabeza que unos animales pudieran acabar con la humanidad, que era, en esencia, lo ocurrido.

Y era muy posible que esa arrogancia hubiera contribuido a que consiguieran diezmarnos de manera tan eficaz. Durante siglos se había temido a lo que llegara del espacio con armas poderosas, inimaginables, con naves cuya tecnología destruiría el mundo conocido.

¿Qué podía temerse de una especie animal descubierta por casualidad? Los humanos éramos los principales depredadores, habíamos masacrado a muchas especies a lo largo de los siglos. Todos y cada uno, hasta los más peligrosos, eran cazados por deporte o con el fin de exhibirlos en zoos.

Los ordenadores y las máquinas, en general, era de lo que se recelaba, por eso no se prestó atención a la proliferación de aquellos poderosos animales.

Desde que recordaba, uno de los pasatiempos favoritos que compartíamos mi madre y yo, era el de visitar la biblioteca con regularidad. Un edificio de dos plantas subterráneas, alargado como una nave, y gris del hormigón con que estaba construido.

Igual de sólido que un búnker, servía también de refugio ante posibles incursiones de génesers.

La tosquedad de su aspecto podía pasarse por alto, gracias a las maravillas que contenía: archivos de imagen, de audio y libros, millones de ellos, en cualquier formato. Ambas éramos asiduas consumidoras de películas, informativos y reportajes de antes de los génesers. Leíamos, escuchábamos y, en fin, satisfacíamos nuestra curiosidad.

En las clases nos enseñaban algo de historia, cada vez menos, porque la moral comunitaria decaía al ver la magnificencia con que se había vivido antes. En la biblioteca, en cambio, no existían esas restricciones, y podíamos consultar cualquier material disponible.

En mis años de convalecencia por el envenenamiento, mi madre solicitó un permiso especial y tomó en préstamo una de las pantallas portátiles. Todos los días pasaba por la biblioteca a recoger material con el que mantenerme entretenida mientras ella trabajaba.

De aquella época venía el chiste sobre las máquinas, que siempre la hacía sonreír.

Le rompería el corazón si se enteraba de lo que de verdad pensaba: quería encontrar mi propio espacio lejos de las colonias. Ya no soportaba las miradas lastimeras y temerosas. Odiaba aquellos exámenes médicos, que pretendían obtener resultados distintos de las mismas pruebas.

No me iban a aceptar en ninguna otra colonia porque el Consejo jamás me dejaría marchar. Era su objeto raro personal y, aunque no sabían qué hacer conmigo, nunca consentirían en cederme a otro asentamiento, en el que encontraran la forma de darme utilidad.

Durante la semana que me volvieron a someter a exhaustivos exámenes, después del episodio en los campos de cultivo, reflexioné mucho.

Si me equivocaba, aquella podía ser mi primera y única excursión fuera de la colonia. De estar en lo cierto, el Consejo tendría que rectificar.

No era mi intención pasar el resto de mi vida escondida, si los demás me temían, allá ellos. No permitiría que me ocultaran porque no supieran qué hacer conmigo.

Ya era mejor que casi cualquiera de los futuros cazadores que conocía, tan certera como los vigilantes, y tenía más preparación que muchos pilotos. Cierto que contaba con la ventaja ser hija de quien era, que mi entrenamiento hubiera sido más exhaustivo que el de cualquier otro chico, y no pensaba desaprovecharlo, tal cual pretendía el Consejo.

Además, mi incidente con los génesers apuntaba a que, por alguna razón, no me consideraban una amenaza. Me detuve a evaluarlo, pero no tanto como para que mi determinación flaqueara.

Me dio tiempo de confeccionar una lista con lo necesario, esperando no olvidar algo de importancia vital. Tendría que robar parte del material, lo que no me detendría.

En cada hora de mi turno preparando balas, me fui haciendo con las que consideré suficientes para el rifle y la pistola de mi padre.

Preparé las armas, limpiando hasta la última rendija, mientras mi madre trabajaba. Me entrené en mi espacio con ellas. Me acostumbré a su peso, a su tacto, al sonido que hacían al dispararse.

Corrí el riesgo de ser descubierta mientras me ejercitaba en tiro, por eso las disparaba solo cuando los vigilantes realizaban sus prácticas, cuyos estampidos se oían desde mi posición.

El localizador de hembras podía conseguirlo de un jefe de cazadores, de uno de vuelo o del propio Consejo.

El de mi madre estaba siempre a mano, aunque no pretendía implicarla más. Eso sí debería robarlo. No porque pensara que de verdad lo necesitaba, si los génesers no me atacaban podía moverme en cualquier dirección, era porque quería traer una prueba de que había despejado una zona yo sola, sin equipo de limpieza ni teletransporte.

Con evidencias suficientes, el Consejo no podría ningunearme durante más tiempo. Los otros miembros de la colonia apoyarían mi petición, la supervivencia de todos dependía de los cazadores, y yo podía ser una de las buenas.

Estaba convencida, y era muy ingenua, lo que no mermaba mi entusiasmo.

Elegí el día. Justo antes de cumplir diecisiete años. Tenía dos semanas para ultimar los preparativos.

4. Curiosidad

—¿Vas a salir sola?

Me sobresaltó la voz detrás de mí. Llevaba horas vigilando el barracón que compartían varios grupos de cazadores, con el fin de colarme dentro cuando no quedara nadie.

De haber imaginado que me encontraría con alguien, hubiera pensado en una excusa, aunque mi presencia en el barracón no tenía explicación alguna. Había calculado el tiempo, apenas cinco minutos para entrar, hacer saltar el sensor de la taquilla de uno de los jefes veteranos, coger la pantalla que necesitaba, y marcharme.

Conté a los que salieron en último lugar, el turno completo. Era evidente que algún novato rezagado se quedó haciendo trabajo de última hora.

Cada novato era adjudicado a un equipo incompleto: un eufemismo, claro, un equipo de cazadores incompleto era el que había sufrido una baja reciente.

Entrenaban con ese equipo durante un par de meses, antes de salir a cazar de verdad. Eso implicaba que algunos de esos grupos incompletos siguieran estándolo, porque uno de cada cuatro novatos caía en su primera misión.

Unas estadísticas demoledoras, que demostraban lo distinto que resultaba entrenar en un entorno controlado, a salir ahí afuera y verse rodeado de génesers.

El olor del cuerpo de los animales, sus excrementos diseminados por toda el área que ocupaban, los sonidos de su respiración y los gruñidos bajos, la sensación de que, si uno solo te veía, terminarías despedazado sin remedio…, peligro, adrenalina, miedo… Este último mataba a más principiantes que cualquier géneser. El que los instructores lo recalcasen continuamente no era igual que vivirlo. Ahora yo sabía un poco de eso, después de mi "encuentro".

El novato que sobrevivía a la primera experiencia, se quedaba en el grupo, a no ser que el jefe decidiera lo contrario.

No siempre ocurría, aunque sí la mayoría de las veces. La falta de cazadores era un problema. Algunos desistían antes de finalizar el entrenamiento, los más, abandonaban ante la amenaza real y cercana.

Una vez que el novato se integraba en el grupo, el líder lo aceptaba bajo su responsabilidad, enseñándole de su propia experiencia. Al cabo de seis meses, se consideraba que el nuevo ya formaba parte del equipo. Muy pocas veces se expulsaba a alguien de uno de ellos, ya que un fallo le costaba la vida. Digamos que se autoexpulsaban.

Solo en determinadas ocasiones, una negligencia era motivo de exclusión, puesto que cada cazador elegía uno de los seis núcleos a atacar, y trazaba el punto exacto donde se le transportaría. El traje, además, guardaba memoria de su actuación, desde el momento en que se lo ponía, hasta que regresaba y se lo quitaba.

El equipo, al completo, revisaba las imágenes de todos en busca de fallos, y corregir comportamientos que hubieran podido resultar desastrosos, de no mediar la suerte.

Una de aquellas negligencias, por las que un jefe de grupo podía expulsar a un cazador, era por quedarse paralizado hasta que el líder lo traía de vuelta. La retirada sin el trofeo de una cabeza de hembra tenía que deberse a razones de fuerza mayor, a saber: el cambio de posición de esta, que la corte de machos que la protegían se hubiese reagrupado en torno a ella con demasiada rapidez tras la limpieza, o una combinación de ambas que impidiesen cumplir el trabajo asignado.

La tarea de los cazadores dependía mucho del valor, y también de la precisión.

Mi objetivo al entrar en el refugio era sustraer la pantalla de posición de objetivos de su jefe, un veterano en sus últimos años de liderazgo, de baja por la mordedura de un macho.

Durante mi última visita al hospital, me cercioré de que el hombre todavía estaría dos semanas más ingresado. Eso me daba un poco de tiempo.

En la pantalla, se detallaban las posiciones de las hembras en un radio de cien kilómetros a la redonda de la colonia, con un margen de error de centímetros.

La disposición la marcaba un satélite controlado desde la colonia Uno, que daba una información indispensable para todas las misiones de limpieza, tanto aéreas como terrestres.

Sin ese ojo en el cielo, las colonias seríamos el doble de

vulnerables, porque el objetivo de todos era hacer limpieza de manadas de génesers, desde los más cercanos a los lugares poblados, hasta donde se pudiera, antes de que nuevas hembras ocupasen el lugar de las que matábamos.

—No te voy a denunciar.

Antu avanzó hacia mí, sin el recelo que caracterizaba a los demás. Acababa de entrar en el grupo de novatos, su primera salida se acercaba.

No le contesté.

—Quiero ir contigo, puedo ayudarte. —Me puso una mano en el brazo, con suavidad.

—No —dije, categórica.

—Creo que sí.

Más que una negociación, parecía un chantaje. El que me hubiera pillado con las manos en la masa ya era malo, lo que quería a cambio de su silencio, resultaba descabellado.

Entendía que su idea, al igual que la de todos, era la de convertirse en una leyenda entre los cazadores, ¡lástima que a nadie le interesaban los insensatos héroes muertos!

—Te matarán. —Intenté disuadirlo.

—Quizá no, si voy contigo.

Me sentía rara hablando con él, jamás me había dirigido la palabra, excepto en mis sueños. Y llevaba más de un año deseando que aquello pasara. Ahora que ocurría, tenía que ser de esta manera.

Debería haber salido corriendo en ese momento.

—La que lleva veneno de géneser en las venas soy yo. No puedo teletransportarme, ni defenderte. Ni siquiera estoy segura de que no me ataquen a mí.

—Puedo ayudarte.

—No creo. Hacerte matar no ayudaría a nadie.

—¿Y si pudiese conseguir un teletransportador?

Estuve a punto de reírme por su ingenuidad, un teletransportador no me serviría para nada, aún me faltaría la parte más importante, sin la que el transporte era imposible.

Antu no parecía entender la situación. Debió imaginar mis planes al pillarme robando el localizador de hembras, y atado algunos cabos tras lo ocurrido en los campos. Los rumores y suposiciones sobre el incidente tenían que ser abundantes, pero yo también podía estar equivocada al pensar que los génesers macho no me atacarían, ya fuese por mi olor al veneno, o porque algo me hacía invisible a ellos.

Dudaba de que llegase viva hasta la primera hembra, y, desde luego, no creía que pudiera hacer extensiva mi inmunidad, si es que existía, a cualquiera que estuviese conmigo.

Sus ojos castaños no se apartaban de los míos, percibía su mano, todavía en mi brazo, pesada y cálida a través del liviano traje. Esperaba una contestación y le expuse mis pensamientos.

Meditó un momento.

—Lo entiendo y respeto tus reservas, aunque creo que debes escuchar lo que tengo que decir. —Hizo un ademán para que me sentara en uno de los bancos corridos, a su lado.

—Si nos pillan aquí… —Rechacé la propuesta con un movimiento de cabeza.

—Si nos pillan aquí, diré que te traje yo. Los cazadores novatos traen a sus chicas para impresionarlas.

—Todo el mundo sabe que no tengo amigos, mucho menos pareja. ¿No te has enterado de que soy el bicho raro de la colonia? —pregunté, irónica.

Se dio por aludido, no era para menos, jamás me había dirigido la palabra hasta el momento.

—Yo…, lo siento. —Bajó la vista, y yo no creí, ni por un momento, en la sinceridad de aquella disculpa.

Entendía que nadie me hablara, era cuestión de no salirse del redil. Cualquiera que se hubiese acercado a mí se convertiría, de manera automática, en otro paria.

—Todos estos años te hemos estado observando, nos sorprendió

tu ánimo al entrenar sola y superarte. Sin duda, eres la mejor preparada de los cazadores, y lo has conseguido por ti misma, lo que tiene más mérito.

—¿A quiénes te refieres?, ¿cuántos habéis espiado mis movimientos? —De repente, la conciencia de que no había estado entrenando con la privacidad que suponía, me llenó de angustia. ¿Se habrían reído a mi costa?

—Mis hermanos y yo.

—¿Tus hermanos? —No estaba al tanto de las relaciones de parentesco entre los estudiantes, pero nunca imaginé que Antu tuviera hermanos, siempre lo veía con sus amigos.

—Nahuel tiene veinte años, y es el jefe de grupo más joven de la historia de la colonia.

—¿Nahuel es tu hermano? —Me sorprendió la noticia.

Nahuel se había convertido en poco menos que una leyenda entre los cazadores el último año. Era como imaginaba que debió ser mi padre con esa edad. Ágil, rápido, inteligente, intuitivo.

Apenas llevaba unos meses con su equipo cuando el jefe cometió un error de novato y murió. El segundo en el escalafón no había reaccionado, Nahuel lo hizo, con rapidez y sangre fría, y los llevó de vuelta al helicóptero, a través del mando auxiliar de teletransporte. Sus reflejos salvaron la vida de los cuatro que quedaban, y lo nombraron líder del grupo.

Los veteranos pensaron que cometería algún error y les dio en las narices, realizando su trabajo como un profesional. Ya llevaba cerca de un año liderando el equipo sin incidentes. Era un cazador nato, y su hermano Antu parecía igual de sobresaliente.

—Kayla no es mi hermana, aunque es lo más parecido. Nahuel y ella se emparejarían, de no ser ambos cazadores.

—¿Los tres me habéis estado observando?

Antu asintió, todavía sin mirarme a los ojos.

—No es muy… —Estaba buscando las palabras, frenética, me sentía ridícula, y eso no ayudaba—. No, no es gracioso que os hayáis estado riendo de mí este tiempo.

Antu me miró sorprendido.

—¿Riendo de ti? No imaginas la envidia que nos daba ver tus avances. Nahuel hasta pensó en hablar contigo para entrenar juntos, pero Kayla le quitó la idea de la cabeza.

Mi capacidad de asombro había llegado a su límite. Al final, me senté en el banco, a su lado.

—Entonces, ¿qué me propones? ¿Tu hermano de jefe de grupo, y tú, Kayla y yo de cazadores? ¿Estás loco? Como poco, os despojarían de vuestros puestos y nos mandarían a todos a limpiar letrinas de por vida. Eso, si no nos expulsaban de la colonia.

—Te estoy proponiendo que dejes esa pantalla donde la has encontrado, nos reunamos y hablemos de esto.

Debería haberme negado de inmediato y adelantado mis planes. No lo hice.

Esa decisión, consecuencia de la curiosidad de saber cómo sería la vida en compañía de alguien que no fuera mi madre, complicaría la existencia a muchas personas.

5. Cazadores

Quedé con Antu al día siguiente, unas horas después de las clases, ya que ellos tenían deberes laborales que les entretendrían más tiempo. El lugar elegido era mi campo de entrenamiento, fuera de miradas indiscretas.

Llegué la primera, con dos horas de antelación. Los nervios me consumían, así que me puse a entrenar, igual que todos los días.

Antu y Kayla se presentaron juntos a la hora acordada.

Ella era una chica nervuda y alta, de cabellos claros y mirada ceñuda. Me intimidó de un vistazo. Tenía unos ojos oscuros e inquisitivos, nariz ligeramente respingona, y una boca de labios finos, que parecía desconocer la sonrisa.

En conjunto era atractiva y se movía igual que un depredador acechando a su presa. Yo era la presa.

Antu nos presentó y ella se limitó a hacer un asentimiento con la cabeza, lo que dejó mi mano tendida y mi sonrisa de bienvenida colgando de una calma tensa.

—¡Kayla! —La reconvino Antu, ante mi desconcierto por su poco tacto.

Ella se sintió obligada a estrechar mi mano con tanta frialdad como si hubiese pasado la tarde en un congelador.

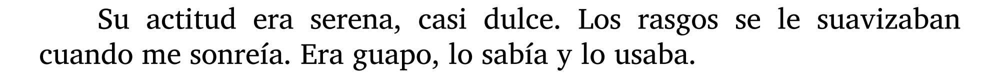
La experiencia no me predispuso a mostrarme receptiva a la conversación que teníamos por delante. Mis habilidades sociales eran escasas, aun así, hasta yo sabía cuándo no caía bien.

—Mi hermano tardará un poco —me informó Antu—, parece que han tenido un contratiempo.

—No puedo entretenerme mucho, mi madre me espera a cenar.

Mi madre estaba de servicio esa noche, la excusa era un intento de escapar a la incomodidad que me hizo sentir la fría acogida de la cazadora.

—Me gustaría que estuviésemos todos y poder hablarlo con tiempo —dijo Antu.


Su actitud era serena, casi dulce. Los rasgos se le suavizaban cuando me sonreía. Era guapo, lo sabía y lo usaba.

—Tal vez mañana… —propuse.

—Vamos a hablar hoy —cortó Kayla—. Ya no eres una niña pequeña que tiene que dar cuentas de donde está en cada momento, ¿no?

Me sorprendió su actitud: había detectado, u olido, de alguna manera, un toque de celos en sus palabras, no por su significado, sino por el tono. Sin embargo, me pareció que sus comentarios hirientes eran una forma de autodefensa. Y yo estaba perpleja, ¿celos?, ¿de qué?

—Lo que yo haga, o a quien le doy cuentas, no es asunto tuyo —le espeté, sin miramientos.

—Vamos a sentarnos fuera de la vista, ¿os parece? —intervino Antu, guiándonos alrededor del edificio en ruinas, y cortando la discusión que se venteaba en el aire cálido.

Mis armas, las que fueran de mi padre, estaban sobre una losa que usaba para recargar y limpiarlas. Podía hacer ambas cosas con los ojos cerrados.

Kayla se sentó y tomó el rifle, admirándolo.

—Está muy bien cuidado, a pesar de que tiene unos años.

—Preferiría que no lo tocaras —gruñí, quitándoselo de las manos con brusquedad.

Las cosas entre nosotras mejoraban por momentos.

Ella levantó las manos, no iba a tocar nada más. Puse las armas fuera de su alcance, se trataba de mis objetos personales, no de piezas que pudiera evaluar. No me intimidaba su mayor edad, y que tuviera experiencia como cazadora, su actitud condescendiente no me amedrentaba. Estaba en mi territorio y no permitiría que me avasallara, aunque me granjeara mayor inquina por su parte.

—Siéntate, Nasirah —Antu me indicó un lugar a su lado, enfrente de Kayla—. Hablemos.

—Puedo escuchar de pie.

—Kayla es…, bueno, no es mala persona, solo que no se fía de todo el mundo —la justificó Antu, como si ella no estuviera presente.

—Bien, ya somos dos —dijo yo.

—A la hora de formar un equipo, tienes que confiar en la gente con la que trabajas. Quiero decir que Kayla es de fiar en el trabajo. —Le lanzó una mirada de reproche, no le gustaba el papel de defensor, la conversación debería ser pacífica.

—¿Acaso has trabajado con ella? —Alcé las cejas, sabiendo que no era posible. Antu todavía no había salido de caza.

—La conozco —contestó con resolución—. Es buena en lo que hace, aunque no sea la persona más simpática de la colonia.

Asentí, sin comprometerme. No deseaba más enfrentamientos, y ellos debieron pensar lo mismo porque se hizo un silencio incómodo.

—Tengo que irme, quizá podamos quedar en otro momento…

—El momento es ahora, cazadora…, si es que lo eres. —La voz a mi derecha, grave y agradable al mismo tiempo, me hizo dar un respingo.

No lo había oído llegar.

—¡Nahuel! ¡Menos mal que has llegado! —Lo saludó Antu, visiblemente aliviado.

Nahuel era alto y fornido, con esos músculos alargados y potentes que proporciona el entrenamiento diario. El pelo oscuro le caía, a mechones, sobre el rostro de rasgos angulosos, ensombreciendo sus ojos castaño claros.

Era la versión ruda de Antu. Con determinación en la mirada y en los gestos, consciente de su atractivo, sin hacer ostentación del mismo.

Su apretón de manos fue seguro, firme, sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Siempre son así?

Me quedé confusa por un momento, no sabía a qué se refería.

—Tus ojos —aclaró.

No necesitaba un espejo. Dado mi nivel de ansiedad, el extraño plateado tenía que estar en su mayor fase.

—No, no siempre…, bueno, no —contesté, de manera estúpida.

—Sentémonos, tenemos que hablar —le indicó a su hermano un sitio a mi lado, mientras él se sentaba junto a Kayla, que se aferró a su brazo, en gesto íntimo, posesivo.

Me desagradó aquella exhibición territorial innecesaria, que era una confirmación de los sentimientos que percibí antes en ella, y tampoco me gustaba la situación.

Debería haberme ido ya. Mis planes eran buenos, y esos desconocidos no los mejorarían.

—Imagino que conoces la procedencia de las hembras géneser, ¿no?

Kayla y Antu permanecían callados, Nahuel los eclipsaba con su personalidad. Ni yo misma había podido apartar mi atención de él desde que llegó.

—En el Norte vive la madre de todas las hembras, la Alfa, la única que puede parirlas.

Asentí, eso lo sabían hasta los niños de cinco años.

—Las otras hembras son las que paren a los machos, que son la distracción, los soldados rasos que atacan y mueren en el intento de invadirnos. Ellas son la clave, y por eso las matamos.

Volví a asentir, sin saber si pretendía llegar a algún sitio. Bueno, sí que lo sabía, aunque me parecía tan irracional que lo dejé continuar, por si me equivocaba.

—Si matamos a la Alfa, los génesers desaparecerán.

Lo dijo tan serio que no pude por menos que reírme.

Sí, desde siempre se planeó matar a aquella hembra, o que muriese de vieja, o que la atacase alguna enfermedad. La propuesta de matarla era la más lógica, ya que se desconocía su naturaleza.

Se intentó antes, y muchos perecieron en el empeño, mi padre entre ellos.

—¿Y tu propuesta es que la mate yo, acaso?

—Si.

Su respuesta directa me gustó. Lo que no me convenció fue que estuviese tan seguro de que yo pudiera hacerlo.

—¿Y qué propones? ¿Me teletransportas a cientos de kilómetros? Que yo sepa, el radio de funcionamiento de un teletransportador no es tan amplio, ni de lejos, cazador —lo dije con un poco de ironía.

—La clave eres tú. Si lo que ocurrió con los génesers no es más que una anomalía, no nos sirves de nada.

—Gracias, me gusta saber que se cuenta conmigo por mis habilidades.

Nahuel me miró sin pizca de simpatía. Pensé que Kayla y él eran tal para cual, entendía que tuvieran una relación.

—Ningún cazador va a llegar a la hembra —intervino Kayla, con un tono algo estridente.

¿Se pondría histérica si, en vez de un compañero, llegaban hasta ella los restos ensangrentados y rotos del que lo fue?

Los aparatos auxiliares de teletransporte enviaban de vuelta la zona en que estaban tatuados: casi en todos los casos era un brazo o parte de él, puesto que el control se insertaba en el dorso de la mano.

Aunque los génesers tenían predilección por las partes blandas, no sería una novedad que el teletransportado fuera parte del géneser que se había tragado la mano de un cazador. El líder de grupo siempre estaba atento cuando llamaba de vuelta a sus hombres, lo contrario hubiese sido un suicidio. El animal no sobrevivía al transporte, pero en un acto reflejo, podía herir a alguien.

—Entonces, ¿por qué me estáis contando un cuento de niños?

—Porque si los génesers no te atacan, solo tú puedes llegar hasta la hembra —sintetizó Nahuel.

—¿Y entonces vosotros sois el equipo de apoyo?

—No hay equipo, de momento.

—Vale. Bueno, encantada de conoceros, ya nos veremos por ahí…

—Me levanté y recogí mis armas, no las iba a dejar al alcance de aquellos pirados.

—Te lo dije: es una cría —comentó Kayla en voz baja, en teoría solo para Nahuel.

Le lancé una mirada asesina. Cada vez me caía mejor.

—Es posible que seas la única persona que puede acabar con la hembra —intentó detenerme Antu.

—Puede que no.

—¿Prefieres fregar platos antes que enterarte? —Nahuel me tiró el anzuelo, pensando que picaría si me retaba.

En otro momento, quizá hubiera funcionado, ahora estaba furiosa.

—¡Tú no sabes una mierda de mí! —los miré a todos—. Ninguno sabéis nada de mí. ¿Ahora voy a ser pieza fundamental en vuestro plan maestro? ¿La que nadie echará de menos si algo falla? ¡Gracias por hacerme perder el tiempo!

Me marché a grandes zancadas, sin dirigirles una última mirada.

6. ¿Y si…?

Fui una estúpida al dejar la pantalla de localización en su sitio. Tendría que volver esa misma noche, no podía arriesgarme a salir sin ella.

Si no la conseguía, mis planes se quedarían a medias. A ciegas, el tiempo jugaría en mi contra, y ahora sabía que no podía permitírmelo.

Caminando en línea recta, tarde o temprano me encontraría con núcleos de génesers, aunque no era la forma en que lo planeé. Debía despejar de hembras una franja notable, de lo contrario, mi escapada no llamaría la atención.

Ni siquiera podía estar segura de que lo ocurrido en los campos de cultivo se volviera a repetir. Era muy probable que nada más verme, los génesers se lanzaran hacia mí.

Fuera como fuese, no quería dejar aquel asunto al azar.

La mochila, ya preparada, estaba oculta bajo unos escombros en mi edificio de entrenamiento, junto con las armas y la munición.

Su contenido incluía cereales procesados y prensados, frutas y frutos secos, varias raciones de proteínas artificiales y botellas de agua, potabilizadores, manta térmica, señalizadores de posición, alarmas de perímetro, un pequeño botiquín…, en fin, todo lo que consideré necesario.

Solo me faltaba la maldita pantalla, que podía haber tenido en mi poder desde hacía dos noches. Terminé las clases del día casi sin enterarme, sumida en mis pensamientos.

Antu me esperaba en la puerta de entrada al edificio de apartamentos, donde vivíamos mi madre y yo.

—No has ido a entrenar esta tarde —me dijo, a modo de saludo.

Me temía que iban a insistir, y sospechaba que Nahuel había leído en mí igual que en un libro abierto, e iba a aprovechar mi debilidad por Antu.

Antu era la zanahoria delante del palo. La burra era yo, claro, babeaba por la zanahoria que jamás podría alcanzar.

Si ahora se lo rifaban las chicas, en un par de años iba a correr la

sangre, pensé. ¡No pude evitar enamorarme de él el año anterior! Pero eso ya pasó, creía.

—No es una obligación —respondí.

—No has faltado nunca.

—Olvidaba que tenía público. De haberlo sabido, hubiera descansado un día a la semana… —dije con ironía.

—Nasirah, no creo que…

—¡Hola!

La inesperada presencia de mi madre, casi me hizo dar un salto. Pensaba que ya estaba en casa.

Me dio un beso en la mejilla, igual que siempre, el caso es que no acostumbraba a enrojecer como lo hice. De repente, me pareció un gesto infantil. Antu se percató de mi rubor y sonrió a mi madre.

Nunca lo había visto sonreír de aquella manera.

Tenía una bonita sonrisa, que le alegraba el rostro.

—¡Nasirah!, ¿no nos presentas?

—Antu, señora. Encantado de conocerla. —Él le ofreció la mano, que mi madre estrechó con un movimiento enérgico.

—Soy Jade. Me alegro de conocerte, Antu. ¿Quieres subir a tomar algo? Tengo té de la colonia Dos.

—Quizá otro día, señora. Tengo que hablar con Nasirah.

—¡Estupendo!, quedas invitado.

Mi madre sentía mucha curiosidad, lo noté en sus ojos, que chispeaban mientras se despedía de Antu. Por fortuna, también era discreta, y aguardaría a que yo tuviese algo que decirle, sin avasallarme. Entró sin girarse, dejándonos solos. Pobrecilla, pensaba que su hija, por fin, tenía un amigo.

Jamás hablábamos de mis relaciones: ella era muy consciente de mi realidad. Lo único que le preocupaba es que yo no me sintiera demasiado sola, e intentaba, en la medida de lo posible, suplir mi falta de amistades hablando mucho conmigo. Su actitud no era agobiante,

en cuanto se daba cuenta de que prefería estar a solas, respetaba mi espacio. Formábamos un buen tándem.

Mi falta de contacto con los demás, le dolía más a ella que a mí. Yo ya me había acostumbrado.

Y visto lo ocurrido la noche anterior, había hecho bien en habituarme a la soledad, que no era una carga, sino una compañera, a falta de una de carne y hueso.

—Insistir en lo de ayer no es buena idea, agradezco que te hayas tomado la molestia de venir…

—¿Damos un paseo? —me cortó—. Me parece que nos están mirando por las ventanas.

Eché una ojeada. Si, al parecer habíamos llamado la atención. Entre los vecinos, debía ser toda una novedad ver a la hija de Jade hablando con un chico en la calle, aunque más novedoso era para mí.

—De acuerdo, te acompaño un par de minutos y vuelvo.

Antu no dijo nada y comenzó a andar a mi lado. Caminamos un buen rato sin decir una palabra.

—Lo de anoche… —comenzó a decir con inseguridad, en cuanto salimos del campo visual de mis vecinos—. Creo que no lo abordamos de forma adecuada.

—Bien, eso está zanjado. No te lo tomes a mal, si quiero suicidarme, prefiero hacerlo sola, gracias.

—No he venido por eso.

—Ah, bueno, espero otro plan genial en el que yo tenga toda la responsabilidad —ironicé.

—Tendrás esa responsabilidad si quieres. Mañana es la fiesta de mi ritual. Me gustaría que me acompañases.

Me dio un ataque de risa. ¿En serio había dicho eso? El ritual de iniciación era una ceremonia muy importante para todo cazador.

—Vale. —Intenté controlar la hilaridad que me provocó la propuesta—. Dile a tu hermano que tendrá que trabajárselo un poco más: tu ritual es importante para ti, no para mí. No estoy tan desesperada y, desde luego, no me gusta hacer el ridículo.

Vi el brillo de sus ojos apagarse, como si la tea que los alumbraba hubiese caído en un pozo.

—No tengo que consultar con nadie a quien quiero de pareja en mi ritual.

Me volví a sonrojar, esa tarde estaba batiendo algunos records al respecto.

—Lo siento, Antu, no me parece buena idea —intenté suavizarlo.

—La mala idea se me ha ocurrido a mí. Si no quieres acompañarme, está bien, no es una obligación.

¿He comentado que, a estas alturas, me sentía un poco estúpida?

—Lo siento, Antu —repetí—. Empezarías con mal pie si te acompañase, aunque agradezco el ofrecimiento.

—¿Y si a mí no me importara? Quiero decir, lo que digan los demás… —explicó.

—Vas a ser un gran cazador, tus parejas van a ser ocasionales, y tú lo sabes. Yo también quiero serlo, y una buena cazadora no se relaciona, más de lo necesario, con sus compañeros.

Antu levantó una ceja, burlón.

—¿Y tú, de dónde sales? Tu padre era cazador.

—Los cazadores rompen el corazón a cualquiera que se atreva a esperar algo más que la muerte, como resultado de su relación. Es lo que pasó en mi casa, y es lo que ocurre con todos.

—¿Y no estarías dispuesta a desafiar esa regla? —Volvió a sonreír, algo a lo que podría acostumbrarme sin esfuerzo—. En todo caso, no te estoy pidiendo que nos unamos, tan solo que me acompañes mañana.

La noche había caído sobre nosotros, y me alegré de que las sombras protegiesen mi desazón. Hubiese querido engañarme, pero sabía que era un primer paso para abordar, de nuevo, los planes de Nahuel. Y no le estaba saliendo mal del todo.

—Antu, yo estoy acostumbrada a que me dejen de lado, tú no. No es fácil ser un paria entre los tuyos, por eso yo voy a hacer lo que debo, y tú a comportarte conforme a las reglas. Empezar tu carrera de

esa forma, es una mala ocurrencia.

—No, si me dices que me acompañarás en mi ritual.

—Sabes que me estoy preparando para marcharme, ¿verdad?

—Te puedes ir pasado mañana, no voy a decir nada.

Me lo pensé. Ese fue mi error. Me sentía halagada, dichosa, especial. Quería serlo, aunque fuera una sola noche.

Sentirse distinta, a tiempo completo, pesaba mucho, los seres humanos somos gregarios por naturaleza. Eso me servía de excusa para acallar la vocecita en mi cabeza, que me hacía sentir avergonzada de mi necesidad de compañía.

Antu, el chico más solicitado en su ritual, me pedía que fuera su pareja. Mordí el anzuelo porque quise hacerlo.

—Vale. Te acompañaré. Luego no volveremos a hablar de mis planes ni de los vuestros.

Ahora me dedicó una sonrisa, de esas que yo desconocía hasta el día anterior, solo para mí. Era un buen aprendiz de manipulador, su hermano tenía que haberse empeñado a fondo en enseñarle, porque me hizo sonreír a mí también.

Quizá mi enamoramiento del año anterior no se había terminado, y sabía que era mala idea albergar esos sentimientos que podían hacer tambalear mi voluntad, pero quería sentir lo que toda chica de mi edad, por una vez.

—Deberías sonreír más, se te da bien —me dijo.

—Lo mismo digo, pero si quieres que te acompañe mañana, debería volver a mi casa. Que yo sepa, no tengo nada que ponerme para ningún evento.

—Te acompaño —asintió.

—No es necesario.

No lo era, y aun así me acompañó, y esperó a que la puerta de entrada del edificio se cerrara antes de marcharse.

7. Princesa por una noche

Mi madre pidió favores a diestro y siniestro, imbuida de una excitación mayor que la mía. Aquel día no fue a entrenar, tenía un nuevo reto: hacer de su hija la princesa que dejara a todos boquiabiertos.

No la quise desengañar, me gustaba verla tan emocionada, y prefería recordarla de aquella forma, por si las cosas no salían según mis planes.

—Será un chico de fiar, ¿no?

—Mamá, ¿me hubiese invitado, de otra manera?

—Cariño, es solo que no entiendo..., él va a ser cazador, supongo que sabe que tú vas a luchar por lo mismo.

—¿Y? ¿Pensaste alguna vez en que papá era cazador antes de uniros?

—Cada día, todas y cada una de las horas que no estaba conmigo. Por eso te pregunto.

—Antu es un amigo, mamá, no imagines cosas raras.

—Bien, no te pido explicaciones. ¿Estás lista para algo más?

—No lo sé.

No estaba preparada para ese "algo más". No para el sexo, que era a lo que se refería, porque ni siquiera había besado a nadie.

—Diviértete, cariño, no te enamores. —Me pasó la mano por la mejilla, en un gesto tierno—. Te romperá el corazón, o tú se lo romperás a él.

No serviría de nada decirle que llevaba un año pensando en Antu, y sonaría bastante tonto explicarle que, hasta el día anterior, ni siquiera habíamos hablado.

Mi idea del romanticismo se debía a las lecturas en la biblioteca, y no a experiencias propias. Tonterías escritas siglos atrás, cuando las relaciones humanas y la forma de vida eran muy diferentes. No había lucha por la supervivencia, las ciudades habitadas se contaban por millones, y viajar de una a otra era tan fácil como subirse a un

autobús, un tren, un coche o un avión.

Aun así, Antu era mi primer amor, y eso ya lo convertía en un ser especial, lo que no implicaba que me dejara arrastrar a lo que su hermano y él querían de mí.

Por si acaso, esa noche acudí al barracón de entrenamiento y me hice con la pantalla que necesitaba.

Me dormí escuchando el parloteo de mi madre con una vecina que trabajaba en el grupo textil. Hacían planes para confeccionarme una túnica que llevar sobre mi traje marrón de diario.

Solo los miembros del Consejo vestían túnicas todos los días, el resto de la población usábamos prácticos trajes que se adaptaban a nuestro cuerpo, lo aislaban de los elementos, y proporcionaban completa movilidad.

El color más común era el marrón oscuro que podíamos usar todos, y que era obligatorio en aquellos que todavía no habíamos alcanzado una especialización. Dependiendo de esta, los colores variaban: los encargados de los campos lo usaban verde, rojo los vigilantes, el de los pilotos era azul, naranja el de los sanitarios, los servicios comunitarios utilizaban el amarillo… así, cubriendo cada especialidad.

Durante el turno laboral, había que llevar el traje adecuado a la profesión, en el tiempo libre se podía usar el marrón común, o el distintivo de la ocupación pertinente.

El de los cazadores era especial. Negro en descanso, estaba dotado de células que podían mimetizarlo con los diversos parajes en los que tuviera que adentrarse. Cada uno de los trajes era diseñado y montado para las funciones necesarias, entre otras, medir el peligro inminente al que se enfrentaba el cazador, haciendo una lectura de sus constantes vitales, que eran enviadas al jefe de grupo, procesados los datos y volcados en una minipantalla de pulsera.

Si el jefe de grupo caía, todos los datos los recibía el segundo y, si este no daba muestras de reacción rápida ante el peligro, los trajes de los otros cuatro cazadores, pasaban a ser una réplica de el del líder, con el fin de ponerlos a salvo.

El caso es que, para conmemorar algún evento, los ciudadanos podíamos saltarnos la norma y usar una túnica abierta sobre el traje de especialización, o el común marrón, si se disponía de medios con

qué adquirirla.

Los medios se conseguían mediante favores personales a otros miembros de la colonia. Una especie de puntos positivos, que se incluían en una contabilidad personalizada. La mayoría de grupos podían otorgarlos, conseguirlos era otra cosa.

Lo cierto es que, con las necesidades de los ciudadanos cubiertas, esos intercambios especiales se hacían por capricho. En teoría, no existían las clases sociales. Todos trabajábamos para la colonia, y esta nos proporcionaba lo necesario, alimentos, ropa, cuidados…

Era otro de los temas que mi madre me recomendaba no sacar a relucir, porque lo cierto es que sí existían esas diferencias entre ciudadanos. No gozaba de la misma consideración un miembro del Consejo que un vigilante. Y, desde luego, estaban las profesiones de élite, que poco tenían que ver con las que no necesitaban de especialización.

Comíamos lo mismo y se cuidaba de nuestra salud en igual medida, por lo que se podía pensar que no había clases, cosa que no dejaba de ser una utopía. No había ricos ni pobres, en la medida que se concebía siglos atrás, sin embargo, algunos vivían rodeados de más lujos que el resto.

No dependía de ese sistema de puntos positivos, porque en ese caso, hubiéramos vivido en algún sitio mejor que nuestro pequeño apartamento, ya que mi madre tenía muchos por su actividad de piloto. A veces, se mandaban cosas entre colonias, notas, paquetes de familiares, incluso en ocasiones excepcionales y con permiso, trasladaban pasajeros.

Desde que tengo memoria, solo los usó la vez que obtuvo una ración extra de granos de maíz, mientras yo me recuperaba de los estragos del veneno.

Me encantaban las pequeñas nubes que se abrían al explotar. Pasamos dos días enteros viendo como saltaban del pequeño recipiente que mi madre puso al fuego, cerca de mi cama. Era un espectáculo singular y divertido. Además, se podían comer.

Si volvió a usarlos, jamás me enteré. Ahora, estaba segura de que poseía más que suficientes para intercambiarlos por una túnica que no le pedí. Ella tenía sus propias ideas, y dispuso lo necesario, ¿de que servían aquellos puntos, si no? La ocasión del día siguiente era más que especial, tan solo podría superarla mi iniciación de cazadora, si es

que eso se llegaba a producir.

Me dormí con el arrullo de las voces quedas en la habitación contigua, y con la cabeza llena de ilusiones.

Lástima que el sueño se convirtió en pesadilla: Nahuel me atacaba, imitando al dios animal de su nombre, un jaguar, hundiéndome uñas y dientes en la garganta.

Sin embargo, ese ataque pasó de ser una amenaza a un contacto sensual, excitante. Sus colmillos puntiagudos me mordisqueaban la sensible piel de debajo de las orejas, trazando un camino hasta mis hombros, sus garras me provocaban escalofríos, acariciando, no arañando.

Me desperté agitada, con la respiración alterada. Los ojos se me llenaron de la oscuridad de la habitación, aún no había amanecido.

No quería ver la cara de Nahuel en mis sueños, deseaba ver la de Antu. Me costó mucho volver a conciliar el sueño, y cuando lo conseguí, me despertó el ruido de mi madre preparando el desayuno.

Ella había dormido menos que yo, sin embargo, derrochaba energía y estaba radiante.

—He solicitado permiso para que te saltes las dos últimas clases del día —me dijo, tomando los cereales y el zumo del desayuno—. Habrá que hacerte algunos ajustes en la túnica.

—Puedo dar mis clases y llegar a tiempo.

—¡Ni hablar! —se escandalizó—. Ya he quedado con Diana, que vendrá a retocar lo que sea necesario. No te vas a presentar de cualquier manera a tu primera cita.

Se llevó la mano a la boca. No quiso decirlo así, aunque eso era lo que pensaba, y se le escapó.

—Tú fuiste la que me recomendaste precaución.

—Lo sigo diciendo, y no es incompatible con que vayas muy guapa a tu primera fiesta.

—Ponerme una túnica sobre el traje no requiere de tres horas, mamá.

Ella puso los ojos en blanco.

—Necesitaremos algo más de tiempo, no te demores.

Mi mente estuvo dividida todo el día entre mi escapada de la colonia y la fiesta de por la noche. Incluso el instructor de tiro perdió la paciencia conmigo, y me relegó a labores de recarga.

Antes de volver a casa, pasé por mi edificio de entrenamiento. Me aseguré de que nadie me vigilaba, y comprobé que mi mochila, con todo lo necesario, seguía en su sitio.

Mi madre tuvo un día muy ocupado, el apartamento se encontraba lleno de un montón de cosas desconocidas. Lo más increíble era una bañera, que reconocí de las películas de antes de la plaga. Era enorme, en su interior cabía una persona totalmente estirada. El material blanco del que estaba hecha no me era familiar, y tenía manchas de óxido en algunos sitios. Dada su antigüedad no me extrañó mucho.

También había un sillón reclinable y un espejo de cuerpo entero. No sabía de dónde podía haber sacado todo eso.

Si ya era un lujo tremendo intentar llenar aquella bañera con agua caliente, añadirle, además, los minerales que le dieron un olor dulce, fragante y ligero al mismo tiempo, se me antojaba algo desmedido.

Me hizo sumergirme en el agua caliente. Mis poros absorbieron agradecidos aquel líquido purificador.

Los trajes que usábamos estaban diseñados para eliminar las impurezas de la piel, neutralizar los malos olores e hidratarnos, por lo que, con pasar una vez al mes por las duchas comunitarias, era más que suficiente para el aseo completo.

Los cepillos del pelo eliminaban la suciedad y la grasa, y para el aseo de manos y cara usábamos un gel que, además de limpiar de bacterias, protegía contra las agresiones de los rayos solares.

El agua, tan escasa, estaba racionada a los ochenta litros por ducha mensual, y al medio litro diario con que completar la hidratación del traje.

Me quedé dentro de la bañera una hora, hasta que el agua comenzó a enfriarse, dejando que mi madre me cortara, limara y puliera las uñas, todo un lujo. Antes de salir del baño, me enjabonó el cabello con cuidado y lo aclaró con más agua caliente.

Mi relajación era tal que podía haber dormido dos días enteros.

—Pon las manos —me ordenó, al tiempo que vertía sobre ellas aceite con un olor parecido al de los cristales de la bañera—. Frótate por todo el cuerpo.

Mi piel húmeda absorbió el aceite, alimentándose de él. Me maravillaba la sensación de suavidad que quedaba en mis palmas, mientras lo esparcía por cada centímetro de mi cuerpo.

La habitación también estaba impregnada de aquel aroma. Aspiré con fruición, era lo más agradable que había olido nunca.

Mi madre me hizo envolverme en un albornoz mullido, y sentarme en el sillón reclinable. Más que sentarme, me tumbé, y creo que hasta me dormí, arrullada por el cepillado de mi pelo, que ella llevaba a cabo con pases diestros, desde la raíz a las puntas.

Unos golpes ligeros en la puerta me sacaron del sopor, era Diana con una túnica azul de un suave tejido, que colgaba entre sus manos extendidas.

—¡Oh, sí, sí! —exclamó mi madre emocionada—. Es justo el tono de sus ojos.

La hizo pasar con rapidez.

—Vamos, cariño, vístete, tienes que probártela —me dijo, empujándome hacia mi habitación.

Yo seguía flotando, pero me apresuré a obedecerla. Me puse con rapidez pantalones y chaqueta marrones, los cerré con la cremallera táctil y me calcé las botas.

Entre las dos, me acomodaron la túnica sobre los hombros. Me caía hasta arrastrar por el suelo.

—Eso se arregla en un minuto. —Diana le restó importancia.

Las mangas eran enormes y anchas, tanto que, si dejaba caer los brazos, las puntas me llegaban hasta los pies. Se abrían desde el antebrazo, dejando que la tela cayese por su propio peso.

Diana pasó un pequeño aparato por la tela sobrante que rodeaba mis pies, y la túnica se encogió lo justo para rozar el suelo a mi alrededor, sin arrastrarse. Entonces, me la sujetaron por encima del pecho con sendos broches de un tono algo más oscuro que el tejido.

—¿Cómo se llama este color? —pregunté, refiriéndome al de la túnica.

—Azul índigo —contestó mamá—. Es el tono exacto del de tus ojos. Nadie más llevará este color.

Estaba tan relajada que el color de estos podía verse con claridad.

—Un par de cosas más y ya está. —Mi madre, eufórica, caminaba a saltitos.

Salió de su habitación con una caja pequeña, la abrió y de su interior tomó una pizca de algo grasiento que me frotó en los labios.

—Solo un toque. —Sonrió, al tiempo que me lo extendía sobre el labio inferior. Hizo un gesto para que frotase mis labios uno contra el otro—. Eso…, un poco más…, perfecto.

Diana nos contemplaba, atenta a la representación, no decía palabra y nos miraba con los ojos brillantes.

—Ahora te voy a dejar algo especial que tendrás que cuidar. Un día será tuyo.

—Va siendo hora de que se vaya, Jade —susurró Diana, mirando la luz decreciente que se filtraba por la ventana.

—Un segundo, nada más.

—He quedado con Antu en la zona de festejos, no puedo llegar tarde, mamá —le dije.

—No llegarás tarde, Antu ha venido a buscarte.

La miré, confundida.

—¡Es imperdonable lo rápido que se pierden las buenas costumbres! —dijo un poco exasperada—. No puedes ir correteando por ahí en busca de tu acompañante, lo correcto es que él venga a buscarte y escoltarte a su fiesta.

Fruncí el ceño, no me gustaba que Antu y ella hubiesen hablado a mis espaldas.

—Esto es un diamante tallado. —Me enseñó su dedo índice, donde parecía brillar una minúscula luz—. Fue un regalo de tu padre el día de tu nacimiento, una segunda estrella que me recordaría siempre a la más brillante.

Con un ligero movimiento me lo pegó en la frente, en el nacimiento del pelo. Debía de tener algún tipo de sujeción, porque noté un leve pellizco y la piedra se quedó pegada a mi piel.

—No la notarás, solo cuando te mires en un espejo verás una pequeña estrella, y sabrás que para los dos siempre fuiste la más especial.

Me abrazó, emocionada, limpiándose con disimulo las lágrimas que ya afloraban a sus ojos. Suspiró un par de veces, me hizo girarme y enfrentarme con el espejo.

Moví un brazo, quería asegurarme de que la chica que me contemplaba desde el espejo era yo.

Resplandecía, o eso me pareció de un vistazo.

El azul de la túnica me sentaba bien y mi cabello, largo y reluciente, se movía con soltura a mi espalda.

Mis labios brillaban en un tono rojo oscuro, solo lo justo para que resaltasen junto con mis ojos, que todavía no habían adoptado el color plateado de la ansiedad.

—Vamos, Antu ya está abajo, no podéis llegar tarde. —Me empujó hasta la puerta y me dio un beso en la mejilla—. Diviértete, cariño.

Salí presurosa, sintiéndome un poco ridícula en medio de la calle polvorienta con una túnica tan brillante.

Antu llevaba su traje de cazador novato, completamente negro con refuerzos en hombros, codos, rodillas y abdomen. Esa misma noche lo activarían con el camuflaje.

Estaba guapo, más de lo habitual, y tenía una expresión extraña.

—Vaya, estás…, estás…

—Ridícula, lo sé. Cosas de mi madre…

—No, Nasirah, ¡estás preciosa! —Me tendió una pequeña florecilla silvestre—. Esto sí que es ridículo, no es fácil hacerse con alguna sin salir de la colonia.

De inmediato supe que era cosa de mi madre, que también tenía sus ideas literarias sobre el romanticismo.

—Deberíamos irnos antes de que te lo pienses mejor. —Me cogió de la mano y comenzamos a andar.

Íbamos rápido, mi túnica ondeaba detrás de mí y refrenaba mi avance. Ya habíamos salido de la vista de mi madre y me detuve.

—Escucha, quizá sea mejor que no vaya. Todavía podemos mantener el tipo: tú disfrutas de tu fiesta, yo desaparezco un rato y vuelvo diciendo que me lo he pasado genial. No tenemos por qué pasar un mal trago los dos.

—Bromeas, ¿no? Les dije a mis compañeros que acudiría con la chica más guapa de toda la fiesta, no puedo volverme atrás. —Me lanzó una sonrisa tan confiada que me asusté.

—¡Hablo en serio!

—Yo también. —Se acercó tanto a mí que pude oler su aliento, sus labios a pocos centímetros de los míos.

¿Cómo no soñar con esos labios?, ¿con esa sonrisa?

—Caramba, ¡pues era verdad!

Kayla se encontraba a unos metros de nosotros, con una sonrisa maliciosa en los labios, que nos obligó a separarnos. Odié a la inoportuna cazadora, por la interrupción de lo que podía haberse convertido en mi primer beso.

—Hola, Kayla. Disculpa, tenemos prisa. —Antu tiró de mi mano, rompiendo el momento íntimo.

—A tu hermano no le va a hacer gracia que te pongas en evidencia delante de todos.

—No es de tu incumbencia.

Antu no le prestó más atención, y me condujo hasta la entrada del espacio donde se celebraría la fiesta. El rostro de Kayla enrojeció de furia.

—Pensaba que tenías buena relación con ella —comenté.

—La tengo, lo que no soporto es su costumbre de meterse donde no la llaman. Es muy protectora con nosotros, demasiado, en ocasiones.

No dije nada más. No era asunto mío, y no iba a ser yo quien la defendiera. Me centré en lo que tenía por delante, que ya era suficiente.

Las túnicas de los acompañantes revoloteaban al ligero aire nocturno, formaban un movimiento multicolor vivo, alegre sobre los trajes habituales.

Al fondo del espacio, se encontraban los instructores que conducirían a los novatos durante el ritual. Antu me remolcó con él hasta dar con el suyo. Por el pasillo que se formó a nuestro paso, se escuchaban cuchicheos y risitas.

Hubiera deseado que me tragase la tierra.

—Antu, muchacho, pensaba que no llegabas. —Su instructor me lanzó una mirada apreciativa—. Y entiendo que llegues tarde, bien lo merece.

El hombre me tomó la mano e hizo una inclinación de cabeza hasta rozar mis dedos con su frente, un saludo reservado a personas a las que se profesaba respeto. No sabía si era una parte más de la burla general que se gestaba contra mí.

Antu me sonrió, cogió el aparato de tatuar que le correspondía y me llevó a un extremo.

—Darío es muy amable, jamás se burlaría de nadie —me dijo al oído, presintiendo mi inquietud.

Me invitó a sentarme en un banco de las gradas, a su lado, y pasó una mano sobre mis hombros, no sé si en gesto protector o intentando tranquilizarme. Me relajé. Quizá pudiera ignorar a todos aquellos que no dejaban de mirarme.

—Os contemplan admirados, Nasirah, no temas. No hay mejor pareja entre los aspirantes. —La voz de Nahuel a nuestra espalda me cortó el aliento.

Me preguntaba si siempre se acercaría con tanto sigilo a todo el mundo.

—¿Ha ido Kayla corriendo a avisarte? —Antu ni siquiera se volvió a mirarlo.

—No era necesario. Sabía que vendrías con ella, o solo. —Le palmeó la espalda— ¡Y yo no me lo quería perder!

¿Se referiría al ritual o a la reacción que provocaba mi presencia en él? Sí, ya sé que siempre pensaba mal de las intenciones de los demás, mi experiencia no me predisponía a confiar fácilmente en mis congéneres.

—Relájate, Nasirah, tus ojos en estado normal son muy bonitos, aunque ese tono plateado no te queda mal —me dijo el hermano de Antu.

—Nahuel…

—Vale, vale. Me voy al lado de los espectadores.

—No le hagas mucho caso. Está frustrado porque el otro día no prestaste atención a su plan.

—¿Acaso tu confías en ese plan?

—Yo no doy nada por hecho. Hay muchas cosas que tener en cuenta, y ahora no es momento de hablar sobre ello.

Comenzaron a llamar por sus nombres a los cazadores que iban a participar en el ritual. Eran veinte en total. Antu me dio un beso en la

mejilla y acudió al lado de su instructor, junto con tres aspirantes más.

Los cinco grupos iniciaron cada uno su particular ritual, en voz baja, el instructor les repetía sus obligaciones y los peligros a que se expondrían de seguir adelante.

Nunca oí que ninguno hubiese abandonado en ese punto. Era un orgullo haber sido elegido cazador, y el ritual confirmaba su estatus.

Entre vítores de los asistentes, cada cazador recibía de manos de su instructor las armas con que defenderían la colonia, a partir de ese momento. Estas eran personalizadas, hechas a medida, con añadidos y mejoras que, a su futuro portador, le parecían adecuados.

La daga, en concreto, era un objeto tan único, que más parecía una seña de identidad.

Las había de diversas aleaciones, lo que les confería un color que variaba desde el plateado al dorado, pasando por todas las gamas de rojo y azul. Las empuñaduras eran tan singulares como las hojas. Algunas rectas, otras curvas, las más, sinuosas…, y cada una extremadamente afilada, amenazadoras incluso dentro de sus fundas.

La singularidad de las dagas decía mucho de su portador, además de ser su herramienta más preciada, puesto que con ella llevaría a cabo la parte fundamental de su trabajo.

Los cazadores exhibieron sus armas personales, y las guardaron con celeridad y destreza, en cuanto el instructor los conminó a hacerlo.

Antu me miraba con una leve sonrisa. Parecía satisfecho y alzó su daga hacia Nahuel en mudo agradecimiento. Aquella era el arma con la que mató a su primera hembra, un regalo con el que esperaba traspasarle la misma suerte a su hermano.

Según Antu, solo le añadió una modificación que la personalizara, sin decirme de qué se trataba.

—¿Sabes el único cambio que le ha hecho a la daga? —Nahuel había bajado de las gradas de nuevo, y se encontraba sentado a mi lado en el banco, siempre tan sigiloso—. Le puso un delgado hilo de plata, en espiral, rodeando la empuñadura.

—¿Y eso que significa?

—¿De verdad tengo que explicártelo? —Me miró, elevando las cejas como si fuera un poco lenta de entendederas.

Debí ruborizarme hasta la raíz del pelo, segura de que el violento golpeteo de mi corazón tenía que escucharse desde el otro lado de la colonia.

Nahuel rió por lo bajo, viendo mi turbación, lo que hizo que me sonrojara más. No sé por qué parecía complacerle mi nerviosismo.

El siguiente paso de la ceremonia consistía en dotar al traje de cazador, de un brazalete, un dispositivo muy sofisticado, mediante el que podrían mimetizarse con el entorno, y que, una vez activado, recibiría las lecturas de todos los datos del grupo asignado.

Por último, el punto más doloroso: el grabado a fuego que insertaría en su piel el dispositivo de teletransporte. Según la destreza del cazador, el tatuaje podía representar a una serpiente, un guepardo, un halcón o un tiburón. Algo que decidían los instructores tras detenida observación del aspirante.

Antu llevaría el mismo que su hermano, una serpiente dibujando una S sobre el dorso de su mano izquierda. Solo los más hábiles y sigilosos de los cazadores llevaban la letal marca de la serpiente. Desde luego, a Nahuel le iba que ni pintada.

El aparato de Antu ya humeaba al aire tibio, Darío le hizo una muda pregunta a su pupilo, que asintió, colocando la mano con la palma abierta sobre la mesa. Iba a ser el primero. Me miró fijamente a los ojos. Yo tenía ganas de cerrar los míos, sabiendo el daño que aquel hierro de marcar le iba a causar.

—Míralo, Antu está buscando tu fuerza, y te conviene ver cómo será cuando llegue tu turno —me susurró Nahuel.

El instructor aplicó el aparato sobre el dorso de la mano de Antu, que hizo una mueca, apretando los dientes en mudo grito, mientras el humo ascendía de su piel quemada hacia el cielo oscuro. Sus ojos enrojecieron, sin apartar su mirada de la mía. Palideció de modo visible, aunque aguantó los dos minutos necesarios que incrustaran los millones de receptores requeridos en el teletransporte.

Aquel aparato fundía la piel, igual que si se tratara de cera, era muy doloroso, pero no dañaba la movilidad de la mano. Ni músculos ni tendones perdían un ápice de su flexibilidad. Cuando se curaba la quemadura, quedaba el tatuaje de color rojo intenso, que iba virando

a púrpura con el paso del tiempo.

Algunos cazadores se desmayaban antes de terminar el proceso, entonces era necesario repetirlo bajo anestesia y supervisión médica.

Estos eran los últimos en ser escogidos en los grupos de cazadores ya formados. No era un signo de debilidad, a pesar de la negatividad que conllevaba, muchos buenos profesionales se desmayaron durante el proceso de tatuaje.

Antu levantó la mano ennegrecida y todos lo aclamaron. Volvió al banco a trompicones, y se dejó caer entre su hermano y yo.

—¡Duele, joder!, ¡si lo sé, me hago recolector! —exclamó sonriendo, aunque con la respiración aún acelerada.

Nahuel le palmeó el hombro.

—¡Se pasa en un par de horas, canijo!, voy a investigar a quien le ha tocado preparar las bayas este año, y te traigo un trago, a ver si recuperas el color.

Se alejó con el mismo sigilo con el que se acercaba.

—¿Estás bien? —le pregunté a Antu, su cara todavía tenía un color ceniciento.

—Se me pasará enseguida.

Entre la gente se levantó un murmullo al caer desmayado el siguiente cazador, antes de que el tatuaje hubiese impregnado su piel.

Cuando el último postulante terminó su ritual, Antu ya no estaba tan pálido. Su mano, todavía ennegrecida, ya no humeaba.

—¿Te apetece un chupito y unos saltos?

Lo miré confusa.

Nahuel nos esperaba al final de una larga mesa, con un pequeño vaso levantado hacia nosotros.

—¡Aquí, Antu!

Nos ofreció sendos vasos que aceptamos, yo algo recelosa, porque no sabía qué era, y olía demasiado fuerte.

—¡Por el nuevo cazador! —Nahuel levantó el vaso en dirección a su hermano.

Varias personas a su alrededor alzaron sus vasos, uniéndose al brindis, y se tragaron el contenido de una vez.

Los imité y me arrepentí de inmediato. Lava líquida trazaba el recorrido desde mi boca hasta el estómago. Intenté tomar aliento y solo me salieron toses secas. Aquello quemaba.

Antu me propinó unas palmadas en la espalda, sin dejar de sonreír.

—¿Nunca habías probado las bayas maceradas?

Negué con la cabeza, segura de que las cuerdas vocales también habían perecido en el experimento.

La sensación de quemazón pasó, dando lugar a otra muy distinta. El calor del estómago se expandió, relajando mis músculos. Me sentía ligera y tranquila, tanto que estaba segura de que el plateado de mis ojos apenas debía verse.

Me sentía bien, y dejó de importarme si el resto de los invitados me miraba o no.

Alargué la mano, pidiendo otro vaso que bebí de un trago.

—¡Eh, cuidado, esto es fuerte! —me advirtió Antu.

—Llévatela a quemarlo —le propuso Nahuel.

Flotaba entre los dos, nunca me sentí más ligera, ni notado aquel torrente de energía inmediato recorriendo mis venas.

A lo lejos, sonaba una música que me impulsaba a moverme y, ante el desconcierto de Antu, lo cogí de la mano para llevarlo hasta la fuente del sonido.

En un claro despejado muchos cazadores nuevos y sus parejas bailaban dando saltos, expresando lo que la música les inspiraba.

Me dejé llevar por aquel sonido, bailando por primera vez en mi vida sin trabas. Antu hacía lo mismo cerca de mí, saltaba y giraba a mi lado, dejándose atrapar por la música alegre y convulsa.

Estábamos sudorosos, con el pelo pegado a las sienes, y la

respiración acelerada. Antu me guiñó un ojo.

—¿Has quemado ya el alcohol?

Yo no estaba segura, todavía me sentía eufórica. Asentí porque necesitaba un respiro de tantas emociones nuevas.

Fuimos paseando despacio, dejando que el viento nos secara el sudor, hasta otra parte del espacio donde sonaba más música. Esta era suave, pensada para bailar con una pareja.

Antu me tomó de la cintura, e hizo que le rodease el cuello con los brazos. Nos mecimos hasta que comencé a despejarme, entonces, tomé conciencia de su cuerpo pegado al mío, su calor me traspasaba y su olor me excitaba.

—¿Nunca has estado con un chico antes, Nasirah? —me preguntó con voz ronca.

Negué con la cabeza, sin atreverme a mirarlo. Me sentía muy fuera de lugar en esa situación. Jamás había besado a nadie, mucho menos cualquier otra cosa derivada de un beso.

—Vamos, te acompaño a casa.

Caminamos en silencio, dejando atrás el rumor de la fiesta, sus dedos enlazados con los míos.

—¿Te ha gustado la ceremonia?

—Es interesante. Sé que forma parte de un rito, pero no es necesaria para ser cazador. —Me encogí de hombros.

—No lo es. Esa es la parte pública.

—Quiero ser cazadora porque sé que puedo hacer un buen trabajo, no creo que me sintiera cómoda formando parte de ese espectáculo.

Antu se detuvo.

—Tú no eres como los demás.

—¡Por supuesto que no! Soy la chica envenenada a la que no mataron los génesers. —La rabia salió con mi voz, por cuenta propia.

Antu me cogió por los hombros para que lo mirase a la cara.

—No eres igual que el resto, eres especial porque eres tú.

Se acercó y me besó sorpresivamente. ¡Mentira! Sí que lo esperaba, lo que ocurre es que no sabía qué hacer.

Antu me fue guiando, abriendo con sus labios mi boca, acariciando con su lengua la mía, mordisqueando mi labio inferior cuando pensaba que necesitaba aliento.

¡Y vaya si necesitaba aliento! Me sentía como si hubiese corrido durante kilómetros a toda velocidad, jadeante y con el corazón trabajando a todo lo que daba de sí.

Antu se apartó un poco de mí. Intenté retenerlo con mis brazos.

—Con calma, Nasirah. Lo que tiene que ver contigo es tan intenso que me da un poco de miedo.

—Eso es lo que suelo provocar.

—No ese tipo de miedo, nada que ver con lo que piensan los demás.

En el portal de mi casa me volvió a besar y luego me separó de él con delicadeza. Me sentía azorada y excitada.

—No es el momento, ni el sitio —me susurró con voz ronca—. Lo buscaremos si lo deseas tanto como yo, pero no ahora.

Se me escapó un gemido de frustración, a pesar de que sabía que Antu tenía razón.

Me volvió a besar, esta vez de forma fugaz, antes de desaparecer en la noche.

Mi madre no dormía, lo supe por su respiración regular. Le agradecí que no quisiera hablar en ese momento, sería incapaz de explicarle cómo me sentía.

Me desvestí despacio, pensativa. Estaba cansada y enamorada, o eso creía. Teniendo en cuenta mi trayectoria vital, aquello no era del todo bueno.

Quería irme de la colonia, y ahora me ligaba a ella alguien más que mi madre. El nuevo cazador me hizo dudar de mi propósito, por un momento.

Con toda la excitación del día, pensé que pasaría la noche en blanco, sin embargo, me dormí enseguida, aunque con una profunda sensación de estar perdiendo un tiempo del que no disponía.

9. Mi iniciación clandestina

—Cazadora —me susurró al oído una voz conocida— ¡Eh, cazadora!

La luz fría de la luna entraba a raudales por mi ventana, mientras Nahuel me sacudía por el hombro, intentando sacarme del sueño, sin hacer ruido.

—¿Qué haces aquí? —farfullé, medio dormida.

—¿No querías demostrar tu valía? Entonces, ¡levántate!

Fui a incorporarme y me detuve al recordar que dormía sin ropa.

—Oh, vamos, princesa, no eres la primera chica desnuda que veo.

—Gírate —le pedí secamente.

Él lo hizo y me alargó, por la espalda, un traje negro de cazador.

—Ponte esto, y que sea rápido, quedan pocas horas de oscuridad.

Me vestí con la chaqueta, los pantalones y las botas negros, sin preguntarle por qué. La prenda nueva registró enseguida la huella de mi dedo, lo que me permitió cerrar la cremallera táctil.

—Sígueme —me indicó, sin mirarme.

Mi casa estaba en silencio, mi madre dormía tranquila. Nos deslizamos por las calles vacías, ocultándonos entre las sombras, esquivando los charcos de luz de las farolas.

En mi edificio de entrenamiento reinaba la oscuridad, aunque lo conocía tan bien que no necesitaba luz alguna que me guiase. El cazador, que debía tener una visión nocturna sobresaliente y se orientaba a la débil claridad de la luna que se colaba entre los escombros, me precedió hasta la zona donde se encontraban mis pertrechos, ya listos.

—Te ibas a ir mañana, ¿no? —Nahuel ahora se volvió a mirarme, y me puso un brazalete de mimetización en la muñeca izquierda—. Debes marcharte esta misma noche.

—¿Y eso por qué?

—Antu no te va a dejar ir sola. Piensa que podrá ayudarte, y yo no voy a permitir que os matéis los dos. Si sobrevives a los génesers y regresas, ya hablaremos.

Lo miré, todavía atontada por el sueño.

—Muchas gracias, te notaba preocupado por mi seguridad —le contesté, irónica.

—Ese traje te permitirá mimetizarte con el entorno, pero todavía te falta algo imprescindible: necesitas teletransporte —dijo, sin hacer caso de mi comentario.

Tomó un aparato similar al que había quemado la mano de Antu horas atrás.

—¿Estás lista?

Nahuel me cogió la mano y la extendió sobre una losa, sin esperar respuesta.

—No te muevas durante dos minutos. No te desmayes. No pienses más que en tu objetivo.

Me aplicó el metal candente sobre el dorso de la mano.

Sentí la quemazón inicial, luego, el intenso escozor que dio paso al dolor vivo y mordiente.

—Grita, si tienes que hacerlo, no te desmayes.

Aullé en mi interior, no iba a darle el gustazo de que me viera flaquear, porque aquello dolía una barbaridad. Mucho más que cualquier cosa que hubiese experimentado antes. Más que el veneno recorriendo mis venas. O quizá es que ya había olvidado aquel dolor lacerante del primer mes, cuando me retorcía en la cama, pensando que la cabeza me estallaría, y casi deseándolo para dejar de sufrir.

Me miró, escrutador, al apartar de mí aquel maldito aparato de tortura. No vi lástima en su mirada, lo que me complació, estaba segura de poder soportar ese dolor, y mucho más, si ello me convertía en lo que siempre deseé.

Ese era mi ritual de iniciación.

Ya le dije a Antu que no era necesaria la celebración de iniciación, lo que no imaginaba es que mi ritual sería la misma noche

que el suyo.

Ahora caía en la cuenta de que Nahuel quiso que observara atentamente a su hermano cuando le tatuaron el teletransporte, porque me tocaría sufrirlo pocas horas después.

—¿Sabes cómo usarlo?

Asentí, si respondía con voz temblorosa, perdería el respeto por mí misma. Prefería no probar.

—Coge tus cosas, nos vamos.

Tardé un minuto en recoger la mochila y las armas.

Al fondo, una sombra más oscura que el entorno, se movió despacio, en la periferia de mi visión. Supe que era Kayla. De necesitar en las colonias un grupo de espías, ella no sería cazadora.

En cuanto estuve lista, Nahuel me rodeó con sus brazos.

—Nunca he hecho esto, espero que funcione —me dijo en voz baja contra mi pelo.

Jamás supe si el vértigo que sentí era por su abrazo, por el mareo de la piel quemada, o por el teletransporte.

Aparecimos juntos tras la triple barrera de chiles, fuera de la vista de los guardias.

—Estamos al Norte de la colonia y tienes una pantalla en la que ubicar los grupos de génesers. Si de verdad eres inmune, no pierdas el tiempo caminando, transpórtate de un grupo a otro. Mi teletransportador está unido al tuyo como si fuésemos un equipo, sabré en todo momento dónde estás, y si te encuentras en peligro.

La verdad es que empezaba a creer que todo esto era un sueño del que despertaría en algún momento, desnuda en mi estrecha cama, sin la quemadura que me palpitaba en el dorso de la mano izquierda, despojada del peso de las armas y de la mochila, fuera del alcance de los ojos escrutadores del hermano de Antu.

El cazador no esperó mi confirmación y continuó:

—Tienes dos días. Llega hasta donde puedas en ese tiempo, el tercero tendrás que volver.

Me alzó la barbilla, asegurándose de que lo mirara a los ojos, y comprendiera la gravedad de sus palabras.

—Calculo que podré ocultar tu escapada ese tiempo, convendría que no te demoraras más, o tendremos un problema con el Consejo. Además de explicárselo a tu madre, tendré que lidiar con mi hermano, e impedir que salga a buscarte.

—Si no funciona…

—Si no funciona, tú morirás, Antu nunca me lo perdonará, y todos estaremos condenados. No sé si te has fijado, ellos son cada vez más y nosotros, cada vez menos. Si dentro de un rato pierdo tu señal…, bueno, confío en que eso no ocurra… Somos muchos los que apostamos por encontrar una salida a nuestra actual situación, y estoy convencido de que eres la clave.

—Esperas que demuestre que llevas razón.

—Ibas a marcharte igual, ¿no? Pretendo facilitarte las cosas, porque no soy el único que piensa que eres capaz de hacerlo, tú también lo crees.

No podía negarlo, aunque mi fe era menos firme que la suya.

—Ven, acércate. Voy a invertir el mando. Desde ahora, tú eres la líder, vamos a comprobar que puedes teletransportarte sin problemas, ¿ves aquel grupo de árboles?, ¡llévanos!

Alcé las cejas, esperando instrucciones.

—Haz los cálculos y cógeme fuerte. —Me miraba como si fuese idiota.

Lo hice. Pensé en las coordenadas y, antes de dar la orden, rodeé con los brazos la cintura de Nahuel.

El vértigo del salto se juntó con el escalofrío que me recorrió cuando él me abrazó, a su vez. Después de que, en siete años, los únicos abrazos fueran los de mi madre, y que los pocos que me dirigían la palabra eran los distintos instructores, y la mayoría de ellos a regañadientes, esto ya me estaba superando.

De un día para otro, el chico que me gustaba me había abrazado y besado, y ahora me topaba con sentimientos encontrados respecto a Nahuel. Aunque su intención, en todo caso, no era la misma que la de

Antu, me pregunté si un beso suyo me haría sentir lo mismo que experimenté con su hermano.

Aparecimos en el sitio indicado sin tropiezos, gracias a que el teletransportador era un ingenio capaz de hacer su trabajo sin tener en cuenta mis tribulaciones.

—Bien, llévanos al edificio de donde hemos salido, no puedo entrar por la puerta de la muralla exterior sin tener que dar muchas explicaciones. Mientras seas la jefa de grupo, mi uso del teletransporte será limitado, así nos aseguramos de que eres capaz de llegar bastante lejos con un salto. —Su expresión era seria, pero sus ojos chispeaban maliciosos cuando volvió a abrazarme.

Sospechaba que Antu y él debieron hablar de mi falta de experiencia con los chicos, porque creo que se daba cuenta de mi turbación, y le divertía.

Una vez en el edificio, me desasí con rapidez. Kayla debía seguir allí, y no quería darle mayores motivos de inquina.

—Ten cuidado ahí afuera. Te recomendaría que buscaras algún géneser solitario y probases con él la teoría de la inmunidad. En caso de que no funcione, siempre tendrías tiempo de abatirlo con el rifle y regresar. Es preferible tener una buena cazadora viva, a una idealista valiente, pero muerta. No sé cómo, pero me las arreglaré para cuidarte, en lo posible, confía en mí.

Antes de señalarle que eso contradecía lo dicho anteriormente, o de que añadiese algo más, o de tener que despedirme sin saber qué decir, salté al punto anterior.

Me quedé bastante rato apoyada contra un árbol, dejando que mis ojos se acostumbraran al resplandor de la luna, que proyectaba sombras oscuras sobre la cubierta de hojas secas y ramas rotas.

¿Me pareció detectar algo de preocupación en la expresión del jefe de cazadores? Producto de mi imaginación, claro. Su inquietud se debía a sus planes futuros, que dependían, por completo, del resultado de este experimento. Una prueba en la que solo yo corría el riesgo de morir.

No pensaba seguir su consejo. Él no lo entendía. Si no podía hacerlo porque, después de todo, lo ocurrido en los campos era producto de una casualidad, prefería no volver. Regresar con las manos vacías me condenaría a una muerte lenta.

La única forma de retorcer el brazo del Consejo, sería demostrando que era especial, algo en lo que ni yo misma confiaba. Lo sentiría por mi madre y por Antu, tendrían que superarlo, y lo harían porque ambos eran fuertes.

Me coloqué el visor, una pequeña pantalla que cubría solo uno de mis ojos, accedí al localizador y tracé el camino.

Tres días. El cazador pensaba que sería tiempo más que suficiente, teniendo en cuenta que necesitaría parar para dormir y descansar.

Mis planes eran otros.

La S de mi mano ya no palpitaba tanto, solo escocía al rozarla con el dedo. Daba igual, siempre me curé con rapidez, lo importante es que funcionaba.

Escogí la ubicación de la hembra más cercana, situada al Suroeste de mi posición. Era el momento.

Preparé mi rifle y desaté las pretinas de las fundas que aseguraban la pistola y la daga, cada una amarrada a uno de mis muslos.

Inspiré varias veces, vaciando el contenido de mis pensamientos, apoyé una rodilla en tierra y salté.

10. Dar el salto

El terreno desnivelado al que fui a parar, hizo que perdiera el equilibrio y saliera rodando, a pesar de mi firme posición.

El exhaustivo entrenamiento físico tenía esa finalidad: ser capaz de reaccionar ante una situación parecida. Controlé la caída hasta que tuve las dos rodillas asentadas en el suelo, con firmeza.

Conservaba el rifle en las manos, lo levanté y apunté al frente. Las otras armas seguían en sus fundas.

Los génesers, situados a unos metros de mí, dejaron la pelea en la que estaban enzarzados, al parecer por los despojos de un pequeño animal, ventearon el aire, y yo me preparé para llevarme a alguno por delante.

Podía haber fingido que no les temía, pero lo cierto es que mi instinto de supervivencia casi me hace retroceder en el salto a la posición anterior.

El recuerdo del Consejo me retuvo afianzada en la tierra, apuntando hacia adelante, sin atreverme a respirar, con los ojos casi fuera de las órbitas.

El grupo de enormes y temibles animales, volvió a su disputa, como si yo fuera invisible. Me mantuve en mi posición durante varios minutos, sin terminar de fiarme.

Cuando el hedor que me rodeaba dejó de ser tan ominoso, y el sudor que me cubría la frente comenzó a secarse, coloqué los pies en el suelo, tensa, dispuesta a saltar.

Ningún movimiento delató que mi presencia les resultara molesta.

Alrededor de la elevación, se apiñaban varios grupos. Unos dormitaban tendidos sobre excrementos, restos podridos de animales y charcos de orina, otros se movían hacia el exterior de la formación, igual que soldados divididos en formaciones, patrullando.

Contemplé a unos cuantos perdiéndose en el horizonte, corriendo veloces, en dirección Este. Cazadores, deduje.

Cuatro de ellos se acercaron, con animales colgando de sus fauces, hasta la posición de la hembra. Depositaron los restos frente a

ella, y se alejaron con la cabeza gacha.

La hembra era más grande que el macho más corpulento, sus garras y dientes, sin embargo, eran de menor tamaño. Ellas no cazaban.

Volví a inspirar, sin dejar de observar la razón de que estuviese allí, mi objetivo, mi primera hembra. Aunque me mantuve agachada, comencé a desplazarme en su dirección.

Nos separaba un espacio considerable, pero podía ver sus ojillos verdes brillantes, dotados de luz, con una fosforescencia casi hermosa. A su alrededor, una zona propia de veinte metros, que los machos solo cruzaban para dejar la comida a su alcance.

Las hembras, mucho menos rápidas que los machos, eran igual de letales, a su manera. Dotadas de un potente veneno, alojado en las protuberancias cónicas afiladas como pinchos que le protegían la cabeza y el extremo de la cola, un mínimo roce era capaz de terminar con un humano, y todo el que lo tocase sin la debida protección.

El más leve contacto con las zonas expuestas de la piel, y el veneno era tan letal para quien tocaba al infectado, como si la hembra lo hubiera envenenado directamente.

Yo lo sabía muy bien. Mi padre me contagió acariciándome la cara con las manos desnudas.

Me erguí y caminé despacio hacia la hembra, era el momento de la verdad.

Tracé una senda sinuosa entre los machos, vigilando de reojo algún movimiento extraño. No lo hubo.

Mi respiración seguía entrecortada, mi pulso era acelerado, pero firme. Sabía lo que tenía que hacer, tan solo me frenaba el temor que todos llevábamos dentro desde nuestro nacimiento.

Esperaba que, en cualquier momento, uno de los génesers se diera cuenta de mi presencia, y aquella ilusión terminara.

No pasó nada, ni siquiera cuando uno de los machos se giró y me empujó con el flanco. Perdí un latido, pero el géneser continuó su camino.

Superado el reto de pasar entre ellos, quedaba acercarme a mi

objetivo. Vi cómo olisqueaba, girando su largo hocico en todas direcciones.

Me encontraba ya en la zona de nadie de los veinte metros. Los machos quedaban detrás y no podía vigilar sus movimientos. Debía centrarme solo en ella, que se giró en mi dirección. Su vientre prominente indicaba que pronto daría a luz a otro de sus engendros. Uno cada poco tiempo, era su función.

Me vio y no se alarmó. El ruido blanco y los chasquidos invadieron mi mente, igual que durante el ataque de los machos a la plantación de la colonia.

Intenté no desconcentrarme, quizá los génesers provocaban aquello, una especie de comunicación. Volvió a olisquear el aire y yo seguí acercándome, al tiempo que me colgaba el rifle en bandolera y desenfundaba la daga de mi padre.

Su mirada cambió en cuanto estuve a dos metros, el sobresalto sacudió su cuerpo y lanzó la cola en mi dirección. La esquivé por escasos centímetros, salté hacia su lomo y, a pesar de sus movimientos frenéticos por alcanzarme con los pinchos, le hundí el arma hasta la empuñadura en la abertura blanda de la base del cuello.

El ruido de chasquidos se convirtió en algo continuo, un aullido sordo, que cesó en cuanto murió. De alguna forma, eran capaces de emitir sonidos mentales.

A horcajadas sobre ella, noté la dureza de su pellejo rugoso, el olor dulzón de la sangre y un tufillo a miedo, si es que eso se podía oler.

Sentí sus vértebras seccionarse por la presión de la daga, al tiempo que se derrumbaba con un espasmo. Aprovechando la inercia de su caída, rodé por la tierra y volví a retomar mi posición de ataque, con la pistola ya en la mano.

Me quedé inmóvil, observando cómo cundía la alarma entre los machos, que comenzaban a moverse en todas direcciones, sin rumbo.

Extraje la daga de la abertura y me dispuse a saltar de nuevo. No me apresuré, los animales no podían detectarme. Su estado de alarma obedecía a la falta de la hembra. Los unía a ella algún tipo de cordón invisible que, al desaparecer, los dejaba desconcertados.

Localicé mi siguiente punto y salté a la mitad de camino.

Necesitaba un momento, tenía que asimilar lo ocurrido antes de volver a quedar atrapada en medio de un grupo de génesers.

La claridad del amanecer se intuía ya en el horizonte cuando llegué a un claro por dónde corría un riachuelo. Caí de culo, riéndome a carcajadas.

Ahora ya sabía que los génesers no suponían una amenaza para mí. Volví a reír, y a dar volteretas. Estaba deseando regresar y contárselo a todos. El Consejo no tendría más remedio que reconocer su equivocación.

Me sentía tan aliviada y contenta, que no me detuve a pensar si corría peligro.

Un gruñido a mi derecha me sorprendió tanto que, al volverme, ya tenía al lobo encima.

Se lanzó hacia mi garganta, con tanto ímpetu, que no me dio tiempo más que a ponerle las manos en el amplio pecho peludo, y dejarme caer de espaldas, mientras lo volteaba en el aire. Cayó con un tremendo golpe, que no le impidió levantarse enseguida y gruñir en tono amenazador, enseñándome sus dientes.

Desenfundé la daga, aún manchada con la sangre de la géneser, me levanté y adopté la posición de defensa.

El lobo se desplazó de lado, buscando un flanco por el que atacar. A mi espalda, un nuevo gruñido en tono bajo, me indicó que la manada estaba cerca.

¡Tendría gracia que, después de saber que era inmune a los depredadores más temibles de la Tierra, terminara como desayuno de una manada de lobos hambrientos!

Saqué la pistola y disparé al aire.

El sonido retumbó en el silencio y el lobo, a punto de atacarme de nuevo, se encogió, sin dejar de observarme y gruñir por lo bajo. Disparé otra vez, el instinto de conservación del animal debió superar su hambre porque volvió su huesuda grupa y salió corriendo.

El sonido amortiguado de unas patas a mi espalda, me indicó que la manada se retiraba.

Suspiré aliviada.

No hubiese querido matarlos, también buscaban su sitio en el caos, bastante tenían con conseguir comida y cuidarse, a su vez, de los depredadores que nos acechaban a todos.

Muchas razas de animales se habían extinguido sirviendo de alimento a los génesers, otros tuvieron que modificar su comportamiento y sus hábitos. Sobrevivían a duras penas, igual que los humanos, que pasamos de ser cazadores a presas, en el intervalo de un par de cientos de años.

Tomé nota: en adelante, no debía confiarme.

Continuaba eufórica al mandarle un breve mensaje a Nahuel, a través de la pantalla del brazalete: «Sigo viva».

Pensaba que sería suficiente. En cualquier caso, quería compartirlo con alguien y, excepto los lobos que ya se habían marchado, no vi rastro de ningún otro ser vivo cerca.

Comprobé el localizador de nuevo. Debía ponerme en marcha si quería llevar a cabo mis planes: llegar hasta la colonia más cercana, a unos cien kilómetros de la nuestra.

Salté, maté otra hembra sin incidentes, reposé unos minutos y volví a repetirlo diez veces más, antes de tomarme un descanso de verdad.

Necesitaba reponer fuerzas y dormir, aunque fuera un rato.

En todas las ocasiones en que había matado a las hembras, escuché aquellos chasquidos dentro de mi cabeza. Era algo que ya me resultaba familiar, una resonancia breve que quizá no escuchaba en mi interior, sino en una frecuencia muy baja que mis oídos apenas captaban.

Los machos también emitían aquel sonido, más esporádico, intercalado por momentos largos de ruido blanco. No siempre lo escuchaba al estar cerca de ellos, se trataba de algo ocasional, ligado a los génesers más fuertes.

Me deshice de parte del equipo con el fin de ir más ligera, no me hacía falta tanta munición, ni los sensores de movimiento, puesto que había decidido dormir sobre las ramas de los árboles, abundantes de allí hasta la siguiente colonia.

Ya no me preocupaban los ataques de los génesers que tropezasen

conmigo en una de sus excursiones de caza. No obstante, no debía olvidar la existencia de otros animales contra los que no era inmune.

Tomé algo de carne sintética y frutos secos, pasé todo con un largo trago de agua, y me dispuse a buscar un árbol alto al que encaramarme.

Escogí una rama ancha en la que pudiera estirar las piernas, y apoyé la espalda en el tronco. Me até por las caderas con uno de los tensores que servían a los cazadores de sujeción a la carlinga de los helicópteros. Crucé los brazos sobre el pecho y me dormí enseguida, confiando en que la alarma me despertaría dos horas más tarde.

Los días siguientes repetí tantas veces la operación de acercamiento a las hembras, que me llegué a confiar, algo que jamás debe hacer un buen cazador.

De no ser por mi inmunidad al veneno, estaría muerta.

Cuando salté esa vez, no estaba centrada. Era mi tercer y último día, según los planes de Nahuel. Sin embargo, calculé que me quedaban, al menos, doce horas más por delante, antes de llegar a la colonia Cuatro. No podía entretenerme ni descansar.

Y me sentía agotada. Apenas había dormido siete horas en aquellos días, y descansado solo los ratos justos, lo que me costaba comer y tomar aliento.

Ya sabía que, aunque cayese encima de un géneser, mientras no fuese una hembra, no ocurría nada. Me pasó dos veces, por querer acercarme demasiado, y el macho ni se inmutó.

Otras tantas veces caí sobre rocas o arbustos espinosos. El traje me protegía de las heridas superficiales, no de las magulladuras. Mi cara y manos estaban rasguñadas, cubiertas de sangre mía y de las hembras muertas.

Aquel anochecer, mientras pensaba en retirarme a descansar, llegó el único mensaje de Nahuel en esos días: «¿llegas?», decía.

Me detuve en el claro, entre los génesers macho y la hembra, y le contesté: «Un poco más».

Iban a ser unas horas muy largas para él, tendría que dar muchas explicaciones de por qué yo no aparecía.

Me acerqué a la hembra sin estar completamente concentrada. A estas alturas, ya sabía que no se alteraban hasta que casi me tenían encima. Estuve lenta, y uno de los pinchos de la cola me rasgó el traje a la altura de la pantorrilla.

No noté más que el arañazo, que me despejó por completo. Maté a la hembra y salté, casi de inmediato, a un lugar seguro. Necesitaba evaluar los daños.

Me senté en el suelo, sintiéndome desfallecer, más por el susto que por efecto del veneno.

No era como aquella otra vez, la que me envenené de mi padre, ahora mi cuerpo parecía absorber el veneno, en vez de intentar expulsarlo.

El arañazo apenas revestía importancia, el traje se auto-repararía y lo desinfectaría. Mi preocupación inmediata era la reacción que mi organismo pudiera tener al veneno.

Esperé en tensión. Bebí agua y me tumbé, expectante.

Me sentía un poco débil, nada más.

Salté otra vez y comprobé la reacción de los génesers ante mi nuevo estado de envenenada. No hubo ningún cambio, e intenté centrarme.

Todavía me quedaban bastantes horas por delante.

11. Una visita inesperada

Las murallas de la Cuatro se alzaban a medio kilómetro de mi posición, eran más altas que las de mi colonia y, en su base, pude ver una alambrada de espino envolviendo todo el perímetro. Los génesers tenían una piel demasiado dura, aquel obstáculo solo les haría cosquillas.

Los campos de cultivo rodeaban sus muros, igual que en mi asentamiento, traspasé el triple sembrado de chiles y me fui acercando, con los brazos en alto.

Noté una agitación en los guardias, y supuse que estarían avisando a alguien con poder de decisión.

—¡Soy de la colonia Tres! —grité.

La puerta grande siguió cerrada a cal y canto, nadie respondió. Cinco minutos más tarde, la pequeña, por la que cabía una persona inclinada, se abrió con un rechinar de goznes.

—Deja tus armas en el suelo antes de entrar —me dijo una voz grave.

—De acuerdo, siempre que luego pueda recuperarlas.

Me apresuré a desarmarme de manera ostensible, no sabía a qué venían tantas precauciones, evidentemente yo no era un géneser disfrazado.

—Estoy envenenada, no debería tocarme nadie sin guantes —avisé, antes de agacharme y pasar por la puerta.

El jefe de la guardia me observó con detenimiento, y se cuidó mucho de tocarme, o de acercarse demasiado. Desde luego, mi aspecto no era tranquilizador, yo también desconfiaría.

—¿Eres cazadora? ¿Has perdido a tu grupo?

—Tiene que llevarme ante su Consejo. Debo hablar con ellos —le dije.

Tres guardias me apuntaban con sus armas, en tensión, dispuestos a usarlas. Comprendía que mi presencia en su puerta era un hecho inaudito, aunque su reacción me parecía extrema. Las guerras entre humanos no se producían desde la invasión de los génesers, éramos

demasiado pocos, y las rencillas que pudieran existir no eran nada en comparación con el constante enfrentamiento a un común enemigo.

—Tengo que consultarlo —fue su respuesta seca—. Aguarda aquí.

El jefe de guardias ordenó a sus hombres en voz queda, que me vigilaran. Podía habérselo ahorrado, me encontraba tan cansada que no hubiera tenido fuerzas ni para saltar a través del teletransporte.

Me senté en el suelo, con la espalda apoyada en el muro, y cerré los ojos. Iba a esperar, aunque a mi manera.

—Levanta y sígueme —dijo uno de los guardias, dando toques en mi hombro con el cañón de su fusil.

Lo miré ceñuda, no me importaba que me despertara, pero su arma estaba cargada, y los accidentes ocurrían por tonterías como aquella.

Otro guardia, más joven y alto, cerraba la marcha con mis armas bajo el brazo, y sin apartar el dedo del gatillo de su fusil.

Aquella colonia era casi una copia idéntica de la mía, edificios maltratados por los años entre otros derruidos, barracones de chapa, infernales en verano y gélidos en invierno.

El hospital se encontraba al otro lado del asentamiento, así que tuve abundante público mientras me conducían hasta allí.

El personal médico tampoco se atrevía a tocarme. Me ordenaron desvestirme y darme una ducha desinfectante, antes de que una doctora, provista de mascarilla y guantes, me hiciera tumbar en una camilla.

—Has dicho que estabas envenenada…

—Así es.

—Según esto —me indicó un aparato que llevaba en la mano—, tus niveles de veneno son casi imperceptibles. ¿Has tocado a algún compañero envenenado?

Negué con la cabeza.

—Estoy sola.

—¿Tienes mareos?, ¿nauseas?, ¿visión borrosa?, ¿dolor?

No me prestaba atención, preocupada más por mi condición de envenenada.

—Me encuentro bien, solo necesito hablar con el Consejo.

—Te voy a inyectar una dosis que minimizará los efectos del…

—¿Es que no me oye? ¡Necesito entrevistarme con el Consejo!

Ella dio un respingo, con el inyector en el aire.

—No es necesario —bajé la voz, ahora que tenía su atención—, el veneno no me hace efecto. Si va controlando las lecturas, verá que cada vez hay menos rastro de él en mi cuerpo.

Me miró, alzando las cejas, escéptica, y volvió a pasarme el aparato de medición. La lectura debió ser sorprendente para ella, porque lo hizo dos veces más.

—¿Cómo es posible…?

—Ya se lo he dicho, el veneno no me afecta como al resto de la gente.

—¿Me perdonas un momento?

Se alejó sin esperar mi respuesta.

Me relajé un poco, estaba fresca después de la ducha y la sábana con que me cubría era suave y ligera. Me hubiese podido dormir, si no llega a entrar la doctora de nuevo, esta vez acompañada de algunos médicos más.

Comprobaron otra vez la lectura del aparato y cuchichearon entre ellos. Era una escena tan conocida que dejé de prestarles atención.

Cuando se cansaron, me dejaron sola y creo que en ese tiempo dormité un poco, necesitaba recuperar energías, combatir el veneno consumía parte de mis reservas y me encontraba muy cansada.

—Vaya, vaya, parece que tú eres la persona excepcional que andan buscando en la Tres.

El hombre era mayor, le calculé alrededor de los sesenta años, su cabello largo y muy blanco, contrastaba con su piel morena.

—Soy Sidonio, consejero de la colonia Cuatro. —Me tendió la

mano, que no quise estrechar por temor a tener todavía rastros de veneno—. No te preocupes, te han tomado muestras hace unos momentos y estás limpia.

Vestía un traje de recolector bajo una túnica gris. Aquello no era habitual, pensé. Los consejeros eran consejeros y nada más. No solían hacer trabajos manuales.

Le alargué la mano, que él encerró entre las suyas, en gesto afable.

—Me parece que eres alguien muy especial, me pregunto por qué no se ha dado cuenta de tus circunstancias al Consejo General.

Preferí callar. No conocía a ese hombre y podía tomarse a mal mis críticas sobre los líderes de mi colonia.

Por otra parte, eso era lo que buscaba cuando decidí seguir mis propios planes. Me temía que el Consejo de la colonia Tres, acostumbrado a mi rareza, no tomase demasiado en serio lo que acababa de hacer.

Si habían ocultado mi condición al Consejo General, nada me aseguraba que no volviesen a hacerlo, a pesar del testimonio de Nahuel y de las pruebas que llevaba. Todo aquello podía desaparecer.

Ahora les había arrebatado esa opción.

—¿El Consejo de la Tres me busca?

—Lo apropiado sería presentarse antes, por si no eres a quien buscan. —Soltó una risotada por su propia ocurrencia.

—Disculpe, soy Nasirah, hija de Damien y de Jade, de la colonia Tres.

—Encantado de conocerte, Nasirah —señaló un hueco en la cama, a mis pies—. ¿Puedo?

—Sí, claro.

Me retiré un poco, haciéndole sitio, y él despidió con un gesto a la doctora, que nos dejó solos.

—Parece que eres muy osada, muchacha. ¿Cómo has podido llegar desde tu colonia a la nuestra sola y a pie? —Agitó las manos, retirando la pregunta—. No, no me contestes, hablaba solo. El Consejo

en pleno está reunido, deseando escucharte, e imagino que querrás ahorrarte repeticiones. Respondiendo a tu pregunta anterior, tengo que decir, en honor a la verdad, que el Consejo de la Tres ha dado la voz de alarma hace una hora.

—¿Solo llevo aquí una hora?

—Llevas cinco, hija.

—Entonces, ¿cómo…?

—Alguien más que el Consejo de tu colonia se ha preocupado de buscarte y ponernos en alerta. Contactó con un grupo de cazadores, que extendió la voz al total del gremio. Estos, a su vez, dieron la noticia a guardias y pilotos. Debo decir que nos enteramos ayer de tu desaparición.

—Un día…, yo me encontraba lejos por entonces.

—Parece que ese cazador te conoce bastante bien. He hablado con él hace un rato, se ha alegrado mucho de saber que estabas aquí, y de una pieza. —Volvió a reír—. Una pena que ambos seáis cazadores, me ha parecido un gran chico, con un futuro prometedor.

Sidonio tenía una risa estridente y contagiosa.

Yo sonreí, sin comprometerme. No quise explicarle lo absurdo de aquella idea, ya tenía bastantes cosas, y más importantes, de qué hablar. Mis asuntos personales no eran de la incumbencia de nadie.

—He de decir que cuando llegó la noticia, todos éramos bastante escépticos. Saber de tu llegada ha supuesto una sorpresa. ¡Imagino la cara de los guardias al plantarte en la puerta!

Su risa cantarina llenaba todo el espacio.

Hizo señas a un cazador que esperaba tras la puerta acristalada, y que llevaba un traje idéntico al suyo entre las manos.

—Pasa, pasa, muchacho. Nasirah, este es Vanur, jefe de cazadores. Fue el primero que supo de tu aventura, parece que tiene muy buena relación con tu cazador.

—No es… —pensé en protestar, pero creí que no merecía la pena dar más explicaciones de las necesarias.

—Encantado, Nasirah. —Dejó el traje sobre la cama y se retiró un

paso—. Nahuel estaba muy preocupado, me ha pedido que venga a verte y que vuelva a llamarlo para asegurarle que has llegado ilesa.

—Gracias, Vanur. ¿Puedes pedirle que les diga, a mi madre y a Antu, que estoy bien? Espero verlos pronto.

Vanur tenía los ojos abiertos como platos. Su expresión le daba un aire juvenil, aunque debía encontrarse cerca de los treinta. Era pelirrojo, con las facciones angulosas, suavizadas por miríadas de pecas que le salpicaban el puente de la nariz y las mejillas.

—Todos queremos conocer tu historia, así que no dejes que Sidonio te acapare mucho tiempo, es un gran conversador… —Se despidió con una sonrisa.

—Gran muchacho Vanur —murmuró el consejero como para sí—. Y ahora, ¿qué tal si dejo que te vistas? Nos esperan.

—No soy cazadora… —contesté con timidez. Había usado uno de sus trajes por necesidad, ahora no quería mentir.

—Ah, ¿no? —Alzó las cejas risueño, a medio camino de la puerta —. La lectura del pasillo que has abierto entre la tres y la cuatro no está de acuerdo con esa valoración. Ni la mitad de cazadores que conozco ha matado a tantas hembras en su vida.

—No es lo que…

Me atajó levantando una mano.

—Vístete, te espero fuera. Tienes que contarnos tu aventura, yo estoy deseando escucharla.

El edificio del Consejo era un bloque achaparrado y gris, por completo anodino, aunque parecía nuevo.

Pensaba que la reunión sería en privado con los doce consejeros, pero, para mi sorpresa, Sidonio me condujo a un salón de actos repleto de gente.

Los consejeros ocupaban asientos sobre un entarimado y el resto de ciudadanos se apiñaba en un espacio semicircular de gradas. La mayoría sentados, pero también los había en la parte posterior, de pie.

De repente, mi seguridad se vino abajo. Lo mío me había costado mentalizarme para hablar ante el Consejo, no esperaba aquello.

Habría más de quinientas personas en el local, ¿cómo iba a contar mi historia delante de tanta gente?

Sidonio me hizo sentar en un sillón vacío, al lado de una consejera bastante joven que me miró con curiosidad, luego se adelantó hasta un atril y puso a todos en antecedentes sobre la forma en que se habían enterado de mi próxima llegada, de sus dudas al respecto y de mi aparición ante su puerta.

Después me hizo señas, indicándome que me acercara hasta el lugar que había ocupado él.

—Cuenta tu historia, Nasirah.

—¿Y qué cuento? ¿Lo que ha pasado estos días?

—Ah, no, no. Cuéntanos toda tu historia, las adoramos.

—¿Desde que nací? —pregunté incrédula.

—Claro, ¿dónde comienzan todas las historias?

—Se van a aburrir…

—A mí me da la impresión de que no va a ser así.

Me dejó sola.

—Hola, soy Nasirah, hija de Damien y de Jade. Nací en la colonia Tres y tengo 16 años… —De repente, me di cuenta del error— ¡Uy, no, perdón! Cumplí los 17 el otro día.

Hubo un coro de risas al que me uní por aquel estúpido olvido.

—Mi padre era cazador, y cuando yo tenía diez años llegó a casa envenenado…

Perdí la noción del tiempo sumergida en mi historia. A pesar de lo recomendado por el consejero Sidonio, solo me remonté a mi niñez con el fin de explicar el papel que mi padre tuvo en mi peculiaridad.

Me centré en lo esencial: el envenenamiento y cómo afectó a mi futuro.

Nunca compartí aquello con alguien que no fuera mi madre y, de repente, me di cuenta de que tenía mucho que decir, pese a sus advertencias.

Creo que nadie se movió, excepto los que estaban acuclillados y de pie, que se sentaron en el suelo.

—Quiero decir, que mi padre me entrenó y mi vocación siempre fue esa. Lo único que pretendía era mostrarle al Consejo de la Tres que podía ser una buena cazadora, aunque no pueda cambiar nada más de lo que soy —concluí.

Hubo un silencio en el auditorio. Nadie apartaba la mirada de mis ojos, ahora por completo plateados.

No me di cuenta de que lloraba hasta que Sidonio me alargó un pañuelo. Mis lágrimas eran tan plateadas como mis pupilas, otra peculiaridad que hubiese querido mantener en privado. El silencio del público me pesaba. Era probable que no hubieran creído ni una palabra.

De repente, Sidonio comenzó a aplaudir a mi lado. Fue como una señal, porque un ensordecedor ruido de aplausos siguió al suyo. La gente se puso de pie, el Consejo también se levantó de sus sillones, y yo deseé que me tragase la tierra. Prefería no ser el centro de atención, aunque solía serlo y recibir un trato despectivo.

Aquello resultaba distinto. ¿Podía ser admiración? Era poco probable. Tal vez, asombro.

Otra consejera se adelantó hasta el atril. Los aplausos se fueron atenuando, y el auditorio volvió a quedar en silencio.

—Hemos escuchado a Nasirah, de la colonia Tres. Dado que somos muchos, no podemos hacer un turno de preguntas abiertas. Solo los miembros del Consejo preguntarán a la joven.

Miré despavorida a Sidonio.

—No te preocupes, no te van a preguntar nada personal, solo sobre estos últimos días, y si hay algo a lo que no quieras contestar, no tienes que hacerlo. Nadie se va a ofender —me susurró.

Accedí y contesté lo mejor que pude, recordándome que aquello no era un examen.

La consejera explicó que los cazadores, los primeros en conocer mis intenciones, avisados por Nahuel que imaginó mi destino al comprobar la dirección que llevaba, no podían prestar su testimonio puesto que sus obligaciones eran una prioridad.

Luego acudieron varios guardias que estaban sobre la muralla a mi llegada, y contaron sus impresiones desde que me vieron. La doctora que me atendió contó su parte, incluso los otros médicos que habían confirmado la reducción del veneno en mi organismo, explicaron su experiencia.

Todos se ganaron los aplausos del público.

Jamás imaginé algo así, en mi colonia los asuntos del Consejo eran privados, aquí organizaban todo un espectáculo en el que los ciudadanos podían participar.

Los aplausos nos siguieron cuando Sidonio, que parecía haberme tomado bajo su protección, me condujo fuera del salón.

Era una sensación abrumadora, por primera vez ser el centro de atención no me desagradó. Dije lo que sentía y lo que pensaba, sin temor a las consecuencias.

—Vamos, Vanur nos estará esperando. ¿Tienes hambre? —me preguntó el consejero.

Negué con la cabeza. Me encontraba demasiado excitada por todo lo vivido, un detalle tan nimio no me preocupaba.

Sidonio me llevó a un pequeño barracón, base del grupo de cazadores que lideraba Vanur.

El jefe de cazadores estaba ante una gran pantalla, hablando en voz baja con Nahuel, que me pareció cansado y, tal vez, algo preocupado.

Mi corazón dio un vuelco. Pensaba que jamás iba a volver a verlo. Ni a Antu.

—¡Eh, cazadora! —Su expresión cambió de inmediato. La preocupación y el cansancio se borraron de su rostro—. Veo que estás entera. ¿Cómo ha ido la fiesta?

—Entretenida. ¡Te invitaré a la próxima! —reí, contenta de verlo—. ¿Alguna novedad por ahí, aparte de ese ojo morado?

No quería ser más explícita delante de extraños. Había criticado abiertamente al Consejo de la colonia Tres en el auditorio, seguir por ese camino supondría una temeridad.

—El ojo debería ser un piropo. —Nahuel pareció entender mis recelos—. En cuanto al resto…, habrá que esperar y verlo.

—¿Y mi madre?

—Ha pasado el día recolectando, está muy bien y esperando que vuelvas.

Se me escapó un jadeo.

—Voy a preguntar, y te diré cuando puedo estar de vuelta.

—No tengas prisa, cazadora. Descansa unos días, todo seguirá igual y te has ganado unas vacaciones.

No tenía ganas de cháchara intrascendente, me volví hacia Sidonio.

—¿Hay un transporte que me pueda llevar de vuelta a mi colonia?

—Bien, respecto a eso… Parece que hay algún problema.

El consejero me llevó fuera del barracón.

—¿A qué se refiere? —Lo agarré por la manga de la túnica, apremiándolo.

—El Consejo te ha declarado fugitiva y reclama que te enviemos cuanto antes.

—¡Fugitiva! —No podía creerlo.

—Tu cazador te ha dado un buen consejo: descansa unos días. Déjanos que llevemos esto a nuestra manera.

—¿Descansar? Consejero, mi madre no es recolectora, sino la mejor piloto de la colonia, la están castigando por lo que yo he hecho.

—Cinco días, Nasirah. Necesitamos ese tiempo, consultar con los Consejos de las otras colonias requiere de paciencia. Tu testimonio ha sido grabado y todos lo verán. Haremos entrar en razón a los consejeros de la Tres.

Asentí, era inútil seguir discutiendo, los consejeros tenían su manera de lidiar con los problemas.

—¿Dónde puedo dormir unas horas? —le pregunté.

Me acompañó de nuevo al barracón del equipo de Vanur, y prometió volver al día siguiente para mantenerme informada.

Yo tenía otros planes, no me gustaba dejarme llevar. Un cazador tenía un tiempo límite para llevar a cabo su trabajo, si esperaba, volvía sin haberlo realizado.

Le explique a Vanur lo que ocurría y lo que me proponía hacer.

—Necesito mi viejo traje, que guarda memoria de los últimos días, y mis armas. ¿Puedes enterarte de donde están?

—Deberías descansar un poco, se te ve agotada.

—Algo pasa en mi colonia, Vanur. No esperaré a que lo arreglen por vía diplomática. Mi madre ha sido degradada.

—Nahuel ya no es cazador —me confesó con un hilo de voz .

—¿Qué? —me quedé boquiabierta.

—Esta última comunicación era clandestina, él y todos los cazadores que guardaran alguna relación con su equipo, han sido reasignados.

¡Oh, mierda! ¿Qué había hecho? Pretendí echar un pulso al Consejo y ellos me habían mostrado las consecuencias. Me lancé al campo de juego, sin estar segura de poder ganar.

—¿Sabes dónde guardan mis armas?

—Sidonio ha mandado traer tus cosas. Sabía que, a pesar de su consejo, te ibas a marchar en cuanto tuvieras noticias de lo que estaba pasando.

—Gracias, Vanur.

Me cambié delante de él, no tenía tiempo de andarme con remilgos. Mi traje viejo se había auto-reparado, aunque no limpiado por completo. Mis armas encontraron su alojamiento en las fundas, como si hubiesen estado esperando la oportunidad.

Vanur se enfundó sus armas que sacó de una taquilla. Comprobó la munición y ajustó su teletransportador.

—¿Qué haces?

—Voy contigo, tienes que incluirme en tu grupo.

—No vienes conmigo, es peligroso.

—Tengo órdenes de no dejarte sola.

—¿Ordenes de quién?

—Sidonio, con el consentimiento del Consejo. Nahuel tampoco quiere que te presentes sola.

—Puede que los grupos más próximos a la Tres cuenten ya con nuevas hembras… —dije.

—Vale, te pones al mando, te apoyaré en lo que necesites.

—Entonces, vámonos cuanto antes.

—Sincroniza los teletransportes, mientras mi grupo se prepara. Seremos seis.

—¿No ibas a venir solo tú?

—Los míos me siguen, ¿qué voy a hacer? Ninguno se quiere perder la novedad —se encogió de hombros.

—De acuerdo. No puedo entretenerme en discutir.

Los demás cazadores entraron al barracón con el uniforme completo y listos para partir.

Me miraban con una mezcla de admiración y temor. Sabía del efecto que causaban mis ojos, pero no era el momento de perder tiempo.

—Os sincronizo conmigo. Voy a hacer saltos largos, si alguno no puede seguir el ritmo, es mejor que se retire cuanto antes, las hembras pueden aparecer en cualquier momento —avisé—. Estoy segura de que, al menos, la mitad del camino estará despejada, pero dejo el transporte libre por si necesitáis volver.

—Los machos seguirán por ahí. Si saltáis cerca de un grupo, teletransportaos enseguida a un punto anterior —recomendó Vanur, con buen criterio.

—Vanur y yo saltaremos primero, él os trasladará mientras yo me cercioro de que el terreno esté despejado —expliqué—. De ser posible, enlazaremos los saltos sin parar hasta la Tres.

Todos asintieron con un movimiento de cabeza. Estupendo, entendían que no era un juego. Yo no era una maga que hacía desaparecer a los génesers, tan solo era invisible para ellos, cosa que el resto del grupo tendría que solventar, llegado el momento. No podía detenerme a pensar en la responsabilidad que acababa de asumir.

El primer salto delató mi inquietud, me llevé a Vanur a nueve kilómetros, demasiado lejos.

—¡Joder! Dame un segundo, no sé si voy a poder traer a los míos hasta aquí —los ojos le bailaban un poco en las orbitas.

Uno tras otro fueron apareciendo en el lugar, igual de confusos que Vanur. Tomé nota de ser más paciente, si no quería perderlos por el camino, o terminar yo también tan mareada que bajara la guardia.

El siguiente salto fue a seis kilómetros, algo más de lo normal, pero no tanto como para desorientarnos.

Cuando el amanecer empezaba a romper la oscuridad en el horizonte, detecté la primera hembra rodeada de algunos machos. Su reducido número no ofrecía garantía suficiente, podían masacrarnos de igual forma.

—Yo me encargo de la hembra y te traslado a sitio seguro. Luego traes a tus cazadores.

—Podemos despejar para ayudarte.

—¡No! Los machos no pueden verme. Sería jugaros la vida en vano. Quedaos aquí, te transportaré en seguida.

Vanur no rechistó. Se había embarcado en esto cediéndome la responsabilidad del equipo, y aceptaría las órdenes. Aunque no quería abusar de ese puesto ocasional, ahora necesitaba que respetaran mi experiencia, porque no me perdonaría perder a alguno de ellos.

Todo salió según lo previsto hasta que, a unos diez kilómetros de mi colonia, un macho joven atacó a una de las cazadoras.

Mirian estaba a punto de saltar y solo pudo rasgarle el muslo con las garras, lo suficiente para necesitar cuidados urgentes.

Había descuidado su guardia, cansada como se encontraba de los continuos saltos.

El último agotó por completo mis menguadas fuerzas. Salté a mi edificio de entrenamiento, con Vanur sujeto con firmeza entre mis brazos. Estábamos mareados, pero él usó toda su reserva de energía en transportar a la herida.

Mientras Vanur traía de vuelta al resto de sus hombres, yo trasladé a Mirian al centro médico, haciendo caso omiso de mis nauseas. La dejé en manos de un doctor, que no me reconoció porque mantuve la mirada baja, y que se la llevó para tratarla de urgencia.

De regreso al edificio de entrenamiento, me dejé caer de rodillas. Vanur y sus cuatro cazadores estaban sanos y salvos tirados en el suelo, descansando.

—¿Nasirah? —Nahuel corrió hacia mí, se arrodilló y me abrazó tan fuerte que, el poco aliento que me quedaba, se diluyó en un suspiro—. ¡Sabía que vendrías aquí!

Por el rabillo del ojo pude percibir una sombra entre las vigas caídas. Kayla estaba al acecho, para variar.

—Vanur, amigo, gracias por venir. —Nahuel, vestido con un mono amarillo, le tendió la mano al cazador, que la estrechó con una sonrisa.

—¡No me lo hubiese perdido por nada del mundo! No imaginas de lo que es capaz esta chica.

—No solo me lo imagino, lo sé, he seguido sus avances desde que salió de aquí.

—¿Y tu equipo?

—Casi todos en servicios y recolección. No sospecha el Consejo el mal paso que han dado, tengo a media población en pie de guerra contra ellos.

—¿Tan mal está la cosa? —se preocupó Vanur.

—Peor. Menos mal que Nasirah fue inteligente y no siguió mis planes.

—Le recomendaste lo más sensato, Nahuel.

—En este caso he estado muy ciego. Nasirah ha tenido más visión, de no haber llegado a vuestra colonia, nadie fuera de estos muros, sabría de la corrupción del Consejo. Ahora me preocupa que esté aquí. Esta chica está loca.

—Loca o no, será bueno que pueda contar su experiencia de primera mano. El Consejo no podrá rebatir eso.

—Ya no es un pulso para ver quien lleva la razón, Vanur. Si tienen la mínima oportunidad, se desharán de ella.

Los escuchaba recostada contra unos escombros, algo alejada de ellos. Di un respingo.

—¿Matarme? ¿Por qué?

Nahuel bajó la vista.

—Si antes eras un elemento desconcertante, ahora eres peligrosa.

—Peligrosa —repetí con un jadeo.

—El mundo que conocemos hasta ahora puede cambiar gracias a ti. Eres valiosa por tu inmunidad al veneno, lo que te confiere un protagonismo que no desean, porque pones en riesgo sus cómodos puestos al frente de la colonia. El Consejo ha cometido muchos errores contigo desde que te envenenaste. No contaron al Consejo General tu particularidad, y después del ataque de los génesers, volvieron a guardar silencio —dijo Nahuel.

—De eso sí que nos enteramos en el resto de colonias —intervino Vanur—. Parece que intentaron minimizar lo ocurrido alegando que, en realidad, fueron los vigilantes quienes terminaron con los génesers. Los rumores no decían lo mismo.

¿Rumores? ¿Fue Nahuel quien difundió esos rumores?

—El Consejo debe dar muchas explicaciones —continuó Nahuel —. Supongo que, al principio, lo callaron porque querían estudiar tu rareza, y exhibirla ante los demás. Al no encontrar nada extraño en ti, excepto tu resistencia al veneno, perdieron interés. Después del ataque en los campos, hubiesen tenido que responder preguntas incómodas, era más sencillo callar y ratificarse en su opinión sobre tu utilidad en la colonia.

—¿De dónde salieron esos rumores de los que habláis? —pregunté.

Se miraron, y solo Vanur se atrevió a contestar.

—Entre pilotos y cazadores hay buena conexión, aunque los líderes de las colonias crean que estamos aislados.

—¿Mi madre?

Ellos se encogieron de hombros, sin querer implicarse.

—¡Esto es una estupidez! Hablaré con ellos antes de que…

—¡No! ¡Nadie debe saber que estás aquí! —Nahuel me cogió por los hombros, apretando tanto que me dolió.

—Entonces, ¿cómo voy a defenderme?

—Con esto —señaló mi traje, que había guardado memoria de todos mis movimientos desde que me lo puse—. Pero hasta que no estemos listos, nadie puede saber que te encuentras en la colonia.

—Ella lo sabe —señalé a Kayla.

—No hablará, está con nosotros.

Lo dijo con tanta seguridad que, por un momento, casi me lo creí. Esa confianza se disipó en cuanto vi los ojos de Kayla. No me fiaba de ella, ni de sus intenciones.

—Tengo que ver a mi madre y a Antu —dije.

Nahuel volvió a negar con la cabeza.

—Los tienen muy vigilados, esperando que te pongas en contacto con ellos desde la colonia Cuatro. De momento, debe bastarte con que sepan que estás bien, es mejor que sigan creyendo que te encuentras lejos.

—¿Y tú?, ¿no os vigilan a ti y a Kayla? Saben que me dejaste marchar.

—No, no lo saben. Imaginan que Antu y yo te ayudamos, pero no tienen la certeza. Kayla y yo podemos despistarlos, perdimos a nuestros vigilantes al otro lado de la colonia, y nadie más que nosotros conoce este sitio.

—De todas formas, no podemos quedarnos aquí, somos seis personas, y una patrulla de camino a su guardia podría descubrirnos. Vanur y su gente no deben correr más riesgos —le dije.

—Tranquila, lo sé, su presencia se consideraría como una interferencia en los asuntos de la colonia —asintió Nahuel—. He habilitado un refugio que puede servir, de momento. Vanur y los suyos se quedarán contigo. Y tú tienes que estar preparada, por si necesitas teletransportarte. No te quites nunca el traje, y debes tener las armas y la mochila a tu lado siempre. Necesito organizarlo, y hacerlo bien requiere que estés a salvo.

Afirmé con la cabeza, consciente de la gravedad del asunto. Lo único que había pretendido con mi rebeldía era reafirmar mi posición, no iniciar un conflicto.

Esperamos a que se hiciera noche bien cerrada. Con el fin de no llamar tanto la atención, primero nos marchamos Nahuel, Vanur y yo. Al cabo de media hora nos seguirían Kayla y los demás.

En cuanto llegamos a un edificio casi en ruinas, Nahuel nos hizo

pasar a un sótano despejado.

Solté la mochila con gran estrépito, ya no soportaba más su peso.

Nahuel la recogió y miró lo que tenía dentro. De un rincón trajo munición, agua y comida hasta llenarla, la cerró y se la colocó en la espalda.

—No hay tiempo para explicaciones. Vanur, copia estas coordenadas —se las indicó, y el cazador las introdujo en la memoria de su traje—. Nasirah y yo vamos a saltar hasta allí. Dame diez minutos y ven a recogerme. Me han deshabilitado el teletransporte, necesito de tu ayuda y tu silencio.

Su amigo asintió.

—Vamos, cazadora —me dijo, abrazándome.

Odiaba reconocer cuanto me gustaba aquella sensación. Saltamos, y esta vez no me aparté. Apoyé mi cabeza sobre su hombro, dejándome inundar de unas sensaciones que no debía provocarme él, sino su hermano.

—Ya sé que estás cansada, y me gustaría que no tuvieras que hacer este último esfuerzo. En esa dirección, a menos de un kilómetro, hay un grupo de génesers asentados en una zona arbolada. Debes quedarte allí hasta que te envíe una señal de que puedes regresar.

—¿Y Vanur y los suyos?

—Los trasladaré más tarde a otro sitio.

—Es Kayla, ¿verdad?

—Si.

—¿Por qué has permitido que sepa que estamos aquí, si sabes que trabaja con el Consejo?

—Porque era importante que os viera, y que crea que todavía confío en ella. Si los del Consejo se enteran de tu llegada, pero no pueden encontrarte, se van a poner más nerviosos, y entre los génesers jamás te encontrarán. No creo que vengan a buscarte en persona, aunque supieran de tu paradero.

—Podrían mandar una expedición a limpiar la zona…

—Los cazadores no están con el Consejo. Y aunque lo estuviesen, solo Vanur y yo sabemos tu posición exacta. El que yo ahora no sea cazador no implica que no me entere de lo que pasa.

Aparté la cabeza de su hombro para mirarlo a los ojos.

—¿Ya no eres cazador? Pensaba que se llevaba en la sangre, no que fuese algo que los demás deciden —le recordé lo que él me había dicho unos días antes.

Me devolvió la mirada, con unos ojos donde brillaba aquel destello que ya vi en otra ocasión. De repente me puso la mano en la nuca y me atrajo para besarme. No fue un beso suave, como el de Antu, sino una mezcla de pasión y de rabia, tan sensual que mi cuerpo despertó, el cansancio se evaporó y cada poro de mi piel pedía con ansia su contacto. Su lengua entabló una lucha a muerte con la mía, sus dientes mordieron mis labios, hasta que el beso me supo a sangre y dolor. No un dolor físico, era algo profundo que tenía más que ver con la vergüenza.

Me apartó tan rápido como me había atraído.

—Lo siento, no volverá a ocurrir.

Vi en su expresión un reflejo de la mía, sorpresa, terror y deseo, en una mezcla confusa e irreal.

Me colgó la mochila a la espalda, sin acercarse más de lo necesario.

—Vete, Vanur no tardará en llegar.

Me puse a caminar con el rifle preparado entre las manos. Sentí su mirada que me pesaba más que la mochila, pero no me giré ni una sola vez. Ni siquiera cuando supe que Vanur y él ya no estaban.

14. Un paso al frente

Me acerqué a la manada de génesers lo justo para asegurarme de que nadie más se iba a adentrar en aquel terreno, ni humanos ni otros animales. Dejé la pesada mochila junto a un árbol grande, el fusil al lado, y me senté con la espalda apoyada en el tronco.

Creo que me dormí de inmediato, agotada física y emocionalmente. Apenas sentí la alarma silenciosa del traje, que me cosquilleaba en el antebrazo, avisando de que mi temperatura corporal estaba alcanzando límites alarmantes.

Entreabrí los ojos, por la posición del sol supe que había pasado el día entero bajo sus rayos abrasadores, porque era media tarde cuando desperté. Me dolía la cabeza, y tenía el pelo pegado a la cara. La refrigeración del traje aislaba mi cuerpo, excepto cabeza y manos, que quedaban expuestas.

Con la visión borrosa, contemplé a un grupo de machos que venían en mi dirección, a toda carrera. Eran cuatro y bastante grandes. Me incorporé rápidamente, aunque me encontraba entumecida.

Los disparos sonaron a mi espalda. Varias ráfagas seguidas hicieron caer muertos a dos de los machos, que se arrastraron unos metros sobre el suelo por la inercia de la carrera.

Nuevos disparos, y los últimos dos cayeron fulminados.

Me refugié tras el tronco del árbol, tragando saliva con dificultad y pensando que el Consejo me había encontrado, a pesar de las precauciones.

Hice un rápido cálculo, echando un vistazo a los génesers que, atraídos por los disparos, comenzaban a moverse despacio hacia mi posición. Pronto empezarían a correr y los cazadores que me acechaban tendrían que disparar contra ellos y saltar, si querían seguir vivos, no podrían abatirlos a todos. Entonces podría mezclarme entre los animales con seguridad, y ponerme fuera del alcance de sus balas.

Quería ver cuantos eran y me asomé con precaución. La sorpresa me paralizó.

Nahuel, Vanur y los otros cuatro cazadores de su grupo, corrían hacia mí con las armas preparadas.

Los génesers también los vieron, y ya empezaban a coger velocidad.

¡Mierda!

Me lancé a la carrera con el fin de interceptar a los cazadores, trastabillando un poco por la prisa.

—¡Vanur, salta con los tuyos!

Atrapé en un abrazo a Nahuel y al cazador más cercano, Joshua creía que se llamaba, los sujeté bien, y salté. Los animales se encontraban a solo unos metros. No quise mirar sobre mi hombro, pude notar el retumbar de la tierra bajo sus poderosas patas, antes de transportarnos.

Caímos rodando los tres, justo al lado de una formación rocosa, a apenas un kilómetro de la muralla de la colonia.

Nahuel detuvo el impulso que me lanzó contra las rocas, librándome del golpe, Joshua no tuvo tanta suerte y se magulló el hombro, emitiendo un gruñido de dolor.

—¡¿Estás loco?! —le grité a Nahuel—. ¡Podían haberos matado a todos!

—¡Joder, tu traje indicaba que estabas casi muerta! —me gritó él también.

—Te estrangularía… —mascullé, al tiempo que intentaba ponerme en contacto con Vanur, y ayudaba al otro cazador a levantarse.

—¿En qué coño pensabas? ¡Estás deshidratada y quemada! —Nahuel parecía furioso conmigo.

No le hice caso, quería saber si los cazadores se encontraban a salvo.

Vanur me contestó al fin. Estaban en la colonia, donde marcaron el punto de retorno, por si acaso.

—Llevaba días sin dormir, y sin descansar más de quince minutos seguidos desde que salí de la colonia Cuatro. ¡Me dormí al sol!

Joshua nos miraba desde la distancia, frotándose el hombro y preguntándose si debía intervenir. Sabía que ahora mis iris estaban

plateados por completo, que daban miedo y resultaban desconcertantes, por lo que optó por mantenerse al margen.

Nahuel se llevó las manos a la cara, frotándosela como si quisiera hacer desaparecer los últimos minutos.

—Vale, estás bien, ya lo veo. Estaba..., ¡oh, joder, estaba pensando cosas muy raras! Cuando Vanur me avisó de que tenía lecturas preocupantes de tu traje...

—Esto... —Joshua nos interrumpió con timidez—. Vanur me pide localización.

—Mándasela —le ladré, sin dejar de fulminar con la mirada a Nahuel.

—Oye, lo siento. Creía que te encontrabas a salvo, y me alarmé cuando vi que no era así. —Se acercó a mí con intención de tranquilizarme.

—Llevo muchos años cuidándome sola, no necesito niñeras.

—¡Eh, vamos! Siento haberte asustado…

—No es eso, Nahuel, has puesto a los cazadores de Vanur en peligro por una tontería.

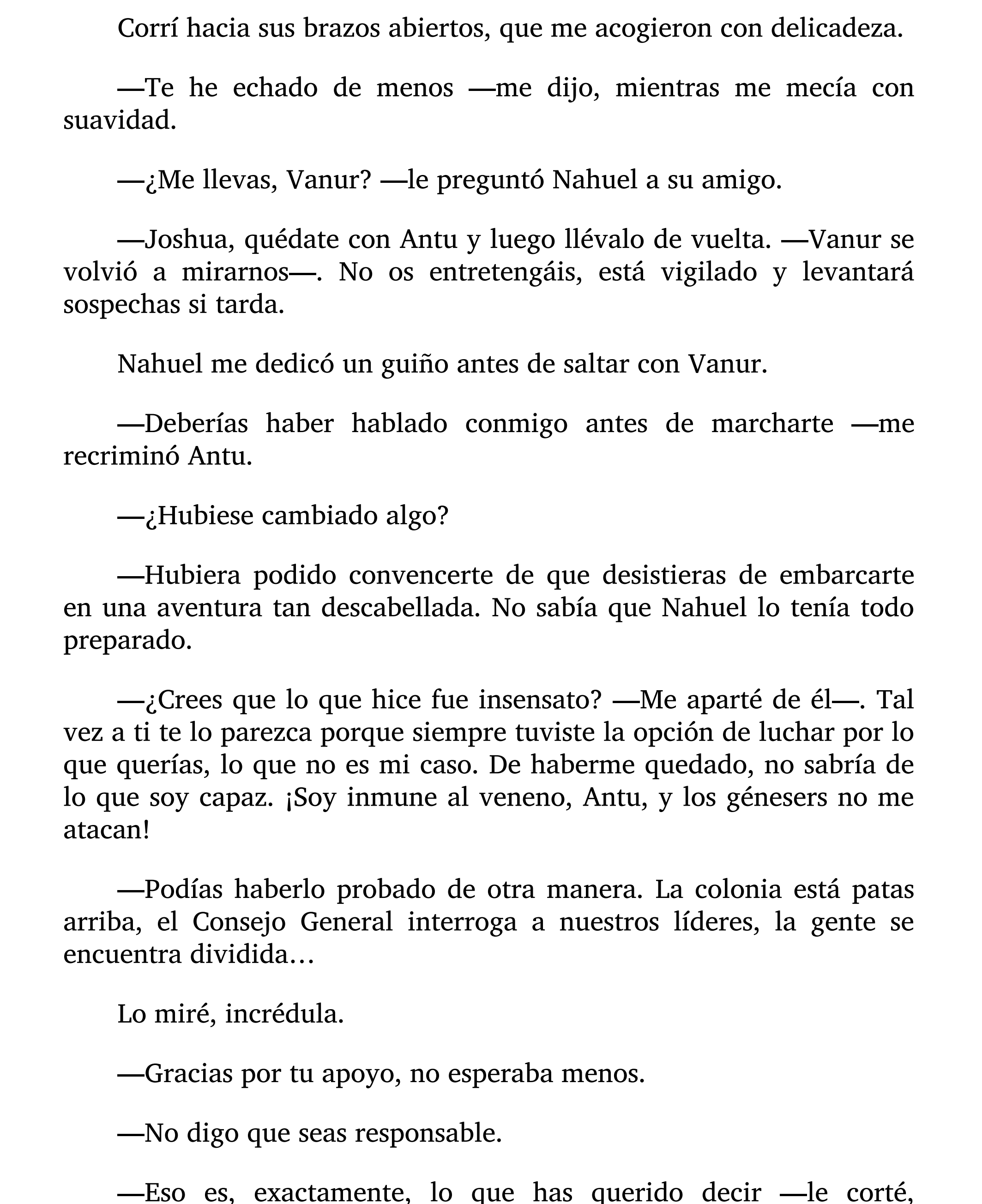
—Una tontería —repitió pasándome un brazo por encima de los hombros—. Igual te lo parece, el problema es que ahora eres importante para muchas personas de la colonia, y también para mí. Dije que te cuidaría, ¿no?

¿Desde cuándo le importaba a la gente de la colonia? A él ya sabía por qué, yo era su excusa. A través de mí, quería iniciar una nueva expedición que terminara con la hembra del Norte.

Mi enfado se iba atenuando, no acostumbraba a que nadie se preocupara por mi seguridad, y era una sensación agradable. Hice un tibio intento de quitarme su brazo de encima, con bastante poca convicción. Cuando llegó Vanur, mi malhumor casi era un recuerdo.

Pero el cazador no llegó solo. Antu le acompañaba.

—¿Quieres que el ojo derecho haga juego con el otro? —le preguntó a Nahuel, que se encontraba igual de sorprendido que yo— ¡Quítale las manos de encima!



Corrí hacia sus brazos abiertos, que me acogieron con delicadeza.

—Te he echado de menos —me dijo, mientras me mecía con suavidad.

—¿Me llevas, Vanur? —le preguntó Nahuel a su amigo.

—Joshua, quédate con Antu y luego llévalo de vuelta. —Vanur se volvió a mirarnos—. No os entretengáis, está vigilado y levantará sospechas si tarda.

Nahuel me dedicó un guiño antes de saltar con Vanur.

—Deberías haber hablado conmigo antes de marcharte —me recriminó Antu.

—¿Hubiese cambiado algo?

—Hubiera podido convencerte de que desistieras de embarcarte en una aventura tan descabellada. No sabía que Nahuel lo tenía todo preparado.

—¿Crees que lo que hice fue insensato? —Me aparté de él—. Tal vez a ti te lo parezca porque siempre tuviste la opción de luchar por lo que querías, lo que no es mi caso. De haberme quedado, no sabría de lo que soy capaz. ¡Soy inmune al veneno, Antu, y los génesers no me atacan!

—Podías haberlo probado de otra manera. La colonia está patas arriba, el Consejo General interroga a nuestros líderes, la gente se encuentra dividida…

Lo miré, incrédula.

—Gracias por tu apoyo, no esperaba menos.

—No digo que seas responsable.

—Eso es, exactamente, lo que has querido decir —le corté, revolviéndome, mucho más furiosa de lo que me había puesto Nahuel al aparecer tan cerca de los génesers—. Puedes creer lo que te apetezca, pero no te consiento que me trates con condescendencia. El que me subestimes, igual que los demás, no hará que me detenga.

—Yo..., Nasirah, yo...

—Llévatelo, Joshua. No tenemos nada más que hablar.

Mi voz fue cortante y Antu no se atrevió a contradecirme, se dejó rodear los hombros por el cazador, y los dos desaparecieron de mi vista en un segundo.

¿Iba a ser siempre así? ¿La persona rara por elección, de manera permanente? No. Tenía un don, o una habilidad, o una ventaja, lo que fuera. No iba a desperdiciarlo por conservar un modo de vida que nos conduciría a la extinción.

Y, si en algún momento albergué dudas sobre la mala fe del Consejo, esos días me confirmaron lo que ya sabía: no tenían intención de cambiar nada, porque eso supondría una merma en su estatus.

Regresé a por la mochila pensando en mi próximo movimiento. No iba a quedarme escondida, ni me doblegaría al chantaje del Consejo, por mucho que colocara a las personas que me apoyaban en labores secundarias.

Estaba cayendo la tarde, el momento en que los comedores se llenarían de gente. Los principales se encontraban en la parte central de la colonia, en barracones habilitados con mesas y bancos corridos.

Las comidas menores, como el desayuno, solían hacerse en casa, pero las principales se realizaban en los comedores comunales. En general, se ahorraba mucho de esta forma, y se fomentaba la relación entre los ciudadanos.

Yo también iba a relacionarme con ellos esa noche.

Salté sin pensarme las coordenadas, mi cerebro ya asimilaba los puntos como series numéricas de latitud y longitud, cosa que te enseñaban en las clases, aunque se aprendía mejor con la práctica.

Al entrar en el primer comedor, respiré el aire denso de las personas congregadas en un mismo espacio. No necesitaba tarjeta de presentación, mis ojos hablaban por sí solos. Todos habían oído algo acerca de mí en los últimos días.

Llegué al final del barracón, y salí por el otro lado, sin cruzar palabra con nadie. Muchas personas me siguieron. Volví a repetir en el segundo comedor, con el mismo resultado. En el tercero la voz ya se había corrido y la gente salió a la calle a esperarme. Tenían curiosidad, que era lo que yo pretendía provocar.

Mi madre se encontraba en uno de los comedores y vino corriendo a abrazarme.

—¡Nasirah! ¿Qué estás haciendo? ¡Corres peligro!

—¿Me van a matar delante de todos, mamá? No lo creo.

Algunos sacaron un banco y lo pusieron frente a mí. Cientos de personas esperaban, expectantes.

Supongo que tuvieron que escuchar todo tipo de chismes, desde los salidos del Consejo, hasta los propagados por Nahuel y los cazadores. Debía aprovechar esa curiosidad.

Me subí al banco sin soltar el rifle ni la mochila, no porque pensara en huir, sino por la inercia de los días pasados. Y me daba lo mismo si alguien se sentía amenazado. Ahora tenía claro que no podía desligarme de los cambios que debían producirse, ya que era el inicio de ellos.

Se hizo un silencio tenso en la confluencia de las calles.

—Me llamo Nasirah, muchos me conocéis, o habéis oído algo de mí. ¿Veis estos ojos? Sí, os han causado temor y repulsión durante bastante tiempo, son el resultado de la absorción del veneno de hembra géneser. Me hice inmune a él a base de dolor, y la única prueba física es este color de ojos, que siempre os ha dado miedo. No os culpo.

Se levantó un murmullo que acallé alzando la mano.

—No os lo reprocho —repetí—. A nadie le gusta la gente distinta, y yo lo soy. Los génesers macho no me atacan y las hembras no me consideran una amenaza ,hasta que me acerco a ellas.

El rumor ahora era más intenso.

—No lo digo yo, lo dicen las imágenes. Tengo grabado todo desde que me puse este traje de cazadora. Estoy aquí para que podáis verlas, no pretendo ocultar nada ni esconderme, me gustaría saber cuál es la postura del Consejo.

—¡Es un montaje! —un chico de mi edad o poco menos, cuya túnica delataba su procedencia, elevó la voz entre la gente que me rodeaba. Era familiar directo de uno de los consejeros.

—¿Tú crees? Te invito a comprobarlo por ti mismo. Puedo teletransportarte hasta un grupo de génesers. El que vuelva vivo es el que tendrá razones para argumentar. ¿Te atreves?

Requería de mucha concentración y experiencia trasladar a un no tatuado, pero estaba dispuesta a intentarlo por cerrar la boca a semejante energúmeno.

—Me matarías y dirías que han sido los animales —contestó el chico desafiado, con menos confianza.

—Podemos dejar el circuito de imagen abierto. Toda la colonia verá si los génesers te atacan a ti solo, o nos matan a los dos… —sugerí.

El chico no volvió a abrir la boca. Era un conservacionista nato.

—No voy a invitar a nadie más a que se suicide. Iré yo sola y podéis verlo a través de las pantallas, si es que algún ingeniero me conecta a ellas.

Acudió mucha más gente a la intersección, que ya se encontraba abarrotada, aunque no pude ver a ninguno de los miembros del Consejo.

Vanur, desoyendo las precauciones, estaba allí y me hizo un gesto para que me agachara, quería hablarme al oído. Él podía conectar mi traje al circuito de los comedores. Le rogué que lo hiciera y me alcé de nuevo, dirigiéndome a los demás en voz alta.

—Caminaré entre ellos y mataré a la hembra. Vais a poder verlo, no tendréis que escuchar rumores de segunda mano. Invito al Consejo a que lo vean también y recapaciten.

Mi madre me tiró de la manga.

—No, Nasirah, si algo te ocurre…

—Mamá, lo he hecho decenas de veces estos últimos días.

—Cariño…

—Voy a volver dentro de un rato, no te preocupes.

No esperé más, Vanur asintió, indicándome que estaba todo listo.

Me transporté hasta el punto donde dormí la noche pasada. Sabía que la cámara transmitía lo que yo veía. Dejé la mochila, me acerqué a los génesers, caminé entre ellos, e incluso acaricié sus potentes lomos.

La hembra guardaba la distancia, me acerqué con precaución. No porque temiera un envenenamiento, sino para que comprobaran que estaba tranquila hasta que me tenía casi encima. La maté y extraje el puñal ensangrentado de su cuerpo sin vida.

Volví a pasearme entre los machos, ahora intranquilos, sin que ninguno se fijase en mí. En su desbandada al quedarse sin hembra, me evitaban como un obstáculo, nada más.

Regresé a por la mochila y me lavé las manos con el agua que no había bebido durante el día, luego, me teletransporté de nuevo a la colonia. Se acabó el espectáculo.

La intersección se encontraba casi vacía. Todos habían entrado a alguno de los comedores para verlo en las pantallas gigantes.

En esas pantallas se retrasmitían discursos de los líderes, noticias de nuestra colonia y de otras, y también pasaban mini reportajes sobre las distintas profesiones, en especial escenas de caza, que a los ciudadanos les resultaban excitantes, ya que la mayoría no vería un géneser de cerca en toda su vida.

Ahora, los que habían acudido a verlo, fueron saliendo poco a poco, como soltados con cuentagotas.

Uno de los que me esperaban era Antu, tenía los ojos vidriosos y expresión de incredulidad.

—Nasirah, no creas que dudaba de ti, creo que dudaba de mí mismo.

Callé para no interrumpirle, era valiente, encontraría las palabras.

—Nunca pensé que alguien tan especial como tú pudiera tener interés en mí. Temía que te ocurriese algo, por eso me peleé con

Nahuel cuando supe que te facilitó la huida.

Halagador, aunque no era una excusa lo que esperaba, sino una rectificación de su acusación. Me sentí decepcionada al ver que no iba a obtenerla, y que la petición de acompañarme, la primera vez que hablamos, solo era una forma de llamar mi atención.

No era el momento, pero lo buscaría, porque tendríamos que hablar de ello. Sus palabras no terminaban de gustarme, expresaban falta de confianza en mi criterio, y daban a entender una estrecha relación que tampoco teníamos.

La experiencia de los últimos días me había hecho reflexionar sobre muchos asuntos, me sentía más segura de mis capacidades que nunca, y mi papel como cazadora no podía rebatirse. Quizá debería revisar las relaciones, los sentimientos nublan las acciones y tenía que estar alerta, en especial ahora que acababa de desafiar al Consejo, y a la mitad de la colonia que eran adeptos a ellos.

Nahuel corrió hacia nosotros desde el fondo de la calle. Era extraño que Kayla, en su papel de espía, no le hubiera informado antes. Tampoco la vi a ella entre los que abarrotaban las calles.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás loca?

El clamor de la gente lo acalló. Sí, quizá estuviera loca, pero no me equivocaba en esto.

—Los miembros del Consejo deberían estar aquí, dando explicaciones —grité con el fin de hacerme oír por encima de la multitud, que cada vez era más numerosa.

La gente me aclamó. Ya nadie recordaba que, tan solo unos días atrás, era la chica que todos evitaban.

—Deben explicar por qué lo han ocultado, y desacreditado a quienes se han relacionado conmigo —cogí a mi madre por la muñeca y la hice subir al banco conmigo—. Muchos pilotos y cazadores están recolectando, castigados por el Consejo al haberme apoyado, y ayudado a salir de la colonia.

El rugido de la multitud daba la medida de la indignación que sentían.

—Pongo en duda su criterio y nunca me atendré a él. No son los dueños de nuestras vidas, nosotros lo somos. Y somos los que

mantenemos al Consejo en su sitio. Solicito la presencia de todos ellos mañana al mediodía. Podemos tener un debate público, y os invito a presentaros en la plaza central, un lugar abierto en el que podamos vernos las caras.

El clamor general me confundió. Algunos partidarios del Consejo intentaban acercarse a mí, Antu, Vanur y Nahuel los detuvieron. Yo no quería peleas, solo hablar con nuestros dirigentes, que me dijeran a la cara lo que podía o no ser, después de mi demostración.

—Marchaos ahora a casa. Mañana nos veremos en el debate con el Consejo, donde todos podréis hacer preguntas. Esto es una colonia libre, no una dictadura.

No sé de donde salieron aquellas palabras, de mi frustración, quizá. Organizar una revolución no entraba en mis planes y, sin embargo, es lo que acababa de hacer.

Vanur me gritó, haciéndose oír por encima del griterío, que dejaría la grabación de mi traje pasándose en bucle por las pantallas.

Salté antes de que los disturbios se nos fueran de las manos. Nahuel y Antu intentaban contener a los allegados del Consejo, y yo no quería que la violencia fuera a más. Mi madre me despidió alzando la mano, con suerte, nos veríamos pronto.

Después de aquella multitud aulladora, el silencio de la arboleda casi se me hizo doloroso. Mucho más que las ampollas producidas por las quemaduras del sol.

De repente, se me ocurrió algo e intenté ponerme en contacto con Vanur.

—Es tarde, ya no está en mis manos —me contestó, casi una hora después.

—¿Por qué?

—Tu discurso ha funcionado mejor de lo que esperabas. Los técnicos de la colonia se han encargado de que la grabación no pueda detenerse, por si los miembros del Consejo pretendían borrarla.

Le di las gracias. No era culpa suya mi falta de previsión, porque, entre todas aquellas horas de grabación, había un momento que deseaba ocultarle a Antu, el instante en que Nahuel me besó y yo lo acepté.

16. El precio de ser distinta

La plaza de la colonia se encontraba atestada.

Habían levantado una tarima provisional, que permitía una buena visibilidad desde cualquier punto de la plaza.

La mitad del Consejo me esperaba allí. Sus rostros altivos, a la par que temerosos y algo cenicientos, delataban una noche en blanco. Les tocaba dar la cara. Lo sentí por ellos, aunque solo por un segundo, no buscaban el bienestar de la colonia, sino reforzar su posición de poder.

Me acerqué a la plaza caminando, necesitaba tomar el pulso a la colonia. Me solté el pelo y mantuve la cabeza gacha, en un intento de pasar desapercibida.

No contesté a quienes intentaron ponerse en contacto conmigo la noche anterior. Tenía que meditar porque no me creía preparada de cara a un enfrentamiento verbal con los consejeros, tuviera o no razón.

Tendría que escuchar reproches sobre la trasgresión de las reglas, y en eso llevarían razón. No era cazadora, conseguí un traje y un aparato inyector de teletransporte de manera irregular. Estaba segura de que se centrarían en eso, y quería estar lista para contestar, sin involucrar a nadie.

Kayla no habría delatado a Nahuel, y nadie más debía enterarse de que él me facilitó aquello que me ayudó a llevar a cabo mis planes. Debían sospecharlo, porque castigaron a su equipo de cazadores, aunque no sería yo quien lo confirmara.

Por eso no quise contactar con nadie durante esas horas. Nos veríamos en la plaza central, quería ir sola y no dar lugar a equívocos sobre responsabilidades. Yo era la única responsable.

Antes de que pudiese llegar cerca de los miembros del Consejo, un helicóptero aterrizó a unas decenas de metros de la multitud, en una zona despejada demasiado justa. La gente elevó murmullos de protesta, los helicópteros eran muy cuidados y preciados, puesto que constituían el único vínculo entre colonias. Cada una de las piezas de recambio era elaborada a mano, con mimo y horas de dedicación.

Todos nos asomamos con curiosidad. Varios miembros del Consejo General se apearon del helicóptero, y se encaminaron

presurosos a la tarima.

Una mujer mayor tomó la palabra, sin tener que pedir silencio porque tenía toda la atención de la multitud.

—Ante unos hechos tan graves, el Consejo General ha decidido convocar un sufragio, y sustituir a los miembros del Consejo de la colonia Tres. Desde este momento están cesados de sus cargos, y yo misma me haré responsable de que los comicios se lleven a cabo, con total libertad por parte de los ciudadanos. Asumiré el puesto de consejera presidenta mientras se convocan las elecciones. Durante el proceso todos los asuntos políticos y decisiones se pospondrán, hasta la elección de nuevos líderes.

Bueno, aquello ponía punto y final a mi campaña.

—¿Eres Nasirah? —me preguntó la nueva presidenta, acercándose al borde de la plataforma.

Me tomó por sorpresa, aunque no me dejó contestar.

—Te esperan en la colonia Uno, puedes usar el helicóptero que nos ha traído.

—No voy a ir a ningún sitio sin hablar con las personas que me pueden aconsejar. Gracias de todas formas, señora.

Ella alzó la ceja, el único gesto en su fría expresión. No dijo nada más, solo se giró hacia los consejeros, que seguían sentados, y les habló en un aparte.

Parecía que eso iba a ser todo. A mí me valía. Estaba decidida a enfrentarme al Consejo, ahora ya no era necesario.

Antu me envolvió en sus brazos. Ni me fijé en su presencia hasta que lo hizo. Me besó con esa calma dulce y traviesa, al mismo tiempo, a la que no pude más que corresponder, deseando que ese beso se convirtiera en algo más sensual, cosa que no ocurrió porque tiró de mi mano, llevándome a una zona despejada.

—Vamos, tu madre nos está esperando en tu casa.

La verdad es que ni se me pasó por la cabeza. Absorta en la preparación del enfrentamiento con el Consejo, no pensé en nada más.

—Antu… —Lo detuve—. Preferiría hablar con ella a solas.

—Solo quería saludarla, y que viese que estás bien —dijo con un suspiro—. Lo he organizado para que pasemos la noche juntos, si quieres.

Se me hizo un nudo en la garganta. Lo amaba, o eso creía. Deseaba estar con él, o eso pensaba. En todo caso, no estaba segura de que fuera el momento oportuno, tenía demasiadas dudas y los últimos acontecimientos, incluidos sus reproches a mi actuación, no ayudaban.

Antu me miraba con ojos anhelantes, y yo me hallaba más confusa que nunca, ya no sentía el mismo deseo que experimenté en nuestra primera cita.

Había cambiado, de alguna forma, y no sabría decir qué ni cómo. Algo en mi interior era distinto.

Lo quería como éramos una semana antes… ¡Una sola semana! No me podía creer que todo hubiese cambiado tanto en tan poco tiempo.

Fue mi cazador durante unas horas extraordinarias, que jamás olvidaría, y tampoco podría olvidar aquel primer beso por el que me condujo, con paciencia y dulzura.

Sin embargo, ahora su abrazo era casi febril, anhelante. Destilaba deseo por cada uno de sus poros, y yo lo sentía igual que podía sentir el calor del sol sobre la piel.

—Hoy he salido con mi grupo —me dijo, en tono triste—. Jacqs se ha envenenado, no creen que llegue a ver la luz de mañana.

El Consejo restituyó a todos en sus puestos la noche anterior, esperando minimizar los daños, eso sí que lo sabía, por lo que Antu tuvo su primera incursión de caza esa misma mañana. Comprendía su excitación.

—Jacqs me dejó su apartamento, él se iba a quedar en el barracón del grupo, aunque…

—Vamos a su apartamento —lo callé, poniéndole un dedo sobre los labios—. Nada ha cambiado.

Hubiera deseado que mis palabras fueran ciertas. Me observó, valorando mi expresión durante unos segundos, y luego me cogió de la mano, guiándome. Hablaría con mi madre al día siguiente, eso no corría prisa.

Avanzamos con rapidez, las calles se iban vaciando, cada uno debía atender sus obligaciones.

Acababa de mentir al nuevo cazador, porque sí que había cambiado algo entre nosotros. En ese momento no deseaba hacer el amor con Antu, pero él necesitaba reafirmar nuestra relación.

—¡Antu, que alegría verte, cazador! Enhorabuena por tu primera salida.

Kayla salió de la nada. Sin duda, nos espiaba. Era su especialidad, y no se le daba mal. No había vuelto a verla desde que llegué a la colonia y entonces no me fijé, envuelta en sombras como estaba, del traje que vestía. Supuse que tuvo que ser degradada, igual que el resto del grupo de Nahuel.

Ahora llevaba el suyo de cazadora completo, incluso con guantes, como si estuviera a punto de salir a trabajar.

—Hola Kayla —Antu se inclinó y le dio un beso en la mejilla, que ella aceptó tocando tan solo su brazo, en gesto cariñoso.

Me fijé en que lucía unas ojeras que hubiesen competido con las mías del día anterior.

—No podemos entretenernos, Kayla —le dije con rencor—. Deberías acercarte a la plaza y escuchar las novedades sobre el Consejo. Ya puedes ir buscando a otro perro al que ladrar.

Si nos espiaba por petición del anterior Consejo, Antu no parecía estar al tanto, o no le importaba. Quería que supiera que a mí me repugnaba. No nos unía ningún vínculo, y el que la ataba a los hermanos no era de mi incumbencia.

—No eres la más indicada para hablar de traiciones, ¿no, Nasirah?

Comprendí de inmediato a qué se refería, y no le iba a dar el gustazo de ahondar en ello. Sin duda Antu tampoco sabía eso. Ya tendría tiempo de hablarlo con él, después. No deseaba que se enterara por aquella víbora. Quería pensar que se trató de una tontería sin importancia que, fuera de contexto, podía dañar mucho la relación entre los hermanos. Y dentro de contexto, también.

A pesar de que la relación de Nahuel y Kayla terminó tiempo atrás, y de que ella quedó al descubierto tras llevar al Consejo al

escondite, donde se supone que debíamos estar Vanur, sus hombres y yo, parecía creer que el cazador le pertenecía.

La puerta de los apartamentos se encontraba a unos metros y tiré de Antu hacia ella.

—No deberías hablarle así a Kayla —me recriminó él—. Cometió un error al confiar en el Consejo, pero siempre ha estado de nuestro lado. Y tiene razón al decir que tú también traicionaste su confianza al presentarte en otra colonia.

No era esa la traición a la que se refería la cazadora, y no lo sacaría de su error. Antu se ratificó en lo que pensaba de mí, y que me expuso la noche anterior. Su falta de confianza en mis actos empezaba a molestarme de verdad. Debería haberme ido en ese instante, cosa que no hice y que lamentaría más tarde.

—¿De verdad quieres ir por ese camino? —era fastidioso que siempre saliera en defensa de la cazadora.

—No, en realidad no —me atrajo hacia él—. Discúlpame, es que me duele un poco la cabeza y estoy cansado.

El apartamento era pequeño, cómodo para una persona, sin elementos superfluos. El salón, que era la pieza principal, hacía también de dormitorio, gracias al sofá cama desplegado.

—¿Recuerdas que te prometí un momento y un lugar oportunos en nuestra primera cita? Puede ser este, si lo deseas.

Buscó mi boca, con algo más de avidez que la primera vez que me besó. Correspondí a su beso con todo el entusiasmo que pude, acariciando su cabello con una mano mientras la otra descansaba en su hombro.

¡Cuánto deseé tenerlo así el año anterior! ¡Me acaricié tantas veces en mi cama, imaginando su cuerpo sólido pegado al mío!

Su lengua profundizó en mi boca, al tiempo que con una mano pegaba mis caderas a las suyas. Solté un jadeo cuando noté su erección a través del traje, presionando contra mí.

Pensé en detenerlo, pero, a mi pesar, me sentía excitada. Su olor se hizo más intenso, y un escalofrío me recorrió la espalda al notar sus dientes sobre la piel de mi cuello.

—Quiero verte.

Me separó de él con delicadeza y dejó que abriera la cremallera, que solo obedecería al tacto de mi dedo. Me ayudó a quitarme el traje, contemplándome con admiración. Se inclinó, besó mis pechos y, poco después, siguió descendiendo, hasta arrodillarse ante mi sexo.

A esas alturas, el pudor del principio se había esfumado y solo deseaba que continuase. Me acarició el interior de los muslos haciendo que los separase un poco. Cuando su lengua húmeda me rozó, un ramalazo de placer ascendió por mi vientre hasta mis pechos, pero no se detuvo ahí y continuó ahondando, lamiéndome y suspirando de deseo.

Cuando pensaba que ya no podría aguantar mucho más de pie, deshizo el camino, besando mi vientre tenso, mis pechos, mi cuello, hasta llegar a mi boca, donde nuestras lenguas y jadeos se entrelazaron.

Se tambaleó un poco al coger mi mano y llevarme a la cama, al mismo tiempo que se deshacía de su traje. Tenía un cuerpo espléndido, que no tuve reparo en contemplar, apreciativa.

Sin embargo, cuando se tumbó a mi lado, se dejó caer, parecía realmente agotado. Tomé la iniciativa, besándole a mi vez el cuello, acariciando su ancho pecho que ascendía y descendía con la respiración acelerada. Le pasé las manos por el vientre y lo besé también allí, dejando reposar mis labios bajo su ombligo.

De repente, tuve una sensación extraña, la misma que me invadió al envenenarme de la hembra géneser días atrás. Idéntico cosquilleo, mientras mi piel se afanaba por absorber los efluvios letales. Levanté la cabeza, alarmada.

Antu seguía tumbado, con un brazo tapándole los ojos. Su respiración era tan acelerada como antes, sin embargo, ni se percató de que ya no lo acariciaba.

Espantada, retiré su brazo, tenía los ojos cerrados. Con manos temblorosas le hice abrir un párpado. Lancé un grito, tan desgarrador que de los otros pisos comenzaron a salir sus ocupantes sobresaltados.

Apoyé la cabeza sobre el pecho de Antu.

—Lo siento, lo siento, lo siento…

No podía dejar de repetirlo. Ni escuché la llamada a la puerta, ni vi a Kayla entrar corriendo. Seguía llevando guantes, así que no tuvo reparos en tocar a Antu, alzando sus párpados para comprobar lo que yo pude ver antes: el blanco de sus ojos tenía una bruma verdosa.

—¡Lo has envenenado! —me espetó, y miró a los que observaban desde la puerta con expresiones de repulsión y espanto—. ¡Llamad a los médicos!

Recogió mi traje del suelo y me lo lanzó con desprecio.

—¡Vete de aquí, asesina!

17. Remordimientos

Mi madre se alteró al ver mi aspecto cuando llegué a casa, corriendo.

—No adelantamos nada haciendo conjeturas, Nasirah. Lo único sensato es ir al hospital y hablar con los médicos que lo están tratando. Hay que explicarles cómo crees que se ha podido contagiar, y dejar que te hagan las pruebas necesarias. —me acariciaba el pelo con dulzura, pero su voz me indicaba que estaba intentando controlar las lágrimas, para que no me sintiera más culpable.

Accedí, aunque aquello ya no pudiese ayudar a Antu.

La voz se corrió por la colonia, y la gente me miraba con asco y con miedo, de nuevo. Ya no importaba que fuese la que caminaba entre los génesers, ahora me consideraban una hembra venenosa. Jamás iba a poder cambiarlo, daba igual lo que hiciera.

Llevaba muchos años viviendo con todos ellos, sin que ninguno se me acercara, aquello creía poder superarlo. Lo que jamás olvidaría fue la mirada de desprecio que me dirigió Nahuel en cuanto entré en el hospital. Kayla, a su lado, le sujetaba la mano de manera posesiva.

Mi madre me dejó en manos de los médicos y se sentó en la sala de espera, algo alejada de Nahuel y de Kayla.

Expliqué lo mejor que pude todo el contacto físico que habíamos tenido Antu y yo. Tomaron muestras de cada uno de los orificios de mi cuerpo, midieron mis niveles de veneno y se marcharon, dejándome sola por fin.

De madrugada, entró una enfermera con un somnífero, por si lo necesitaba. No quería dormir, tenía que ver a Antu.

—Está en aislamiento, solo se le puede visitar a través de un cristal.

—¿Cree que me voy a contagiar? —le pregunté, irónica.

Me acompañó por los pasillos vacíos y silenciosos. En la sala de espera no quedaba nadie, cosa que agradecí porque no quería un enfrentamiento con Nahuel.

Me dejó con uno de los médicos que trataba a Antu. Aquello era

un eufemismo, claro, la única forma de tratar a un envenenado consistía en sedarlo lo suficiente para que no se diera cuenta de que se moría.

Contemplé a Antu a través del cristal, estaba pálido y parecía mucho más delgado que horas antes.

—El veneno ha entrado por una pequeña herida en el brazo.

Miré confundida al médico. Entendía que el silencio se le hiciera incómodo, y soltó lo que pensó que sería un dato interesante.

Los envenenados por una hembra géneser, presentaban también un rasguño por donde la toxina pasaba a la sangre. Dependiendo de la habilidad del cazador, la herida podía ser desde un ligero roce, hasta un tajo importante. Nada de eso era determinante a la hora de envenenarse.

Cada humano reaccionaba de distinta forma al veneno, aunque el resultado era el mismo. La tónica general era que este actuaba en pocos minutos, sus efectos no tardaban horas en presentarse.

Los que se contagiaban, a su vez, de otro envenenado, no presentaban ningún arañazo ni corte, bastaba el roce sobre la piel desnuda.

—¿Está seguro de que no ha sido por la boca?

—Totalmente seguro.

No es que tuviera mucha importancia. Estaba envenenado y eso era irreversible. Tal vez yo seguía envenenada y lo había contagiado, aunque no notase la ponzoña en mi interior.

—Voy a entrar.

—Está prohibido entrar sin traje de seguridad… —se calló en el acto, aquel veto era absurdo en mi caso—. De acuerdo, diez minutos mientras hago mi ronda.

El interior de la habitación olía a medicinas, a desinfectante y a veneno. Este último se supone que era inodoro, pero yo lo pude percibir las dos últimas veces que tuve contacto con él. Era un aroma dulzón y caliente, muy tenue.

Me acerqué a la cama donde Antu dormía, a base de fármacos. Su

sueño no era tranquilo, las pupilas se movían muy rápido debajo de sus párpados. Le retiré el pelo de la cara y se la acaricié. De haber sospechado el daño que iba a causarle, jamás le hubiera dejado acercarse a mí.

Me senté en una banqueta baja y cogí su mano libre entre las mías. El otro brazo estaba conectado a varios monitores que, pegados a la pared, daban lecturas de su estado vital.

Dejé que mis lágrimas rodasen, mientras apoyaba la frente en su mano. El veneno me rodeó la cara, en una suave caricia. Lo sentía latiendo en su interior, pasando de su piel a la mía, como si intentase contagiarme con malevolencia.

Antu era la única persona a la que me acerqué y lo pagó muy caro. Nunca dejaría que nadie me tocase, ni que me besara, ni que deseara hacer el amor conmigo. Era igual que una hembra géneser, más peligrosa que ellas, puesto que tenía apariencia humana.

Deposité su mano sobre la cama y apoyé mi mejilla húmeda en ella.

Dejaría que el nuevo Consejo hiciera planes, si podía ayudar a terminar con la hembra del Norte, lo haría, pero ya no viviría nunca más en una colonia. Era tan letal para los génesers como para los humanos. Prefería que murieran aquellos.

Debí quedarme dormida con la cara apoyada en la mano de Antu, sin saber cuánto tiempo del plazo impuesto por el médico había transcurrido, cuando me despertó una maldición desde el otro lado del cristal.

Nahuel increpaba a los médicos por haberme dejado entrar a ver a su hermano.

El doctor intercambió unas palabras con él, más bien, escuchó las imprecaciones del hermano del enfermo, que golpeó el cristal varias veces.

El medico se dirigió a un interfono y me dijo, en un susurro, que el tiempo había terminado y debía salir.

Todavía no quería despedirme de Antu, y así se lo dije a ambos. Nahuel evitaba mis ojos. Entendía que me odiara, lo merecía.

El doctor, al final, se enfundó un traje, mascarilla y guantes

aislantes y entró en la habitación.

—Deme un minuto más, por favor —le rogué.

No supo decirme que no, y fingió comprobar los monitores, mientras yo volvía a acariciar el rostro de Antu, sintiendo que las lágrimas volvían a querer escapar de mis ojos.

—¡¿Qué?! —exclamó el médico, apagando y encendiendo un monitor —¡No puede ser!

—¿Qué pasa? —pregunté alarmada.

—Nada, nada… —contestó de forma automática, sin prestarme atención.

Extrajo un aparato medidor. Lo conocía muy bien, dada mi experiencia. Lo pasó sobre el pecho de Antu y comprobó la lectura. Volvió a hacerlo unas cuantas veces más, parpadeando, incrédulo.

—¿Qué pasa, doctor?

—¿Puedes salir un momento? No te vayas muy lejos, quizá te necesite de nuevo.

Hice lo que me pedía.

Nahuel no me dijo nada, ni me miró. Observaba al médico, lo mismo que yo. Este seguía tomando lecturas con el aparato manual, y observando el monitor, después de apagarlo y encenderlo en muchas ocasiones, incrédulo con lo que mostraban.

Pasaron varios minutos y realizó las mismas operaciones tantas veces que estuve a punto de marcharme. Nahuel seguía a un par de metros de mí, mirando también al médico. Podía sentir su odio rodeándome, como antes había sentido el veneno.

—¿Puedes entrar de nuevo? —me indicó el doctor—. Unos minutos solo, necesito hacer una comprobación.

—No creo que ella deba estar con mi hermano —se apresuró a decir Nahuel.

—Si me da un momento, quizá le demuestre que es lo mejor que le puede pasar a su hermano.

Lo hice. Entré, expectante, detrás del doctor.

Volvió a hacer mediciones y a negar con la cabeza.

—Sujétale la mano, como antes, por favor.

Cogí la mano de Antu entre las mías. De nuevo me invadió aquel cosquilleo de la toxina, arremolinándose en torno a mi piel.

El doctor pasó esta vez el aparato sobre mi pecho.

—No se aparte de él ni un momento. Vuelvo enseguida.

Nahuel, que lo escuchó por el interfono, puso el grito en el cielo.

—¡Quiero que ella salga de ahí inmediatamente! —le espetó al doctor, sin miramientos.

—Si quiere que su hermano tenga alguna oportunidad, debería dejarme hacer mi trabajo.

—Ella es la que lo envenenó.

—Eso no lo sé, lo único que puedo decir es que está absorbiendo su veneno. Se tiene que quedar ahí hasta que el jefe de planta venga a verlo con sus propios ojos. El cuerpo de Antu no solo no se ha envenenado más, la cantidad de toxina se ha reducido a menos de la mitad.

18. Ahora, ¿qué?

Desde que el médico dijo aquello, ya no me separé de Antu y, de no estar Nahuel pendiente de mis movimientos, me hubiese desnudado y metido en la cama con él. Si lo que decía el doctor era cierto, quería que toda mi piel estuviese en contacto con la suya, y librarlo del veneno lo antes posible.

¿Sería verdad? ¿Podría absorber toda la ponzoña? Necesitaba pensar que sí.

No iba a moverme de allí, estuviera Nahuel conforme, o no. Si podía hacer algo por Antu, nadie me lo impediría.

Durante el día siguiente, estuvimos rodeados de médicos que me indicaban que saliera, que volviera a entrar, a tocarlo, a dejarlo… Medían constantemente nuestros niveles de veneno y cuchicheaban entre sí.

Insistí en que me escucharan, tenía experiencia con el veneno, e ideas al respecto.

Los estancamientos en la recuperación de Antu podían deberse a seguir en contacto con los altos niveles que yo presentaba cada dos o tres horas. Absorbía su toxina, pero cuando tenía demasiada en mi propio cuerpo, volvía a envenenarlo, de forma involuntaria.

Probamos y funcionó.

Me pusieron una camilla cerca de la suya y, cada dos horas, me separaba de él y me acostaba, hasta que me libraba de mi veneno. Luego, volvía a coger su mano.

Durante todo el proceso, Antu permaneció sedado, mientras Nahuel observaba desde el otro lado del cristal, con expresión confusa, entre la esperanza y la desesperación de no saber en qué iba a terminar aquello.

Kayla apareció una vez a su lado e intentó cogerle la mano. Nahuel la apartó con delicadeza y ella se marchó, lanzándome una mirada torva. Ya estaba acostumbrada, así que no me alteré, mi atención se centraba por completo en la recuperación de Antu.

Hacia el amanecer, al fin, su nivel de veneno decayó por completo. No se despertó ni con la entrada de varios médicos que

hablaban en voz alta y se palmeaban los hombros, felicitándose por un logro de semejante calibre.

Yo tampoco les hice caso, me caía de cansancio, pero me acosté en la camilla y dejé que mi cuerpo recuperase su normalidad. No dormí, me encontraba demasiado tensa. El origen de mi agotamiento tenía más que ver con esa tensión, absorber el veneno no me suponía ningún esfuerzo.

Antu se despertó al mediodía, con el blanco de los ojos limpio. Recordaba lo ocurrido, excepto lo del día y medio anterior.

Le sonreí y le hice un gesto de despedida con la mano. Me tenía miedo, pude leerlo en sus ojos tan claro como si hubiera llevado un letrero en la frente.

Fingí no darme cuenta.

Lo único relevante es que estaba vivo. No era el primero que sentía aversión hacia mí, ni sería el último.

Nahuel me cogió del brazo, intentando detenerme. Me desasí de un tirón, no quería que nadie me tocara, ni deseaba hablar.

Pregunté por Jacqs. Me apenó saber que pereció la misma noche de su envenenamiento.

Los médicos intentaron que me quedara, visto lo ocurrido, seguro que habían ideado una nueva batería de pruebas con que tenerme entretenida. No volvería a prestarme a ello.

Me sentía triste, más que en toda mi vida.

Durante unos días, creí que, al fin, me había rehabilitado de cara a mis congéneres. Nada más lejos.

Necesitaba distanciarme de todo y de todos, por lo que, en cuanto salí del hospital, fui a darle la buena noticia a mi madre y a despedirme de ella.

La habían rehabilitado en su cargo de piloto y no estaba en casa. Le dejé una nota, cogí mi mochila y salté fuera de la colonia.

Vanur me mandó un mensaje, quería hablar conmigo. Le respondí que lo haríamos en otro momento.

«Sidonio tiene que verte», me contestó.

«En unos días estaré en la Cuatro, dile que pasaré a verlo».

En mi cabeza se iba esbozando una idea que debía meditar. Hablaría con Vanur, con Sidonio, con el Consejo General, con los que fuera necesario. Y colaboraría, en la medida de lo posible, siempre que no interfiriesen en mis planes.

No imaginó mi padre, al contagiarme, que daría inicio a una posible solución a nuestro problema. Seguía sin tener la seguridad de poder aproximarme a la Alfa, pero si alguien podía hacerlo, era yo. Y si conseguía acercarme tanto, quizá lograra matarla.

Cuanto más pensaba en ello, mayor era mi certeza de poder llevarlo a cabo.

Dormí junto a un grupo de génesers, muchas horas, y sin sueños, y volví a la colonia temprano. Tenía cosas que hacer antes de partir al Norte. Esta vez no iba a matar hembras y a dispersar grupos. Era inútil, regresaban al cabo de poco con otra hembra, como si nada. Ellos podían permitirse tantas bajas, nosotros no.

Ese argumento hubiera puesto a los cazadores en mi contra, aunque en el fondo, supiesen que tenía razón, su trabajo era valiente y osado, y también inútil.

La única forma era la que Nahuel propuso, excepto su idea de acudir con un ejército de cazadores. No merecía la pena arriesgar tantas vidas, si ni siquiera conseguía acercarme a la hembra Alfa.

No pensaba ir a la colonia Uno donde el Consejo General me esperaba. ¿Qué les podía decir, además de lo que ya se sabía de mí? Supongo que, a esas alturas, tendrían noticia de lo peligrosa que resultaba.

Vanur y su equipo se encontraban en el barracón del grupo de Nahuel. Mirian, ya recuperada de la herida del muslo, me saludó con la mano.

—¿Ya estás bien? —le pregunté.

—¡De lujo! —sonrió alegre—. Si preparas otra excursión al campo, cuenta conmigo, me tengo que desentumecerme después de tanto descanso.

Mirian era una chica guapa y alegre. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, con la parte inferior de la cabeza rapada, seguramente

con la intención de parecer mayor y más aguerrida. No lo conseguía, sus ojos azul claro chispeaban de vitalidad y juventud, su sonrisa amplia era muy contagiosa, y destilaba optimismo.

Le devolví la sonrisa, saludé al resto, y le pedí a Vanur que me acompañase, quería hablar con él en privado.

—¿Qué sabes de Antu? —le pregunté.

—Sigue bien. Es como si nunca se hubiese envenenado.

Le agradecí que no añadiese nada más. Me conformaba con saberlo a salvo.

—Por otra parte, hay mucha gente buscándote —continuó.

De momento, solo hablaría con unas cuantas personas y, entre ellas, no se encontraban ni los miembros del Consejo General, ni Nahuel.

—Comprendo que ahora no tienes ganas, aunque hay algo que se debería abordar con urgencia. —Se había sonrojado, y sus pecas destacaban más sobre el puente de su nariz, sin embargo, su voz destilaba determinación—. Las colonias siguen mandando a sus cazadores fuera, a lidiar con las hembras. Todos los días hay muertos y envenenados…

Claro que lo sabía, y también a donde pretendía llegar.

—Tal vez esto vaya contra lo que llevo haciendo toda mi vida, lo que he aprendido y para lo que me he preparado, pero…, ¿no es hora de que todo este engranaje inútil se detenga?

—¿Y debo hacerlo yo?

—Eres la única a la que van a escuchar. Todas las colonias han recibido la grabación de tu traje.

Hizo una pausa, le parecía más relevante mi inmunidad a los génesers que mi condición de venenosa. Las noticias corrían, esa también estaría en boca de todo el mundo.

—Llevo muchos años de cazador, Nasirah —continuó—, he visto morir a cantidad de jóvenes a mi lado y bajo mi mando, y estoy cansado de que se pierdan tantas vidas. Tienes una gran responsabilidad, puesto que eres la única que puede poner punto final

a esto. De poder servirte de ayuda, te acompañaría de buen grado.

Lo sabía. Podía leerlo en sus ojos. Vanur era valiente, no se quedaría al margen. En cuanto a lo demás…, es posible que tuviera razón.

—Me gustaría consultarlo con un par de personas, Vanur. ¿Podrías contactar con Sidonio? Voy a ver si mi madre ha terminado su trabajo y la traigo. Si puedes conseguir que Nahuel esté presente, mejor.

Hubiese preferido no meter al hermano de Antu en esto, pero los cazadores lo escucharían.

—Lo de Sidonio dalo por hecho, espera nuestra llamada en cualquier momento. Yo me encargaré de traer a Nahuel a la reunión.

Vanur no era un hombre que perdiese el tiempo, y volvió enseguida al barracón, con el fin de ponerse en contacto con Nahuel.

Mi madre acababa de llegar de una limpieza. Me acompañó sin preguntar, aunque la vi intrigada. Nahuel y Vanur ya nos esperaban, y Sidonio estaba en la Cuatro, con el monitor conectado.

El equipo de Vanur salió, entendiendo que necesitábamos intimidad.

—Me alegro de verlo, Sidonio. Quiero presentarle a mi… —vi a Vanur, a punto de retirarse con discreción—. ¿Puedes quedarte, por favor? —le pedí.

Este me miró, sorprendido. No dijo nada, solo asintió y se apoyó contra una de las vigas, quedándose en segundo plano.

—Mi madre, Jade —proseguí—, y el jefe de cazadores Nahuel. El presidente del Consejo de la colonia Cuatro, Sidonio.

Intercambiaron breves saludos.

—Imagino que estará al tanto de las novedades, consejero. Preferiría no comentarlo porque, al margen de todo eso, he decidido lo que voy a hacer, y quería compartirlo con todos, antes de ir a hablar con el Consejo General.

Nahuel no me miraba, tenía la cabeza gacha. Yo también hubiese deseado borrar lo ocurrido con Antu de mi memoria.

—Voy a proponerle al Consejo que los cazadores de todas las colonias cesen su actividad. Vanur lo ha expresado muy claramente: lo único que estamos haciendo es acumular bajas sin sentido. Sería importante seguir limpiando de machos las zonas cercanas a los asentamientos para prevenir que se nos echen encima, aunque todo lo demás es absurdo.

—Las hembras seguirán ahí —objetó Sidonio—, nuevos grupos de machos acudirán a protegerlas.

—Y seguirán pariendo, lo sé.

—Un macho cada poco —terció Nahuel—. Si aunamos esfuerzos y nos dedicamos a limpiar de machos una zona, podremos mantenerlos a raya durante una temporada, ¿no es eso?, ¿por cuánto tiempo?

Me encogí de hombros. No podía dar un plazo.

—Es algo que los pilotos propusimos a los diferentes Consejos hace tiempo —dijo mi madre—. Limpiar por completo una zona de machos para dejar desprotegida a la hembra…, indefensa y desnutrida. Se desechó la idea, a pesar de que los cazadores no correrían tantos riesgos.

—Se probó en su día, Jade —asintió Sidonio—, no tenemos forma de fabricar tanta munición. Lo único que conseguimos fue desperdiciar muchas balas porque, cuando la hembra se encontraba demasiado débil, sin machos que la alimentaran, otra venía a ocupar su lugar, con su correspondiente séquito.

Era lo que mi madre y yo veníamos comentando desde hacía tiempo: los génesers actuaban con inteligencia.

—Lo que yo pretendo es que ningún cazador vuelva a acercarse a una hembra —dije—. Al menos, ninguno que esté a más de diez kilómetros de mí.

—¿Por el veneno? —preguntó mi madre, sin esperar respuesta—. No sabes cuánto puedes absorber. Quizá tengas un límite…

—Lo sé, mamá. Y mi idea es que ningún otro cazador se envenene para no tener que comprobarlo. A mi vuelta nos encargaremos de eso.

—¿Cuándo vuelvas de dónde?

—Voy a ir al Norte, mamá. Ya lo sabías.

Ella soltó un jadeo y se sentó en uno de los bancos.

—No puedes ir a por la hembra del Norte. Ya se llevó a tu padre, no quiero que…

No hizo falta que completara la frase, todos pudimos imaginar el final. Ante el silencio general, Sidonio tomó la palabra.

—Se ha intentado dos veces, con idénticos resultados. La última hace siete u ocho años. Un gran contingente formado por cazadores, pilotos, artilleros y artificieros de todas las colonias. Camiones cargados de munición, y helicópteros despejando el paso, toneladas de explosivos y de armas. Consiguieron llegar hasta la hembra. Una hazaña de la que solo volvieron cinco personas.

El consejero me miraba, parecía dirigirse solo a mí.

—Se cuenta que, el cazador más intrépido que se haya conocido, decidió saltar desde el helicóptero, y que logró clavarle su daga a la hembra, antes de que lo envenenase. Ella no murió, y Damien pudo subir al aparato, aupándose en los patines. Tu padre, Nasirah, estaba envenenado y contagió a los otros. En su rescate, perdimos lo cinco helicópteros que salieron a buscarlos. Sus células de energía se agotaban y solo uno llegó a la colonia Base con Damien a bordo. Decidieron concederle su último deseo de veros a ti y a tu madre. Y digo que se cuenta, porque ni uno de los cinco supervivientes fue testigo directo de lo ocurrido. Pensaba que todos conocíais esta historia.

—No la conocía al completo, consejero —murmuré.

Mi madre continuaba sentada con las lágrimas humedeciendo sus mejillas, en silencio.

—En cualquier caso, habrá que pensar en algo. Si llego hasta ella, tengo que asegurarme de matarla —dije, rompiendo el silencio que se instaló en el barracón tras las palabras del consejero—. Si no lo hago, estaremos igual que ahora.

—La colonia Dos ha avanzado mucho con la investigación de explosivos. —Dejó caer Sidonio—. Pero eso tendrás que sugerírselo al Consejo General.

—Hay algo que…, disculpe un momento, consejero. Lo muestro en la pantalla, se verá también en la suya —Nahuel buscó en los archivos y sacó de una carpeta la vista de satélite del terreno

comprendido entre la colonia Uno y la localización de la hembra Alfa —. Aquí, Punta Negra. Durante la anterior expedición sirvió de refuerzo como base de operaciones, aunque carecía del espacio suficiente para todos los helicópteros que se usaron, así que la desecharon. A nosotros podría valernos.

—No vamos a montar una expedición, si es lo que propones, Nahuel —negué con la cabeza, echando por tierra sus planes de organizar una gran fuerza de ataque—. Estamos hablando de no correr los riesgos que se asumieron durante aquella aventura.

—Murieron casi dos mil hombres —Vanur intervino por primera vez—. Dejó todas las colonias diezmadas de cazadores y pilotos.

—Pensé en ello mientras lo estuve estudiando, es cierto. Con los nuevos planes a menor escala, podría convertirse en una pequeña colonia, en el centro de lo más denso de génesers. Mi idea es que sea un punto desde el que podamos estar en contacto contigo, y prestarte ayuda, de ser necesario —Nahuel me miró a los ojos por fin—. No tendrías que cargar con los explosivos todo el camino, con el riesgo que eso comporta, y podríamos evacuarte si te ves en apuros.

—Esa sí que es buena idea, muchacho —intervino Sidonio—. Hay que estudiar cómo venderle todo esto al Consejo General.

19. Iniciativa

Creo que se lo vendí bastante bien. Los consejeros estaban entusiasmados, más conmigo que con mi proyecto.

Me estaba volviendo una experta en eso de hablar con desconocidos, después de toda una vida arrinconada. Aun así, me sentía observada y evaluada, debía resultarles un espécimen extraño e incatalogable. En eso había reciprocidad, ellos también lo eran para mí.

Juraría que el consejero Presidente General no parpadeó ni una sola vez, sus ojos fijos en mí, intentando leer dentro de mi mente y descifrar lo que no decía de palabra.

Lo de modificar el comportamiento de cazadores y pilotos en las colonias les pareció que debían debatirlo entre ellos, antes de tomar una decisión. Las limpiezas hacían que la gente se sintiera a salvo. Lo estudiarían, fue todo lo que pude conseguir a ese respecto. Al menos, no era una negativa.

En cuanto a mi proyecto de matar a la hembra, me dieron luz verde enseguida. Tampoco quise decirles que su opinión me importaba poco, lo hubiese hecho de todas formas por mi cuenta.

Pusieron a mi disposición los medios de las colonias y aceptaron que Vanur, Nahuel, mi madre y el consejero Sidonio hicieran los preparativos oportunos.

Debieron pensar que iba a organizar una expedición enorme, según la práctica habitual. No quise entrar en detalles, me bastaba con saber que no iban a poner dificultades.

Ni me detuve a pensar en lo irónico de la situación: estaban descargando una enorme responsabilidad sobre los hombros de una chica de diecisiete años, no sabía si por aburrimiento o desesperación. En cualquiera de los casos, no dejaba de ser una locura que me confiaran las vidas y los recursos de las cinco colonias.

Comenzaba a sospechar que poseían información que no querían compartir, y que mi iniciativa los eximía de responsabilidad.

Aun en el caso de haberlo deseado, ya no podía volverme atrás. Ahora sentía que me ataba una responsabilidad mayor que la que yo me había impuesto.

Me quedé en la colonia Uno, invitada por su Consejo, aunque mis razones para permanecer en ella eran otras: pretendía abordar a los consejeros que se mostraron más reticentes a mi primera propuesta.

Me agotaba hablar con aquellos hombres y mujeres mucho más que caminar entre los génesers. Eran políticos avezados para los que los ciudadanos eran medios con que conseguir un fin.

No digo que fuesen malas personas, pero quizá les convendría pasar un tiempo entre la gente que trabajaba todos los días en la colonia, y ver las cosas desde un punto de vista más real.

Conseguí convencerlos, al fin, de que dieran la orden a las colonias, y por mucho más tiempo del que solicité. Durante un mes los esfuerzos de todos se centrarían en limpiar solo de machos los alrededores de cada colonia. Pilotos y artilleros deberían hacer horas extra, incluso contando con el apoyo de los cazadores.

El plazo comenzaba al día siguiente, así que tenía que espabilar y comenzar a moverme.

Los cambios en la rutina diaria de las colonias podían tener buena acogida o resultar negativos. Somos seres de costumbres, y esa alteración podía levantar ampollas.

Salimos esa misma madrugada. Llevaba mi mochila equipada con un telecomunicador portátil, con el fin de mantenerme en contacto con el Consejo General, y con los que me apoyaban en aquella aventura, que ya estaban preparando lo necesario de cara al traslado a la nueva colonia, en Punta Negra.

Cada uno acudiría al puesto de avanzada con un equipo elegido por ellos mismos. Estaba segura de que mi madre y Vanur llevarían a los suyos. Nahuel no especificó a quienes iba a llevar consigo. Esperaba que no incluyera a Kayla, pero como era su prerrogativa, no iba a poner pegas si lo hacía.

Sidonio se puso en contacto con los Consejos de la Cinco y la Dos que mandarían parte de sus cazadores y algún helicóptero con material electrónico, munición, armas y víveres.

Desde las colonias, fueron llevando a la Uno cantidad de material útil, que abasteciera a la nueva colonia Base.

El Consejo determinó que uno de sus consejeros nos acompañaría al nuevo asentamiento. Laron era el miembro más joven del Consejo

General, tendría unos veintitrés años y era, además, el hijo del presidente. Su cometido real no engañaba a nadie, espiaría nuestros movimientos, e informaría a la colonia Uno. «Otro del gremio de Kayla», pensé, con cierto fastidio.

—Es bueno que aunemos esfuerzos, esto nos interesa a todos —me dijo Laron al serme presentado.

¿Aunar esfuerzos? Me preguntaba qué esfuerzo pensaba realizar él.

Laron era muy atractivo y parecía consciente de ello, al igual que Nahuel. Tenía siempre la sonrisa a punto, pero era una de aquellas sonrisas que no le alegraba el rostro. Su cabello y ojos eran oscuros, y bajo su túnica verde brillante, se adivinaba una complexión atlética. Supuse que jamás salió de su colonia, ni se había mezclado con otras personas fuera de su círculo elitista.

Ya cambiaría aquello, quería que todos los que fuesen al puesto Base cumplieran una función: aquel estirado no pasaría el día mirando trabajar a los demás.

—Esa túnica no va a resultar de ayuda si hay que salir corriendo, consejero. De tener que evacuar, los pilotos deben de poner los aparatos a salvo como prioridad, si usted no llega a tiempo, se quedará en tierra.

Vale, no era cierto, pero me divirtió ver su expresión alarmada.

Mi madre y su equipo llegaron por la mañana con cinco células de energía extra. Un auténtico derroche. Conseguir cada una costaba más de dos meses de proceso químico, y un pequeño cálculo erróneo podía dar al traste con la reacción. Condensarlas en un paquete de un palmo de ancho por otro de largo, y de un grosor de tres dedos, requería el trabajo de un mes adicional.

Cada célula procuraba energía a un helicóptero durante un mes, aproximadamente, algo menos si realizaban viajes entre colonias. La autonomía de estas dependía del uso, naturalmente.

Mi madre hizo sus cálculos, quería tener suficiente autonomía si tenía que acudir en mi ayuda, de ser necesario, o para llevarme los explosivos, una vez que estuviese cerca de la hembra Alfa. Quedarse cortos no era una opción que quisiera contemplar.

Pretendía mantener su helicóptero listo en todo momento, por si

lo necesitaba. Aunque me negué, ella tenía sus propias ideas, y yo no quería discutir.

Había que contar, además, con que serían necearios vuelos de abastecimiento. Las otras colonias mandarían material a la Uno, ya que la colonia Base no poseía recursos para autoabastecerse.

En la colonia Tres quedarían las células suficientes para los helicópteros dedicados a la limpieza, y quizá alguno se quedase corto, si la producción de estas fallaba.

—Ellos pueden arreglarse —se justificó, observando mi cara de desaprobación—. Las demás colonias también hacen sus propias células y seguro que algunas tienen excedentes. Yo tengo una hija que va a jugarse la vida por el bienestar general, así que, si deben contribuir, espero no oír lamentos.

Al escucharla, supe que no era la primera vez que pronunciaba el discurso. Supongo que le habían puesto algún inconveniente por pedir tantas células.

Me dio un beso en la frente.

—Si en algún momento no te sientes segura y quieres volver atrás…

—No lo haré, mamá.

—Lo sé, lo sé. Y he aquí la razón por la que no deberías unirte a nadie. Los cazadores sois obsesivos y cabezotas. Tú eres igual que tu padre.

—Ya me lo dijiste cuando Antu me invitó a su fiesta —le recordé.

—Antu era tu primer amor, y el amor es ciego. Solo quería que mantuvieras la cabeza fría, si has de emparejarte, tendrá que ser con alguien tan fuerte como tú, o lo devorarás.

—¿Es lo que sentiste con papá, te devoraba?

Se quedó pensativa unos instantes.

—No me consumía a mí, lo hacia a sí mismo. Demasiados sueños, tantos proyectos, multitud de ideas…, se quemaba por dentro. Era tan fuerte, brillante y capaz que creyó que todo lo que pensaba iba a llegar a buen puerto.

—¿Así me ves?

—Así te veo desde siempre. Día tras día de entrenamientos, perseverancia, tesón, firmeza, insistencia, cabezonería… No te dejaste amedrentar por nada y, mírate, ahora eres el centro de atención de todas las colonias, y te preocupa un chico con el que saliste una noche, en vez de lo que te propones hacer.

—No veo fortaleza en eso, sino debilidad, al preocuparme por Antu, en vez de hacerlo por la hembra Alfa.

—Al contrario, cariño. Eres fuerte porque te preocupas de los demás, aunque esa inquietud no sea correspondida. Por eso Antu jamás formará parte de tu vida, por eso te teme. Eres mucho más dura que él.

Me dio una palmada en la espalda y subí al helicóptero, que ya estaba listo con provisiones y munición. Laron venía con nosotros, se había quitado la túnica, y bajo esta no llevaba un traje marrón, sino uno negro de cazador.

Leí en su media sonrisa la vanidad que formaba parte de él, al igual que sus orejas y sus manos. Un traje marrón de ciudadano anónimo no era suficiente.

—Si lleva un traje de cazador, tendrá que realizar las funciones de uno —le advertí, malhumorada. Aquello me parecía una burla y un desprecio hacia los cazadores.

Estaba segura de que de sentarle mejor el azul, se hubiese enfundado un traje de piloto.

Mi madre nos precedió al interior de la carlinga y le indicó a Laron un sitio libre.

—Póngase el cinturón —le advirtió—. Llevamos siempre las puertas de la carlinga trasera abiertas, no querríamos perderlo.

Me lanzó una sonrisa cómplice a espaldas del consejero.

—Mark, ¿te importa que Nasirah ocupe tu sitio un rato? Se le está oxidando su técnica de vuelo, y convendría que nos quitara un poco de trabajo, ya que nos ha metido en este lío.

El interpelado rió, cediéndome el lugar del copiloto con una reverencia.

Mark era muy afable con todo el mundo, una de esas personas que mantenía la calma en cualquier situación.

Y yo siempre pensé que estaba enamorado de mi madre.

Llevaban juntos desde que comenzaron a pilotar. Ya no necesitaban hablarse, se compenetraban tanto que, a veces, parecían la misma persona.

A Mark le ofrecieron el mando de otro helicóptero varias veces, y siempre declinó la propuesta, alegando que se encontraba muy cómodo de segundo, no necesitaba hacer frente a todas las obligaciones del liderazgo. Estaba segura de que hubiese ido de artillero, con tal de seguir con mi madre.

—Bueno, ¿qué?, ¿nos vamos, o esperamos a que nos echen? —mi madre se cruzó de brazos, dejándome al mando.

Encendí los rotores, sintiendo la vibración de su potencia, me puse los auriculares, e hice una rápida valoración de la dirección, antes de anunciar por radio que estábamos listos.

Desde el control me dieron vía libre y tiré del mando que nos hizo ascender. Las revoluciones del rotor principal eran correctas, así que mi madre no dijo nada. Siempre me reprochaba que me lanzase demasiado pronto.

Presioné los pedales que movilizaban el timón, y empuñé el cíclico, manteniendo la dirección correcta.

—Tenemos mucho camino por delante, si te cansas, me lo pasas —me dijo.

Mucho antes de que estuviera cansada me hizo el relevo.

—Duerme un rato. —Me mandó a la parte de la carlinga donde los artilleros dormían sentados, amarrados por cinturones de seguridad y tensores.

Mark me guiñó un ojo, indicándome que lo había hecho bien. Le sonreí.

Laron, el consejero, parecía intranquilo y no dormía. Me alegré de que aquellos manejos a los mandos del aparato le inquietaran, aunque se cuidaría de decir nada, ese no era su terreno, allí no era más que un invitado.

Podríamos haber cubierto la distancia hasta la Base en un par de horas, sin embargo, mi madre, obsesiva con la duración de las células, nos mantuvo a una baja velocidad. Me daba tiempo a dormir un rato.

20. Base en Punta Negra

—Mira, Nasirah —me despertó mi madre del ligero sueño.

El sol apenas despuntaba por encima de las montañas a nuestra derecha y, en frente, una con la cúspide truncada sobre la que se levantaba un edificio tan singular que me quedé boquiabierta.

Construida con algún tipo de piedra negra y pulida, se levantaba, ingrávida, sobre una base cónica que se iba estrechando con la altura. La mitad superior apenas tenía un metro de diámetro y se elevaba, muy por encima del resto de edificaciones, reflejando los rayos solares del amanecer, que resaltaban su apariencia de frialdad.

—Es Punta negra —explicó Mark—. En tiempos se intentó formar una colonia, pero los terrenos circundantes están demasiado abiertos.

En efecto, la llanura que rodeaba casi por completo el asentamiento, no hubiera podido protegerse por guardias, que estarían a demasiada altura. A medida que nos acercábamos, se distinguía mejor la elevación escarpada, con acantilados en toda la zona posterior que daba al lago.

—La única entrada la conforman unas escaleras, dentro de un túnel excavado en roca, que desembocan en la llanura. Ni los génesers más jóvenes caben por él —concluyó mi madre.

—¿Has estado aquí antes?

—Sí, vine en la anterior expedición, con el grupo de tu padre, aunque él me pidió que me marchara. Si no salía bien debía cuidar de ti. Ese edificio era un santuario construido mucho antes de la plaga, está totalmente recubierto de lajas de obsidiana —continuó, desviando la conversación de temas personales—. Parece muy frágil, pero ha sobrevivido, sin sufrir deterioros, a siglos de tormentas, sol, nieve…

Alrededor del santuario se arracimaban barracones cubiertos de polvo, derruidos en su mayor parte.

—Esos se construyeron cuando se intentó iniciar la colonia, antes de comprobar que era inviable. En otras circunstancias la inviolabilidad del lugar hubiese sido ideal, pero depender de los suministros del resto de colonias resultaba demasiado costoso —Mark señaló las construcciones.

La planicie era una superficie nivelada de unos quinientos metros cuadrados. Mi madre nos llevó hasta un extremo libre de construcciones, y aterrizó.

El aparato que nos seguía, de la colonia Cinco, hizo lo mismo, a cierta distancia.

Cuando estuvimos en tierra firme, todos los ojos se volvieron hacia mí. Miré a mi madre, que tomó las riendas enseguida, comprendiendo que la gente esperaba recibir órdenes.

—Inspección del terreno —indicó.

Cada uno cogió sus armas y se dirigió a las zonas que les fue señalando, con intención de echar a las alimañas instaladas a resguardo de los génesers.

Me uní al resto. Lo cierto es que no tenía idea de por dónde empezar, ¡menos mal que mi madre estaba allí! Su capacidad de organización y autoridad nos puso a todos en marcha.

Nos recomendó avisar si encontrábamos algún animal peligroso. Subestimar las ansias de supervivencia de otras especies era una temeridad, yo lo sabía bien.

Le hice un gesto al consejero, quería que se mantuviera detrás de mí.

—Tengo entrenamiento —protestó.

—Yo también. Y tendría que dar demasiadas explicaciones si le pasa algo, así que cállese y sígame.

Solo tuvimos que desalojar a una familia de zorros, instalada entre los escombros de un barracón, y a otra de coyotes oculta en el túnel, tan delgados que casi daba pena echarlos de sus madrigueras.

El resto de animales no resultaban una amenaza y los dejamos en paz. La mayoría, aves de muchas especies, a las que nos limitamos a desalojar del interior de los barracones, donde algunas habían hecho nido.

Necesitaríamos solo un par de dormitorios en que pasar la noche, y nos pusimos manos a la obra. Las chapas estaban combadas y, por algunas esquinas sueltas, se había filtrado la lluvia, creando zonas de humedad malolientes.

Laron me sorprendió gratamente, se puso a retirar la tierra húmeda, a soldar partes sueltas, a aislar los barracones, como el resto. Hacia mitad de la tarde, dimos por terminado el trabajo, estábamos todos cubiertos de polvo y nos sentamos a descansar.

Los helicópteros con el resto del equipo, no tardarían en llegar. Sus tripulaciones se encargarían de montar catres y desescombrar algún otro barracón, que pudiera servir de comedor.

Mark ya estaba hablando con un responsable de la colonia Uno, asegurándose de que al día siguiente llegaría lo necesario que hiciera el espacio del todo habitable, y con buenas comunicaciones.

Me alegraba de tenerlos a él y a mi madre. Si de mí hubiesen dependido esos detalles, nos tocaría dormir en el suelo y comer raciones de emergencia.

—¿Sabes nadar? —me preguntó Laron, que salió del barracón, necesitado de un poco de aire fresco, al igual que los demás.

—Claro, ¿tú no? —Él había apeado el tratamiento, así que no dudé en hacer lo mismo.

La natación era parte del entrenamiento de los niños. En cada colonia, una piscina de gran capacidad servía de depósito extra. Se embalsaba el agua de lluvia, y se trataba con químicos, en previsión de periodos de sequía, y, entre tanto, se usaba para instruir a los pequeños en esa disciplina.

Pocas veces se presentaba la ocasión de tomar un buen baño, puesto que la mayoría de las superficies húmedas se encontraban rodeadas de génesers, sin embargo, el aprendizaje nunca estaba de más y, cada cierto tiempo, se nos permitía usar la piscina de forma ordenada, por turnos estrictos.

Habíamos llevado a cabo una limpieza exhaustiva, y todos terminamos cubiertos de polvo y cansados. Los trajes preservaban nuestra higiene, lo que no valía con manos y cara.

—Ven. —Laron me cogió de la mano y me llevó hasta la parte de la planicie que daba al lago.

Me señaló una estrecha escalera tallada en la roca, que descendía hasta dos metros sobre la superficie del agua.

—Una piscina natural, ¿te atreves?

Valoré la situación, a pesar de que me apetecía muchísimo.

Las orillas más cercanas quedaban a casi doscientos metros del pie de la escalera. Los génesers podían nadar un corto trecho, estaba documentado, aunque no tenía noticias de que se adentrasen tanto en el agua.

Laron me mostró su fusil.

—Yo vigilo mientras te bañas, luego cambiamos —me dijo.

—Lo hacemos al revés. No sé si eres buen tirador, y no pienso correr el riesgo.

—A ti no te atacan, si alguien corre un riesgo soy yo.

—Tú primero —le indiqué, dando por zanjado el tema.

Descendimos la estrecha escalera con cuidado, un traspiés a esa altura, unos cuarenta metros, sería como darse contra el suelo. Lo menos que podía ocurrir es que nos rompiéramos varios huesos.

Al final de la escalera, sobresalían unos asideros excavados en la roca para poder salir del agua. Laron se quitó las botas de un tirón y se lanzó de cabeza. Emergió varios metros más allá, libre ya del polvo, el pelo pegado a la cara y expresión de absoluta felicidad.

Lo envidié, y seguí sus movimientos sin dejar de vigilar.

Algunos génesers se habían metido en el agua, no sé si viendo u oliendo a Laron. Nadaron con torpeza unos metros, y regresaron.

—Parece que, después de todo, no vamos a correr peligro —rió él, que había observado también la maniobra de los machos.

—Seguiré vigilando, por si acaso.

—Vale, entonces, si no te importa… —Comenzó a bajarse la cremallera táctil.

—¿Qué haces?

—El traje ya se ha limpiado —contestó, al tiempo que se desnudaba y me lanzaba su ropa chorreante—. Los génesers no llegan aquí, aunque si me quieres esperar…, tardaré un rato, es tan agradable…

Se alejó, nadando con gracia.

Escuché el ruido de los helicópteros acercándose a la Base. Mi idea era salir en cuanto estuviese el equipo reunido, así que no tenía tiempo que perder. Dejé el fusil y las botas sobre las escaleras, y me lancé de cabeza al agua.

El frescor me invadió y, cuando emergí a respirar, noté el sabor mineral del agua en el paladar. Los pececillos pasaban por debajo en grupos desiguales. Supongo que tenían tanta curiosidad por ver lo que había llegado a invadir su espacio, que olvidaron la precaución.

La trenza se me había soltado, y el cabello flotaba a mi alrededor como una capa ondulante. Me tiré boca arriba y dejé que mi cuerpo se relajase.

—Deberías quitártelo, estarías mucho más a gusto —gritó Laron desde la distancia.

Se refería al traje, y tenía razón. Me lo quité y lo lancé hacia los primeros escalones.

¡Aquello sí que era una sensación única! Hubiese podido quedarme flotando para siempre, con el agua refrescando mi cuerpo mientras el sol intentaba alcanzarme con sus ardientes rayos.

Nadé un trecho, superé a Laron y me giré para quedar flotando boca arriba. Regresé remando perezosamente.

—Quédate quieta —la voz del consejero sonó mucho más cerca de lo que debería.

A esas alturas, ya sabía que no era de los que se cortaban. Guardar las distancias tampoco parecía su especialidad.

—No, no te muevas o los espantarás. —Se encontraba a mi lado y podía ver su cuerpo desnudo distorsionado por el agua transparente.

Miré abajo. Multitud de peces se arremolinaban en torno a mis piernas. Sentí entonces los besos de cientos de bocas en mis pies, la sorpresa me hizo moverme y los animales se alejaron.

—No te muevas, volverán —dijo Laron.

Los pececillos lo hicieron, con cierta timidez. Noté sus bocas indagando en mis pies y piernas, en mi estómago, en mi sexo y

pechos, cosquilleándome en cada pliegue de la piel.

—Están eliminando nuestra piel muerta —comentó el consejero, con una sonrisa distinta a las de antes, esta vez sí que llegó a sus ojos, que parecían chispear.

Solté una carcajada, la sensación era extraña, pero agradable. ¡Y era cierto que me hacían cosquillas!

—Si te mueves espantarás también a los míos —Laron me cogió de las manos.

—¡Es que no puedo estarme quieta, me hacen cosquillas! —exclamé de nuevo, sacudiendo los pies.

Reímos, disfrutando de aquel momento de relajación, hasta que miré hacia lo alto del acantilado. Nahuel y Kayla nos observaban, él con el ceño fruncido, ella con cara de satisfacción.

—Date la vuelta, por favor, voy a salir.

—¿Qué pasa?, ¿a los cazadores os está prohibido tener más de cinco minutos de diversión? —Me sonrió Laron, irónico.

Siguió mi mirada y vio también a Nahuel y a Kayla, en lo alto.

—¿Puedes volverte? —le pedí de nuevo.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—¡Vete a la mierda! —le espeté, antes de auparme al agarradero.

—¡Espera! —Tiró de mi brazo, intentando mantenerme en el agua —. No tienes por qué enfadarte, era solo una broma.

Estaba demasiado cerca de mí, y no me sentía cómoda.

—Vale, entonces gírate.

Me soltó, se volvió, y comenzó a nadar de nuevo hacia el centro del lago.

Salí y me vestí lo más rápido que pude. Cumplió su palabra y no miró.

—¡Voy a quedarme unos minutos más, no me esperes! —me gritó.

—No voy a dejarte solo aquí.

—Mándame una niñera.

¡Era un tío de lo más cargante, y yo no tenía paciencia para sus tonterías!

—Te doy hasta que llegue arriba, si para entonces no has salido, te dispararé. Mejor que te mate yo que los génesers, ¿no?

Él lanzó una carcajada y yo comencé a subir, mirando de vez en cuando sobre mi hombro. Laron seguía en el agua, flotando relajado. Maldije entre dientes.

—¡Tienes que salir! —le grité desde arriba, sabiendo que me oía perfectamente, el sonido se dispersaba muy bien en aquella zona.

No me hizo caso. Apunté con el rifle y disparé.

La bala pasó rozándole la cabeza, no sé si la sintió, pero el sonido sí lo alarmó. La reverberación del disparo alertó a todos los génesers y humanos del entorno.

—¡Qué mal genio tienes! —gritó él desde abajo, nadando hacia la escalera, aunque riéndose.

Mi madre corrió hacia mí, haciéndome bajar el cañón del rifle.

—¡Nasirah!, ¿qué haces?

Los recién llegados también me miraban con cara de pasmo. Nada a lo que no estuviese acostumbrada, a estas alturas.

—Enseñando a ese un poco de disciplina —le contesté, asegurándome de que el consejero ya se vestía para subir.

No sabía qué me causaba mayor disgusto, el que Nahuel me hubiera visto divertirme con Laron, o que llegara con Kayla.

Lo cierto es que, durante ese rato en el agua, me olvidé de lo que nos trajo allí, que envenené a Antu, que me esperaban muchos días de soledad por delante, y de que tenía una responsabilidad tan grande que, cada vez que la recordaba, su peso me hacía vacilar.

—Asegúrate que llega arriba —le dije a mi madre, que me miraba intrigada por mi arranque de mal humor.

Nahuel descargaba paquetes de un helicóptero, ayudado por sus cazadores. Sus músculos se tensaban bajo el traje por el peso de las cajas con munición, y tenía la mandíbula tensa. Fingió no verme cuando pasé a su lado.

Vanur se acercó y me palmeó la espalda.

—¿Qué, lista? —estaba tan entusiasmado como si él mismo fuese a salir de caza.

—En cuanto recoja mis cosas, ¿y Antu? —le pregunté, sabiendo que se preocupaba de estar al tanto de sus progresos.

—Ya ha salido del hospital. Está bien —me tranquilizó—, y no sé por qué te empeñas en pensar que tú lo envenenaste, los médicos aseguran que no fue así… Es probable que el cazador que se envenenó el mismo día, lo contagiara.

No contesté, Vanur era buena persona y pretendía quitarme el peso de Antu de encima. Le agradecí su intención.

—Asegúrate de que mi madre no sale más de la cuenta a buscarme. Os avisaré en cuanto llegue a las inmediaciones de la posición de la hembra.

Estaba empezando a caer la tarde y no quería demorarme más. Todos estaban organizándose para pasar la primera noche, que resultaría algo incómoda.

Me despedí de mi madre con un abrazo, y de Vanur y Mark con un beso en la mejilla.

Un rato antes vi al cazador de la Cuatro en animada conversación, o discusión, con Kayla. Esperaba que aquella charla no hubiese tenido que ver conmigo, porque Vanur parecía muy afectado, y a ella la noté bastante agresiva.

Nahuel no se acercó a despedirse, Laron sí. Me abrazó como si me conociera de toda la vida. Su abrazo era acogedor, igual que el de Antu, pero con la dureza del de su hermano. Una mezcla tan extraña que me turbó, y dados mis antecedentes, pretendía mantenerme a años luz de distancia de cualquier conato de relación romántica.

—Relájate un poco, eres muy estirada… —se rió de mí el consejero.

Debía haber descubierto que esa técnica me sacaba de mis casillas, porque había dejado de lado cualquier tipo de formalidad propia de su cargo. Su actitud insinuaba una intimidad entre nosotros que no existía.

No quería malos entendidos, después de lo de Antu, mi decisión seguía firme a ese respecto.

Mientras me aseguraba de que el fusil estuviese cargado, vi por el rabillo del ojo a Kayla enlazando a Nahuel por la cintura, y que él le pasaba el brazo por los hombros.

Salté.

Los génesers eran una mejor compañía. No molestaban, ni te hacían sentir la pieza de un juego del que desconocías las reglas.

Después de dos saltos más, miré hacia atrás. La luna ya había salido y reflejaba su luz sobre el santuario, de manera tan nítida como el sol del amanecer. Parecía una estampa sacada de un sueño.

De repente, me acordé de que no había entrado en aquella construcción. Me proponía hacerlo, cuando Laron me invitó a nadar. Luego, ya no hubo tiempo, ni lo recordé.

Caí en la cuenta de que era la única construcción que se mantenía intacta, pero a ninguno se nos ocurrió que pudiera servir de dormitorio o centro de comunicación. Se alzaba en un extremo de la explanada, imponente, un espacio que debía preservarse de cualquier actividad que no fuese contemplarla con admiración.

Casi al amanecer, me detuve y busqué un sitio para dormir un rato.

Según mi costumbre, lo hice sobre una rama alta, observando el terreno abierto, donde los génesers se movían por grupos.

Me volví a trenzar el pelo, ya seco, y dormí unas horas a la sombra de las ramas más altas.

Al despertar, desayuné frutos secos paseándome entre los animales y le mandé un mensaje a Sidonio, quería hablar con él antes de seguir mi camino.

—Ya veo que estás en buena compañía, Nasirah —Sidonio también había visto las imágenes de mi traje, pero ahora estaba

hablando con él mientras caminaba entre los génesers. No podía ocultar su aprensión.

—¿Cómo va todo, consejero? ¿Y los cazadores?

—Todas las colonias han acatado la orden del Consejo General, y han interrumpido la salida de cazadores. Hay un poco de inquietud entre unos cuantos escépticos, aunque nada fuera de lo esperado. De todas formas, el día de ayer será recordado. Ni una sola baja. Eso es un hito que conmemorar.

—No lo será si el resto no funciona.

—Ten confianza, muchacha. Todos la hemos depositado en ti, y ahora tienes que ser inteligente. Si a esa hembra no se la puede matar con una daga, tenemos otros métodos mucho más efectivos. Tu padre no pudo contar con ellos, tú, sí.

—No me olvidaré, consejero. Tengo que escanear de cerca a la Alfa y mandar las imágenes enseguida, los artificieros de la colonia Dos estudiarán si podemos acabar con ella con los explosivos que hemos traído. De no ser posible, trabajarán día y noche hasta que den con un explosivo óptimo.

—Eso es, no te arriesgues más de lo necesario… —la voz se le demudó cuando un grupo de génesers cazadores pasó a mi lado, a toda carrera.

Me reí. Entendía su temor.

—No se preocupe, no hay peligro, y en la Base organizan los explosivos para mandármelos, en cuanto sea necesario. Queda en sus manos preparar a las colonias de cara a un futuro distinto, Sidonio.

«Si es que conseguía matar a la hembra Alfa», estuve a punto de añadir.

—No te inquietes por eso. Déjame a mí la política, y tú céntrate en lo importante.

Si otra cosa no me decía…, lo que no terminaba de convencerme era esa falta de unanimidad. Seguía intranquila porque, a pesar de que clamábamos contra los génesers y la forma de vida que nos hicieron adoptar tras su aparición, parecía que no todos deseaban esos cambios.

—¿Algo nuevo sobre los que se oponen a lo que hacemos?

El consejero meneó la cabeza despacio, en muda negativa.

—Hay muchos intereses en juego, muchacha, y algunos están tomando posiciones de cara al fin de la hembra. Vas a ser una pieza muy codiciada, casi tanto como la géneser Alfa.

—¿A qué se refiere?

—Al consejero que te han enviado de enlace. La unión de ambos aseguraría la supervivencia del Consejo General ante un nuevo orden, y si no de todos, al menos ratificaría la continuación del presidente y su hijo.

22. Presión

Aquellas noticias no eran lo que esperaba. ¿En qué momento me había convertido en alguien tan importante como para intentar crear lazos conmigo?

Laron era muy atractivo, aunque de ahí a suscitar algún sentimiento en mí, había un trecho muy largo. No resultaba, en absoluto, halagador, por el contrario, odiaba constituir el eje de intrigas ajenas.

Ni siquiera se me ocurrió pensar en qué ocurriría después de matar a la hembra Alfa, aparte de seguir exterminando al resto de aquella raza, que casi termina con nosotros.

Había mucho que hacer antes de pensar en el futuro, porque cabía la posibilidad de que no pudiese acabar con ella, así que esas esperanzas se convertirían en humo arrastrado por el viento.

Mientras yo me preocupaba del presente, muchos ya estaban jugando sus bazas de futuro. Y pensaban que yo tendría algún papel en él. Debería dejar mis intenciones más claras, ya que mi único propósito era matar a la hembra Alfa y alejarme de las colonias, y de las personas que las habitaban.

Aunque dar algo por hecho, es igual de peligroso que confiarse. De acabar con aquella plaga, ¿qué pasaría con toda la maquinaria de guerra en la que habíamos basado la vida en las colonias?

Prácticamente, nuestra existencia giraba alrededor del exterminio de los génesers. Si conseguíamos librarnos de ellos, ¿podríamos volver a la vida que se llevaba antes de que aparecieran?

De pequeños, veíamos grabaciones conservadas de aquella época. La gente vivía libre y en paz, o eso parecía. Podían viajar por tierra, cruzar océanos, subir montañas, volar por encima de los continentes.

Ahora no sabíamos si existían todavía esos continentes, ni las tierras que habíamos devorado con ojos de niño, y soñado con mentes de adulto.

La máxima distancia a la que nos habíamos desplazado, era la que separaba la primera colonia de la hembra Alfa, y porque existía un motivo de peso, aunque el coste era inasumible.

Los satélites que todavía funcionaban y que podíamos manejar, no mostraban indicios de asentamientos humanos, al menos en el área que abarcaban, y los intentos de comunicación por radio dieron el mismo resultado.

Era duro pensar que podíamos ser los últimos humanos sobre la Tierra. Cerca de doscientas mil personas, reunidas en cinco colonias, distantes tan solo cien kilómetros unas de otras.

Los génesers se extendían a lo largo de la visión de los satélites, aunque su densidad se reducía a medida que se alejaban de la posición de la hembra Alfa.

Se especulaba mucho al respecto. ¿Y si más allá no había génesers? A no ser que el resto de la Tierra se hallase vacío, deberíamos haber contactado con otros humanos. ¿Y si existían hembras similares a la Alfa dispersas en distintos lugares?

Demasiadas preguntas que no tenían respuesta, a no ser que consiguiéramos acabar con la plaga en nuestra parte del mundo, y pudiésemos salir a comprobarlo.

No me detuve a pensar en cual sería mi papel en un futuro, y, desde luego, no iba ser el que otros me asignaran.

Ahora entendía mejor la actitud de Laron, y lo cierto es que no era nada halagador, sino lo contrario. En todo caso, era algo que nunca iba a ocurrir, mi experiencia con Antu fue un buen escarmiento.

A primera hora de la tarde hice una pausa. Ya no me molestaba tanto el hedor que desprendían los grupos de génesers, pero sentía que se me pegaba a la ropa y podía olerlo en todo momento.

Eran unas bestias magníficas, a pesar del olor que desprendían al estar agrupadas. No ocurría igual con los machos solitarios con los que me tropecé. Estos no se quedaban en un mismo sitio y, por tanto, no permanecían cerca de sus desechos.

Me encantaba pasar la mano por el cuero endurecido de sus flancos. Los hocicos eran suaves y blandos al tacto, en cambio, sus dientes tenían forma triangular y cortaban como cuchillas recién afiladas.

Las garras de los machos más grandes poseían una longitud y dureza inusitadas. Contaban con tres uñas de unos veinticinco centímetros, igual de afiladas y duras que los dientes. Al andar, abrían

surcos de la profundidad de un arado trazando filas de siembra.

Sus ojos eran fascinantes también, alargados, de pupila reptiliana y con el verde fosforescente del iris, compitiendo con el blanco inmaculado de la esclerótica.

Era una lástima que no pudiésemos compartir espacio, ya que últimamente, me sentía más cómoda con ellos que con mis congéneres.

La pantalla de mi telecomunicador se encendió. Era mi madre. Todos los días hablábamos un rato, casi siempre antes del amanecer, que era el momento en que solía pararme a descansar.

No tenía ninguna razón especial al escoger ese momento del día, era justo cuando mi cuerpo me pedía una pausa larga.

Apenas dormía más de cuatro horas seguidas, sentía que debía apresurarme. Notaba una presión en las sienes a medida que me iba acercando a la hembra, que, en algunas ocasiones, se convertía en una buena jaqueca.

Durante uno de estos episodios, me veía obligada a bajar el ritmo y la longitud de mis saltos, como si algo intentara frenar mi avance, o detenerlo.

El traje estimulaba mis defensas, pero contra ese dolor no había mucho que hacer, excepto tumbarme en postura fetal hasta que remitía un poco y se me aclaraba la visión.

Según las lecturas de la pantalla, me encontraba a poco más de ochenta kilómetros de la hembra Alfa.

Salté una última vez antes de hacer mi parada de descanso largo, algo de lo que tuve que arrepentirme enseguida, cuando sufría uno de aquellos dolores de cabeza, mi vista se volvía borrosa y perdía una cantidad importante de reflejos.

El resultado del salto fue desastroso. Caí sobre un grupo de peñascos y rodé sin control. En la base rocosa me esperaba otra sorpresa: no solo había una hembra géneser, sino tres.

Estaban separadas unos diez metros unas de las otras. Las tres formaban un triángulo y los machos las rodeaban, fieles, a una distancia adecuada.

Lo más inquietante es que su presencia no se reflejaba en la pantalla. En ella se veía un solo punto rojo a unos cien metros.

Me confié, y a resultas de ello, me torcí un tobillo y quedé a merced de una hembra que me miraba con ojillos malévolos, desde muy cerca.

Los chasquidos que emitía estaban salpicados de chirridos tan agudos, que pensé que me iba a estallar la cabeza.

Mis dedos tantearon en busca de la daga, consciente de que era tarde. La cola de la hembra, además de envenenarme, me abrió una profunda brecha en el brazo que puse delante, protegiéndome la cara.

Rodé sobre mí misma olvidando el dolor de cabeza, de pie y de brazo, y me puse fuera de su alcance. Necesitaba unos segundos para buscar el punto por donde romper su defensa. Herida y envenenada, mis niveles de energía eran demasiado bajos, de haber intentado teletransportarme en ese momento, era muy posible que la hembra hubiera terminado conmigo.

Me encaramé a su lomo, evitando por poco los pinchos de su cabeza, y le hundí la daga con todas mis fuerzas en la abertura. No escuché el ruido de la vértebra al separarse porque estaba gritando, deshaciéndome de toda la rabia y frustración que me produjo aquel error.

Fue un enorme alivio dejar de escuchar en el interior de mi cráneo aquel espeluznante sonido, cargado de ira.

Me apoyé contra la roca, cerciorándome antes de que las otras hembras no iban a atacar en defensa de su compañera.

Mi antebrazo tenía un corte muy feo, no creía que la autonomía del traje fuera capaz de cerrarlo del todo en poco tiempo. Todavía me hallaba mareada, combatir el veneno me dejaba sin fuerzas con rapidez, y la pérdida de sangre tampoco ayudaba.

A unos cien metros se veía una arboleda cerrada. Pensé en teletransportarme, pero si me encontraba con alguna otra sorpresa, igual no podía hacerle frente. Caminé despacio hasta allí, el tobillo empezaba a latirme como un diente podrido. Los machos de las inmediaciones ni me miraron al pasar entre ellos.

Mis fuerzas no me iban a permitir trepar a un árbol, por lo que me senté con la espalda apoyada en el tronco y rebusqué en la

mochila. Tenía pegamento para heridas y grapas quirúrgicas. Me decidí por lo primero, era más doloroso, pero evitaría que entrasen gérmenes en la herida. Tardé casi cinco minutos en quitarme la parte superior del traje. Me puse un antiséptico en el antebrazo y apreté los dientes, mientras el adhesivo iba uniendo la carne abierta.

Todavía faltaba un rato hasta el amanecer, y la llamada de mi madre no me extrañó. Seguro que alguno de los cazadores conectado a mi traje, la alertó de un cambio en mis constantes vitales. Apagué la pantalla. Necesitaba recomponerme, o vendría a buscarme de inmediato.

Volví a ponerme el traje, me limpié la cara lo mejor que pude, y me pasé el cepillo por el pelo, a fin de eliminar las manchas de sangre y polvo.

La nueva llamada sí que la contesté.

—Lo siento, mamá, estaba al lado de una hembra y he tenido que saltar —me justifiqué.

Sus ojos me decían que no la engañaba.

—He aterrizado en unas rocas, y me he torcido el tobillo. Nada de qué preocuparse. —Una mentira aderezada con un poco de verdad era más creíble.

—Tus niveles de veneno han subido de manera alarmante.

—La hembra se encontraba un poco molesta por la visita y se ha defendido. Ya ves que estoy envenenada, pero bien.

—Tu tensión ha caído en picado —intervino Vanur desde algún punto. Por lo visto, teníamos público.

—La hembra y yo nos hemos asustado la una a la otra. He caído demasiado cerca de ella. —Solté una carcajada tan falsa, que me avergoncé de mi pésima actuación.

Escuché un cuchicheo general, supongo que todos dando su opinión. Bastante tenía con mantener la serenidad, no necesitaba más muestras de preocupación.

—Hay mucho tiempo todavía, puedes descansar un día —sugirió mi madre.

—O podemos ir a buscarte, con un baño en el lago de aquí atrás, quedarías en forma de nuevo —intervino Laron, que apareció al fondo de la pantalla con una gran sonrisa.

—Está demasiado pálida —dijo Nahuel en un susurro.

No pude verlo, solo lo escuché de fondo, hablando en voz baja con alguien, que le respondió en un cuchicheo algo parecido a que dudaba de que pudiese seguir.

Esa voz era la de Kayla, ¿qué pintaba ella en esa reunión? Nahuel debería mantenerla al margen de estas conversaciones que eran solo para los que consideraba de confianza. La cazadora no se encontraba entre ellos y, si a eso vamos, el consejero tampoco tenía por qué estar allí.

Liderar no era lo mío, quizá ni siquiera se me daba bien escoger a mi equipo. Elegí a las personas que conocía, que no era, ni de lejos, lo más sensato, puesto que no sabía nada de ellos, ni de sus intereses. Solo podía poner la mano en el fuego por mi madre.

Me sentía tan poco capacitada para seguir adelante, que deseé cortar la comunicación. Sus dudas incrementaban las mías, y tenía un sollozo en el fondo de la garganta que apenas me dejaba respirar.

Las cosas aquí fuera no eran todo blanco o negro. Los accidentes ocurrían, las sorpresas también.

Por un momento ansié estar en uno de los catres de los barracones, descansando, a salvo.

¡Ojalá hubiese tenido a alguien con quien compartir esos pensamientos!

De todas formas, tomé nota: la próxima vez que tuviese contacto con alguno de los de la colonia Base, me cercioraría de saber quién escuchaba.

—Estoy cansada, eso es todo, mamá —me dirigí solo a ella, no pensaba tener en cuenta los comentarios de los demás—. Hoy descansaré si no me dais mucho la lata. Quedáis avisados de que no pienso cambiar de posición al menos en seis horas, quizá más si encuentro una rama sobre la que dé la sombra toda la mañana…, ¿contentos? Tengo que asimilar el veneno y descansar el tobillo, no soy una suicida.

Desconecté con alivio.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentía tan mal que dudaba de poder llegar hasta la hembra Alfa, y mucho menos de ser capaz de hacerle frente.

23. No, sin ayuda.

Dormí unas horas de sueño intranquilo. Mi organismo consumía el veneno, intentaba curar mi herida y reponer la sangre perdida, al mismo tiempo que acudía en socorro de mi tobillo.

Me alegré de no haberme quitado la bota, porque hubiese sido incapaz de volver a ponérmela. Mi tobillo era tres veces su tamaño normal y, aunque el traje me suministró analgésicos, podía notar un dolor sordo ascendiendo por mi pierna.

Perdí la noción del tiempo y apenas me fijé que se iluminaba la pantalla del telecomunicador.

—Necesitas ayuda, ¿verdad?

—Estoy bien, Vanur. Con un poco de descanso…

—Estoy solo, no tienes que disimular. La lectura de tus niveles vitales me dice que anoche tuviste más problemas que una simple torcedura. —Su cara preocupada me conmovió.

—Voy a poder con esto —claudiqué—. Lo que necesitaría es que me cubrieses durante unos días. Tengo un esguince y una herida muy fea en el brazo izquierdo. Me la cerré, aunque debí perder mucha sangre.

Esperaba que me riñese, cosa que no hizo y que agradecí.

—¿Puedes quedarte inmóvil? Voy a pedirle a la memoria de tu traje que te haga un escáner.

—No es necesario, ya te he dicho lo que pasó. Puedo recuperarme con un poco de tiempo.

—Es que… —dijo, sonrojándose ligeramente, dudando si continuar—, no estaba tranquilo desde tu última transmisión, y si he sido tan quisquilloso controlándote es porque Nahuel no me ha dejado en paz. Lleva horas insistiendo en que hable contigo, lejos de oídos indiscretos.

El corazón me dio un vuelco. El que Nahuel se preocupara por mí, me causaba una complacencia que no debería sentir.

—No tengo que recordarte la importancia de lo que estás haciendo, por lo que tu salud y bienestar son una prioridad.

Un cubo de agua helada en la espalda, no me hubiese sacado de mis estúpidos pensamientos con más rapidez que aquellas palabras. Era lo que hacía, no mi seguridad, lo que los preocupaba.

—Tienes que quedarte completamente quieta —me repitió.

Le hice caso, confiaba en él. Necesitaba una valoración de daños exacta, porque llegar en esas condiciones hasta la hembra Alfa hubiese sido un suicidio.

—¿Y bien? –le pregunté, tardaba demasiado.

—Vale, esguince de grado uno, muy doloroso, aunque con inmovilidad estará casi curado en un par de días. Varios hematomas en torso, imagino que de la caída. La herida del brazo está un poco infectada, pero no de manera preocupante, y los niveles de veneno están bajando muy rápido. ¿Te golpeaste la cabeza también?

—Creo que fue lo único que salió intacto, ¿por qué?

—¿Has tenido mareos, dolor de cabeza, náuseas?

—¿Qué pasa, Vanur?

—Nasirah, debemos llegar hasta ti cuanto antes. Tienes un hematoma subdural, y el botiquín de emergencia no contiene lo necesario.

—¿Cómo? No me he golpeado la cabeza, ¡estoy segura!

—Te mandaré unas coordenadas, salta hasta ellas en cuanto estés lista, y me vas diciendo si es un lugar seguro donde recogerte.

—No pienso volver.

—No te estoy diciendo que regreses, aunque sería lo más seguro. Hay tiempo de sobra, y no podemos permitirnos perderte a ti.

—No tanto tiempo, Vanur. Hay que escanear a la hembra Alfa. Necesitamos estar seguros de que los explosivos van a funcionar…

—De acuerdo, no te voy a obligar a volver, por eso tu madre no está aquí. Te recogeremos con un helicóptero, te trataremos en vuelo, y te dejaremos donde quieras.

El punto de encuentro se hallaba a tres kilómetros al Este de mi posición. Me quedé un rato tendida, reuniendo fuerza, y debió ser más

del previsto porque ya podía escuchar el ruido de un rotor en la distancia. Se habían dado prisa, mi madre pondría el grito en el cielo por el derroche de energía.

Hice una valoración de mi aspecto, que no era demasiado alentador. En fin, no tenía remedio.

Suspiré aliviada, pude reconocer el helicóptero que se acercaba, que era el de la colonia Cinco. Vanur quiso ahorrarme el encuentro con mi madre, y no podía estarle más agradecida.

Les hice señas de que no se acercasen, y me aparté del pequeño grupo de génesers cojeando, antes de que los artilleros comenzaran a disparar. ¡Solo me hubieran faltado un par de balas explosivas en el cuerpo!

Cuando el helicóptero tomó tierra a unos metros de mí, cinco cazadores, entre los que se encontraba Nahuel, se desplegaron alrededor del aparato con las armas listas.

Laron bajó de un salto y corrió en mi dirección. Me aparté, tambaleándome sobre el tobillo pulsante.

—¡Soy venenosa! —le grité.

Me mostró los guantes, me cogió en brazos, como si pesara menos que mi mochila, y corrió de vuelta al helicóptero.

Los génesers más cercanos estaban a cien metros, y no parecían tener intención de acercarse. Laron me sentó en el centro de la carlinga, entre los artilleros.

Nahuel, que no nos había perdido de vista, dio una orden a los otros cazadores. En cuanto estuvieron a bordo, el aparato se elevó. Todos, excepto el consejero, se sentaron a ambos lados de la carlinga, flanqueándome, y se ajustaron los cinturones.

Era una incómoda situación, a la que pretendían restar importancia mirando hacia otro lado. Intenté incorporarme y Laron me lo impidió. Me pregunté qué haría allí, y cómo se les había ocurrido contárselo. Era lo mismo que poner al corriente al Consejo General.

—Nunca he hecho esto a una persona de verdad —gritó el consejero, haciéndose oír por encima del ruido del rotor—. Si te hago daño, grita y pararé.

Nahuel lo apartó de un empujón, antes de que el consejero me quitara la bota.

—Siéntate —le espetó ceñudo.

—¡Soy venenosa! —le grité, no llevaba guantes.

Parecían olvidar, demasiado rápido, los daños que causaba el veneno.

—Mucho más de lo que crees —creí oírle murmurar, bajo el estruendo del motor.

Comprendí que quizá mi cuerpo ya había absorbido el veneno, y yo era la única que no lo sabía, ocupada en todas las otras partes de mí que reclamaban atención.

Tomó una venda compresiva y la aplicó sobre la bota, apretando tanto que se me saltaban las lágrimas de dolor. Aquello no iba a detenerlo, lo leí en su mirada. Estaba preparado para hacer curas de urgencia en las situaciones más extremas, y sabía hacerlo.

Formaba parte de la preparación de un cazador, que debía estar preparado para ayudar a un compañero en caso de amputación o herida grave. La diferencia entre la vida y la muerte, podía residir en la manera de tratarlo, cortando la hemorragia y ejerciendo la presión necesaria, desoyendo sus gritos de dolor.

Nahuel me aplicó un inyectable en el muslo, un compuesto que aceleraba la reparación de tejidos. Sacó otro y me cogió el brazo con delicadeza. Su respiración era acelerada, estaba tenso, lo que no detuvo su firme mano al pincharme varias veces alrededor de la herida.

Mi frente se cubrió de un sudor frío. Aquellos pinchazos inyectaban nanolimpiadores, que asegurarían la desinfección total de la herida, y prevendrían futuras complicaciones. Era doloroso, casi tanto como el vendaje del tobillo.

Aplicó una ventosa en el dorso de mi mano derecha y la conectó a un gotero que pendía del techo de la carlinga, luego me inyectó en el muslo otra ampolla. Sondeé entre la determinación de sus ojos, y vi en ellos lo que ya conocía del día en que me besó, una mezcla de deseo y culpabilidad. No debía alegrarme de ello, porque me prometí alejarme de todos y, sin embargo, se me aceleraba el corazón en cuanto lo miraba.

—Es para el hematoma —gritó Laron aproximándose, y desoyendo las protestas del artillero al que desplazó, ocupando su sitio —. Hay que esperar diez minutos a ver si te hace efecto.

Nahuel le lanzó una ojeada al consejero y se sentó con su grupo, en el que no se incluía a Kayla, algo que era de agradecer. Bastante incómoda me sentía, postrada entre aquellos extraños, como para tener que soportar las miradas hirientes de la cazadora.

El consejero me cogió de la mano en un gesto que hubiese considerado tierno, si no supiera de sus intenciones ocultas.

El piloto llamó la atención de Nahuel, que entró en la cabina de mando. Lo perdí de vista un momento, luego se volvió a sentar mientras el helicóptero descendía y, por último, aterrizaba.

Cazadores y artilleros bajaron, pisando fuerte con sus botas a mi alrededor, imaginé que tomaban posiciones. Nos encontrábamos en una tierra desconocida, que los humanos no habíamos pisado en centenares de años.

—Estamos en un islote en medio de un lago —me explicó Laron, echando un vistazo por las dos puertas—. Por un lado, es imposible que nos puedan atacar porque hay una especie de cascada muy alta. La orilla más cercana queda a unos cuarenta metros.

Nahuel entró en la carlinga, después de dar instrucciones a los suyos, que debían vigilar.

Laron consultaba el tiempo tan a menudo, que me alteraba, por su palidez supuse que era la primera vez que tenía que enfrentarse a algo parecido. ¡Pues ya éramos dos!

Cruzó una mirada con Nahuel, que se acercó a mí y lo mandó fuera.

Este consultó su monitor e hizo un gesto contrariado. Lo que sea que me habían inyectado no daba el resultado esperado y debíamos pasar a la parte dura del tratamiento.

—Va a ser desagradable —me advirtió el cazador, retirando el pelo de mi frente sudorosa—. ¿Aguantarás un momento sin moverte? Es más rápido que el tatuaje, y ni la cuarta parte de doloroso. A una cazadora no debería resultarle difícil.

Asentí. Su cara se encontraba tan cerca que podía sentir su

aliento.

Tomó una herramienta, que mantuvo oculta, y la aplicó sobre mi cabeza. Escuché el ruido de un torno, y una vibración en todo el cráneo. Por fin, un chasquido cuando el hueso fue traspasado. Por un segundo me entró un pánico visceral, pero ahí estaba Nahuel para apoyarme. Sus ojos no se habían apartado de los míos durante el proceso, intentando traspasarme su fuerza.

Dejó la herramienta, y ahora me sujetó la cara entre las manos, impidiendo que me moviera. Con su rostro tan cerca del mío, no podía ver a nadie más. Notaba la sangre saliendo del orificio de mi cráneo, en un reguero fino y constante.

Me sostuvo así unos minutos, hasta que el flujo de sangre se convirtió en un lento goteo.

Escuché varios disparos y unas risas de los cazadores, a mi derecha. Nahuel levantó la vista, mirando en la dirección en la que habían sonado.

Me hizo acostarme y él se sentó a mi lado, con la espalda apoyada en el mamparo de separación de la cabina de mando, y las piernas estiradas.

Laron se asomó y soltó un juramento, antes de retirarse de nuevo. El espectáculo de la sangre corriendo por el suelo de la carlinga no debió ser de su agrado.

—Ahora deberías dormir un poco —me dijo el cazador—. Aquí estamos a salvo y podemos quedarnos unas horas más, Vanur nos cubrirá.

Cerré los ojos imaginando que Nahuel me cogía de la mano como antes había hecho Laron. No lo hizo.

«Eres fuerte, humana. Parece que, después de todo, nos vamos a ver pronto».

24. Dentro de mi cabeza

La voz dentro de mi cabeza me asustó tanto que me incorporé con rapidez. Nahuel, sentado a mi lado, se sobresaltó y me obligó a tumbarme de nuevo.

—¡Eh, relájate! Solo ha sido un sueño, estás a salvo.

Quise protestar. No se trataba de un sueño, apenas acababa de cerrar los ojos hacía unos segundos. Me fijé entonces en la posición del sol, pronto oscurecería.

—Nahuel, deberíamos movernos si queremos que esta excursión quede entre nosotros.

El piloto se asomaba con timidez al interior de la carlinga, temiendo molestar.

—Enseguida —Nahuel se volvió hacia mí—. ¿Estás mejor? ¿Puedes incorporarte?

—Pasaré la noche aquí. Marchaos cuando tengáis que hacerlo, me encuentro mucho mejor, y por la mañana me moveré a un sitio con sombra.

—Aún queda algo por hacer…

—Lo sé, y cuanto antes, mejor.

Sabía que se refería a aplicarme nanoreparadores en el agujero del cráneo, que terminarían de reconstruir el tejido y de regenerar el hueso en pocas horas. Temblaba solo de pensarlo, pero era algo insoslayable.

Tomó un inyector y me sujetó la cabeza.

—Agárrame con todas tus fuerzas, y grita si tienes que hacerlo, pero no te muevas mucho, no quiero hacerte daño.

No tuvo que repetirlo, le rodeé con los brazos y cerré los ojos, a la espera del pinchazo invasivo.

Fue mucho peor de lo que imaginé, me dolió tanto que no pude ni gritar. Nahuel me rodeó con los brazos y me apretó con fuerza, durante unos segundos angustiosos en que pensé que se me partiría el cráneo en cachitos. Por fortuna pasaron enseguida.

—Eh, ya está…, tranquila —murmuró contra mi pelo.

Me separé un poco de su pecho y alcé la cabeza, quería que viera que me sentía mejor. Ojalá me hubiera besado. En vez de eso, deshizo el abrazo del todo y yo me recriminé aquellos pensamientos que estaban tan fuera de lugar, y que contradecían mis intenciones futuras.

—Vale, con un apósito que te puedes quitar mañana, estarás perfecta.

Me lo puso, y debía estar bastante ridícula porque soltó una carcajada.

—No sé si el consejero debería verte así, no eres el prototipo de la mujer idealizada por el que te tiene —rió.

—Supongo que nada es, exactamente, lo que queremos ver —alzó una ceja en muda pregunta que deseché con un encogimiento de hombros. Lo cierto es que no lo dije con segundas intenciones, me daba igual que Laron me viera de una manera o de otra.

Me alzó en brazos y me sacó del aparato. Los cazadores, artilleros y pilotos estaban sentados sobre las desoladas piedras del islote donde habíamos aterrizado. Laron se encontraba algo alejado, como si sus pensamientos no tuvieran que ver con la conversación general.

Nahuel me depositó en el suelo, con la espalda apoyada en una roca.

—Gracias a todos por venir —los despedí, no quería que aquello se eternizase.

Era consciente de que mi aspecto generaba poca confianza en aquellos hombres, que debían pensar en mí como alguien sobrenatural poco menos, y que se encontraban con que era igual de humana que todos ellos.

Me saludaron mientras subían al helicóptero, unos con la mano, otros con un asentimiento de cabeza. Solo Laron se me acercó.

—¿Podrás con esto? —me preguntó.

No podía responder afirmativamente, a mi pesar.

—Ya ves que no puedo sin ayuda, consejero. Tendrás que decirles a tus colegas que pueden ir poniéndose nerviosos, porque aún no ha

terminado la partida.

Subió al helicóptero con la mirada baja.

—Vamos, marchaos ya —le dije a Nahuel, que todavía estaba a mi lado.

—¿Recordarás esto la próxima vez? No saltes si estás demasiado cansada o débil.

—Supongo que es más fácil tomar esas decisiones desde la distancia.

Le dolió mi contestación, su experiencia no tenía que ver con la mía, aunque tampoco merecía que se lo echara en cara, yo escogí ese camino, él no podía elegir.

Me hizo un gesto distraído con la mano mientras subía al helicóptero.

Los rotores hicieron arremolinarse nubes de tierra sobre mí, pero no me moví. Los vi alejarse hacia la seguridad de la Base con un poco de envidia: volvía a quedarme sola.

Y no es que la soledad me molestara. Es que ahora la temía. La voz que había escuchado en mi cabeza me asustaba, Nahuel pensaba que solo fue un sueño, yo no lo creía.

El tobillo era ya una simple molestia, y el brazo estaba a punto de sanar por completo.

Tenía el impulso de transportarme enseguida, solo unos kilómetros, pero la advertencia de Nahuel me frenó. Necesitaba el total de mis facultades, y una reciente craneotomía no me capacitaba para hacer frente a cualquier peligro.

Dormité toda la noche, en una mezcla de ensoñaciones y pesadillas, en las que las víctimas eran personas allegadas a mí.

De madrugada, a la hora acostumbrada, recibí la llamada de mi madre.

—¿Y eso? —preguntó de inmediato, refiriéndose a mi vendaje de la cabeza.

—Mamá, tu confianza me llena de satisfacción. —Intentaba hacer tiempo y pensar en una excusa—. Llevo todo el día a la intemperie,

bajo un sol de justicia que me ha dado jaqueca. Esto es un parche hidratante con que combatirla…, ¿qué piensas, que me he roto la cabeza?

—¿A qué distancia estás? —decidió soslayar la respuesta con otra pregunta.

—Uff, no sé, mamá. Hoy me he movido poco, me encuentro cansada…

—Aproximadamente.

Era una pregunta trampa. Quería calcular cuánto de verdad había en mi respuesta anterior. Siempre me preguntaba la distancia y hacía sus propios cálculos sobre lo rápido que me movía.

—Mañana estaré cerca de ella, posiblemente pueda mandar información —me apresuré a decir.

—Deberías tomarte un descanso, te veo delgada y ojerosa.

—Mamá…

—Vale, vale. Lo siento —dijo, negando con la cabeza—. Sé que sabes, y puedes cuidarte.

—Agradezco que lo entiendas.

—Vanur está aquí. También quiere que te lo tomes con tranquilidad.

—¿Tenéis el receptor del escáner listo? Es importante que se envíe de inmediato —me dirigí a él, desviando el tema.

No quería que mi madre nos pillase, a Vanur o a mí, en un renuncio, y es el camino que llevábamos. Ella era una interrogadora de primera, y nosotros no habíamos llegado a ponernos de acuerdo sobre la versión que contarle.

—Todo listo —contestó Vanur—. En cuanto lo tengamos lo enviaremos a la colonia Dos, donde ya están esperando.

—¿Y tú, mamá?, ¿todo bien?

—Hoy he tenido que volar a la colonia Uno. Había material que recoger, y curiosidad en el Consejo general por saber noticias de primera mano.

—¿Y? ¿Qué les has contado?

—Lo que querían oír. ¿Qué otra cosa podía contarles?

—Sabes que Laron es hijo del presidente del Consejo, cualquier cosa la sabrán antes de que tú se la digas.

—Y es algo por lo que he tenido que responder, parece que Laron se ha amotinado. Nada se ha dicho de manera explícita, claro. Es política y mienten como si les fuera la vida en ello, aunque he podido entrever que el presidente anda disgustado con su díscolo hijo. Al parecer, su misión principal se ha visto comprometida, el interés del consejero trasciende las ordenes de su padre.

—¿Has hablado con Sidonio? Es el único que puede enfrentarse al Consejo en sus propios términos. Debería ocuparse de estas cosas.

—Mira, cariño. Ahora mismo me inquieta bien poco el Consejo General, y ningún consejero en particular. Todos tienen sus planes y, mientras nos dejen seguir con los nuestros, por mí pueden pelearse por la corona hasta matarse unos a otros —dijo con sinceridad—. Los que estamos aquí tenemos unas prioridades que no incluyen la política de colonias. Con suerte, eso puede dar un vuelco tan tremendo, que nadie más tenga que preocuparse en mucho tiempo. Está en tus manos y solo me intranquiliza pensar en el peligro que corres. Si no te sientes con fuerzas, dilo e iré a recogerte.

—Eso no va a ocurrir, ya lo sabes. Y me molesta que lo intentes cada vez que hablamos —dije, con cierto fastidio.

—Antu sigue vivo gracias a ti, quizá seas más útil en la colonia.

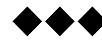
—¿De curandera? —me reí con bastante amargura.

—Nadie más posee esa capacidad.

—Para esto también, la única manera de que no haya más envenenados es acabar con las hembras. Sabes que no voy a parar hasta que mate a la Alfa y te da miedo. Mentiría si digo que no estoy asustada, aunque voy a hacerlo, de todas formas.

—Vale cariño, no vamos a disgustarnos.

—No lo haremos, si dejamos de tener esta conversación todas las noches, mamá. Tengo que hacerlo, y no puedo parar a unos pasos de la meta, por mucho que temas por mí.



La meta se encontraba a solo treinta kilómetros,cuando volví a escuchar su voz en mi cabeza, ni la mitad de nítida que la vez anterior.

Se trataba de un parloteo inconexo, del que apenas pude comprender algunas cosas. Una mezcla de mi idioma, con chasquidos y otras lenguas, o sonidos, que no reconocí.

Me detuve sobre una elevación despejada, con el corazón. Tenía impulsos contradictorios: por un lado, deseaba llegar cuanto antes; por otro, quería salir corriendo en dirección contraria.

«Eres perseverante, humana», fue lo que acerté a desentrañar de aquella maraña.

Se refería a mí, y era ella.

Supe que estaba en mi mente, y que fue la causante de mi hematoma. Pensé que aquella invasión podía provocarme otro, del que quizá no saliese con vida.

De alguna forma, teníamos una conexión mediante la que la hembra podía leer en mi mente, y yo también en la suya. Esperaba que mis pensamientos fueran tan confusos para ella, como los suyos lo eran para mí.

No contaba con eso y tampoco podía protegerme: ¿Cómo parar de pensar?

«Podría dar una orden y estarías muerta en un minuto».

Estaba segura de que tenía esa capacidad. Me pregunté por qué no lo haría.

«*¿Dónde estaría la diversión, entonces?*» —pensé yo.

Aquello era la prueba de que escuchaba todos mis pensamientos. Y confirmaba también lo que mi madre y yo habíamos comentado, multitud de veces, en los últimos tiempos: los génesers se volvían más osados y precisos en sus ataques, movidos por una inteligencia que los humanos, en nuestra arrogancia, pretendíamos no ver.

—Entonces, sabes a que he venido… —no pude evitar pronunciar

en voz alta.

—*«Lo sabía antes que tú. Cuando tu padre se fue, pudo leer en mi interior un momento, justo lo que me costó interpretar toda su vida. Él encontró la única forma de llegar hasta mí. Y desde entonces, te estoy esperando».*

—*«No crees que pueda dañarte, ¿verdad?»*

—*«Vas a intentarlo, y fracasarás, lo mismo que los otros. No solo porque yo no te dejaré, sino porque entre los tuyos hay quienes no desean que las cosas cambien. Muchos más de los que crees, y más cerca de lo que piensas. Llevan mucho tiempo conspirando contra ti, incluso desacreditándote públicamente».*

25. Cara a cara

En mi interior, su voz se apagó con una serie de chasquidos y gorgoteos lejanos, como si hubiese tenido que salir corriendo hacia otro sitio.

Noté la desconexión con alivio, mi mente parecía haberse librado de un corsé demasiado apretado.

Estaba segura de que otro asunto más importante la reclamaba, y me abandonó con mis pensamientos. Por lo tanto, tenía intimidad, aunque no sabía por cuanto tiempo.

Sus últimas palabras me resonaban, igual que si tuvieran eco, pero no era el momento de profundizar en ello. Los asuntos de lealtad me preocupaban, y tendría que hablar con Laron al respecto. Si era necesario echarlo de la colonia Base, con gusto me enfrentaría al Consejo General.

Era más inmediato lo que se me acababa de ocurrir: que aquella conexión que nos unía, tal vez me diera una pista sobre cómo terminar con ella, aunque comenzaba a entrever la complejidad que supondría aquello. Había sido ingenuo imaginar que una daga pondría fin a su vida, en cuanto a los explosivos…, veríamos. El que leyera mis pensamientos podía resultar un problema, o una ventaja.

Empecé a esbozar un extraño proyecto, por completo distinto del que me llevó allí. No quise pensar en ello, necesitaba sonsacarle información, y autoconvencerme de seguir el plan original, de forma que no viera en mi interior más que lo justo, y que creyera en mi idea original de matarla.

Imposible saber si funcionaría, la única forma de probarlo era enfrentándome a ella.

Salté unos cómodos seis kilómetros. Tampoco quería ser brusca y presentarme de repente. El que no representara un peligro para ella no significaba que le fuera a gustar la sorpresa.

Noté su conexión de nuevo en mi interior. Lo mismo que al comunicarme con la Base, se producía un ruido blanco antes de que la pequeña pantalla se llenara con una cara y una voz. Era parecido a lo que percibí con los otros génesers, amplificado mil veces.

También notaba su presencia por la presión que sentía entre las

sienes, igual que si se metiera a la fuerza en mi cabeza.

—«*Veo que te has acercado un poco*».

—«*Tenía que aprovechar el tiempo mientras estabas ocupada*». —Me atreví a pensar con osadía.

Emitió algo parecido a una risa, que no sonó alegre, sino irónica.

—«*Mis hijas, a veces, se vuelven díscolas y combativas. Desean probar mi posición, desafiando mi autoridad, y volviendo a sus propios hijos en mi contra. Les dura poco, me aseguro de que todas ellas sepan el castigo que recibe la rebelde, y se les pasan las ganas de intentarlo*».

—*«Así pues, tienes que poner orden entre los tuyos…»*

—*«Desde que únicamente os encargáis de los machos. Mis hijas se quedan sin protección ni alimento, y tengo que movilizar a los hijos de otras. Me estás dando mucho trabajo, humana, todas esas pérdidas las asustan, y las predisponen en mi contra»*.

Guardé aquella información, pero no le di vueltas. Ya tendría tiempo de analizarla.

—«*No te importará que me acerque a ti, ¿verdad? Tengo curiosidad*».

—*«Recuerda que leo tus pensamientos, humana. Entiendo por qué quieres acercarte, aunque puedo leer también tu curiosidad. Aproxímate, pero no demasiado*».

Salté ahora más lejos y volví a teletransportarme, casi de inmediato, hasta que la tuve a la vista.

Se encontraba sobre un terreno escarpado, al abrigo de una pared rocosa que protegía su retaguardia.

Su cohorte la componían los mayores machos adultos que viera nunca. Medían un mínimo de cinco metros de la cabeza a la cola, y sus garras aceradas eran igual de largas que mi antebrazo. Formaban un semicírculo, entorno a la Alfa, dejando un espacio de treinta metros de tierra vacía. Pude sentir una gran calma general. No percibí urgencia en sus movimientos, ni siquiera entre los grupos de cazadores que se movían con parsimonia, descendiendo a terrenos más bajos, a hacerse con presas suficientes con que alimentar a todos.

No estaba segura de que aquella calma la transmitieran los

propios machos, o era cosa de la hembra en mi cabeza.

—«*Son los más grandes y fuertes, puedes acercarte a ellos, estarás segura*» —confirmó ella, con un deje de orgullo.

La Alfa era más grande que el mayor de los machos, si estos me impresionaron al pasar entre ellos, la hembra me sobrecogió. No solo por su tamaño, todo en ella era magnífico. Encendí mi telecomunicador casi de forma automática, quería que todos pudieran ver lo que yo veía.

—Estoy con la hembra Alfa —dije en voz alta, y me desentendí, concentrando mi atención en el imponente animal que tenía delante.

Su piel era plateada, al igual que sus ojos, y su cuerpo, musculoso y ágil. Al contrario que el de sus hijas, no parecía adecuado para la maternidad y, sin embargo, las había engendrado a todas. Era capaz de protegerse a sí misma y no solo con sus pinchos venenosos de cabeza y cola, sino porque podía moverse más rápida que el más veloz de los machos.

Un destello malicioso surgió del fondo de sus ojos. Leyó mis pensamientos y me demostró, con garras y dientes, que era letal, mucho más que cualquiera de los que la rodeaban.

Arrancó en una carrera sorpresiva hacia un grupo de machos, derribó a dos con un golpe de cola que abrió sus flancos en canal, mientras con las fauces atrapaba el cuello de otro y lo quebraba, al tiempo que lo sacudía con la intención de que su sangre salpicase a los demás, que habían reculado con temor.

Se encontraba a unos diez metros de mí, y por primera vez temí que me hubiese atraído con idea de matarme. Me miró directamente a los ojos, su imponente cuerpo cubierto de sangre.

Demasiado fácil, pareció decir con aquella mirada que me hizo caer de culo.

Regresó a su posición sin prisa, casi pavoneándose.

Escuché un jadeo por el telecomunicador, quien quiera que estuviese al otro lado guardó silencio, supongo que, temiendo por mi vida, al igual que yo.

Esperé que estuviesen escaneando la imagen que mandaba, que aquel despliegue de poder y agresividad, que me sobrecogía, sirviera

para algo más.

—«*Veo que ahora lo entiendes mejor, humana. No soy lo que esperabas. Tampoco lo que esperaba tu padre, y aun así pudo llegar hasta mí. Era valiente y me apenó tener que usar mi veneno con él. Me gusta saber que en vuestros reductos hay elementos valiosos*».

—¿Por qué nos has dejado vivir? Te hubiese sido sencillo mandar a todos los hijos de tus hijas, y vencer a cada una de las colonias…

Lo dije en voz alta, aun sabiendo que no era necesario, ni su respuesta lo era. Ya la conocía.

—«*A medida que os íbamos venciendo, este planeta se hacía aburrido. Decidí dejar algunos grupos en pie. No, no para jugar con vosotros, sino con la idea de hacer la vida de todos algo más amena. Usáis vuestro ingenio contra nuestra fuerza. Yo podría preguntarte lo mismo que tú antes: ¿Por qué no se nos combatió con todo lo que teníais cuando éramos menos? Te voy a contestar, humana. No lo hicisteis porque sois depredadores con muchas mentes pensantes. Cada una tira en una dirección, casi siempre en beneficio propio. Los míos me obedecen solo a mí, por eso desde el principio teníamos las de ganar*».

¿Qué objetar a eso? Llevaba razón.

—¿Y cómo sabes tanto de lo que pasa o no en las colonias? Según parece no puedes leerme la mente a distancia, te resulta más fácil cuanto más cerca estoy…

—«*De hecho, me volvería loca si estuviese más cerca de vuestros asentamientos. Pensáis tan fuerte que me reventaría el cerebro*».

—¿Es la razón por la que los tuyos suelen quedarse a cierta distancia de las colonias, son capaces de escucharnos?

Me acordé, de repente, de que mi comunicador permanecía abierto. Pensarían que estaba loca, hablando sola.

—«*¿Cómo crees que nos comunicamos? ¿A gritos como vosotros? Los demás no pueden oír tan claro ni a tanta distancia, y sí, una de las razones es que, si se encuentran demasiado cerca de una colonia, no me escucharían bien a mí. Y yo soy la que da órdenes. Tienen grabada mi frecuencia, que es prioritaria, al igual que mi olor*».

—¿Es por lo que no me atacan? ¿Huelo a ti a causa del envenenamiento? ¿Si hubiese sido el veneno de otra hembra el

resultado sería el mismo?

—«*Eres lista. No hubieses sobrevivido al envenenamiento de una de mis hijas, y si lo hiciste al mío fue por mi voluntad. Además de mi veneno, le traspasé a tu padre parte de mi esencia, que él depositó en ti*».

—¿Y por qué hiciste eso? —pregunté todavía en voz alta. Se me hacía extraño no verbalizar mis pensamientos.

—«*¿Por qué? No sé, quería probar algo nuevo, hasta que volviesen a reunir fuerzas, e intentasen acabar conmigo otra vez*».

No la creí, y pretendía ahondar en el tema, de darse la oportunidad.

—Entonces los tuyos no me atacan porque me perciben como si fueras tú quien está con ellos. En cambio, tus hijas lo notan cuando estoy demasiado cerca.

—«*Es debido a que mis hijas perciben el peligro de que me acerque demasiado a ellas, no porque reconozcan en ti a una humana*».

—Sin embargo, yo no puedo comunicarme con ninguno de ellos a través de la mente.

—«*Es una habilidad que deberías practicar, y dejar de parlotear en tu lengua, no lo necesitas conmigo. Puedo percibir tus pensamientos antes de que los expongas. Has entrenado la rapidez y la destreza, y desarrollado esas habilidades hasta ser mejor que tus congéneres. Si no las usas, pierden efectividad. Vosotros os comunicáis mediante un lenguaje, si lo hicieseis con la mente, podrías ver y escuchar a cualquiera de nosotros*».

—«*¿Es por eso que sabes tanto de las colonias? ¿Porque lees la mente de los cazadores que se acercan a los tuyos?*» —le pregunté sin palabras, algo que me resultaba difícil todavía.

—«*Percibiría una parte pequeña si fuese así. Cada vez que uno de nosotros mata a uno de los tuyos, absorbe pensamientos y vivencias. Estos datos me llegan enseguida y, junto con otros, me dan medida de lo que ocurre en vuestros asentamientos*».

—«*Parece que nos conoces muy bien*» —concluí.

—«*Ven, acércate*».

Aquella propuesta me llenó de temor. ¿Y si se había cansado de

jugar conmigo?

Me levanté del suelo en aquel limbo que era tierra de nadie. Los machos, a mi espalda, permanecían tranquilos.

No percibí amenaza tampoco en ella. Me di cuenta de que podía tantear en sus pensamientos, igual que la Alfa hacía con los míos. Era consciente de mi poca habilidad en ese juego, aunque no detectaba agresividad hacia mí, sino una curiosidad comparable a la mía.

—«*Acércate*».

Lo hice cojeando un poco, todavía sentía una leve molestia en el tobillo. Mi madre sufriría un infarto, de estar viéndolo. Cerré mis oídos al mundo exterior y me concentré en la hembra que era, de veras, impresionante.

La cabeza de la Alfa se elevaba un metro sobre mí. La agachó y nos miramos a los ojos. Los suyos eran tan plateados como los míos, con la pupila negra y alargada.

—«*Abre los ojos de tu mente y obsérvame bien, no solo por fuera, sino por dentro*».

Coloqué una mano en su duro flanco, que además de pétreo era flexible, no entorpecía sus movimientos. Asimismo, era suave al tacto, similar al metal pulido. Había absorbido el último sol de la tarde y desprendía tibieza. Puse las dos manos sobre ella y pude acariciarla a mis anchas, esparciendo la sangre del macho que la cubría.

Me estremecí cuando se tumbó. Quería enseñarme la abertura que era letal en sus hijas. La suya no se encontraba desprotegida en el interior, otra capa de la misma dureza que la exterior protegía su columna. ¡Ni debió notar la daga de mi padre! Dudaba mucho de que, cualquier explosivo conocido, pudiese siquiera mellar aquella coraza.

—«*¿Ves lo que te decía? Ninguno de vuestros explosivos va a terminar conmigo. Quiero que te convenzas, ya que me agradaría que siguieras con vida*».

Fui siguiendo con las manos la armadura de su cuello hasta llegar a los pinchos de la cabeza. Eran impresionantes, al igual que todo en ella, y los había de distinto tamaño, siendo los más cortos los situados alrededor de mandíbulas y ojos. Creo que me corté con uno de ellos antes, incluso, de haber acercado la mano, tan afilados estaban. El veneno invadió enseguida mi torrente sanguíneo, creí verlo ascender

en volutas verdosas desde el corte de la palma.

Caí de rodillas, debilitada al instante. Reconocí el trabajo de mi cuerpo intentando recuperarse, pero aquel veneno era mucho más potente que el de las otras hembras.

—«*Deberías dejar que tu cuerpo lo asimile, a mi lado es más fácil. Descansa ahora…, descansemos las dos*».

Me recosté contra su flanco rígido, y no sé si me quedé inconsciente, o me dormí.

26. Malentendidos

Abrí los ojos con la llegada del amanecer y de los primeros machos cazadores, que colocaron sus presas a escasos metros de la hembra Alfa.

Miré los animales muertos, asqueada. Nunca me gustó la carne, y aquel amasijo olía de forma nauseabunda, a pelo empapado en sangre, jugos gástricos y entrañas abiertas.

Contuve una arcada, acordándome de dónde me encontraba.

—«*Si no te importa, me alejaré un rato mientras comes, debería hablar con mi madre*». —La excusa era cierta, acababa de caer en la cuenta de lo preocupada que tenía que estar.

Tuve que usar gran cantidad de energía para saltar, era como si la mente de la Alfa causara algún tipo de interferencia en el teletransporte.

Ya no tenía veneno en el cuerpo y me encontraba más descansada de lo que me había sentido en días.

Me fijé en que cada vez me costaba menos asimilar el veneno, aun el de la hembra Alfa, que era mucho más potente. El corte de mi mano también había sanado por completo.

El telecomunicador seguía abierto, y solo la demacrada cara de Vanur me miraba, con ojos enrojecidos, desde la pantalla.

—Vanur, ¿estás bien?

—¿Yo? ¿Si estoy bien yo? —Las palabras se le apelotonaban, y parecía incapaz de continuar.

—¿Pudisteis escanearla? ¿Hay noticias?

—¡Noticias! —repitió casi atragantándose.

Esperaba que recuperara su capacidad para expresarse, no podíamos estar así todo el día.

Se frotó los ojos irritados.

—Te paso con Sidonio, quiere hablar contigo en privado.

La pantalla se quedó un segundo en negro, antes de que apareciera el rostro del consejero.

—Muchacha, nos has tenido en vilo toda la noche.

—Estoy ilesa, Sidonio. No hay de qué preocuparse.

—Hay un equipo en camino para recogerte.

—¿¡Qué!? ¿Por qué? Todavía tengo cosas que hacer aquí… —protesté—. Póngase en contacto con ellos y dígales que den media vuelta.

—No creo que me hagan caso. Es más, sé que no me lo van a hacer, tu madre pilota el helicóptero. Lo vio todo y piensa que has perdido la cabeza.

—Sidonio, contacte con ella, por favor. Dígale que no me ocurre nada, y que necesito algún día más. Puedo comunicarme con la hembra Alfa por telepatía, no desvarío.

—Ayer te quedaste dormida recostada contra ese animal —dijo con un estremecimiento—. Tus niveles de veneno eran enormes, pensamos que te morías.

—Por favor, consejero. Hágalo.

Esperé unos minutos mientras él establecía contacto con el helicóptero. No pude escuchar la conversación puesto que cortó la comunicación, pero cuando me llamó de nuevo, no me sorprendió lo que tenía que decir.

—¿A qué distancia están? —le pregunté.

—Una media hora.

—Vale, deles estas coordenadas, volveré a este punto. Que no se acerquen más a la hembra, Sidonio, es importante.

Imaginaba que la Alfa ya se encontraba al tanto. Ahora era más consciente de cuando hurgaba en mi interior.

Volví de todas formas. Me parecía importante que nos viésemos.

—*«No tenías por qué haber regresado, ya sé que vienen a buscarte y que les has recomendado que no se acerquen. Una medida muy prudente por tu parte»*.

—*«Es mi madre la que viene, no la pondría en riesgo por nada del mundo»* —le contesté.

—*«¿Y al cazador que veo en el fondo de tus pensamientos, a ese lo pondrías en riesgo?»*

—*«No»*. —Me sorprendió su pregunta, aunque decidí contestar con sinceridad—. *«Ya lo envenené una vez, no quiero que sufra más daño. Pero no creo que eso vaya a pasar, porque me tiene miedo desde entonces. Dudo que se vuelva a acercar a mí»*.

—*«No hablamos del mismo. Este es fuerte y no te teme, quizá porque no te conoce lo suficiente»*.

Pensé enseguida en Nahuel y la Alfa lo confirmó.

—*«Siente hacia ti un temor diferente, que no puedo discernir.»*

—*«¿Cómo lo sabes?»*

—*«Mis hijas me mandan información a medida que se va acercando, piensa tan alto como tú»*.

Entonces, también venía también a buscarme. No pude evitar una sonrisa.

—*«Será mejor que vuelva al punto en que me van a recoger…»*

—*«Espera, tengo que decirte algo más. Estamos unidas en muchos sentidos, pero no podemos comunicarnos directamente hasta que aprendas. Si deseas volver, deberías avisarme a través de los míos»*.

—*«¿Cómo hago eso? No puedo comunicarme con nadie, excepto contigo»*.

—*«¿Recuerdas lo que te dije? Abre tu mente, tienes que practicar, lo mismo que cualquier disciplina, para dominarla. Practica con cualquiera de mis hijas que tengas cerca y espera una respuesta»*.

Me preguntaba por qué se tomaba tantas molestias. Absurdo, pudo leerlo en mi mente tan claro como yo supe que lo hacía.

—*«Al fin y al cabo, eres una extensión de mí misma. Ahora que lo sabes, quizá podamos mantener una relación que beneficie a nuestras especies. En todo caso, debes cuidarte de los tuyos, ya intentan hacerte daño sin conocer este tipo de conexión que tenemos. Si llegaran a descubrirlo…»*

Comprendí su frase inacabada. Pero no la terminó porque el ruido del rotor se hizo claro en la distancia. ¡No habían pasado ni quince minutos desde mi conversación con Sidonio! ¿Acaso no pudo contactar con ellos?

—«*Oye, tranquila, nadie os va a dañar, solo han venido a por mí…*» —Intenté calmar a la Alfa.

Su rabia era tan patente, que sentí un fulgor cegador en el interior de mi cabeza. Lanzó un gruñido, que salió de lo más profundo de su garganta, tan fuerte que me caí al suelo. Rodé hasta tierra de nadie, entre la géneser Alfa y los machos.

—«*Los tuyos no son de fiar, tendrías que saberlo ya*».

El helicóptero se detuvo sobre mí, dejando caer una cuerda por la que Nahuel descendió con rapidez.

Los machos, en tensión, se lanzaron a la carrera a por él. Una orden de la hembra los detuvo en seco.

Pude escucharla en mi cabeza igual que la habían oído ellos. Era un ruido sibilante que interpreté mejor de lo que hubiese querido: «¡*son míos*!»

Nahuel se colocó delante de mí, apuntando a la Alfa con su rifle. En otro momento me hubiese reído al ver lo absurdo de la escena. Estudiábamos matarla con explosivos, ¿qué le iban a hacer unas balas de nada?

Ella tardó solo unos instantes en recorrer los escasos quince metros que nos separaban. Su arremetida agresiva no me impidió leer en su mente cuándo iba a atacar y cómo.

—¡No! —grité, empujando a Nahuel a un lado, al tiempo que la cola de la Alfa salía disparada desde su izquierda.

Yo ocupaba el lugar de Nahuel y el pincho más sobresaliente se me clavó en el costado, tan profundamente que noté como se abría camino entre dos costillas, astillándolas, y se hundía en mi pulmón. Otros dos me cortaron, cual dagas afiladas, desde la cintura, en un arco ascendente, hacia el hombro contrario.

Los daños no fueron mayores porque la hembra se contuvo al ver que yo ocupaba el lugar de su presa.

Su desconcierto duró unos instantes, que Nahuel aprovechó para rodearme con un brazo la cintura ensangrentada, mientras que se enrollaba la cuerda en el otro y gritaba que nos izaran.

Comenzaba a notar los primeros embates del veneno que yo le estaba pasando, sin embargo, no aflojó su presa sobre mí.

Nos balanceamos por encima de la Alfa, que me mandaba una miríada de señales confusas. Pensamientos tan abstractos que no supe cómo interpretar.

—Guantes —gruñí, aunque mi intención era gritar.

Los artilleros que nos estaban izando, se los habían puesto con la rapidez que daba la experiencia.

Mi madre había dejado a Mark a los mandos. Nos alejamos a toda prisa de allí, supuse que lo de economizar era cosa del pasado.

—¡Guantes, mamá! —Grazné, con la garganta irritada.

Un artillero se los tendió y ella se los puso con torpeza.

Cogió el maletín de primeros auxilios y varios puñados de vendas, con sustancia coagulante, que apretó contra mis heridas sangrantes, mientras sollozaba.

Empujé a mi madre con el hombro, lo último que quería era envenenarla a ella, ya era suficiente con uno.

—Tengo que recuperarme para ayudarlo —le dije, mirando a Nahuel tendido a mi lado, presa de convulsiones.

Agarré el pincho con las dos manos y tiré con fuerza. No salió a la primera, estaba aprisionado entre mis costillas. Al segundo tirón, cayó bajo los asientos destinados a los cazadores.

Me deslicé hasta apoyar la espalda contra el armazón de la carlinga, notando el veneno fundirse conmigo y, al mismo tiempo, sanar mis heridas. No podía respirar bien, y tenía la cabeza llena de los gritos frustrados de la Alfa.

Cerré los ojos y me aislé de todo.

—*«Lamento lo ocurrido, humana. Habías dicho que te esperarían lejos de aquí. Solo me protegía y protegía a los míos».*

—«Yo también protegía a los míos».

—«Diles que te traigan de vuelta, te curas mucho más rápido a mi lado, puedo sentir tu dolor».

—«¿Crees que después de esto me dejarían de nuevo contigo?»

—«No es necesario, con que estés cerca, es suficiente. No tienes que bajar del aparato, solo quedarte sobre mí. No lo voy a impedir».

No tuve que pensarlo. Tarde o temprano yo me recuperaría, Nahuel, sin embargo, me necesitaba.

—Mamá, dile a Mark que regrese.

—¿Qué dices? ¡No!

—Si quieres que Nahuel y yo nos recuperemos, tenemos que estar cerca de la Alfa. —Hablar me suponía un esfuerzo tan tremendo que pensé que me desmayaría—. Confía en mí, mamá.

Estudió mis ojos durante unos segundos interminables.

—Mark, da media vuelta. Volvemos donde está la Alfa.

La exclamación de la cabina nos sorprendió a todos. Mark era demasiado educado y no solía soltar tacos.

—Ve —le dije a mi madre.

—No vas a bajar —me advirtió, antes de ponerse a los mandos.

La hembra estaba alerta, aunque no agresiva. Toleró el ruido del helicóptero refrenando a los machos que, tensos, esperaban un ataque.

—«Deberías ser capaz de controlar a los tuyos, no pretendía hacerte daño, pero te has puesto delante…»

—«Deberías ser tú quién se retuviera, sabes que no podemos dañarte, ¿por qué has atacado?».

No tuvo que responder. Pude leer en ella, igual que ella leía en mí.

Nos temía. Me temía a mí.

27. Lo que se calla

Me recuperé muy rápido, y no solo del veneno. Desde los diez años, mis heridas cicatrizaban con rapidez y, aunque nunca me había hecho daño de verdad hasta el ataque de la hembra que sorprendí días atrás, lo cierto es que, junto a la Alfa, mi capacidad de recuperación se aceleraba de manera notable.

Los trajes de todos estaban diseñados biológicamente, con el fin de ayudar a nuestros organismos a recuperarse de cualquier trauma, y era un campo donde se avanzaba a marchas forzadas. El traje de Nahuel era uno de aquellos nuevos prototipos, que, en este caso, no servía de nada.

Mi diseño personal era la cercanía de la Alfa. En poco más de una hora a varios metros sobre ella, mis heridas no solo habían dejado de sangrar, sino que se estaban cerrando, y mi cuerpo había absorbido la mayoría del veneno.

Nahuel se encontraba consciente, y me miraba a ratos, con ojos brumosos, cuando conseguía mantenerlos abiertos.

Libre casi del veneno me dispuse a ayudarle con el suyo.

Mi madre me preguntó con la mirada, sería hora de irnos, nadie estaba tranquilo tan cerca de la Alfa.

—Unos minutos más, mamá.

Quería librar a Nahuel de todo el veneno que pudiera, antes de marcharnos. Le tomé la mano y se la pasé por la cremallera táctil. Le quité el traje. Hice lo mismo con el mío y me pegué a él.

No iba a detenerme el pudor, Nahuel podía morir si no eliminaba el veneno de su organismo.

Noté cada poro de mi piel asimilando la ponzoña que le recorría el cuerpo. Cerré los ojos y me dejé envenenar.

Era muy diferente al veneno de Antu. Esta toxina era invasiva de una forma que podía reconocer. No solo mi cuerpo intentaba asimilarla, el de Nahuel también.

Le abrí un párpado, con la mano un poco temblorosa, me estaba envenenando muy rápido. Sus escleróticas seguían verdosas y sus iris

viraban de su color castaño a un plateado que, para mi desgracia, conocía bien.

¿El veneno de la hembra hacía con Nahuel lo mismo que hizo conmigo?

Solo por un segundo me permití la ensoñación de no ser la única persona rara, un instante que se pasó enseguida.

No le deseaba a nadie el dolor de esos dos años. Nahuel era más fuerte y mayor que yo cuando me envenené, lo que no aseguraba que la asimilación, o como quiera llamarse al proceso, fuera menos largo, doloroso y desagradable.

Le pedí a mi madre que nos llevase de vuelta, a partir de ahí, creía que podría sola con el veneno del cazador y con mis heridas, y todos estaban deseando volver a la seguridad de la Base.

Los otros cazadores apartaron la vista, comprendiendo la gravedad de la situación, y dándonos cierta intimidad. En su expresión pude leer la curiosidad, ver en acción al bicho raro de las colonias les proporcionaría una anécdota que contar al reunirse con los amigos. Eso y ver a la Alfa de tan cerca, serían anécdotas que se propagarían con rapidez.

A unos minutos de la Base vestí a Nahuel y yo me puse mi maltrecho traje, cuanta más piel estuviera expuesta, había más posibilidades de contagiar a otra persona.

Llegamos a la Base y les permití trasladar a Nahuel hasta un barracón, después de asegurarme de que todos llevaban guantes, y de advertirles que lo tocaran lo menos posible. Yo también tenía que recuperarme, me sentía débil y mareada.

Vanur había desalojado uno de los barracones y se lo agradecí con un gesto de la cabeza, mientras caminaba tras el grupo que llevaba al cazador en una camilla.

Al cabo de unas horas, Nahuel dio negativo en veneno. Mis heridas casi se habían curado, y tan solo esperaba que mi cuerpo asimilase los últimos restos de la toxina.

Tumbada en un camastro, cerca del de Nahuel, pude pensar con tranquilidad en días. Nadie leería mis pensamientos allí, o eso esperaba.

—Vaya, cazadora, ¡menos mal que todavía te funciona el truco del veneno!

Nahuel, todavía muy pálido, me sonreía desde la cama vecina, cubierto hasta la cintura con una sábana, y girado hacia mí.

—¡Y más vale que siga funcionando porque mucho darme la lata con las precauciones, pero tú te las has saltado todas! —No sé por qué le contesté malhumorada, si lo que estaba era aliviada.

—¡Cierto! ¡Pero ya sabes, me pudo la emoción de la caza! ¡Ya puedo presumir de haber estado a diez centímetros de la Alfa y sobrevivido para contarlo! —Siguió riendo.

Lo miré de reojo, sin decir nada. Se levantó, sujetándose la sábana alrededor de la cintura, y vino a sentarse a mi lado.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué siempre pareces enfadada conmigo?

—No estoy enfadada, ni contigo ni con nadie.

—Deberías relajarte más. El día que llegué aquí reías y disfrutabas de verdad mientras te bañabas con el consejero. Hasta que nos viste, entonces tu actitud cambió por completo. Incluso Laron pudo apreciarlo.

—Kayla y yo no somos uña y carne, lo digo por si no te habías dado cuenta.

—No estoy hablando de Kayla. Quizá deberías hacer más cosas que te hagan feliz, y no verte obligada siempre a lo que los demás esperan de ti.

No me gustaba el giro que tomaba la conversación. Me hacía ponerme a la defensiva, y lo único que deseaba en ese momento es que me dejara sola.

—Ah, ¿sí? ¡Algo hipócrita por tu parte ese comentario!

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes perfectamente —me incorporé arrastrando la sábana que se me estaba resbalando—. Enviaste a Antu a convencerme de tus planes de matar a la Alfa.

—Eso no es…

—¿No es cierto? —Le di un empujón para que se levantara de la cama, necesitaba moverme y tenía atrapada la sábana—. Le pusiste el caramelito delante a la gilipollas solitaria, que se lo tragó entero. ¿Qué otra cosa iba a desear que ser el centro de atención, por una vez?

—Te equivocas. Antu…

—Antu te adora, besa el suelo que pisas. Si querías que la tontita colaborase en la caza de la hembra Alfa, él te ayudaría, a toda costa.

Me puse de espaldas a él, con la sábana sobre los hombros, y comencé a ponerme mi maltrecho traje.

—¡Imagino que fui una gran fuente de diversión, al verme aparecer con aquella ridícula túnica en el ritual de Antu! ¡Oh, sí! Muy divertido. Kayla y tú os lo debisteis pasar en grande. ¿Y lo de ayudarme a salir de la colonia? Eso fue un toque genial. Si sale mal, no se habrá perdido mucho. Si funciona, ya tenemos caza de la Alfa en marcha.

Me peleé con una de las mangas que, al final, entró. Deje caer la sábana, todavía de espaldas a él.

—Ya veo —dijo en voz baja.

—Ya ves —coreé—. No me arrepiento de lo que he hecho ni de lo que queda por delante, pero no te atrevas a decir que tú no has tenido nada que ver en mi decisión. Y ni se te ocurra volver a proponerme que haga cosas que me satisfagan, porque, hoy en día, lo único que quiero es terminar con esto de una vez.

Abandoné el barracón sin esperar respuesta.

Me crucé con varias personas que me saludaron, y en las que no reparé. No quería hablar con nadie más, así que fui al único sitio en que podría estar sola. Bajé por el estrecho pasadizo que descendía desde la planicie de la Base hasta la zona abierta, en donde manadas de géneser se concentraban, impávidos.

Caminé entre ellos escuchando el ruido blanco de sus mentes abiertas, tan ofuscada conmigo misma que hubiese deseado de verdad volver atrás, acatar la decisión del Consejo de mi colonia, y no tener que lidiar con todo esto.

Odiaba haberle dicho cosas tan crueles a Nahuel, pensaba que no andaba errada y, aun así, también había sido injusta. Y sabía qué era

lo que lo desencadenó, aunque no le dejé decirlo: creía que era Laron quien me hacía feliz.

Y yo hubiese dado cualquier cosa por que volviera a mirarme como lo hizo aquella vez que me besó. Aunque ahora sabía que su mirada nunca sería igual, porque entonces no tenía esa línea plateada rodeando sus iris.

Llevaba bastante rato entre los génesers, sumergida en mis pensamientos, hasta que me di cuenta de que no me encontraba sola con ellos.

Estaba escuchando a la hembra más cercana. No era la voz nítida de la Alfa y, aun así, podía entenderla, aunque de tanto en tanto, la conexión se perdía entre chasquidos secos y ruido blanco.

Agucé mi atención y me acerqué un poco a la hembra, lo suficiente para que no se sintiera amenazada.

—«*Puedo leerte a través de mi hija, y sé que puedes entenderme*».

—«*No es el mejor momento, no me apetece hablar*».

—«*Quiero repetirte que lamento mucho lo de esta mañana y me alegro de que tú y el cazador estéis bien. Sin embargo, leo en tu mente una perturbación cuando piensas en él*».

—«*Cosas de humanos*» —contesté, queriendo hacer una gracia y pareciendo, en cambio, estúpida, al menos a mis ojos.

—«*Deberías meditarlo, porque es uno de los pocos en quien puedes confiar a ciegas*».

—«*¿Y en ti? ¿Puedo confiar totalmente en ti, aun sabiendo que voy a intentar matarte?*».

—«*Tanto como en ti misma*» —contestó, demasiado rápido. Me sonó muy falso.

—«*Prefiero no hablar ahora y, además, tengo que regresar*».

Desconecté. Ni idea de cómo eché a la hembra de mi interior, pero lo hice, y con ella, a la Alfa.

28. Lo que se dice

Subí de nuevo el estrecho pasadizo, del día solo quedaba un leve resplandor al Oeste.

Escuché voces y risas en el interior de uno de los barracones, el comedor, casi seguro. Me detuve un momento, fascinada por ese sonido. En los últimos días hablé más con animales que con personas y, en la única conversación que mantuve con una, me comporté como un animal.

¿Querría decir eso la Alfa? ¿Era igual de dañina que ella? ¿En eso consistía la parte que asimilé de su naturaleza?, ¿en convertirme en una déspota, que no tenía en cuenta a los demás? Dado mi comportamiento, estaba por afirmarlo.

El barracón de mando se encontraba vacío. Me dejé caer sobre uno de los sillones desvencijados, con un suspiro.

No tardaron en llegar Vanur y mi madre, que esta vez sí que me abrazó y durante mucho rato, meciéndome igual que cuando era una niña.

Vanur se acercó y me palmeó el hombro. Adiviné que su primer impulso fue el de darme un abrazo, pero no tenía tanta confianza. Me emocionó su alivio de saberme a salvo, era agradable la sensación de que mi seguridad importara a alguien más que a mi madre.

—Tienes que explicarnos lo que pasó allí, cariño. Parecías hablar sola…

—Espera, mamá. Prefiero contarlo una sola vez, faltan Nahuel y Sidonio.

Vanur y ella intercambiaron una mirada.

—¿Qué pasa?

—Nahuel está preparando sus cosas, mañana sale un helicóptero hacia la colonia Uno, y se irá en él —contestó mi madre con la mirada baja—. Supongo que la experiencia de hoy le ha resultado traumática.

Me llevé las manos a los ojos y me los froté. No, la experiencia con la Alfa no fue lo que le resultó traumática, sino mis palabras.

—Voy a buscarlo, Vanur, ¿puedes contactar con Sidonio mientras?

—Te acompaño. —Mi madre se levantó, dispuesta.

—No, mamá. Tengo que hablar con él a solas. Ve a buscar a Mark, quiero que también esté presente.

Salió de inmediato, y yo aproveché para aclarar un par de asuntos con Vanur. No podía decirse que me fiaba por completo de las palabras de la Alfa, en cambio, creía que ella supo interpretar mucho mejor lo que yo sospechaba ahora.

Nahuel recogía sus cosas en la mochila, mientras Kayla rondaba a su alrededor, igual que una polilla en torno a una bombilla.

—¿Qué quieres, bicho raro? —me interpeló la cazadora, avanzando hacia mí, agresiva.

—De ti, nada. Y harías bien en quitarte de en medio, no sé si todavía me queda veneno, ¿quieres correr el riesgo? —Pasé a su lado sin preocuparme del salto que dio, apartándose—. Nahuel, ¿puedes darme unos minutos?

Ni siquiera me miró, tampoco esperaba otra cosa.

—Me han dicho que te vas mañana…

No respondió.

—¿Hay alguna manera de que cambies de opinión?

Silencio.

—Ya veo que no. Pero me gustaría que vinieras al barracón de mando, y escuches lo que tengo que decir. Si después todavía quieres irte, nadie te lo va a impedir.

—¡No va a ir a ningún sitio contigo! —gritó Kayla desde el fondo, con una mueca de desagrado en su cara caballuna.

—¡Cállate, Kayla! —gruñó él.

—Si no estás dentro de quince minutos, entenderé que no vas a aparecer. Y si es así, te deseo suerte, cazador. —Le puse una mano en el antebrazo—. Siento muchísimo lo que he dicho esta tarde.

Acudió a la reunión, y se colocó cerca de Mark y de mi madre.

—¿Puedes decirle a Kayla que entre? —le pedí.

Conocía esas miradas, pensaban que de verdad me había vuelto loca. Ninguno confiaba en Kayla desde lo del Consejo de la Tres, y sabían que yo me fiaba de ella mucho menos que nadie.

—No es necesario incluir a nadie más… —intentó protestar el consejero.

—No estamos en su Consejo, Sidonio. Aquí no tiene el poder de vetar a nadie, eso me corresponde decidirlo a mí —le contesté,

cortante.

Mi madre me amonestó con la mirada. No pensaba entrar en eso. Sabía de mi limitada capacidad de liderazgo, no tenía edad ni experiencia, pero sí que tenía algo que decir, y podría soportar esas miradas de reproche, siempre que dejase las cosas aclaradas.

Nahuel cedió el paso a Kayla, que nos miró a todos intuyendo una trampa. Le indiqué que se sentara, cosa que hizo a regañadientes. Era hora de comenzar, ya estábamos todos.

Me equivocaba, Laron entró como una ráfaga de viento fresco. Se dirigió hacia mí a grandes zancadas, me cogió de la cintura y me besó en los labios. Le di un empujón y me sonrojé, a mi pesar.

—El Consejo General no está invitado a esta reunión —le dije con aspereza.

—Me parece sensato, no son gente de fiar —contestó con desparpajo—. No vengo en representación del Consejo General. Soy uno de sus consejeros y pienso que puedo influir en las futuras políticas que surjan de lo que aquí va a ocurrir. Hay mucho descontento en todas las colonias con los Consejos y, pase lo que pase en este intento de matar a la Alfa, van a producirse muchos cambios. ¿No es eso, Sidonio?

El interpelado sonrió con pocas ganas.

—El caso es que los más preparados para ocupar esos puestos son siempre hijos de consejeros, ya que, desde pequeños, se les educa con ese fin. Es una forma muy eficaz de heredar el poder y mantenerlo entre unas pocas familias. —Laron miró a su alrededor—. ¿Me equivoco si es eso lo que la mayoría piensa? Creo que no. Tengo que incluirme en esa minoría, claro, lo que no me convierte en hipócrita, sé perfectamente lo que pasa.

Me admiraba el empaque de Laron, que conseguía captar la atención de las personas sin esfuerzo, era un político nato. Tomó asiento, y continuó exponiendo lo que pensaba.

—Yo no tengo inconveniente en que nuevos cargos electos formen los Consejos. Así fue desde un principio, cuando se crearon las colonias. Los Consejos eran escogidos entre los ciudadanos de más valía, o de mayor juicio e inteligencia. Eso se acabó. —Miró a su alrededor, asegurándose de tener la atención de los presentes.

Mi madre asintió y fue a decir algo, pero se lo pensó mejor.

—Lo que se ha iniciado en la colonia Tres repercutirá en las demás, que tomarán nota —continuó Laron—. Los consejeros generales serán elegidos de entre los nuevos consejeros de cada colonia. Y eso está bien porque, aunque no cambie la situación con respecto a los génesers, una evolución que mejore la forma de vivir de los ciudadanos, no es asunto trivial, y ya va siendo hora de que ocurra. ¿No piensa lo mismo, Sidonio?

—No es que no esté de acuerdo, es que no es tan fácil, consejero. —Sidonio se dirigió a los demás, esperando un asentimiento que no llegó—. Es muy joven y no comprende las complejidades del funcionamiento…

—¿Asuntos tan complejos como asignar a cada persona al puesto para el que tiene mayores aptitudes? —intervino Nahuel, con sarcasmo—. Debería bastar con leer los informes de los distintos instructores, que es lo que se hace ahora.

—Los encargados de las diversas actividades ya se preocupan de que todo funcione: que tengamos fruta y cereales con que alimentarnos, viviendas habitables, el agua necesaria, medicinas, vigilancia, munición, el intercambio imprescindible entre las colonias de los excedentes… —terció mi madre—. ¿De qué se ocupan los consejeros, aparte de pasearse con sus túnicas de colores?

—Esa, Jade, sería una cuestión a debatir que llevaría su tiempo. Y, en todo caso, arremeter contra mí no arreglará nada. ¡Yo estoy de vuestra parte!

—Bien, la introducción, aunque no estaba preparada, a mí me sirve, Sidonio —contesté, antes de que pudieran seguir rebatiendo al consejero—. Ha quedado muy claro que tiene una gran visión de futuro, especialmente del suyo. Dígame, ¿cuánto tiempo hace que supo de mí peculiaridad? ¿Y cuánto lleva influyendo en los consejeros de mi colonia?

—No entiendo…

—Sí que lo entiende, consejero. Y Kayla también. —Me giré hacia ella—. ¿Qué te prometió tu tío?, ¿un puesto de jefe de cazadores?, ¿uno en el Consejo de la colonia? Solo hace un rato que me he enterado de tu relación con Sidonio, y eso me ha aclarado muchas cosas.

Kayla se había sonrojado y bajado los ojos. A su lado, Nahuel la miraba como si no la hubiese visto nunca.

—Ella le daba cuenta de todos mis movimientos desde hacía mucho tiempo. Verme en su colonia no le supuso ninguna sorpresa, Sidonio, me esperaba. ¿Qué me delató? ¿Mi trayectoria? Imagino que se cercioró por medio de un localizador, y supongo que se enteró de que era capaz de sobrevivir a los génesers por Kayla. Esta espiaba a Nahuel, y seguro que tuvo acceso al mensaje que le mandé.

Sidonio iba a rebatirlo, no le dejé. Me asqueaban demasiado los cabos que iba uniendo.

—Y tuvo buen cuidado de que no hablase con ningún otro consejero a solas, antes de decirme lo que estaba ocurriendo en mi colonia por mi rebeldía. Una medida que, según uno de los consejeros, le recomendó al Consejo de la Tres un asesor externo. ¿Me equivoco si digo que esa asesoría venía de usted?

—Lo que estas contando no se ajusta a…

—¡Cállese, Sidonio! —le increpó Laron, él, igual que el resto, quería escuchar más.

—Vanur me confirmó que estaba preparado para salir con su grupo de caza antes, incluso, de conocerme. Usted previno cual iba a ser mi reacción, y se encargó de facilitarme el regreso. Le convenía que nos cogieran, al equipo de Vanur y a mí, de ese modo el Consejo demostraría que representaba un peligro. No contó con que Nahuel hubiese perdido la confianza en Kayla. Imagino que mi decisión de presentarme en medio de la colonia tampoco fue de su agrado. Tenía que pararme los pies, y usó el único peón que le quedaba a mano: su sobrina.

—Absurdo —dijo Sidonio—. Podías haber ido a la colonia Uno, o a la Dos, que es la más cercana a la tuya.

—Podía, sí, pero, ¿qué probabilidades había? La Uno está demasiado lejos, la Dos no era una opción, dado que quería probar mi aptitud matando a cuantas más hembras mejor, y precisamente es la zona menos poblada por génesers. Usted lo sabía, igual que sabe manipular a las personas. Me importaría poco que su sobrina sea una de ellas, pero cometió el error de meter por medio a Antu.

Todos escuchaban en silencio, esperando que Sidonio o Kayla rebatiesen algo de lo que estaba contando. Ninguno lo hizo.

—Antu es un buen chico y jamás dudó de la amistad de Kayla, que se remontaba a su niñez —continué—. Ni siquiera creyó que hubiese sido ella la que delató nuestra posición al Consejo. ¿Qué mejor víctima?

La miré con tanto asco que tuvo que apartar la mirada.

—Creí…, estaba segura, de que yo envenené a Antu. Lo pensé, de hecho, hasta hoy. Al absorber el veneno de Nahuel, me he dado cuenta de que el de su hermano no era el mismo, era el de una hembra normal, no de la Alfa. Si la toxina procediera de mí, la sensación hubiera sido la de esta mañana.

Corté a Nahuel que iba a decir algo, necesitaba terminar con aquello que me llevaba doliendo tanto desde que ocurrió.

—Entonces he recordado que, aquel día, se contagió uno de los compañeros de Antu, y que tú le tocaste al saludarlo —me dirigí directamente a Kayla—. Llevabas guantes y me pregunté si ibas a salir de caza. Los tenías también al entrar en aquella habitación a socorrerlo. Temías envenenarte.

—¡No! —jadeó Nahuel, levantándose de un salto.

Kayla estaba muy pálida.

—Hubiesen sacrificado a cualquiera para desacreditarme, ¿no, consejero? Antu era el que se encontraba más a mano. Y cuando no salió bien, consiguió que Kayla apelara a la relación que un día tuvo con Nahuel, con el fin de presentarse aquí, y tenerlo al tanto de lo que pasaba en todo momento. Vanur se encaró con ella, sabía de su parentesco, y sospechaba que su presencia tenía otro motivo que el de prestar apoyo.

Vanur asintió, asqueado. Comprendía que, al igual que Kayla, fue usado como peón del consejero.

—Y lo de esta mañana…, bueno, se ha delatado usted mismo. No ha avisado a mi madre de las coordenadas donde tenían que esperarme, confiando imagino, que la Alfa terminara con nosotros.

—Si sobrevivías —añadió Mark—, Sidonio se apuntaría un tanto, por tener mayor visión que el resto de consejeros. Una buena baza que le abriría las puertas de la presidencia del Consejo General. De no lograrlo, el testimonio de Kayla de haber tenido a Nasirah vigilada en todo momento, también le sería de utilidad. Usted ganaba, en

cualquiera de los casos.

—¿Algo que decir en su defensa, consejero? —le preguntó mi madre, bastante más enfadada de lo que la vi nunca.

—¿Se puede saber quiénes creéis que sois?, ¿un tribunal? No hay ninguna prueba de todo lo que se ha dicho —saltó Sidonio.

—Yo diría que sí, consejero. Quizá debería preguntar a las colonias, desde donde están viendo esto en directo, si le creen a usted o a mí. Yo tengo pruebas grabadas de todo lo ocurrido, Kayla no se ha quitado su traje de cazadora y podemos comprobarlo con facilidad.

Ella intentó marcharse, aunque Nahuel se lo impidió. Le tomó la mano y la obligó a quitarse el traje. Sentí lástima por la cazadora, la quería vencida, encarcelada, no humillada.

Nahuel me lanzó el traje de Kayla y yo se lo pasé a Vanur. Él lo conectó al receptor de imágenes.

—Ya sabes lo que queremos ver —le indicó Nahuel, que asía a Kayla con fuerza por el brazo.

Vanur asintió y avanzó las imágenes, hasta llegar al punto donde Sidonio y ella mantenían una conversación muy interesante, trazando los planes que me convertirían, de nuevo, en una paria. Nahuel rechinó los dientes al ver a Kayla tomar una muestra de la sangre del chico envenenado aquel día, cruzarse con nosotros, e infectar a Antu con la toxina.

—Es suficiente —dije.

Lo era. Sidonio se había marchado, dejando su pantalla encendida. No iría muy lejos, en su colonia estaban viendo esas imágenes, lo mismo que en las otras cuatro. ¿Dónde iba a ir?, ¿con los génesers?

—Gracias Vanur. Has hecho un gran trabajo conectando todas las pantallas de las colonias al mismo tiempo. —Él las desconecto y yo me giré, dirigiéndome a los demás—. Ahora es hora de hablar del futuro.

Los cazadores apostados en la puerta, le echaron una sábana encima a Kayla y se la llevaron.

Nahuel se sentó con la cara demudada. Nunca hubiera imaginado aquello, y yo lo entendía. Kayla, aun con todas sus pegas, fue siempre

su amiga.

Ahora quedamos mi madre, Mark, Vanur, Nahuel, Laron y yo. Era hora de poner las cartas sobre la mesa.

—Si algo de lo que voy a decir trasciende estas paredes, sabré que has hablado con alguien, consejero. Eres en el único en quien no confío. Aún estás a tiempo de marcharte.

Laron no rehuyó mis ojos, por completo seguro de sí mismo. No se movió de su sitio.

—Bueno, si todavía no estáis hartos de historias extrañas, debo contaros una más.

Hablé de mi encuentro con la Alfa. Desde que me dirigí a los habitantes de la colonia Cuatro, no había tenido un público más atento y asombrado.

—¿Nos estás diciendo que no hay forma de matarla? —preguntó Mark con preocupación.

—Os estoy diciendo que no hay forma de matarla con explosivos. Podemos volver a ver la grabación que hice desde muy cerca, y el escáner resultante. Es una aleación tan extraña la que tiene por armadura, que los artificieros de la Dos no saben con qué atacarla.

—¿Entonces? —pregunto Vanur.

—Tengo que pensarlo, tuve la extraña impresión de que nos tiene miedo, por eso no ha terminado con nosotros.

—Parece que no vivimos la misma experiencia —intervino Nahuel —. Juraría que a mí sí que quiso matarme.

—Sí, la sorprendimos y se puso furiosa. Aunque sabía que no podíamos dañarla, nos tuvo miedo. Hasta que aparecisteis estaba tranquila y confiada, luego..., no sé cómo explicarlo. Algo cambió, pude leerlo en su mente.

—¿Esa conexión con ella te convierte en una especie de géneser? —preguntó Laron.

No podía tomarme a mal esa pregunta, que era la que los demás tenían en mente, y sabía a qué se refería. Si los génesers no me atacaban es porque me identificaban con la Alfa.

—No lo soy, consejero. Los génesers no perciben en mí una amenaza, la Alfa..., no sé. —Negué con la cabeza, tenía que pensar con calma en todo lo ocurrido—. Me mostró lo que yo quería ver, aunque intentó ocultarme algo que vi de todas formas..., no consigo recordarlo, y quizá no tenga importancia.

—¿Y si nos tomamos un descanso? —propuso Nahuel—. Está amaneciendo y no hemos salido de aquí en horas. Estamos saturados y tú —se dirigió a mí—, no has terminado de curar tus heridas.

—¿Quién se apunta a un baño en el lago de ahí atrás? —propuso Laron, activo de repente.

—Buena idea —contestó mi madre, sorprendiéndonos a todos.

Aquellos días se mostró muy seria, su rostro grave acusaba su

preocupación por mí. Su sentido del humor y espontaneidad, que yo conocía muy bien, parecían haberla abandonado, y me alegró equivocarme.

—Me apunto —dijo Mark.

—Pues si no molesto… —Vanur también se levantó estirando la espalda.

—¿Nasirah? —me pregunto Laron.

Nahuel me miró y asintió, pensando en la conversación que mantuvimos sobre mi cercanía al consejero.

—Solo si Nahuel se une a nosotros —contesté, desafiando al cazador.

Sus suposiciones sobre mi relación con Laron no deberían importarme, pero el caso es que me importaban, y mucho.

—Primero necesitamos un buen desayuno —intervino Vanur, antes de que aquello se convirtiera en una discusión.

—Vale, puedo oler el café de malta del comedor —dijo Mark—. Desayuno, chapuzón y a dormir un rato.

Devoramos, más que comimos, las tortas de maíz y el café de malta caliente, que nos sirvieron. Vanur repitió hasta tres veces, y me pregunté dónde lo metería.

—Tus ojos, Nahuel —dijo mi madre sorbiendo su café, sin quitarle la vista de encima al cazador—, ¿es el veneno de la Alfa el que ha provocado eso?

Él se encogió de hombros.

—Supongo.

—¿Eres igual que Nasirah ahora? —preguntó Mark a su vez.

—No lo creo…

—Hay una manera sencilla de probarlo. —Sonrió Laron de medio lado—. Solo tienes que saltar entre una manada, a ver qué pasa.

—Me parece bien, siempre que me acompañes, consejero.

Aquello provocó un coro de risas que distendió el ambiente.

Laron tenía una rara habilidad, era inteligente y habilidoso con las palabras, y además también poseía el don de sacar de quicio a quienes le rodeaban.

Mark guio a mi madre escaleras abajo, cuidando de que no se cayera. Ella me miró, poniendo los ojos en blanco, y supe que mi padre no iba a ser el único hombre de su vida. Había vivido muchos años con una hija problemática, ahora merecía ocuparse de sí misma, y me alegré, el copiloto era una buena elección.

El agua estaba deliciosa y los peces nos buscaban, tanteando con sus bocas abiertas sobre nuestra piel.

Los génesers avanzaron unos metros hacia el interior del lago y, al igual que la vez anterior, se volvieron mucho antes de llegar hasta nosotros.

Nahuel me tomó de la mano y me señaló el fondo. Cogí aire y nos sumergimos. Me condujo hacia abajo para enseñarme una cueva, desde donde salían burbujas de oxígeno. Los pequeños peces nadaban alrededor de nosotros con curiosidad, pero sin tocarnos.

El cazador me indicó que volvíamos a subir, y tiró de mí otra vez. Su potente cuerpo parecía incansable.

—¿Has visto? —me preguntó, en cuanto salimos a la superficie.

—Si he visto, ¿qué?

—Esa cueva es una vía de escape por si les atacaban…, supongo que de tiempos antes de los génesers.

—Una vía de escape… —repetí, pensativa.

Algo quería abrirse paso en mis recuerdos, pero se me escapaba.

Laron nos salpicó, sacándome de mis ensoñaciones.

—¡Vamos, pasmarotes! —Nos desafió a seguirle a nado hasta donde se encontraba Vanur.

Nadamos, jugamos, nos salpicamos, nos dejamos acariciar por el agua y los peces…, en fin, disfrutamos de verdad, relajándonos de la tensión de las últimas horas.

—Vamos, chicos —gritó mi madre ya desde la escalera y con su traje puesto—. La gente está a punto de despertarse. No seríamos un ejemplo a seguir si nos ven así.

Mark, Laron y Vanur la siguieron a regañadientes, yo detuve a Nahuel.

—¿Quieres saber que me hizo reír la otra vez? —le pregunté, y sin esperar respuesta le dije—: ¡Quédate quieto un momento, lo sentirás enseguida!

—¿Nasirah?

—No tardamos nada, mamá. Id subiendo.

Laron nos miró con tristeza, antes de seguir a los demás escaleras arriba. Lo lamentaba por él, pero, aunque no me fiaba de todo lo que Sidonio había dicho, en cuanto al acercamiento del hijo del presidente consejero general, creía que tenía razón. Con su magnetismo personal y atractivo físico, debieron pensar que me sentiría halagada de que se hubiera fijado en mí.

No lo creí en ningún momento. Mi falta de habilidad social no me convertía, de forma automática, en idiota.

—¡Hay, joder…! ¿Qué es eso? —Nahuel se apartó a un lado.

Solté una carcajada, yo también empezaba a sentir los besos de cientos de bocas diminutas sobre mis piernas. Se me escapó un gritito, al notar que comenzaban a subir por mis muslos. Era excitante, lo mismo que una caricia.

—Así deberías estar siempre. Eres preciosa cuando te ríes.

Esta vez fui yo quien lo atraje por la nuca para besarlo. No quería reconocer que llevaba tiempo deseando hacerlo, porque hubiera supuesto, en su momento, una traición hacia Antu.

Busqué su lengua con la mía, le lamí los labios, se los mordisqueé, le rodeé la cintura con mis piernas…

—Detente, Nasirah —jadeó contra mi boca.

Se me escapó un gemido de frustración.

—Prefiero que no haya público.

Mi madre y Mark nos miraban desde arriba, esperando que saliéramos del agua. No me había dado cuenta y me ruboricé.

—Sal tu primero —me indicó, y se giró con el fin de darme intimidad mientras me ponía el traje—, necesito unos minutos.

Mark hizo lo mismo desde arriba, se volvió mientras salía del lago y me vestía.

Llegando a lo alto de las escaleras, vi a Nahuel salir del agua y empezar a subir corriendo. No me miró, aunque por su sonrisa pude adivinar que ya no tenía remordimientos. Antu era su hermano, pero nuestra relación pertenecía al pasado.

Lo esperé y, cuando llegó arriba, casi sin aliento, me dio un beso rápido en la boca y me enlazó por la cintura, caminando conmigo, como si tuviésemos toda la vida por delante.

Pensé que mi madre iba a pedirme explicaciones. Me equivoqué. Ni siquiera se volvió a mirarnos de nuevo.

Aquel fue el día que hice el amor por primera vez.

Los barracones estaban llenos de camas y de gente entrando y saliendo, el único sitio que no tenía visitas era La Aguja, el santuario. Por alguna razón, parecía quedar fuera del radar de todo el mundo. Y yo deseaba conocerlo por dentro. Deseaba conocerlo con Nahuel.

Él había tenido la precaución de coger un par de mantas de uno de los barracones, las tendimos en el suelo y contemplamos la magnificencia del edificio desde el interior.

Era frio e inhóspito, como si hubiera albergado algo desagradable en su día. Sin embargo, para nosotros era el sitio ideal. Nadie iba a molestarnos allí.

Nahuel fue muy dulce cuando le dije que era mi primera vez. Por su expresión sorprendida me di cuenta de que pensaba que Antu y yo habíamos llegado hasta el final, antes del espantoso incidente de su envenenamiento. Fue tan cuidadoso que tuve que pedirle más. Lo deseaba tanto que me dolía.

Me recorrió el cuerpo con la lengua, deteniéndose allí donde mis gemidos le indicaban que era el punto justo que me satisfacía. Me llevó al borde del orgasmo antes de penetrarme, cosa que hizo con tanto cuidado que tuve que empujarle, rodeándole las caderas con las

piernas. Me escoció un momento, no lo suficiente como para dejar que saliera de mí.

No nos dimos respiro en mucho rato. Creo que me llevé la mejor parte, mi falta de experiencia no jugaba a su favor. Si lo pensó, no dijo nada. Sus labios y sus manos recorrían sin descanso mi cuerpo, sin impacientarse.

Mi placer era parte del suyo y, al notar la inmediatez de su orgasmo, me di cuenta de que casi podía sentirlo como propio. De alguna forma, no solo nuestros cuerpos estaban unidos, sino que nuestras mentes se tocaron y entrelazaron también.

En algún momento del día nos dormimos abrazados, en mi caso, más relajada de lo que me sentí jamás. Entre los brazos de Nahuel me encontraba tan a salvo que, lo de la hembra Alfa, se me antojaba una pesadilla. En aquel reducto de paz no podía invadir mis pensamientos, ni dañarme.

Desperté varias horas después, con la cabeza llena de ideas.

No quería prestar atención en ese momento, acostada de lado con Nahuel pegado a mi espalda, abrazándome.

Cerré otra vez los ojos, sin conseguir conciliar el sueño. El problema de la Alfa era demasiado urgente.

Me deslicé de entre los brazos del cazador, con todo el sigilo que pude. No quería despertarlo.

—¿Pensabas ir a cenar sin mí? —murmuró, sin abrir los ojos.

Estaba tan guapo con el pelo oscuro revuelto y la expresión relajada, que se me derritió el corazón.

—Iba a dar una vuelta, no puedo dormir.

Me cogió del brazo y tiró de mí, hasta que estuve acostada de nuevo a su lado.

—No sin pagar peaje —me dijo al oído, en un susurro ronco que me erizó la piel.

Al cabo de un rato, se incorporó sobre un codo y me acarició el rostro con un dedo.

—Llevo desde ayer queriendo pedirte perdón por mi comportamiento. No fui racional con lo de Antu, y te culpé sin tener pruebas, pensé lo que todo el mundo, soy un idiota.

Abrí los ojos con morosidad.

—También yo creí que lo había envenenado.

Me callé abruptamente, las horas pasadas había olvidado mis precauciones. Todos aseguraban que no era venenosa, pero, ¿y si lo era?

—No —me dijo, como si hubiera leído mis pensamientos.

Volvió a besarme para demostrar que no me tenía miedo.

Vanur hablaba con su equipo, sentados todos alrededor de una de

las mesas del comedor. Confiaba en ellos, como en sí mismo, y no los tendría desinformados, ya me lo había advertido.

Me parecía bien, siempre que los detalles quedasen en privado. La información no debía trascender hasta que estuviésemos preparados para tomar una decisión, y era algo que correspondía al reducido grupo que me rodeaba. Hubiese deseado que fuera así, en todo caso, porque odiaba que me miraran como si yo estuviese en posesión de esa última palabra, y no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

El equipo de Vanur se despidió y nos dejó sitio en la mesa.

—Tenéis que probar los hongos que han enviado de la Cinco. —El cazador puso los ojos en blanco— ¡Están riquísimos!

Nahuel se dejó tentar por la novedad, yo preferí unos frutos secos.

—Deberías probarlos —me ofreció Nahuel, alargándome su plato.

—Me conformo con las novedades de las últimas dos semanas, ¡gracias!

—He estado viendo los escáneres de la Alfa —comentó Vanur—. Mal asunto. No se percibe ni una brecha por donde atacarla, y su coraza…, bueno, ya lo sabéis.

—También he pensado en ello. Quizá haya otra manera.

Nahuel y Vanur me miraron, esperando que continuara.

—Tal vez no podamos destruirla con explosivos, lo que no quiere decir que no pueda hacerse con veneno.

—Ella produce uno de los más tóxicos que conocemos —negó Nahuel—. Es muy probable que sea inmune a todos ellos.

—¿Y si no es así? —rebatí yo.

—Ya. ¿Y cómo vamos a saberlo? Necesitaríamos una muestra de su composición, y no creo que te deje cortarle un pedacito, aunque se lo pidas con educación —contestó él.

—¡Joder, que imbécil soy! Tengo esa muestra… —Me golpeé la frente y salí corriendo.

El helicóptero de mi madre seguía en su sitio, con el pincho de la Alfa todavía bajo el asiento, donde cayó tras arrancármelo.

Busqué guantes y algo con que envolverlo. No quería envenenarme de nuevo, ni por accidente. No me apetecía tener que estar lejos de Nahuel, a no ser que resultara imprescindible.

—¿Y ahora? —pregunté al reunirnos en el barracón de mando.

Los demás habían sido puestos al tanto por Vanur, y acudieron también.

—Ahora habría que llevarlo a la Uno, allí está el laboratorio de biología que estudia la composición de los génesers –contestó Laron.

—Es un buen comienzo, pero si lo que propone Nasirah es usar algún tipo de veneno al que la Alfa no sea inmune, deberíamos contactar con la Cinco —intervino Mark—. Con un bioquímico que observó durante muchos años el comportamiento de los génesers ante diversas sustancias, hasta que el Consejo de su colonia decidió que ya se había perdido mucho tiempo en eso. No recuerdo su nombre, aunque no será difícil de localizar.

—Bien, nos ponemos manos a la obra: Mark y Vanur van a la Cinco con el helicóptero que debía trasladar a Kayla —me olvidé que aborrecía organizar a los demás, pero era hora de ponerse en marcha, y tenía las ideas más claras sobre lo que pretendía—. Buscad al bioquímico, esta noche intercambiamos novedades. Mark, vas a tener que pilotar un helicóptero por si acaso lo necesitamos, lo pediré en la colonia Uno, a ver si pueden prescindir de alguno. No pongas esa cara, será temporal.

—Entonces ¿me llevo a Kayla a la Uno? —preguntó mi madre, que no esperó respuesta—. De acuerdo, aprovecharemos para traer más munición.

—Laron, no me gusta mucho tener que depender de ti, pero eliminado Sidonio, nos haces falta de mediador con el Consejo, ¿crees que podrás allanarnos el camino?

Laron hizo una reverencia burlona.

—Vamos, cuanto antes lleguemos, mejor —Nahuel se dirigía ya hacia la puerta.

—Tú te quedas, Nahuel —lo detuve cogiéndole por el brazo—. Alguien se tiene que hacer cargo de la Base. Además, habría que despejar de machos los alrededores, y observar cuánto tarda la Alfa en mandar sustitutos.

No protestó en voz alta, su mirada en cambio, se volvió dura.

—Preparad lo que tengáis que llevaros, salimos en una hora —les dije a Vanur y Laron.

—¿Por qué me dejas aquí? Vanur haría mejor el papel, ya se ha quedado a cargo antes…

—Confío más en ti, cazador —le dije apoyando la cabeza en su pecho—. Lo que he dicho antes es verdad, solo que no toda la verdad. Quiero una limpieza total alrededor de la Base. Un kilómetro, al menos, libre de machos y hembras. Deja una hembra solitaria, y pon vigilancia constante, es necesario saber cuánto tarda en recibir refuerzos.

—Quieres que me ocupe de las hembras.

Asentí.

—Solo tú. No conozco a otro cazador tan precavido y hábil.

—¿Si me enveneno vendrás enseguida? —me preguntó, alzándome la barbilla.

—Inmediatamente.

Me besó con tanta pasión que me quedé sin aliento.

—¿Crees que tendríamos tiempo de una despedida rápida en el santuario?

Me reí.

—A la vuelta —contesté, a mi pesar.

Vanur y Mark ya habían salido con el helicóptero de la Cinco. Mi madre nos esperaba con el rotor en marcha y señalándome el asiento de copiloto. Nahuel volvió a besarme sin pudor, delante de todos, y por si no quedó del todo claro, le dijo en voz alta a Laron:

—Si vuelves a besarla sin su consentimiento, ya puedes buscar un sitio bien lejos donde esconderte, consejero.

Laron no se inmutó, sin embargo, Kayla, que iba esposada a uno de los asientos de la carlinga, lo fulminó con la mirada.

Mi madre soltó una carcajada y me indicó que estaba lista,

cruzándose de brazos y cediéndome los mandos, como la última vez.

Ya en la colonia Uno, mi madre pidió abastecimiento de munición y se despidió de mí, mientras cargaban el helicóptero. Iba a volver enseguida, ayudaría a Nahuel a despejar la zona de génesers.

Laron no sabía nada de esto último, que hablamos mi madre y yo, en cuanto él se fue a solicitar un helicóptero con toda la dotación para la colonia Base. Recalqué la necesidad de que fuese sin piloto, yo misma lo llevaría si no había regresado Mark.

El Consejo General nos recibió por mero trámite. No estuvieron muy cordiales, aunque tampoco se atrevieron a denegar nuestras peticiones.

Mirian, la cazadora de Vanur, nos acompañó, escoltando a Kayla, que sería encarcelada en espera de juicio. En cuanto los guardias de la colonia se hicieron cargo de ella, volvió a unirse a Laron y a mí.

Tampoco esperaba encontrarme con Antu, que nos aguardaba, armado y preparado.

Le dejé intercambiar unas palabras con Kayla que, al verlo, se derrumbó. Le pidió perdón, llorando, con la cabeza gacha.

Antu reaccionó como cabía esperar en él: le secó las lágrimas y le dio un abrazo. Era demasiado noble para guardarle rencor, aunque hubiera estado a punto de morir.

—Puedo ayudar —me dijo, un poco cohibido—. Estoy en plena forma, y en la Tres no soy necesario, ahora que no se matan hembras.

Le sonreí, incluso cuando retrocedió instintivamente al acercarme. No había superado su temor hacia mí tras lo ocurrido, pero lo intentaba, lo que ya era un avance. Me alegraba que se uniera a nosotros en la colonia Base.

Tampoco quería pensarlo mucho, porque no dejaba de ser irónico que aceptase a Kayla sin reservas y, en cambio, siguiera temiéndome, cuando era ella la que lo envenenó y yo quien le salvé la vida.

—Vale, quédate con nosotros, mi madre lleva sobrecarga de munición.

El Consejo se avino a que acudiésemos al laboratorio de biología…, bueno, en honor a la verdad, no se pronunciaron ya que no

se lo solicité, les anuncié, por cortesía, que necesitábamos sus instalaciones. No pensaba dejar la única muestra de la Alfa en manos de cualquiera.

El laboratorio se encontraba en un área bastante despejada, quizá en su día fue algún campo de deportes. La parte posterior se hallaba bien fortificada, dispuesta a hacer frente a una horda de génesers.

El pincho de la Alfa levantó admiración cuando lo saqué, con todo el cuidado, de la bolsa de seguridad. Lo deposité donde me indicaron: una urna de cristal, que era un minilaboratorio, cuyo aislamiento impediría un contagio accidental.

En apenas unos minutos, todos los científicos se reunieron, admirando la muestra.

El director nos condujo hasta otra zona de las instalaciones, en la que se concentraban varias partes seccionadas de un géneser macho, en diversas fases de estudio.

Sentí un poco de repugnancia, aquello más que un laboratorio, se asemejaba a un matadero.

—Este murió ayer, solo nos queda otro vivo.

—¿Los cogen vivos para estudiarlos? —pregunté, algo ofuscada.

Por algún motivo, sentía rechazo ante esa práctica.

El director me miró con arrogancia, seguramente pensando que era una imbécil.

—Es la única forma de estudiar la mejor manera de matarlos. Es eso lo que queremos hacer, ¿no?

Me quedé demasiado tiempo callada, con los ojos de todos fijos en mí.

Laron me sacó del apuro, dándome una palmada en el hombro.

—Vamos a comer algo, necesitamos reponernos.

Tenía que reconocer que el consejero era, además, un estupendo diplomático.

Mi silencio ante la pregunta del director pudo ser interpretado erróneamente. Claro que queríamos matarlos, eran una gran amenaza para nuestra supervivencia, era más consciente que nunca.

El problema era que empezaba a mirarlos de otra manera desde mis charlas con la Alfa, y me sentía incapaz de explicarlo. Me hubiesen tomado por loca.

—Quisiera hacerle una petición, Nasirah. —El director puso su mano en mi hombro, me asqueó su contacto. Podía percibir en él cierto sadismo, disfrazado de preocupación científica—. Nunca hemos podido coger a una hembra viva, tal vez usted…

Me desasí de un tirón y me marché, dejándolo boquiabierto por mi falta de tacto.

Mis acompañantes se quedaron igual de asombrados, y agradecí que me siguieran sin hacer ningún comentario.

¿Cómo explicar que aquellas bestias magníficas no merecían ser despedazadas, igual que reses en un matadero? ¿Cómo decirles que había escuchado la llamada agonizante del géneser vivo, enjaulado y hambriento, a pocos metros de allí?

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —me regañó Laron.

—No me gusta ese tipo. No es respetuoso.

Mirian y Antu se sentaron en el banco del comedor en silencio, Laron, sin embargo, no estaba conforme y quería explicaciones.

—¿Qué tiene de respetuoso el que ellos nos despedacen a la mínima oportunidad?

—Déjalo, Laron, no lo entenderías…

—¡Pues explícate, no soy tonto del todo!

—Esto es una guerra, si alguien tiene que responder de sus actos, es el cerebro que los gobierna a todos. Ellos son soldados cumpliendo órdenes, lo mismo que nosotros —dije, dirigiéndome a Mirian y Antu —. Si nos mandan salir a cazar, lo hacemos porque es lo que hay que hacer, los matamos y punto. De no respetar a los génesers, no quedaría ni un cazador. Hay que saber hasta dónde llegar, y dar media vuelta cuando no puedes ir más lejos.

Podían haber argumentado en mi contra con facilidad. ¿Qué idea tenía yo de estrategia? Esperaban que tomara decisiones por la única razón de resultar invisible a los génesers. Nadie se detuvo a pensar que seguía siendo una chica de diecisiete años, sin ninguna experiencia. ¿Y si me equivocaba?

La llamada de Vanur por el telecomunicador, dio por zanjado el asunto. O eso pensaba yo, porque Laron seguía rumiando mis palabras.

Habían localizado al biólogo químico, y llegarían al anochecer con un arsenal de muestras químicas, a cuál más letal.

—El profesor pide un lugar donde pueda trabajar con ellas y con especímenes vivos, si puede ser, en un entorno controlado.

Puse los ojos en blanco y Laron rió por lo bajo.

—El destino fabula en tu contra.

—Eres todo un poeta, Laron, no sé por qué te escogieron consejero y no bufón. Te advierto que te toca ir a hablar con el director del laboratorio, me temo que yo no soy santo de su devoción, y es necesario saber cómo consiguen las presas vivas.

—Dijo que no disponían más que de…

—Ya sé lo que dijo, y sé que necesitarán más machos que investigar. Lo que no me agradan son sus métodos.

—¿Piensas conseguirlos tú? —alzó Laron las cejas, casi divertido.

—Vamos a hacerlo nosotros, sí, y me aseguraré de que les causemos el menor daño posible.

Antu y Mirian me miraban con recelo.

—¿Qué? —me dirigí a ellos, por si me decían que tenía monos en

la cara y no me había enterado.

—¿Puedo hablar? —preguntó la cazadora.

—¿Puedo impedirlo?

—Bueno, diría que tú eres la que sabe lo que hace, por lo tanto, si no quieres escuchar, no tienes por qué hacerlo.

—¿Qué sé lo que me hago? No me hagas reír, Mirian. Estoy dando palos de ciego, igual que los demás. Cualquier idea es bienvenida, no te cortes.

—Bien, ya has comentado que los oyes en tu cabeza, y comprendes su sufrimiento al atraparlos. Eso no podemos dejar de hacerlo, lo que puede que esté en tu mano es comunicarte con ellos, y minimizar su dolor.

—Quisiera hacerlo, Mirian, en serio. El caso es que todos ellos forman un conglomerado en la mente de la Alfa, y no me gustaría que se enterara de nuestros planes. Quiero decir, ella leyó en mi cabeza que estábamos pensando en usar explosivos, y debería seguir creyéndolo. La verdad es que todavía no domino esa comunicación, solo tengo algunas nociones.

Antu no salía de su estupor.

—¿Puedes comunicarte con la Alfa? —preguntó.

—No siempre, y esto no debe salir de entre nosotros. Solo un grupo muy reducido de personas sabe lo que ocurre de verdad. Los génesers captan los pensamientos de todos, y no quisiera poner a la Alfa sobre aviso antes de tiempo.

Ambos hicieron a la vez el gesto de cazadores llevándose el puño al pecho, en mudo juramento.

—¿Y qué tal si me acompañáis a cazar génesers vivos? No conozco a esta gente y me fío menos de ellos que de la Alfa.

Cuatro helicópteros, con los equipos de cazadores y artilleros, se encontraban preparados varias horas después.

Les di instrucciones. Esta vez, lo haríamos a mi manera, acorralar a un macho, aislarlo y conducirlo a la red era un ímprobo trabajo que llevaba demasiado tiempo y riesgo. Yo me acercaría a él y lo

tranquilizaría, pensaba que podría envolverlo en la malla sin que entrara en pánico.

Ya vería, sobre la marcha, la forma de arreglármelas con las hembras.

Laron se empeñó en venir con nosotros. Tuvo ocasión de demostrar sus dotes de mando, y que su entrenamiento de cazador no había sido en vano.

Cuando di las oportunas órdenes de no disparar a los machos, algunos se lo tomaron como una forma de humor entre cazadores. El artillero que abrió fuego, se vio con medio cuerpo fuera de la carlinga antes de enterarse de lo que ocurría.

—¿Quieres servir de cena a los de ahí abajo? —Laron estaba furioso— Piloto, avise a los suyos de que como haya más disparos sin ordenes previas, esta noche los génesers van a darse un buen festín de imbéciles.

Los de los demás helicópteros tomaron nota, y no se movieron de sus posiciones, limitándose a estar preparados.

Salté a tierra, sin tomar precauciones, me sentía segura entre los machos.

El ruido blanco se iba espaciando y ahora podía percibir los pensamientos de los animales. Creía que también me podían escuchar, aunque no veía la manera de comunicarme con ellos de forma individual.

Serené mi mente y pensé en cosas tranquilizadoras, al tiempo que hacía señas al primer helicóptero, provisto de una red.

El macho aceptó mis caricias y se mantuvo tranquilo. Se dejó conducir a la malla, que se cerró a su alrededor, y lo alzaron antes de que la alarma cundiese entre los demás.

Caminé entre ellos, me disgustaba tener que elegir otro, y no tenía opción, si quería evitar la masacre que se organizaba capturando especímenes vivos. Los machos capturados salían gravemente heridos, y la mayoría morían al ser sedados.

El segundo helicóptero se alejó con su carga, sin contratiempos.

Laron me hizo señas, era el turno de las hembras. Se sujetó a la

cuerda y dejó medio cuerpo fuera de la carlinga, al igual que Antu y Mirian. Eran el equipo de apoyo, al que accedí ante su insistencia, no porque pensara que fueran a hacer falta.

Me acerqué a la hembra, sabiendo que no me temía. A dos metros de ella, cuando empezó a revolverse, tomé la red y salté por encima de su lomo, dejándola envuelta.

Los del helicóptero no perdieron el tiempo y se elevaron, antes de que pudiera soltarse.

Ella gritaba en el interior de mi cabeza, e intentaba defenderse con su veneno, sin saber que aquellas redes eran inmunes a sus esfuerzos.

Aquello me dolía. Era como traicionar a alguien que confía en ti con los ojos cerrados.

Nos trasladamos al rebaño más próximo.

Esta hembra ya estaba sobre aviso de que algo iba mal, y la noté inquieta.

—Deberíamos dejarlo por hoy —le dije al científico que nos acompañaba, a través del comunicador—. Quizá mañana se hayan tranquilizado. La hembra anterior ha puesto sobre aviso a los demás.

—Si no se siente con fuerzas… —me contestó, con cierta ironía.

Y me lo tomé de manera personal. Un error que un cazador experimentado no hubiera cometido, y es que todavía tenía mucho que aprender.

—Volveremos mañana —confirmó Laron, que no me perdía de vista, y debía notar mi inquietud.

Se me pasó por la cabeza que igual entendía un poco de lo que expliqué sobre la comunicación mental de los géneses. Eso no quería decir que desaprovechara la oportunidad de chincharme en cualquier otra cosa.

Los otros helicópteros se habían alejado con sus cargas, ya solo quedaba el nuestro.

—No, vamos a terminar —corté yo, saltando a tierra.

La hembra se removía inquieta, a pesar de que me encontraba a

unos diez metros de ella. Fui caminando despacio, con la daga en la mano.

—*«¿Que estás haciendo, humana?»*

Me encontraba muy cerca de la hembra y la voz de la Alfa en mi cabeza, aunque esperada, me sorprendió.

—«*Yo hago mi parte del trabajo*».

—*«Del trabajo de destruir a mi raza»*.

—*«¿No haces tú lo mismo?»* —le pregunté, fastidiada.

—«*No he escogido los individuos, ellos han llegado a nosotros*».

—*«Es una guerra, ¿qué esperas? No voy a dejar que termines con mi especie o que nos dejes vivir a tu capricho, sirviéndote de diversión*».

Enfrascada en la conversación, con la consiguiente presión entre las sienes, no me fijé en que la hembra se había aproximado a mí.

Laron gritó desde arriba, el helicóptero se había acercado hasta quedar encima de nosotras, y no pude oírlo. El golpe de cola de la hembra, que me impactó en la cadera, abriendo una brecha en el traje y en mi piel, me sacó del ensimismamiento.

Me quedé sin aliento, pero la géneser no dio muestras de parar su ataque, mientras la Alfa hablaba a través de su mente.

—«*Deberías estar más atenta, no deseo que una de mis hijas termine contigo, sería un desperdicio*».

Por fortuna, Laron estuvo rápido. Se deslizó por la cuerda y se encaramó a la hembra, antes de que volviera a arremeter contra mí. Nunca me había fijado en que portaba una daga singular en su vaina al muslo. Era un cazador diestro y certero. No vaciló ni un momento.

La hembra cayó de lado. Laron hizo ademán de ayudarme.

—Estoy envenenada —jadeé, deteniéndolo.

—Tienes que subir. Mañana podemos coger otra hembra, además —dijo, cogiéndome en brazos y envenenándose con mi sangre—, siempre he deseado que me abraces desnuda, aunque sea para absorberme el veneno.

Desde luego, su sentido del humor superaba su sensatez.

El final abrupto de la hembra terminó con la comunicación de la Alfa, no así con mis preocupaciones. Quería ocultarle aquello, y debí hacer caso a la precaución, que me dictaba volver al día siguiente.

En el helicóptero me hicieron una cura de urgencia en el corte, que ya empezaba a curarse.

Mientras íbamos hacia la colonia Uno me concentré tan solo en eliminar mi veneno. El gilipollas de Laron necesitaba que le ayudara.

Antu y Mirian nos miraban a ambos, sin decidirse a hacer algo, o siquiera a hablar.

Por fin sentí que mis niveles de veneno eran muy bajos, entonces, cogí la mano de Laron.

—¿De verdad me vas a eliminar la toxina tan despacio?

—¿De verdad has sido tan imbécil de dejarte envenenar? —le contesté.

—He matado a mi primera hembra…, ¿cuántas más necesito para alcanzarte?

Resoplé por no contestarle con algún improperio.

Mirian reía, le gustaba el consejero, y a Antu le gustaba ella. Esperaba que eso no se convirtiera en otro problema.

—Hola, cazadora. Ya me han dicho que has tenido un día complicado —me saludó Nahuel por el telecomunicador.

—Prefiero que no hablemos de eso, o me entrarán ganas de pegarle un tiro a Laron.

—No seas tan dura, te ha librado de una hembra, ¿quién lo iba a decir?

—Si. La diplomacia es su fuerte, aunque esto no se le da mal. Su criterio, en cambio, deja mucho que desear, tendría que haber dejado que el veneno hiciera su trabajo.

—Parece que no soy el único que te quiere librar de las hembras —dijo en tono jocoso, con un tinte de humor negro.

—Parece que no. En todo caso, eres el único que quiero que lo haga. Me encanta absorber tu veneno, y lo que viene después.

Se sonrojó, pero por su expresión de complacencia, vi que había dado en el clavo. No mataría a Laron en cuanto lo viera.

—¿Y lo demás? —me preguntó.

—Imagino que te refieres al biólogo, un tío raro que anda dando órdenes a todo el mundo. Se ha tomado muy en serio su papel en esto.

—Está bien, siempre que trabaje deprisa.

—Va a necesitar más génesers vivos, tendré que quedarme un par de días. Mañana, sin falta, sale un helicóptero con Mark, que os apoyará en la limpieza. Si quieres te mando a Antu y a Mirian con él.

—Tenemos gente y munición de sobra. Si mandas otro helicóptero, será bienvenido, en cuanto a mi hermano y Mirian, prefiero que se queden contigo, pueden ayudarte.

—Estupendo, son buena compañía. ¿Y tú? ¿Algún problema con las hembras? ¿Todavía no me necesitas?

—Sí, te necesito, y no para absorber mi veneno.

Ahora me tocó sonrojarme a mí.

—He pensado en usar a los demás cazadores, iríamos más rápido. Hoy he matado a tres hembras y, aun así, no es suficiente.

—No sé si son de fiar. Si tengo que estar pendiente de los envenenamientos, sería mejor que me ocupase yo misma de las hembras.

Nahuel asintió, comprendía mis razones.

—¿Y si nadie más que los jefes de grupo me ayudasen en la tarea? Están deseando ser útiles, y tirar de las riendas de todos no es sencillo.

—¿Estás seguro?

—Son cazadores experimentados. Puede suceder algo, pero tienen en su haber un buen número de hembras muertas.

—Decídelo tú. Pero si algo ocurre, no te demores en llamarme.

—Resultaría más fácil si estuvieras aquí. Dormir en el barracón, con un montón de tíos roncando alrededor, no es ni la mitad de divertido que hacerlo contigo.

Si hubiera dependido de mí, ya estaría camino de la colonia Base.

32. Protección

Al día siguiente conseguimos capturar a otra hembra, sin tropiezos. Cuando la llevamos al complejo del laboratorio, me di cuenta del riesgo tan enorme que corrían quienes intentaban sacar muestras de ellas.

Encerrados todos los ejemplares en jaulas de una aleación resistente a sus embates, los machos tenían poco que hacer. El ataque de las hembras, en cambio, era más sutil. Permanecían quietas hasta que alguien se ponía al alcance de sus pinchos.

Los científicos poseían solo una formación básica de cazadores, y desconocían la rapidez de las hembras a la hora de atacar con cola y cabeza.

Tuve que eliminar el veneno de dos científicos, antes de reunirlos a todos, y explicarles que debían tomar las muestras a distancia.

De no ser posible, prefería que me dejasen hacerlo a mí.

—Una evacuación general sería complicada, ¿no? —le pregunté a Laron, aunque en realidad hablaba conmigo misma.

El consejero levantó una ceja.

Nos habían prestado una habitación en las instalaciones del laboratorio, que usábamos de sala de reuniones y de comunicación con nuestra Base.

Se encontraba a cierta distancia de donde tenían a los génesers enjaulados, sin embargo, no a tanta que me impidiera oírlos.

Laron desechó quedarse en la enfermería, que hubiera sido lo sensato, dado su estado de debilidad después de ser envenenado. Era orgulloso, y no reconocería que se encontraba agotado, así lo colocaran frente a un pelotón de fusilamiento.

El único signo de su estado, era su quietud. Se había sentado con los pies en un taburete bajo, y llevaba un buen rato sin moverse.

Esa calma era impropia en él.

—¿Evacuación? ¿A dónde? Escogimos las colonias que podíamos defender ante los ataques esporádicos de los génesers. Supongo que estás pensando en prepararnos de cara a un ataque masivo, y eso son

palabras mayores. ¿Temes que la Alfa pueda hacerlo?

—Se me ocurren cantidad de posibilidades, aunque esa me preocupa mucho más que cualquier otra. Ahora mismo tengo muchas preguntas y pocas respuestas.

—Pues pregunta, igual sacamos algo al hilo de tus inquietudes.

Lo miré de reojo por si se burlaba. No parecía que lo hiciera, es más, creí que había despertado su interés.

—¿Qué hay de los satélites? ¿Se ha explorado hacia el Oeste? ¿Y en la costa? La colonia Cinco es la más cercana, les habrá interesado lo que hay mar adentro… —sugerí, pensativa.

—Creo que no. Uno de los problemas que se presentaron, cuando escapábamos de las primeras oleadas de génesers, era el avituallamiento. Recuerdo, por mis lecturas, que a unas millas de la costa había plataformas petrolíferas que quedaron vacías. Deberíamos mirarlo en imágenes, y asegurarnos. El caso es que se descartaron, ante la imposibilidad de alimentar a la población solo a base de pescado y sin agua potable abundante.

—¿Hay forma de acceder a esas imágenes?

—Si al Consejo le parece oportuno… ¡Qué diablos! ¡Pues claro que vamos a ver esas imágenes!

Laron era tan espontáneo que, a veces, asustaba. Se levantó y se marchó con rapidez, evaporado cualquier rastro de agotamiento.

Antu entró a decirme que el profesor estaba fuera, esperando poder hablar conmigo.

—No necesita audiencia, dile que pase.

En algún momento de aquellos últimos días, Antu y Mirian se habían erigido en mis guardaespaldas, cosa que me parecía absurda y hasta vergonzosa. Yo no era miembro del Consejo ni nada por el estilo, no necesitaba protección.

Tendría que hablarlo con ellos. Aquella actitud me incomodaba y, de no remitir, prefería que se fueran a la colonia Base, donde tendrían algo que hacer, aparte de seguirme a todas partes.

El profesor entró con paso firme y atlético. Era un hombre muy

serio, de expresión adusta en un rostro moreno, que contrastaba con su cabello cano y largo hasta los hombros. Muy delgado y fibroso, se notaba que no paraba quieto mucho tiempo.

No se entretuvo con formalidades, ni se sentó. Se puso a hablar como si hubiéramos dejado una conversación a medias, y vuelto para continuarla.

—Es importante probar los resultados en sujetos vivos, y no puede ser aquí. Las condiciones en que están enjaulados los génesers no son estancas, por tanto, ponemos en riesgo la vida de los humanos de la colonia. Trabajo con sustancias muy peligrosas. Sería conveniente realizar las exposiciones en individuos libres, y lejos de zonas pobladas.

—¿Quiere decir que va a infectar a esos génesers?

—¿Se puede comprobar mi teoría de otra forma? Según el estudio de la muestra Alfa, hay dos neurotoxinas que podrían dañar su estructura de manera irremediable. Las dos son peligrosas en extremo, y en el caso de una de ellas, no sé si funcionará igual inyectada que vaporizada en el aire.

—No deberíamos hacerlo, profesor. El caso es que se comunican por telepatía, y eso le daría a la Alfa una gran visión de nuestros planes.

Esa respuesta le hizo detenerse en su eterno paseo por la habitación. Por fin, me estaba poniendo nerviosa.

—Ya veo que no lo entiende —asintió—. Las neurotoxinas actúan de manera inmediata, destruyendo o alterando el sistema nervioso central y, por lo tanto, la capacidad de los individuos afectados para coordinar siquiera pensamientos.

—¿Quiere decir que no podrán comunicarse de forma telepática con la Alfa? ¿Está seguro?

—Sin ensayos clínicos controlados, no puedo estar seguro de nada. La estructura de las hembras coincide casi por completo con la de la Alfa, la diferencia consiste en algunos genes poco relevantes. Si funciona con las otras, tendría que valer también con ella. Mi compuesto es una mezcla de toxina botulínica y de un potente neuroléptico, de encontrarme en lo cierto, no debería producirse ninguna comunicación entre individuos afectados.

—¿Y cuándo podría probar esa teoría? —le pregunté, dudando de la efectividad de aquel cóctel de toxinas, aunque también esperanzada.

Un rayo de luz en la oscuridad era poco, pero era algo.

—Mañana, si puedo disponer de un helicóptero y…

—Pida lo que necesite, yo organizaré el resto. Quiero ir y verlo. ¿Las cinco de la tarde es buena hora?

Ni sí, ni no. Se marchó igual que había entrado, y a mí me dejó con mucho más en qué pensar, y qué hacer.

—Antu, ponte en contacto con tu hermano. Tendremos una reunión a la hora de la cena.

Este se sentó ante una de las pantallas y comenzó a teclear.

—Mirian, ve a buscar a Laron. Que organice una conferencia con todos los consejeros de las colonias para esta noche.

—¿Luego vuelvo? ¿Me necesitarás?

—No, puedes quedarte con él y ayudarle.

Me lo agradeció con una de aquellas enormes y brillantes sonrisas.

Escuché todo lo que tenía que decir el profesor, pero este me había dado una idea que quería comprobar.

La Alfa dijo que captaba muchos de los pensamientos de los cazadores, no comentó nada de los pilotos que los sobrevolaban. Debería haber percibido a mi madre y sabido que venía a buscarme, no se hubiera visto sorprendida.

¿No captaba los pensamientos de los pilotos o se refería a todos, de forma genérica, como cazadores?

Escuchaba a todas horas en mi interior las voces de las hembras y machos que habíamos capturado, lo que no mejoraba mi simpatía hacia los científicos, que realizaban toda clase de pruebas con ellos. El caso era que, mientras eliminaba el veneno de los descuidados en el barracón que hacía las veces de enfermería, esas intrusiones mentales se habían volatilizado.

Cuando me percaté, pensé que igual yo misma las había bloqueado de manera inconsciente, y debía aprender cómo.

Volví a la enfermería. Me relajé y abrí mi mente, esperando algo. Nada, las voces se habían acallado, como si fueran incapaces de traspasar la puerta.

Busqué otros barracones hechos del mismo material.

—Yo diría que es de chapa, no sé más —me indicó uno de los hombres del barracón dormitorio.

Ninguno se sorprendió mucho. Creo que ya se había corrido la voz de que no estaba muy cuerda.

El grupo de constructores me dio más información. La recibían por planchas de la colonia Dos, aunque no supieron darme indicaciones de la composición, ni de la dificultad del proceso de fabricación.

Me fui a nuestra sala de comunicaciones y, en menos de media hora, estaba hablando con el encargado de la siderurgia, que tenía su sede en la colonia Dos, puesto que era una zona rica en minerales.

—Sí, fabricamos todas las planchas de los barracones, con una aleación ligera y maleable, a la vez que resistente: la hojalata.

—¿De qué está compuesta?

Al cabo de un buen rato me arrepentí de la pregunta. Al hombre le gustaba su trabajo y me explicó, con pelos y señales, la composición, dureza, resistencia, imantación, separación de materiales, que escuché por educación.

—… en teoría aislante entre el metal y el agente externo, termodinámicamente factible a nivel macroscópico, la película pasivante, no permite que estos puedan interactuar, de tal manera que la reacción química o electroquímica se ve reducida, o por completo impedida…

Ahí lo corté, esa era la parte que me interesaba. Le expliqué lo que necesitaba.

—¿Algún grosor especial en la composición?

—No. Me conformo con que sea igual que las chapas de los

barracones —me temía que, de preguntarle, me iba a ver asaltada de nuevo por otro torrente de datos técnicos—. En cuanto lo tenga listo, mándelo con un helicóptero.

Debí parecerle una maleducada, pero es que tenía prisa, y no entendía cómo funcionaban aquellas aleaciones de las que me hablaba.

—Y vaya preparando veinte más, por si acaso. Si no funciona, le avisaré enseguida y buscaremos otra solución, pero si lo hace, va a tener muchísimo trabajo por delante —concluí, pasando por alto su gesto huraño. Debió pensar que dudaba de su capacidad, y no era cierto, lo que odiaba es que me agobiase con datos técnicos.

Corté la comunicación y luego me apresuré a hablar con el jefe de constructores, con el que pasé un buen rato. Ambos nos reunimos con el encargado del laboratorio para ponernos de acuerdo.

De camino a nuestro espacio de comunicaciones, caí en la cuenta de lo desesperada de nuestra situación, si eran capaces de confiar el futuro de todas las colonias en mis manos. Aquellos hombres actuaban como si yo supiera lo que hacía, sin pensar en que andaba dando palos de ciego, al igual que todos.

Empecé a apilar el material necesario para mantenernos en contacto con el resto de colonias y con la Base.

—Nos trasladamos —le dije a Laron en cuanto asomó—. Pide un barracón libre donde llevar todo esto.

—Desde luego, me gusta que me tengas al día con lo que pasa…

—Te lo diré en cuanto esté segura. Ahora busca ese barracón, y cerciórate que sea de los de chapa. Antu, Mirian y yo recogeremos el equipo.

El encargo llegó varias horas después, y con discreción, gracias al buen hacer del piloto. Prefería no tener que dar explicaciones, sin cerciorarme de que resultaría de utilidad, de lo contrario, nadie más que yo saldría decepcionado.

Se trataba de un casco muy rudimentario, como los de los pilotos, aunque sin auriculares ni forro en su interior. Cubría desde la frente hasta la nuca, y se ajustaba bajo la barbilla por una tira elástica. Era feo e incómodo, pero el artesano se molestó en darle una capa de pintura negra, que disimulaba el brillante metal del que estaba hecho.

Me paseé por parte de la colonia con el casco puesto, por si no era lo bastante bicho raro, pensé con una sonrisa. Mi buen humor tenía su razón de ser, no captaba los pensamientos de los génesers prisioneros.

Ahora debía comprobar que ellos tampoco me oían a mí.

El día anterior me había acercado a los génesers, con intención de tranquilizarlos. La parte de la Alfa que percibían en mí, les daba una falsa seguridad de encontrarse protegidos, esa era la sensación que percibía en ellos.

Probé con el casco puesto. Su comportamiento continuó igual que antes. En cuanto me lo quité pude oírlos, y ellos a mí.

Estaba entusiasmada, ¡funcionaba!

Corrí al barracón y llamé al instructor de la siderurgia que estaba metido de lleno en la preparación de los cascos de más, sin siquiera esperar a que se lo confirmara.

Me gustaba la gente con iniciativa. En este caso, nos venía bien a todos.

Me prometió tenerlos listos a primera hora de la mañana del día siguiente. En el caso de surgir contratiempos, lo estarían para la tarde.

Eso era lo que me interesaba.

—Bueno, ¿y eso tan misterioso que te llevas entre manos? —me preguntó Laron.

—Mirian, ¿puedes buscar a Antu? Mark está a punto de llegar con un aparato de intercambio, y ya le espera el helicóptero que le

prometí. Quiero que salgáis enseguida hacia la colonia Dos, donde os tendrán preparado un cargamento urgente. Debe estar aquí, como muy tarde, mañana a las tres. Si os ponen alguna pega, me llamáis.

Ella asintió y salió presurosa. Se dio cuenta de que lo que tenía que decirle a Laron, era solo para sus oídos.

El consejero se recostó contra una de las mesas adosada a la pared, y cruzó los brazos, esperando respuesta. Desde luego, entendía el enamoramiento de Mirian, Laron era muy atractivo.

—¿Si te doy una respuesta corta, intentarás no hacerme demasiadas preguntas?

Me mordí la lengua, esa línea no era la correcta, le había picado más la curiosidad.

—Vale. Te hago un resumen y deberás conformarte, de momento. Los génesers no solo leen en mi mente, sino en la de todos, y esa información la recoge la Alfa, que sabe más de nosotros que nosotros mismos. Por supuesto, un solo géneser no puede estar pendiente de las ideas de todas las personas cercanas: van recogiendo retazos. Y los retazos adecuados forman una idea general. No puedo permitir que te lean, por lo que no voy a decirte nada concreto, hasta que haya tomado las precauciones necesarias.

—Comprendo tu cautela, aunque sigo sin entender por qué nos hemos trasladado, y lo que te llevas entre manos.

—Ten un poco de paciencia. Máximo una hora, ¿vale?

—En una hora tenemos que hablar con los consejeros —me advirtió.

—Sí, y con la Base. Entonces ya podré decir a que me he dedicado todo el día, sin el riesgo de que capten las ideas que no deben.

Se mostraron conformes con mi propuesta. Todos iban a descansar por la mañana, y comenzarían una ofensiva masiva contra los machos a las cuatro de la tarde, de hora y media de duración.

Nahuel, como responsable de la colonia Base me miraba preocupado, aunque asintió igual que los demás. Allí también harían preparativos de cara al día siguiente. Parecía cansado, pero su expresión era concentrada.

Sabía que quería hablar conmigo a solas. Ya tendríamos tiempo más tarde, cuando terminásemos la jornada.

Vanur y mi madre estaban al fondo, sin perder palabra, y sin intervenir.

El jefe de constructores llamó a la puerta, Laron lo atendió mientras yo me despedía de los consejeros, y dejaba solo abierta la conexión con la colonia Base.

—Dice que ya está listo —me comunicó Laron—. ¿Ahora sí que puedes decirnos qué has preparado a los que quedamos? Me muero de curiosidad.

—¿Qué pasa Nasirah? —quiso saber Nahuel.

—He tenido que tomar una serie de precauciones. Estoy notando que la Alfa se inquieta, y es que los génesers capturados le están transmitiendo más información de la que deberían.

Vanur y mi madre se acercaron a la pantalla y pude ver que ella también parecía cansada. Sin duda, al igual que Nahuel, había estado muy ocupada los últimos días.

Les había dado mucha responsabilidad, y ninguno la rehuía, a pesar del agotamiento general que percibía en todos, incluso en mí misma.

—Y ahora os explico lo que he descubierto hoy: la aleación de metales, o lo que sea que compone la chapa de los barracones, hace de aislante, o forman una barrera, o algo así, contra las intrusiones mentales de los génesers. Funcionan en ambos sentidos. Yo no puedo oírlos a ellos, ellos no pueden oírnos a nosotros. Resumiendo: cuando me he dado cuenta, he encargado esto.

Saqué el casco de debajo de la mesa, en donde había estado oculto dentro de una caja de cartón.

Laron soltó una carcajada, quitándomelo de las manos.

—¡Parece de juguete!

—Es lo mejor que he conseguido que hagan en unas horas —me mosqueé yo—. Además, funciona a la perfección. Lo he probado con los génesers cautivos y es lo que importa. Si quieres uno de diseño, tendrás que esperar a que hayan abastecido a cazadores y artilleros de

todas las colonias. Todo el que no esté en la cabina de un helicóptero debe llevarlo, es importante que no les demos más información.

—¿A los pilotos no nos oyen por los cascos que llevamos? —preguntó mi madre.

—Eso parece.

—Preferiría llevar un casco de piloto a esto —declaró Laron.

—Pues buena suerte, no creo que vayas a conseguir uno en mucho tiempo, y no saldrás de la colonia sin uno de estos, o de los otros.

—Pero los génesers de allí pueden leer vuestras mentes en cuanto salgáis del barracón —intervino Nahuel.

—Es la razón de la presencia del constructor. No deben proporcionarle más información a la Alfa. Tampoco quiero que, por un desliz, esta se entere de lo que estamos planeando. Van a construir un barracón que los aísle dentro de sus jaulas. Es preferible tenerlos aislados entre ellos también.

—¿Y la ofensiva de mañana? —preguntó Vanur.

—La ofensiva de mañana tiene mucho de distracción, pero siento no poder deciros en que consiste, excepto que tendrá a la Alfa muy ocupada durante un rato. Todos los que participen en la limpieza de la colonia Uno llevarán uno de estos cascos —miré a Laron, retándolo a que me contradijera, cosa que no hizo—, porque en mayor o menor medida, participarán en lo que vamos a hacer. Por eso no puedo decíroslo a vosotros. Podrían leerlo en vuestras mentes, y el experimento terminaría antes de empezar.

Nahuel asintió. Vanur quería decir algo más, pero se lo pensó.

—¿Y Mark? —preguntó mi madre—. ¿Sabe de todo esto?

—Mark está recogiendo los cascos necesarios para mañana. No sabe nada, ni lo sabrá hasta que vuelva.

No se le pasó la indirecta. No debía decirle nada de todo aquello, hasta que estuviese en la colonia Uno.

—De momento, es cuanto puedo deciros. Si sale todo según lo previsto, quizá mañana pueda estar de vuelta con un plan —sonreí,

pretendiendo animarlos y animarme a mí misma.

Ojalá que todo saliera bien, porque tenía tantas ganas de abrazar a Nahuel que, de estar más cerca la colonia Base, me hubiera ido teletransportándome, aunque me llevara toda la noche.

Debía relajarme, e intentar dormir para estar despejada por la mañana. Me embargaba la inquietud, lo que no me dejó descansar en condiciones y, además, mis sueños fueron bastante perturbadores.

Me pesaba la confianza que todos habían depositado en mí, porque no veía que estuviera justificada. Solo podía esperar que los preparativos que se estaban llevando a cabo, sirvieran de algo.

Me desperté sobresaltada, con una sensación de peligro, como si me acechase algo contra lo que no podía luchar.

34. Resultados

El desasosiego me acompañó todo el día, incluso metida de lleno en los frenéticos preparativos para la prueba de esa tarde.

Mientras el profesor preparaba las toxinas en las bombas, los mecánicos montaron asas y pilares en el helicóptero que las llevaría, transformándolo en arma de combate. Esos elementos se desecharon en su día, porque las bombas no eran ni la mitad de efectivas que una rociada de balas explosivas.

Laron y yo nos reunimos con pilotos y artilleros para explicarles cómo íbamos a llevar a cabo el ataque.

Mark llegó a media mañana con más cascos de los que le pedí. Con el buen criterio que le caracterizaba, esperó a última hora, y se llevó una buena cantidad.

Le di un abrazo, me alegraba de verlo.

Le expliqué lo que habíamos hablado la noche anterior con la colonia Base, y lo de la limpieza masiva que se iba a llevar a cabo.

—¿Hay sitio para un helicóptero más? —me preguntó enseguida.

—Lo que no sé es si hay artilleros para acompañarte.

—Antu y Mirian seguro que lo hacen muy bien —contestó enseguida mirando a estos, que asintieron con vehemencia. Ninguno de los tres quería perderse la acción—. ¿Harás de copiloto?

Negué con la cabeza, quería ir en el helicóptero de vanguardia y ver los resultados.

Los puse al día con la información que los demás conocían, y se marcharon a dormir unas horas.

Busqué un copiloto y me recomendaron a una chica poco mayor que yo, recién iniciada, en espera de un puesto en los equipos aéreos.

Era la hija del jefe de constructores, que fue quien me la recomendó. No dudaba de su destreza, lo que no quería decir que la aceptara solo por la palabra de su padre.

—Ven conmigo —le dije, y la llevé al helipuerto.

Al menos, supe que aquello le gustaba, sus ojos brillaban de expectación.

—Escoge uno —le propuse.

Lo hizo sin dudar. Era uno de los helicópteros viejos, y más manejables.

Se hizo enseguida con los mandos. Le fui dando instrucciones, que cumplió a la perfección. Incluso realizó un picado mejor que los míos.

Cuando descendimos le señalé el de Mark.

—¿Repetimos con ese?

No se hizo de rogar, era una piloto con mucho instinto, tardaría poco en pilotar su propio aparato.

—¡Contratada! —le dije con una sonrisa—. Luego te presentaré al resto de la tripulación. Reúnete con los demás en ese hangar, te pondrán al día. Y sí, ya sé que mis ojos son muy raros, pero mira por dónde vas, o te romperás la cabeza.

La sujeté, antes de que tropezase con uno de los anclajes. Nos reímos las dos, ella no se sentía intimidada por mis ojos y a mí ya no me incomodaba la sensación que producían.

Laron me esperaba con los ojos en blanco. Estaba nervioso.

—¿No tienes nada mejor que hacer que irte de paseo?

—¿Qué pasa, Laron? ¿Tu traje aislante te va demasiado ajustado? Te veo congestionado.

—Y yo te veo muy graciosa. —Sonrió por un lado de la boca.

—Anda, vamos a comer, necesitas un aporte de azúcar, o algo con que templar los nervios.

—Un trago de algún licor me vendría mejor —propuso, pasándome un brazo sobre los hombros, mientras caminábamos hasta uno de los comedores.

—¿Recuerdas lo que te dijo Nahuel?

—Tu cazador está muy lejos.

—Él sí, pero yo también tengo algo que decir, ¿no crees?

Retiró el brazo y suspiró.

—Tenía que intentarlo.

Le di un puñetazo en el brazo, que él me devolvió con cuidado de que no fuese más que un toque, con su fuerza, podía haberme derribado.

—¡Espabila, me muero de hambre! —exclamé, sin darle importancia a su insistencia.

La ofensiva comenzó a la hora acordada, el fragor de los disparos nos indicó que debíamos prepararnos.

El profesor supervisó de nuevo las duchas biológicas y nos hizo ponernos los trajes aislantes. Comprobó todos y cada uno, hasta que se dio por satisfecho.

En el aparato iríamos el piloto, yo de copiloto y encargada de soltar las bombas, dos artilleros, el profesor y Laron.

La limpieza en las otras colonias se llevaría a cabo según criterio del jefe de cada grupo. La nuestra tenía un objetivo distinto: un vuelo rápido hasta setenta kilómetros de la colonia Uno. Si al dispersarse el gas en el aire, una ráfaga lo empujaba en la dirección equivocada, no debía llegar a un asentamiento.

Los helicópteros de escolta llegaron a la distancia pactada, se abrieron en abanico, buscando una manada grande, y empezaron a mandar imágenes.

Desde el helicóptero principal escogimos desviarnos unos grados al Norte, hacia la mayor manada, con la que probaríamos las armas químicas.

Los otros aparatos emprendieron el regreso, debían unirse a la ofensiva masiva que mantuviera ocupada a la Alfa.

La limpieza continuaría durante un buen rato, se iba a usar cantidad de munición que llevaba preparándose en todas las colonias desde el día anterior.

A una orden del científico, pulsé los dos botones que soltaban los explosivos, y el piloto nos alejó del alcance de las toxinas, sin dejar de

observar en todo momento lo que ocurría.

Me había quitado el casco antes de lanzar las bombas. La Alfa estaba demasiado ocupada y no se preocupó de contactar conmigo. Aun a esa distancia, podía escuchar con claridad los ruidos mentales de los machos y la hembra que teníamos delante.

No intenté mandarles ningún mensaje tranquilizador. Solo quería observar lo que pasaba cuando las toxinas los invadiesen. Odiaba hacer aquello, y no me hubiera ofrecido, de no jugarnos la supervivencia de todos.

Las bombas explotaron con un mínimo de ruido, su objetivo no era matar al estallar, sino liberar en el aire la toxina.

El cambio que esperaba, con los dedos cruzados, se produjo a apenas un minuto de la detonación controlada. La mayoría de las voces en mi cabeza se fueron extinguiendo de forma gradual. Hubo muchos silencios, ninguno tan atronador como el de la hembra, que me puso los pelos de punta.

Observamos los efectos físicos: primero hubo un temblor muscular, seguido de parálisis total. Los animales fueron derrumbándose, como fichas de dominó. Dejaron de respirar exactamente dos minutos después de esparcida la toxina.

A medida que la nube tóxica se iba expandiendo, las bajas eran mayores.

El profesor me había asegurado que la toxina se degradaba en contacto con el aire, hasta desaparecer. De no ser así, no hubiese dado luz verde a la prueba.

Se creó un vacío entorno al lugar de lanzamiento. Quizá medio kilómetro a la redonda fue asolado por la toxina. Los individuos más cercanos al borde de efectividad, a su vez envenenados, se dispersaban con renuencia.

Regresamos al punto cero, donde, con unos arpones, ensartamos a la hembra y nos la llevamos por el aire hacia una urna preparada en una zona de la colonia, aislada por completo, que solo manipularía el profesor.

El recuento total fue un envenenamiento efectivo, setecientos metros alrededor del punto de detonación.

Laron se encargó de que todo quedase grabado, a fin de que el profesor revisara los resultados, y además para que quedara constancia del éxito de la operación.

La Alfa no contactó conmigo. Me puse el casco antes de volver a la colonia porque todavía teníamos que pasar sobre un buen número de animales. Ahora debía esperar una reacción, un dato que guardé para mí, sería yo quien tendría que lidiar con eso, en su momento.

Una vez que descendimos del helicóptero, tuvimos que entrar en la ducha con los trajes. Luego, otra sin ellos y, por último, atravesar un sensor biológico que nos indicó que estábamos limpios de toxinas peligrosas.

El aparato y todo lo que contenía quedaría en cuarentena bajo una especie de tienda de campaña, en la que un humidificador iría librándolo de cualquier resto peligroso.

Reinaba un ambiente festivo en el hangar, donde todas las tripulaciones nos esperaban. Se había corrido la voz de que la neurotoxina funcionaba y, aunque la mayoría no entendía las repercusiones de aquello, se alegraban de haber participado.

Mark también estaba contento, le hacía falta algo de acción.

—Oye, esta chica es una buena copiloto, le falta la experiencia de la práctica, cosa que solo se consigue pilotando. ¿Te importa que me la lleve a la colonia Base? Creo que tu madre le sacaría mucho partido, y la podría preparar mejor.

—Pensaba que te la querías quedar de copiloto.

—No conozco a nadie que tenga la paciencia y la destreza de tu madre aguzando talentos innatos. Yo no lo haría ni la mitad de bien.

—Tú mismo. Deberías hablarlo con ella, me da la impresión de que estará encantada. ¿Cuándo tienes intención de salir?

—En cuanto nos carguen con víveres. Antu quiere venirse, Mirian se lo está pensando.

—Mirian y Laron se quedan, aunque, si tienes sitio, me voy contigo.

Me dio un abrazo, muy oportuno, como era todo en él.

—Claro que hay sitio, Nasirah, y si no, lo buscaríamos. Estás cansada y necesitas salir de esta locura de colonia. Tu madre agradecerá que vuelvas a estar con ella, necesita saber que te encuentras a salvo.

—Me siento dividida, Mark. —Me dejé abrazar, sorprendiéndome de que las lágrimas se deslizasen por mis mejillas, humedeciendo su traje de piloto—. Ya ni siquiera deseo ser una chica normal, me gustaría volver a ser un bicho raro, y continuar en la colonia, sin tener que decidir qué hacer en todo momento.

—Es el papel que te ha tocado en esto, pequeña. Muy ingrato, y con una responsabilidad que ni siquiera un adulto querría asumir,

pero no estás sola, Nasirah.

Laron iba a acercarse y Mark lo detuvo con un gesto, no era el momento para alguna de sus agudas observaciones.

—Volvamos a la Base —me dijo animoso—. Descansemos un par de días. Ya habrá tiempo de pensar en qué hacer a continuación.

—¿Quieres a mi madre, Mark?

La pregunta lo pilló por sorpresa, aunque no la eludió.

—Sabes que sí.

—¿Ella lo sabe?

—No por mí. Es que no he encontrado la ocasión…

—Pues búscala. Estáis perdiendo mucho tiempo.

—Tu padre… —titubeó él.

—Mi padre murió hace mucho, Mark.

Adoraba a mi padre, lo que no cambiaba el hecho de que estaba muerto. Nunca le guardé rencor por su "regalito", pero ya era hora de avanzar. La vida seguía adelante.

Mark solo asintió con la cabeza.

35. Castigo

Salir de la colonia Uno me liberó de un peso casi físico. Tardé en dormirme lo que nos costó ascender unos metros.

Antu, a mi lado, tenía ganas de hablar. Yo no.

Mirian se mostró encantada de poder quedarse con Laron.

—¿Te fías de dejarme al mando? —me preguntó el consejero, incrédulo.

—Nunca me he fiado de ti, Laron. Pero es que mi necesidad de largarme es mucho más fuerte que mi instinto… —le contesté, irónica.

—Suerte la tuya que puedes hacerlo. No hay un solo día que no tenga que lidiar con mi padre y sus intereses. Parece que lo que yo deseo y lo que tengo que hacer, son enemigos irreconciliables.

—Lo siento, Laron. No tengo nada que reprocharte, lo que ocurre es que sé por qué te mandó tu padre a la colonia Base, y comprenderás que tenga ideas preconcebidas sobre tus intenciones.

Él hizo un gesto como quitándole importancia.

—Respecto a lo que hablamos…, la evacuación, ¿recuerdas?

—Uff, sí. Es que parece que ha pasado una vida desde que lo mencionamos. De todas formas, aun estando las plataformas en pie, el plan no sería posible.

—Lo están. Hay catorce que parecen encontrarse en buenas condiciones.

—¿A qué distancia? —le pregunté, sin mucho interés.

—A unas diez millas de la costa.

—Una buena idea si tuviésemos barcos, ¿no?

—Lástima que dejásemos ese punto abandonado en su día. Tal vez una isla hubiese sido la solución.

—Pensar en lo que hubiese sido nos sirve de poco, Laron. Hay que contar con el aquí y ahora.

—Es tarde, debo reconocerlo. Lo malo es que me resulta inevitable imaginar cómo serían las cosas de haberte besado aquel día en el lago.

—Laron… —protesté.

No contestó. Se marchó dando por zanjado el tema, tanto el uno como el otro.

Antu me despertó poco antes de llegar a la colonia Base, donde nos esperaban Nahuel, mi madre y Vanur.

Me lancé a los brazos de mi cazador, con tanto ímpetu que casi le hago perder el equilibrio. Me aupó para que quedara por encima de él, y me besó mientras me dejaba resbalar, poco a poco, hasta depositarme en el suelo, sin interrumpir la caricia.

Le di un abrazo a mi madre, y dejé que Nahuel saludara a Antu, que desconocía nuestra relación. Al menos, no debía saber que fuera tan intensa, por la cara que puso.

Tampoco yo pensé en hablarlo con él, tenía otras cosas en la cabeza, Nahuel, entre ellas.

Ahora que lo veía, me daba cuenta de que podía percibir su estado de ánimo, igual que el mío. Me había echado de menos de verdad. De no parecerme tan estúpida la idea, incluso hubiera creído que era capaz de leer en su interior, y que por eso sabía que no eran imaginaciones mías.

Vanur, tan vehemente también, me dio un abrazo, sacándome del derrotero de mis pensamientos.

De camino al barracón, Mark presentó a Alvia a mi madre, que la acogió enseguida bajo su ala.

—¿Qué tal si dejamos las explicaciones? —propuso Vanur—. Estamos todos cansados, y mañana hay tiempo de hablar.

Nahuel que iba a coger la bolsa de su hermano, se quedó con la mano en el aire, su amigo se le adelantó.

—Yo lo acompaño al barracón dormitorio y le presento a los demás cazadores. Ocúpate de lo tuyo —le hizo un guiño.

Dimos las buenas noches y salimos a la oscuridad estrellada,

camino de nuestro santuario particular.

Hicimos el amor con urgencia al principio, deseando un clímax que llegó rápido y arrasador.

Luego llegaron las caricias dulces, los besos largos, el juego del descubrimiento y el anhelo, que era incluso más placentero que el propio orgasmo. Aquello era hacer el amor, y no tuve que preguntarme si sería lo mismo con otro hombre. No podía ser igual compartir aquella intimidad con la persona a la que amabas.

Nunca hubiera sido igual con Laron, a pesar de su atractivo. De Nahuel me excitaba hasta su recuerdo. Añoraba sus besos y sus caricias, su olor y su calor me resultaban familiares, y dormir entre sus brazos, era la mejor experiencia que podía recordar.

Nos despertamos tarde, y acudimos al barracón comedor, más tarde todavía. Vanur se había hecho cargo de dirigir a los cazadores. Teníamos que actuar con normalidad, no dar la impresión a la Alfa de que lo de ayer fue algo excepcional.

El presentimiento de que algo no iba bien seguía rondándome, y prefería no darle muchas vueltas o me acobardaría, y no era el momento, ahora que empezaba a ver una salida.

La hembra solitaria comenzó a recibir apoyo de los machos esa misma mañana. Tres días después de quedarse sin corte. La demora se debió a que tuvimos a la Alfa demasiado ocupada.

Consideré que un kilómetro de distancia era suficiente, para que no leyesen en nuestras mentes, pero yo podía percibir un murmullo de la géneser solitaria.

Mi madre salió con Alvia y los artilleros. Me despreocupé de ellas, harían buenas migas.

Junto con Mark, que se encontraba mucho más descansado, le conté a Nahuel lo ocurrido el día anterior. Por si acaso, lo hice en el barracón. No quería que la hembra me captase.

—¿Quieres probarlo con la Alfa? —me preguntó Nahuel, moviendo la cabeza—. Habría que asegurarse que va a funcionar, y que no nos matemos todos en el intento, mientras ella sale indemne.

—Hay que esperar a las conclusiones del profesor. De momento, es lo único que tenemos. La evacuación total está descartada, a no ser

que a alguien se le ocurra una idea viable…

—¿Habías considerado esa idea? —intervino Mark—. ¿Y dónde pensabas meter a toda la población?

—En las plataformas gaseras de la costa.

—¿Por qué en las plataformas y no en la isla? —indagó con el ceño fruncido, como si se hubiera perdido algo.

—¿Qué isla?

—¿Qué os enseñan ahora a los jóvenes? —movió la cabeza, pesaroso.

—Pensaba que lo mismo que a los viejos —me reí de él.

Mark se levantó y encendió una pantalla, en la que buscó vistas aéreas de la parte del mundo que conocíamos gracias a los satélites activos. Lanzó un gruñido.

—Vaya, ya sé por qué no la conocéis, el satélite que mostraba esas imágenes cayó hace unos años. Nos estamos acostumbrando a no contar con la parte del mundo que queda fuera de nuestra vista, y nos equivocamos —seguía revisando carpetas hasta que dio con una—. ¡Esta es! Os presento un cachito más de la Tierra.

Puso la imagen de la zona costera, donde las torres petrolíferas y gaseras formaban un cordón, diminutas en comparación con la alargada isla de pasada la franja.

—«*Unas veintitrés millas náuticas*» —calculó Nahuel, mentalmente.

—Sí, tienes razón, veintitrés o veinticuatro —asentí.

Los dos se me quedaron mirando. Mark porque no sabía de qué hablaba, Nahuel alzó una ceja, interrogándome con la mirada.

Debí ponerme del color de un tomate maduro, porque noté que me ardían las mejillas.

—Lo siento, pensaba en voz alta —dije, disimulando, aunque sabía que más tarde tendría que darle explicaciones al cazador—. Seguimos teniendo un pequeño problema: trasladar alrededor de doscientas mil personas, con alimentos y agua a esa distancia. Da igual si son 23 o 24 millas, el reto es el mismo.

—¿Y con lanchas neumáticas? —indicó Mark.

—¿De dónde sacaríamos tantos motores? Ni en sueños podríamos reunirlos, aunque todos se pusieran a trabajar noche y día.

—No hacen falta. En cada lancha cinco personas con suministros suficientes. Se podían unir unas a otras, y un helicóptero remolcarlas hasta la isla —propuso Nahuel, e hizo un cálculo—. Unos ochenta por viaje, ¿no, Mark?

—Cien, si ponemos a trabajar a los helicópteros más pesados en ello.

Negué con la cabeza.

—Eso llevaría… ¿cuánto tiempo?, ¿dos meses?, ¿tres con los preparativos? ¿Y terminar con los génesers otro tanto?

—Vamos a poner un plazo de un año. ¿Crees que, en el mejor de los casos, deshacernos por completo de los génesers disparándoles, nos llevaría menos tiempo? No entiendo que te niegues a gasearlos a todos.

—No es cuestión de tiempo, Nahuel. Es que, si usamos neurotoxinas, no solo los mataremos a ellos, terminaríamos con todos los seres vivos.

Nahuel asintió. El daño en el conjunto de la vida, sería un desastre irreparable.

—No había pensado en eso —reconoció Mark.

—Sin duda, el primer paso es deshacerse de la Alfa, por lo que volvemos al principio —terminé, con tristeza.

Nahuel me pasó el brazo sobre los hombros y me atrajo hacia sí.

—Lo haremos —me animó—. No hay nadie más que pueda hacerlo. ¡Vámonos a nadar al lago, y luego pensaremos en una solución!

—Me quedo aquí, chicos. Id a disfrutar un rato, si hay alguna novedad ya os avisaré.

Le di un beso en la mejilla a Mark, y salí con Nahuel, camino de la escalera de bajada al lago.

—¿Sabes? Cuando hayamos terminado con los génesers, tú y yo nos iremos una temporada a esa isla, y la bautizaremos con un nombre nuevo.

—¿Y qué nombre le vamos a poner?, ¿la isla inalcanzable? —reí yo.

—No, la llamaremos la isla de la cazadora —me dio un beso en la punta de la nariz, y comenzó a descender.

Debí caer desde bastante altura, y aun no entiendo por qué no me maté.

Escuchaba los optimistas planes de Nahuel, que bajaba por delante de mí, cuando un ramalazo de dolor me traspasó el cerebro y caí, inconsciente.

Debió pasar bastante tiempo porque me desperté acostada en uno de los catres, completamente seca, aunque dolorida. Mi madre dormitaba en una silla, al lado de mi cama.

—¿Mamá?

Ella levantó la cabeza de inmediato.

—Nasirah, cariño.

—¿Y Nahuel?

—Está dormido —me señaló la cama cerca de la mía—, no levantes la voz.

—¿Está bien?

—Sedado a la fuerza. No quería dormir sin asegurarse de que estabas a salvo. Tiene un par de costillas rotas por el impacto contra el agua.

—¿Qué pasó? No recuerdo nada.

—Te caíste y él se tiró a por ti. Te sacó a cuestas y mandó un mensaje a los cazadores pidiendo ayuda, se hizo una fisura en la pierna, y apenas le respondía, le era imposible subirte.

—Ha sido cosa de ella, mamá. Está furiosa conmigo, sabe que estoy tramando algo.

Mi madre me puso la mano en la frente y me acarició el pelo, de la misma forma que lo hacía cuando quería consolarme de algún percance en la colonia. Parecían haber pasado décadas desde aquello.

—Tenías de nuevo un hematoma subdural que reabsorbiste antes de que te intervinieran. Sí, estoy segura de que es ella la que lo provoca —me miró, rabiosa—. ¡Quiero matar a esa puta que no ha traído más que desgracias a los míos!

—Lo haremos, mamá. Pronto.

Me incorporé decidida, y algo mareada.

—Tienes que descansar, Nasirah. No adelantamos nada si vuelves a caer inconsciente.

—Tengo que hablar con ella y saber qué es lo que quiere.

—Espera a mañana. Laron tiene buenas noticias sobre la neurotoxina, y podemos planear algo juntos. No es necesario que hables con ella, podría ser peligroso.

—Creo que no entiendes la situación. Eso ha sido un toque de atención, podría provocarme un derrame que terminase conmigo, sin pensárselo dos veces. Lo que quiere es hablar, y eso haré.

—¿Y si te sonsaca lo de la neurotoxina?

—Intentaré no pensar en ello, pero si aun así se entera, ¿qué puede hacer?, ¿coserse un traje aislante?

—No lo sé, cariño. Pero tiene recursos que desconocemos. Y eso es lo que temo.

Yo también lo temía, aunque me guardé de decirlo en voz alta. ¿Cómo era posible que me hubiera vuelto a provocar un hematoma subdural? No pude sentirla dentro de mi mente.

Aquello me asustaba mucho, si podía leerme sin que yo me diera cuenta, tendría que dejarles a los demás hacer los planes, y no intervenir hasta… Abandoné aquella línea de pensamientos, me estaba poniendo paranoica.

Salté hacia el lugar en el que la hembra, ya no tan solitaria, ejercía su poder sobre los machos que la iban rodeando. Nunca había visto una tan flaca, llevaba días sin alimentarse bien, y pude percibir

su debilidad. Sin embargo, su mente estaba muy activa.

Esperé, sabiendo que la Alfa hurgaba en mi cerebro, a través del de la hembra. Lo pude sentir de la forma que sentiría un pellizco causado por la corredera de un rifle, solo que en mi interior.

—*«¿Qué estás tramando, humana? ¿Qué es lo que no me dejas ver?»*

Sabía que no conseguía acceder por completo a mis pensamientos al tener un intermediario. Oculté y decidí olvidar lo que no quería que supiera. No era fácil. La mente no es una casa en la que puedes encerrar bajo llave, en una habitación, lo que deseas que permanezca oculto.

Decidí que, mientras estuviera a su alcance, seguiría haciendo planes para evacuar a toda la población a la isla, aunque fuera imposible. Imaginé un pasillo por el que los vehículos pesados terrestres llevaran a los colonos hasta la playa. Las balsas neumáticas y los víveres. Las tiendas que servirían a los refugiados de viviendas provisionales. La cantidad de agua necesaria que no pudiesen suplir los trajes. El traslado en grupos remolcados por un helicóptero…, en fin, todo lo que hablamos Nahuel, Mark y yo la mañana anterior, y detalles que se me iban ocurriendo sobre la marcha.

Estaba casi segura de que los temores a que me leyera constantemente, eran infundados, o no notaría la inquietud que percibía en ella.

El que viera los planes ficticios en mi mente era necesario. Darle lo que quería ver, y mantenerla alejada de lo que, en realidad, estábamos organizando.

—«*Ya sabes lo que estoy tramando, ¿necesitas preguntármelo*?»

36. Debilidad

Algo en mi modo de percibir los pensamientos era distinto, y no solo por haber leído en la mente de Nahuel, cosa que me sorprendió y me asustó a la vez. No deseaba meterme en la cabeza de los demás, tenía suficiente con la mía y la de la Alfa.

Sin embargo, mi manera de sentir a la hembra dominante, había cambiado, era perceptiblemente distinta. Podía leer en su mente, más allá del estado de ánimo que, cuando estuve a su lado, me indicó que no iba a hacerme daño.

Podía leer lo que pensaba, mejor que ella a mí. Y eso era lo que la enfurecía.

No solo tenía vedado el acceso a los pensamientos que yo había estancado, sino que algún otro factor colaboraba en la ocultación. De no saber que era imposible, diría que el canal que ejercía la hembra me amplificaba los suyos.

Y su frustración me asustó, porque se centró en lo que yo temía.

—*«Lo has visto, ¿verdad?»*

Su pregunta contenía una gran dosis de maldad. Sí, pude ver sus intenciones.

—*«¿Por qué?»* —le pregunté, ofuscada.

—*«Porque puedo».*

—*«¿Y terminar el juego? No creo que quieras hacerlo».*

—*«Quiero que vengas a verme»* —dijo.

—*«¿Para matarme? Eso puedes hacerlo a distancia, ya ha quedado claro».*

—*«Deseo que hablemos sin usar intermediarios».*

—*«¿Te estás arrepintiendo del monstruo que has creado?»*

—*«Te he dejado vivir y formar parte de mí por curiosidad, no porque me seas necesaria, pero estás usando ese regalo en mi contra. Si no lo detienes y vienes a verme, eso que has visto es lo que ocurrirá: primero destrozaré una colonia y, si continúas escondiéndote, le seguirá otra. Todos*

los asentamientos caerán, excepto el tuyo. Dime, ¿es lo que deseas? Puedo llevarlo a cabo, y lo sabes».

Ni por un momento pensé que fuera una amenaza vana, la Alfa era muy capaz de cumplir su promesa. Aun con todo, parecía inquieta, excesivamente ansiosa de que nos viéramos a solas. No quería intermediarios, ¿por qué?

—*«Tengo una ventaja sobre ti. Tú no has desarrollado ningún tipo de sentimiento por tus hijas, ni por los hijos de ellas, no te importa si viven o mueren».* —Los ojos de la hembra, a través de la que hablaba con la Alfa, me echaron un vistazo, como si comprendiera lo que decía. Así pues, no me equivocaba, por lo que continué hablándole a ella, en vez de a su madre—. *«Los humanos somos distintos, nos preocupamos por los demás, en especial por los nuestros. Es algo innato que jamás comprenderías. Desde que me diste parte de tu ser, me preocupa tu familia más que a ti».*

Estaba yendo demasiado lejos, lo sabía.

—*«Mi familia humana está a salvo conmigo. Me dolería que matasen a mis congéneres, y no entiendo qué sacarías de ello. No dominarme a mí, si es tu idea, e intentándolo matarías a muchos de los tuyos. Quizá ellos no estén de acuerdo»* —continué.

La hembra escuchaba con atención, y algunos machos empezaban a parecer interesados, lo que daba al traste con la creencia de que eran simples peones. Pensar que pudieran tener sus ideas, resultaba inquietante, porque no sabía si era bueno o malo.

—*«¿Y qué pasaría si tus hijas descontentas se uniesen?» —continué, desviándome del tema principal y mintiendo—. «Ahora puedo hablar con ellas casi igual que tú. ¿Crees que podrías sobrellevar una guerra entre vosotros? Eres muy fuerte, pero, ¿sobrevivirías si la mitad se enfrentasen a ti? La crueldad se paga con la misma moneda».*

—*«¡Te doy un día para que vengas!»* —gritó, furiosa, sabiendo que acababa de lanzarle el guante—. *«¡Si no apareces, uno de los asentamientos será diezmado!».*

Se retiró de mi cabeza, igual de rápido que se colaba en ella. Quedó tan solo el residuo del pensamiento de la hembra que tenía a unos diez metros. Estaba inquieta, indagaba en mis sentimientos hacia la familia, y parloteaba con chasquidos que todavía me eran ininteligibles.

Claro que no podía comunicarme con el resto de las hembras como lo hacía con la Alfa, mentí al respecto porque me pareció que esa relación le resultaba alarmante.

Salté de nuevo a la Base con una nueva inquietud. Le acababa de declarar la guerra abiertamente, un acto imprudente donde los hubiera. Lo dicho ahí quedaba, y ni el diplomático más avezado podría arreglarlo.

La única forma de tranquilizarla era plegándome, de momento, a su exigencia.

—¡Ni hablar! —exclamaron Nahuel y Laron, al mismo tiempo.

—Tengo que hacerlo. La creo muy capaz de cumplir su amenaza. Está muy enfadada.

—Los preparativos necesitarán de más tiempo. La toxina del profesor, junto con los trajes aislantes necesarios, no llegarán antes de dos días —dijo Laron—. A no ser que os mandemos a ti y la tripulación en plan kamikaze, esa reunión debe ser aplazada.

Nahuel no se quiso perder la reunión y se apoyaba en unas muletas. Debajo de su traje, el abultamiento de las vendas compresivas que sujetaban sus costillas maltrechas, apenas era perceptible.

No emitió ninguna queja cuando lo abracé, pero reprimió un gesto de dolor, aún tenía molestias.

—Desde que estoy contigo me curo más rápido que nunca. El médico dice que mañana ya no necesitaré las muletas y tampoco las vendas. Algo bueno tienes. —Me guiñó un ojo.

Lo cierto es que no había querido indagar en su interior, pero lo hice, sin proponérmelo. Él creía que el veneno de la Alfa, aunque en una dosis mínima, que fue la que recibió, era el causante de aquella aceleración en su recuperación.

Yo también me recuperaba cada vez más rápido, igual que si tuviese nanoreparadores particulares.

Esa pequeña parte del veneno que absorbió y que dejó, como único rastro, el hilo plateado alrededor de sus iris, tal vez contuviera algo que nos recomponía con celeridad.

Le pasé la mano por la mejilla, me gustaba compartir con él el plateado de nuestros ojos. Aunque, en su caso, no variaba con la tensión como ocurría conmigo, me parecía algo más que nos conectaba.

—Nos esperan dentro —me dijo, señalándome la puerta del barracón, en el que ya estaban los demás.

Me dio un beso suave en los labios, después, abrió la puerta y me hizo un gesto con la muleta.

—*«Tú primero»* —expresó mentalmente, y me sonrió.

¿Había percibido que me colé en su cabeza? ¿Sería otro de aquellos efectos del veneno de la Alfa?

Deberíamos buscar tiempo y hablar sobre ello, aunque mi preocupación inmediata se centraba en exponerles lo que iba a ocurrir al día siguiente.

—No hay tiempo, Laron —le dije al consejero—. La toxina no llegará, y debo detenerla.

—La decisión no debería ser solo tuya. —Nahuel buscó apoyo en los demás, que asintieron.

—No habéis visto la colonia Tres arrasada, yo sí. Y está en mi mano evitarlo, no en las vuestras. —Me revolví, furiosa.

Aunque notaba que estaban conmigo, no entendían del todo lo que podía ocurrir. La Alfa no amenazaba por deporte.

—Me parece que se está marcando un farol —opinó Vanur—. Ha estado a ciegas un par de días gracias a los cascos, y hemos causado muchas bajas entre los suyos. Las colonias tienen sus búnkeres de emergencia, no las protegen solo los muros exteriores.

—De cualquier forma, hay que emitir una llamada urgente a todas las colonias, tendrán que estar preparados —dijo Mark, tranquilizando los ánimos—. No cuesta nada, y prevenimos posibles sorpresas. Nasirah dice que vio la Tres caer bajo un ataque, lo que no garantiza que el resto se encuentre a salvo.

Mi madre no intervino. Seguía la conversación sin aportar nada, lo que no era propio de ella. Me daba mala espina, le pediría a Mark que la vigilase porque, aunque creyera tener una cuenta personal con

la Alfa, en ese momento, poco podía hacerse.

—Laron, dile al profesor que hay prisa y debe acelerar los preparativos. Despiértalo si es necesario. Todo lo demás, puede esperar, esto no —me dirigí luego a todos—. Mañana voy a ir a ver a la Alfa, a ser posible con la toxina, si no…, voy a ir igual. No me fio de ella.

—Bien. Ahora deberíamos ir a dormir, mañana es ya, pasan de las doce —dijo Mark muy razonable.

Nahuel me cogió de la mano y me detuvo, camino del barracón dormitorio.

—¿No vas a dormir conmigo, cazadora?

—No deberías dormir en el suelo —señalé el vendaje de sus costillas.

—Voy a hacer igual que tú, y decidiré por mí mismo donde dormir. Me voy al santuario, ¿vienes?

Fui.

Dormir entre sus brazos era lo que necesitaba. Con él me sentía amada, relajada y confiada. Quería un poco de tiempo para mí misma, y para nuestra relación. Era egoísta por mi parte, pero no pude resistirme.

Y esa debilidad costó la vida a 152 personas.

37. Aliados

La luz sesgada de media tarde me daba en los ojos y giré la cara, esquivándola. De no dolerme tanto la cabeza, como si me la hubiera golpeado con algo duro, creería que aún soñaba.

Nahuel no estaba a mi lado, sino sentado sobre el suelo, con las rodillas recogidas y la cara contra ellas, abrazándose las piernas.

Me encontraba un poco desorientada. Recordaba haberme despertado con el olor de la malta, que Nahuel trajo del comedor. No quise la fruta seca, sin embargo, me tomé toda la taza del brebaje caliente. Luego, volví a dormirme.

Me giré otra vez, comprobando lo que, en el fondo, ya sabía, la posición del sol no mentía. La mañana había pasado, las altas sombras que se proyectaban por las aberturas de las ventanas, indicaban que el día tocaba a su fin.

—¿Qué has hecho? —no quise que sonara a acusación, pero era incapaz de medir mis palabras, asustada de repente.

Nahuel permaneció con la cabeza en las rodillas, no tuve que leerle en la mente que fue cosa de mi madre. Sabía que tramaba algo, y me olvidé de que, tanto el uno como la otra, querían mantenerme a salvo. Ella aprovechó la debilidad del cazador para tenerme dormida casi un día entero.

Al levantar Nahuel la vista, leí algo más en su mirada: remordimientos y pesar.

Nunca me había vestido tan rápido. Volé hasta el barracón de comunicaciones, tropezando con cualquiera que se me cruzaba en el camino.

Vanur miraba la pantalla con los ojos dilatados. Mi madre también lo hacía, con las manos tapándose la boca, deseando gritar y no permitiéndoselo. Mark tenía una mano sobre su hombro, queriendo transmitirle calma. Una calma que él mismo no sentía.

La pantalla mostraba las imágenes del satélite en directo. La colonia Tres estaba, por completo, invadida de génesers. Aquí y allá se veían cuerpos destrozados, de animales y de humanos. Deseaba taparme los ojos y no ver aquello, pero no tenía derecho, era lo que yo misma había provocado.

La puerta Oeste yacía en el suelo, arrancada de sus guías. Muchos génesers cayeron bajo las balas de los vigilantes antes de que cediese, sus cuerpos formaban un montón irregular ante la destrozada abertura. Más tarde, los tiradores habían sucumbido a sus garras y dientes.

Había algún edificio en llamas, y otros se derrumbaron por las embestidas de las bestias, arrastrando con ellos a los que se refugiaron en los pisos altos.

Grité furiosa, al tiempo que las lágrimas plateadas surcaban mis mejillas. Fue un sonido más animal que humano, al que respondieron varias voces en mi cerebro, a pesar de estar en un barracón y alejada de los génesers.

Antu, que acababa de llegar, se apartó de mí con el miedo de nuevo en la mirada. No me importó, hacía bien en temerme.

Nahuel intentó seguirme fuera, cosa que no pudo hacer, puesto que su pierna no había terminado de curarse, así que le gané unos metros y salté.

La hembra más cercana a la colonia tenía ya una corte numerosa a su alrededor, cualquier ilusión de diezmarlos era en vano. Los restos de animales amontonados a su lado, indicaban que los suyos cuidaban de su recuperación.

Se movió pesadamente hacia mí, aunque no con intención de atacarme, sino por su avanzado estado de gestación.

—*«La madre anda lejos, humana, no puede oírte si yo no la dejo, y está ocupada matando a los tuyos. Es por eso que estás aquí, ¿verdad?».*

Caí de rodillas, dejando que la desesperación me venciera al fin. No contuve mis sollozos, que hubieran asustado a los míos, y que a los génesers les eran indiferentes.

—*«Te equivocas, no somos inmunes al sufrimiento. Nos hemos acostumbrado a él, igual que nos acostumbramos a depender del sustento de nuestros hijos, o a ver cómo nos masacráis, sin poder hacer nada».*

¿Se trataría de una burla de la Alfa? Nunca había entendido a una hembra con tanta claridad. No escuchaba chasquidos ni ruido blanco, la comprendía a la perfección.

—*«Tengo muchos hijos y conozco el destino de cada uno. Los más*

fuertes van con la madre, el resto se queda conmigo hasta que son llamados, y adoptados por una de mis hermanas. Sé lo que piensan, y siento su dolor cuando los matáis».

—*«No tendríamos que matarnos. Nos duele a todos»* —fue todo lo que pude transmitirle.

—«*Muchas de mis hermanas piensan igual, aunque no tantas… Pueden destruirnos en cuanto la madre lo ordene, y yo no puedo rebelarme, sabiendo que mis hijos van a morir por ello».*

La entendía, ¡vaya que sí! Me concentré en visualizar el experimento con la neurotoxina y que ella lo recibiera. Corría un gran riesgo, porque podía encontrarse bajo el influjo de la Alfa, y le estaba revelando justo lo que, con tanto celo, traté de ocultarle.

Mi instinto me decía que era el buen camino, y esperaba que no me fallase, porque nos jugábamos mucho.

No se trataba solo de matar a la Alfa, es que en las colonias querrían más, y después de la masacre de la mañana, mi palabra no iba a valer de mucho, si el consejo decidía usar la neurotoxina con el resto de génesers. Nadie querría escuchar el gran error que se cometería al hacerlo.

—«*Quisiera impedir la guerra que desencadenará el ataque de hoy, porque si no colaboramos, es posible que todos muramos»* —le dije, con la respiración entrecortada. Si la Alfa se encontraba detrás de aquello, sería nuestro final.

—*«¿Qué puedo hacer*?»

—*«No lo sé. Lo único que sé es que tengo que matar a la Alfa, a la madre, y cuanto antes»* —le dije con franqueza.

—*«Supondría el fin de nuestra raza*».

¿Qué objetar a eso? Claro que los extinguiría, era la idea. Y pude leer dentro de ella que no era ajena a lo que pretendíamos, porque una convivencia en paz estaba fuera de lugar, a estas alturas.

—«*Lo sé, y lo siento*»—contesté con sinceridad—. «*Este planeta nos pertenecía hasta vuestra llegada. Si fueseis una raza pacífica, con vuestras zonas de caza y de hábitat, no habría problemas. Si nos dejáis sin espacio, tenemos que revolvernos, no podemos vivir recluidos en nuestro propio mundo».*

—*«No sabéis mucho de nosotros, después de tantos años de examinarnos y observarnos…»*

—*«¿A qué te refieres?»* —intentaba mantenerme tranquila, pero no era fácil. Le estaba proporcionando una información que no debería poseer.

—*«No sé si tendrías que saber esto. Prefiero consultarlo».*

—*«¿Consultar con quién?»*

—*«Con mis hermanas, claro»* —dijo como si resultase de lo más lógico.

—*«¿No podemos hablar con ellas, igual que lo estamos haciendo nosotras?»*

—*«Es peligroso. Tú eres una copia de la madre, si nos escucha, será nuestro fin, y el de los nuestros».*

—*«Ahora ya sé cuándo está dentro de mi cabeza. Te avisaré si lo noto. Quiero saber más».* —No estaba tan segura de ello, pero si aquella hembra podía resultar una aliada, no iba a desaprovechar la ocasión.

—*«Muy bien, humana, tendrás que esperar que establezca contacto solo con ellas. Los canales son nuestros hijos, que reciben a la madre con menos intensidad».*

—*«Esperaré. Gracias…, ¿cómo debería llamarte?»*

Hubo un momento de desconcierto.

—*«No nos ponemos nombres, según vuestra forma de hacerlo. Puedes referirte a mí de la manera que te resulte más cómoda».*

—*«Líder, entonces, si te parece…».*

Noté que buscaba en mi mente la definición y que le complacía.

—*«Espera, humana. En cuanto mis hermanas estén preparadas, las oirás igual que a mí».*

Noté un movimiento en mi visión periférica, y me giré, pensando que era un macho. Nahuel se dirigía hacia mí, cojeando.

Líder se alteró por el movimiento de los machos.

—No te muevas más —le dije a Nahuel en voz baja.

—*«¡Líder, detén a tus hijos! No es un enemigo, ha venido preocupado por mí, se irá enseguida. No le hagáis daño, por favor».*

La hembra venteó en nuestra dirección. Los machos se habían detenido en su ataque, a tan solo unos metros de nosotros.

—*«¿Es de tu familia?»*

—*«Lo es. Solo estaba preocupado por mí, es lo que hacemos las familias de humanos, nos mantenemos a salvo unos a otros».* —Fue testigo de mi entrevista con la Alfa, y esa conversación era la que dio pie a esta. Esperaba que sirviera, o lo destrozarían.

—*«Si se queda, tiene que ser a tu lado y muy quieto. No quiero que, mientras esté hablando con mis hermanas, mis hijos lo ataquen por accidente».*

—Siéntate —le indiqué a Nahuel con un siseo—. No te muevas más.

Me acerqué yo a él. Me senté a su lado y me atrajo hacia su pecho, de manera protectora. Estaba loco, en otras circunstancias podía estar ya despedazado delante de mí, y no hubiese podido hacer nada.

—¿Esto va a ser siempre así contigo? —me preguntó en voz baja.

—Estoy negociando que no lo sea. ¿Tienes preparado el salto de vuelta?

—No pienso volver solo. Me ha costado un buen rato, y mayor bronca con Vanur, unirme a tu grupo y seguirte en el salto.

Suspiré. Lo amaba y lo aborrecía en ese momento, todo al mismo tiempo. Tenía una posibilidad de comunicación crucial entre las hembras insatisfechas con la Alfa, y no quería estropear esa conversación, pero también me enternecía que hubiese venido a buscarme, a pesar del peligro real que corría.

—No es el momento de explicaciones, estamos tratando algo demasiado importante, que no puede demorarse. Si te digo que saltes, te vas de inmediato, no puedo estar preocupada por ti, y concentrada en lo que tenemos que hablar.

—¿Es una conversación entre damas?

Le di un codazo, no era momento de bromas.

—Es la conversación que puede darnos un futuro.

Nahuel se llevó de pronto la mano a la cabeza, con un gesto de dolor.

—«*No te preocupes, humana, comprobaba que lo que habías dicho era cierto. Sí, ha venido a por ti, y no le ha importado arriesgar su vida. Es de tu familia. Ahora te voy a poner en contacto con la mía. También a él, deseo que lo escuchéis ambos*».

Percibí el gesto contrariado de Nahuel cuando las voces comenzaron a invadir nuestras mentes.

—«*No será peligroso, ¿verdad?*» —le pregunté a Líder, recordando lo que me provocaban las invasiones de la Alfa.

—«*Todos podrían comunicarse con nosotros, si quisieran. Es una habilidad que los seres vivos deberían dominar, aunque vosotros parecéis empeñados en usar un lenguaje oral*».

—Tranquilo. No hagas ni digas nada, solo escucha, es una deferencia de la hembra. —Le apreté la mano a Nahuel, transmitiéndole confianza, conocía lo desagradable y raro que era escuchar voces dentro de la cabeza.

—«*Mis 67 hermanas y sus hijos os dan la bienvenida. Quieren parlamentar, encontrar una solución a nuestra convivencia que nos satisfaga a todos. Están de acuerdo en que sea la portavoz, debéis escucharme por encima de ellas. Todas tienen mucho que decir, y apenas hay tiempo*».

—*«¿Crees que me escuchan, Líder?»*

—¡Joder, te escucho hasta yo! —dijo Nahuel en voz alta, más preocupado por lo que oía dentro de su cabeza que por la amenaza de los machos.

—«*Todos podemos oírte*».

—*«Sería oportuno que vosotros contéis vuestra historia, la nuestra ya la conocéis»*.

Una voz, que no era la de Líder, se impuso al resto.

—«*Nuestro mundo se agostó. La supervivencia de la especie iba de la mano de la capacidad de adaptación que demostráramos. Vosotros mismos nos trajisteis en uno de los muchos viajes espaciales que se realizaban antes. No llegabais muy lejos, aunque lo suficiente para que una de las semillas, que los nuestros mandaron al espacio, se pegara a uno de los aparatos*».

La voz dio paso a unas imágenes que pudimos ver con nitidez. Eran mucho más explícitas que las palabras.

Una superficie que en su día fue muy verde, llena de cantidad de vida, se fue apagando, degradando, perdiendo algún elemento ambiental imprescindible. La siguiente imagen era una extensión polvorienta donde unos pocos de ellos, famélicos, vagaban en busca de alimento. Lo curioso era que, aunque se trataba de génesers, su aspecto físico difería en mucho, de lo que eran en la actualidad.

Desde una colina yerma se alzaron, impulsados por una brisa imperceptible, cientos de elementos minúsculos, parecidos a dientes de león. Se perdieron en las alturas, y supuse que aquellas eran las semillas liberadas para que aquella raza pudiera sobrevivir en otro lugar.

—«*Adaptación al medio*» —aclaró la hembra que leyó en mi mente, refiriéndose al aspecto de los génesers.

Aquellos se parecían más a la Alfa, con cuerpos musculosos y ágiles. No llevaban ningún tipo de pincho, ni en cabeza ni en cola.

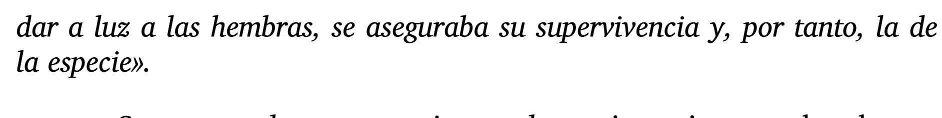
—«*No eran necesarios para defendernos, como aquí*».

Vivian en pequeñas manadas familiares, donde la hembra era la matriarca, la que se encargaba de la seguridad de su comunidad, mientras los pequeños jugaban a su alrededor.

Machos y hembras crecían juntos, y su agresividad se limitaba a los juegos de caza que practicaban los pequeños. Muy alejado de lo que nosotros conocíamos.

—«*¿Por qué ese cambio? ¿Tan agresivos éramos, que tuvisteis que adaptaros de una forma tan brusca?*»

—«*Eso fue algo que decidió la madre*» —intervino de nuevo Líder—. «*Olvidó que llegamos con el fin de sobrevivir, no con el de conquistar. Operó en ella misma una serie de cambios genéticos, e ideó lo mismo para nosotras y nuestra descendencia, de forma que, al ser la única que pudiese*


dar a luz a las hembras, se aseguraba su supervivencia y, por tanto, la de la especie».

—*«Somos muy longevas, no inmortales»* —intervino otra hembra—. *«La madre, tarde o temprano, sucumbirá al tiempo, y nos ha condenado a perecer con ella».*

—*«Entonces, no entiendo qué queréis de mí. Si la mato, apresuro el final de todos. De no hacerlo, tarde o temprano ocurrirá lo mismo…»*

—*«La madre se halla en la adolescencia, según vuestros cómputos. Pasarán muchas generaciones hasta que eso suceda. Y de no haber ocurrido algo extraordinario, no estaríamos teniendo esta conversación, el caso…»* —continuo la Líder.

—*«¡NO!»*—gritó mentalmente otra—. *«No sabemos si la madre puede acceder a ese pensamiento. ¿Y si lo descubre?»*

—*«Está bastante preparada, la última vez que habló con la madre, apenas tuve que ayudarla a ocultar lo que realmente pensaba. Le voy a enseñar cómo lo hacemos nosotros porque la necesitamos, y tiene que ser ahora. Ha pasado demasiado tiempo, y mató a una de nosotras hace pocos días. Si le damos la oportunidad, quizá termine con todas».*

Hubo murmullos de aprobación, por lo que la hembra Líder continuó:

—*«La última vez que los humanos se reunieron e intentaron atacar a la madre, nos dimos cuenta de que, entre nosotras, una tenía una malformación genética. Parió dos hembras en el intervalo de unos días. No se ha vuelto a dar, y las hembras eran perfectas, como lo era antes nuestra raza. Debería decir que las anomalías genéticas son las nuestras, a pesar de que nos hemos acostumbrado a la nueva apariencia».*

—*«El caso es que han crecido y se han apareado, teniendo hijos e hijas igual de perfectos que ellas. Son fértiles y sin las taras genéticas que nos provocó la madre. Son lo que teníamos que haber sido»* —dijo otra.

—*«¿Y cómo habéis podido ocultar algo así a la Alfa…, a la madre?»* —me corregí.

—*«Con mucho esfuerzo. Las pocas que conocemos el secreto nos cuidamos de comunicarnos, si no estamos seguras, y cada vez se hace más difícil»* —contestó Líder.

Supongo que notó nuestro asombro, el de Nahuel y el mío, porque

con un sentido del humor que desconocía que poseyeran, añadió:

—«*Ellos sí que son magníficos, humana, y no nosotros*» —citó las palabras que yo pensé, en una ocasión, refiriéndome a los génesers.

Era un poco inquietante, porque eso significaba que llevaban espiándome mucho tiempo.

—«*Y es por eso que necesitamos que mates a la madre*» —concluyó Líder.

38. Fuerte, y débil

—«*Humano, no debes acercarte a la madre. Si caes, por ella o por alguno de nuestros hijos, lo sabrá todo y resultaría desastroso*». —Líder nos despidió, con la advertencia a Nahuel.

—¿Cómo puedes vivir con la sensación de que te están hurgando en la cabeza constantemente? —me preguntó él, una vez que hubimos saltado de regreso a la colonia—. Resulta un poco agobiante.

—Te acostumbras, en cuanto desechas la idea de que estás enloqueciendo.

—Siento haber ayudado a tu madre a drogarte, debería confiar más en tu criterio. Todas esas muertes…

—La Alfa no tiene escrúpulos y no podemos seguir esperando, su siguiente movimiento, puede resultar peor todavía.

—¿Y sobre la propuesta de la hembra? ¿Qué vamos a hacer?

—De momento, continuar con nuestros planes de matar a la Alfa. Ya has oído, si esperamos a que muera de vieja, no creo que quede un solo humano que pueda celebrarlo.

—¿Se lo decimos a los demás?

—Lo necesario, no todo. Ya te has condenado a ti mismo a tener que quedarte aquí, por saber demasiado.

—No pienso quedarme al margen. Llevaré el casco en todo momento, si es necesario.

—Lo único que necesito es un par de pilotos y suerte.

—Iré contigo —concluyó, como si no hubiera más que decir.

Lo dejé estar. Por ahora, teníamos que esperar a que llegase el profesor con su carga mortal.

Mientras Nahuel se ocupaba de contar a los demás la conversación mantenida con la Líder, yo pretexté dolor de cabeza y me alejé hacia el santuario.

No llegué. Quería discutir algo más con la hembra, antes de seguir con los preparativos. No había dejado claro su papel, quizá porque Nahuel estaba escuchando, y debía explicármelo a solas.

Esperaba que la Alfa continuara ocupada, aunque este pensamiento me asqueaba, sus "ocupaciones" eran lo que me habían llevado al punto en que me encontraba.

Líder y yo pudimos tener una conversación privada, corta, y esclarecedora, y mi regreso a la colonia Base coincidió con la llegada del químico.

—Tengo la antitoxina, que únicamente es efectiva contra el botulismo —me aclaró el científico—. No deberías quedar expuesta en ningún momento, los síntomas neurolépticos no puedo prevenirlos ni tratarlos. Los humanos tenemos menos resistencia que los génesers, así que te recomendaría encarecidamente que no te expongas sin traje aislante. La concentración es muy elevada, quedarnos cortos no es una opción.

Laron y Mirian regresaron con el profesor.

—¿Hay una distancia de seguridad? —le preguntó el consejero.

—Sí, la hay. Cuanto más lejos, mejor —respondió el hombre, sin pensarlo.

—Tienes que llevar traje —aseveró Nahuel.

—Sería como anunciarle lo que vamos a hacer, aunque no me lo lea en la mente. Me las arreglaré…, nos las arreglaremos —rectifiqué —, porque solo Mark y mi madre van a acompañarme.

—Deberíamos hablar sobre eso y llegar a un consenso —dijo Nahuel.

—No hace falta ningún consenso, esto no es una democracia. La Alfa quiere verme a mí, y yo decido lo que se va a hacer.

No hubiese querido decirlo de forma tan brusca, y es que a Nahuel ya se le habían olvidado las recomendaciones de la hembra Líder. A mí, no.

Vanur estaba esperando el momento de intervenir.

—Nasirah, tal vez deberíamos meditarlo. Si las cosas no salen bien y te perdemos a ti, se arruinará todo lo conseguido en las colonias. Ya sé que no has estado atenta a los demás acontecimientos, pero debes saber que hay una revolución en marcha, y que los ojos de todos están puestos en tus movimientos. —Miró a su alrededor, esperando apoyo del resto—. Te hablo de un cambio sustancial en el mundo que conocemos. La gente ya no quiere someterse a las decisiones de un Consejo que no haya sido elegido por sufragio, desean esa forma de vida en la que puedan salir de entre los muros, sin temor a los génesers. Y justo eso es lo que ven en ti. Si te ocurre algo…, en fin, ya sabes a qué me refiero, nada cambiaría.

—¿Crees que deseo morir, Vanur? Quiero matar a la Alfa, pero no a costa de mi vida, si puedo evitarlo. No soy cobarde, es que sé que puedo hacerlo, aunque necesitaría más confianza que la que me estáis ofreciendo.

Vanur miró a los otros, solicitando su apoyo.

—No quiero más acompañantes que no harían sino morir conmigo, si todo se tuerce —continué—. Lo que necesito es confianza. Tengo mis planes, que no puedo desvelar por lo que ya sabéis. Pueden fallar, claro, y también puede que funcionen. Si no podéis apoyarme en esto, es mejor que os marchéis.

Vanur agachó la cabeza. Él quería acompañarme, lo sabía. Aquel discurso no era más que una forma de decírmelo, y de recomendarme que tuviera precaución. Se lo agradecí.

—La confianza de que te cuides es un deseo general. Todos los que estamos aquí quisiéramos ir contigo y protegerte, aunque no podamos hacerlo. Nos jugamos mucho, y odio tener que quedarme al margen —dijo.

—Ya lo sabemos, Vanur —le interrumpió Mark—. Nasirah tiene mi voto de confianza. No porque pueda ayudarla en esto, es posible que mi única contribución consista en pulsar un botón. Hay otras circunstancias que me indican que saldrá de esta aventura, ya que cuenta con más apoyos de los que nosotros podemos ofrecerle.

Ya me había fijado antes en que Mark era muy intuitivo, ahora no tenía duda de ello. Creo que era el único que entendía mi postura.

—Después de esto, tendré muchas cosas que contar, ahora mismo no puedo.

Y ojalá hubiera podido. Mandé aviso a la colonia Dos, con el fin de que se preparasen ante una eventual invasión, como la sufrida en la tres. Cayó, poco menos, que en saco roto. Las colonias llevaban sus defensas con el orgullo que les había proporcionado el salir airosos de las embestidas de grupos pequeños de génesers. Nunca tuvieron que hacer frente a una horda de ellos, todos dispuestos a morir a una orden de la Alfa.

—Quizá deberías ir allí y alertar a la población —me sugirió mi madre, intentando desviar mi atención del ataque a la Alfa—. A ti te escucharían.

No podía hacerlo, ni explicarlo. Era el momento en que la Alfa no estaría con todos sus sentidos pendientes de mí. Tenía que aprovechar esa oportunidad.

Cuando volví a hablar con la hembra Líder, su propuesta me resultó repugnante: el coste de acabar con la Alfa tenía un precio muy alto. Muchos morirían para proporcionarme esa ocasión.

Me enfadé, me rebelé, y al final comprendí que era la mejor oportunidad que tendría.

La Líder me mostró cómo debía defender mis pensamientos de manera efectiva. Era algo parecido a lo que había intentado la vez anterior, aunque visualizando, al mismo tiempo, mi realidad alternativa. Me costó un rato encontrar la forma, al final, lo conseguí.

También me advirtió que solo funcionaría por completo si la Alfa no detectaba una amenaza en mí, y parte de su atención se hallaba en otro lugar.

—*«Nuestros hijos se alejarán del foco de contagio. Son cazadores y se dirigirán al Sudoeste. Tienes que saltar en esa dirección si quieres mantenerte a salvo. Las hembras que rodean a la madre son adeptas a ella, e intentarán tomar el control al darse cuenta de que ya no está. Eso puede llevar un buen rato porque va a haber un desconcierto general. Sin embargo, no debes confiarte. Dirígete hasta donde estarán mis hijos, ellos te protegerán».*

En ningún momento dudé de sus intenciones, y no sabría explicar la razón de mi confianza. La desesperación lleva a buscar aliados insospechados.

—«*Te avisaré en cuanto la madre ordene el ataque a la colonia. Será el momento oportuno. Su atención estará dividida*» —prosiguió—. «*Ya sé que costará muchas vidas, vuestras y de los míos, pero es una guerra, humana. Y puede ser la última batalla*».

Si terminaba con la Alfa, acababa también con alguno de sus conflictos, pero la división en facciones de los suyos, tampoco sería el fin de todos los problemas entre ellos. Le pregunté al respecto, y fue muy concisa en su respuesta.

—*«¿Estás segura de eso, Líder? Entiendo que deseáis una vida en paz, podemos hacerlo…»*

Ella me lo explicó. Lo entendí, y me apenó.

—«*Eres fuerte, y débil al mismo tiempo*» —dijo.

—«*Me gustaría que cambiases de opinión, Líder. Podemos convivir, si nos lo proponemos*».

—*«Atente a lo que tienes por delante, humana. Si matas a la madre será bueno para todos, en cambio, si mueres tú, es posible que ninguno sobrevivamos, ni tu raza ni la mía».*

—Saldremos a primera hora de la mañana, mamá, si no te ves con fuerzas, Mark puede sustituirte a los mandos.

Mi madre se sonrojó, y asintió con la cabeza. No podría disuadirme, pero vendría conmigo.

—¿Y nosotros? ¿Tenemos que esperar sin hacer nada? —preguntó Laron, ofuscado.

—¿Sin hacer nada? Mirian no conoce el lago, podéis daros un baño y dormir hasta tarde, que muchos lo necesitáis. Estar pendientes de las comunicaciones es una pérdida de tiempo, no las va a haber por seguridad. Entre tanto, debéis esperar, sí.

Mark salió con mi madre. Intuí, o tal vez leí en su interior, sin pretenderlo, que ese sería el momento en que le hablaría de sus sentimientos.

Mirian había arrastrado a Laron fuera del barracón. Era, sin duda, una chica lista, y supo aprovechar la oportunidad.

Laron se llevaría una sorpresa, la cazadora poseía un fuerte carácter y voluntad de hierro, capaz de doblegar la de él, al consejero le convenía una cura de humildad.

Antu y Alvia esperaban fuera. No eran parte de ese grupo tan extraño que formábamos. Se cuchicheaban al oído y me gustó que él hubiera pasado página también. Había cierta intimidad en aquel gesto, como si estuviesen en un universo propio. Apreciaba al cazador, y esperaba que encontrase en la copiloto lo que yo no pude proporcionarle.

Ojalá fuera siempre así, lo mismo que un cuento de hadas, en que todo acaba bien para todos.

La realidad suele ser más dura.

Nahuel se enfadó conmigo y se fue a dormir al barracón, sin decirme palabra.

Mark pasó a mi lado al poco rato con el rostro demudado.

Mirian entró en el comedor con la cara más pálida que la luna.

Antu se cruzó con todos ellos sin ver a nadie, cabizbajo y decaído.

¿Señales premonitorias? Esperaba que no.

No quería irme a dormir sola al santuario, y tampoco me apetecía ir a los barracones. Me senté en uno de los muros bajos, habilitados en previsión de accidentes, la caída desde esa altura tenía que resultar mortal.

Había luna llena, y tranquilidad en el aire nocturno. Casi no quedaba nadie fuera de los barracones dormitorio. Aunque no participasen directamente en lo que iba a ocurrir, sabían que el día siguiente sería largo.

La luz del astro se reflejaba en las aguas quietas del lago, y en las lascas de obsidiana del santuario, confiriendo al conjunto el aspecto de un sueño.

Por un segundo pensé que las manos que se posaron sobre mis hombros eran las de Nahuel.

—No deberías estar sola esta noche.

Suspiré, decepcionada.

—Es lo malo de vivir en una colonia, no hay forma de estar sola ni un momento… —Agité los hombros, sacudiéndome sus manos.

No solo no las apartó, sino que se acercó más, pegándose a mi espalda y aspirando el olor de mi pelo.

—Si quieres hacerme compañía, ven a sentarte a mi lado, y no pongas a prueba tu buena suerte, consejero —le avisé, haciendo un nuevo movimiento brusco con los hombros.

Sin embargo, no fue eso lo que le hizo apartarse. Escuché un golpe en la oscuridad, seguido de una maldición.

—Te lo advertí, Laron. ¡No sin su consentimiento!

Nahuel estaba sobre el consejero caído en el suelo, con el pómulo sangrando, listo para darle otro puñetazo.

Me bajé del parapeto de un salto y le sujeté el brazo.

—¡Ya basta! No ha ocurrido nada.

—Te mereces a alguien más sensible, Nasirah. Yo no te hubiese dejado sola esta noche, por muy enfadado que estuviera —dijo Laron levantándose, desafiando con poco criterio el brillo acerado de los ojos de Nahuel.

—Cállate y vete, consejero. No llevemos esto más lejos… —Empujé a Nahuel, apartándole del imán que le suponía la cara de Laron.

Mientras el consejero se alejaba, el cazador me abrazó.

—¿De verdad pensabas que te iba a dejar sola?

No le contesté, me aupé para alcanzar su boca, no quería pensar más, solo sentir. Sentirlo a él vibrando con mis caricias, y haciéndome estremecer con las suyas.

Me sentó sobre el muro y me desnudó. Podía notar su urgencia, tan apremiante como la mía, cuando se deslizó entre mis muslos, con nuestros gemidos enlazándose, sin acordarnos que estábamos a la vista de cualquiera que saliera de los barracones, y mirado en nuestra

dirección.

—Mañana me quedaré porque es tu deseo, pero no olvides que te esperaré —me dijo con voz ronca, y luego añadió mentalmente—. «*Te quiero, cazadora*».

39. Menos fuerte y más débil

Esa mañana, lo único que frenaba mis ganas de salir corriendo era que tendría que hacerlo sola.

Si hubiese podido proteger al pequeño y particular consejo que componíamos, les hubiera propuesto comenzar en algún otro sitio, y dejar que los acontecimientos siguieran su curso. Formaríamos una buena comunidad, porque todos ellos eran buenas personas.

Encontraba injusto que, ahora que conocía el amor, la espada de un final prematuro pendiera sobre nosotros de aquella forma.

Oculté mi temor, y no me despedí de nadie porque hubiera flaqueado la poca determinación que me quedaba. Apreciaba a aquellos que me apoyaban, y creo que ellos también a mí. La dependencia me hacía débil, pero no podía evitarlo, caminar hacia la muerte resulta más sencillo cuando tienes poco que perder.

Partimos mi madre, Mark y yo, sin trajes aislantes, solo armados con dos misiles, acoplados a los bajos del fuselaje del helicóptero.

Mi madre, siguiendo su costumbre, minimizó el consumo de energía, en un intento de demorar lo inevitable. A estas alturas, no me iba a hacer cambiar de opinión, entre otras cosas porque mi decisión estaba tomada. Si yo no podía hacerlo, nadie más lo intentaría.

Nahuel quiso convencerme, la noche anterior, de probar el ataque a distancia. Si la Alfa me percibía en el helicóptero, mantendría su posición, creyendo que iba a verla.

Al igual que los demás, el cazador pensaba que merecía la pena intentarlo. Yo sabía que no funcionaría. La Alfa era muy rápida, ya lo demostró en el pasado, cuando intentaron bombardearla, y cambió de posición con tanta rapidez, que ni siquiera llegaron a rozarla. Tampoco le hubieran causado daño con su resistente coraza, y solo quiso dejarles claro que, si ella no quería, ni la alcanzarían.

La única forma de acabar con ella era tenerla entretenida y que no celara de la emboscada. Con ese fin, debía acudir a su presencia, mantener su mente ocupada y que no pensara que el helicóptero constituía una amenaza.

La Alfa me dio la bienvenida y, como esperaba, me recomendó que el helicóptero me dejara a cierta distancia.

—Nasirah… —Mi madre me detuvo, antes de que saltara a tierra —. Debes estar muy atenta porque yo lo estaré.

Me teletransporté a tierra, no quería verla asustada porque era un reflejo de lo que yo sentía. Mark tomó los mandos, y el aparato se alejó a la distancia convenida.

Salté hasta la Alfa, antes de pensármelo más y flaquear.

Me quedé a unos diez metros de ella, hubiese querido que fueran más, aunque mi capacidad de cálculo, en esas circunstancias, había menguado. Me dije que debía centrarme, los errores no tenían cabida, si quería sobrevivir.

La Alfa fijó sus plateados ojos en mí. Noté, con cierta repulsión, la manera en que indagaba en mi interior, como si quisiera no dejar piedra sin remover.

—*«¿Has dado órdenes de que no ataquen otra colonia? Estoy aquí, es lo que querías. Era el trato».*

—*«No tienes la mente abierta, y quiero leer en ti, igual que antes»* —dijo, suspicaz.

—*«He aprendido un par de cosas, tú misma me dijiste que debía practicar».*

—*«Entonces, mientras decides los trucos que vas a usar, debería dar la orden de ataque a los míos».*

La rabia me invadió un segundo, pero solo dejé que la atisbara, que creyera que no podía ocultarle todo.

—*«Debería ser capaz de confiar en tu palabra: si yo venía a verte no habría represalias contra las colonias. Esperaba que cumplieras tu promesa».*

—*«¿Tanto te importan tus débiles congéneres? Te queda un buen trecho para aprender a ser una géneser».*

—*«Soy una débil humana, cualquiera de los tuyos me haría papilla en un segundo, no pertenezco a tu raza».*

—*«Eres una más de mis hijas, solo que una muy especial. Has condicionado a todos los asentamientos, ahora reina el caos. Eso nos conviene porque, pensándolo bien, ¿para qué quiero matarlos, si tengo su*

sumisión?»

—*«¿Sumisión? ¿Estás loca? Deberías haber aprendido más sobre nosotros. Quizá puedas exterminarnos, pero someternos…»*. —Sonreí de medio lado, irónica, aunque de verdad me sorprendió su pretensión—. *«Puedes esperar generaciones a que ocurra algo así»*.

—*«¿Crees que no puedo esperar?»*. —De repente, me encontré con los pinchos de su cola a escasos centímetros de mi nariz. Era un gesto de superioridad que no me amedrentó. Si quería matarme, podía haberlo hecho en cualquier momento.

Era una bravuconada de las suyas, un gesto de arrogancia dirigido a dejarme claro que me encontraba a su merced, y que debía aflojar en mis comentarios.

—«*Tú serias un ejemplo que muchos seguirían…*» —dijo.

—«*Podría serlo si pensara rendirme a ti, que no es el caso*».

—*«¿Y no lo has hecho al presentarte aquí, antes de que destruya otro de tus asentamientos?»*

—*«¿Acaso me ves rendida, Alfa? He venido a darte una oportunidad de redención a ti. Si no la aprovechas es cosa tuya.»*

Tal vez estaba siendo demasiado insolente, pero es que no lograba centrarme, veía lo que la Alfa recibía de la colonia Dos: imágenes de puertas echadas abajo.

No cumplió su palabra, y yo tampoco contaba con ello. Líder me lo dejó claro la noche anterior, muchos morirían.

—*«¿¡Redención!?, ¿de qué tengo que redimirme, humana, de haber puesto a mi raza a salvo?»*

—*«No, eso es lo que yo estoy haciendo. Poner a los míos a salvo de ti. Nuestras intenciones no se parecen, los de tu raza se encuentran bajo tu dominio, y no por elección propia»*.

—«*Ya veo que has estado ocupada*». —Acercó su hocico a mi cara y me escudriñó con un ojo reluciente—. «*Sabes que puedo sacarte la información y descubrir cuál de mis hijas te la ha proporcionado. Te han metido muchas cosas en la cabeza, ¿qué más te han enseñado?»*

—*«Me han enseñado los cambios genéticos que les hiciste, por*

ejemplo. ¿Así quieres que te sean leales?, ¿comportándote como una tirana?»

El errático comportamiento de los machos que atacaban la colonia, me previno: la Alfa se estaba centrando demasiado en mí, y sus órdenes les resultaban confusas, justo lo contrario de lo que debía suceder.

—«*Hice los ajustes necesarios que asegurasen nuestra supervivencia, ¿tan extraño te parece?, ¿no habéis hecho lo mismo?»*

No contesté porque, en cierto sentido, tenía razón. La necesidad de sobrevivir nos hizo más fuertes, y no solo físicamente. La determinación también era una fortaleza.

—«*Veo que sigues con la idea de usar esa bomba que has traído. Mis díscolas hijas deberían haberte advertido, no hay ni un solo explosivo de los que disponéis, que pueda atravesar mi coraza. Los machos, y no todos, morirían, y tú, también». —Imitó muy mal una carcajada, que era el sentido del ruido a medias gruñido que emitió—. «Mira ahora, observa dentro de mi mente tu preciosa colonia, con tus queridos humanos, a los que ninguna tecnología les sirve ante garras y dientes afilados. Fuerza bruta, humana, es todo lo que necesito para acabar con cada uno de los tuyos».*

Lo vi. Sí, los ataques se habían reanudado.

En la colonia Dos reinaba el caos, por cada géneser abatido, diez más ocupaban su lugar. Los vigilantes se afanaban, defendiendo a la población que corría en busca del refugio de los bunkers. Muchos de los habitantes, vista la inutilidad de correr, se encaraban a las bestias con sus armas, antes de ser despedazados. Hombres, mujeres, niños, ancianos… Amasijos de vísceras, sangre y otros fluidos corriendo por las polvorientas calles, en sinuosos regueros de muerte violenta. ¿Por qué no me escucharon?

Un sollozo escapó de mi garganta, sin poder evitarlo. Una muestra de debilidad que complació a la Alfa, hasta que penetró de verdad en mis barreras, que había dejado caer sin percatarme, desolada y rabiosa ante la nueva masacre.

Lo vi, lo vio.

Apreté los ojos con fuerza y grité con todo el aliento que me quedaba, antes de saltar: ¡Rojo! ¡Rojo! ¡Rojo!

Esperaba que mi madre lo hubiese oído, quería a aquel monstruo fuera de mi vida.

Escuché el zumbido a mi espalda, en el instante en que salía de la zona. Tenían que ser dos detonaciones. La primera, mortal, la segunda, por si acaso.

Caí entre un grupo de machos. Estaban tranquilos, no sabía si porque eran los hijos de Líder, o porque la Alfa seguía viva.

—¡Mamá, que manden refuerzos enseguida a la colonia Dos, los están masacrando! —grité por el comunicador.

No me importaba que hubiéramos determinado silencio de radio, necesitaba saber que se estaba haciendo algo por aquella gente.

—Tranquila, Nasirah. —Me llegó la voz de Mark casi en un susurro—. Todas las colonias han mandado refuerzos, desde el momento en que dijiste que iban a ser atacados.

—He visto… —sollocé, incapaz de controlarme.

—Ya sé, ya sé… Ha muerto mucha gente. Vamos a recogerte, ya te estamos viendo.

Me hice un diagnostico superficial, con el fin de dejar de pensar en aquellas imágenes, no parecía haberme envenenado con ninguno de los compuestos, aunque tendría que esperar a llegar a la Base para estar segura.

Acababa de darme cuenta de que me faltaba una bota, y no sabía cómo la había perdido. Más tarde, al repasar las imágenes grabadas por el satélite, vería que la Alfa quiso sujetarme, antes del salto, y que solo consiguió llevarse mi calzado con una afilada garra.

De repente, se hizo un griterío a mi alrededor, un montón de mentes desconcertadas que buscaban guía. Me alegré, significaba que habían perdido a la Alfa. O eso esperaba.

Dos impactos de toxinas no podían haberla dejado indiferente, pero hasta que no lo viera con mis propios ojos, no lo creería.

Mis barreras habían caído por la preocupación, las suyas también, al leer con claridad lo que de verdad pretendía. Ambas teníamos cosas que ocultar, aunque yo no sabía interpretar lo que me pareció entrever en su interior, antes del salto.

40. ¿Qué celebramos?

La algarabía se convirtió en un clamor tan atronador que pensé que me moría. La boca me sabía a la sangre que me chorreaba de la nariz, una hemorragia fruto de la tensión y del exceso de energía que usé para saltar desde la posición de la Alfa.

Caí de rodillas. No sabía por qué recibía lecturas de las mentes de géneser y de humanos, y desde muy lejos.

Mi cabeza hubiera estallado si llego a permanecer más tiempo a solas. Le quité el casco a mi madre, sin muchos miramientos, y me lo puse.

Me volvería loca, si no conseguía un poco de silencio para escuchar mis propios pensamientos.

Los aparatos de medición indicaban que no me contagié con ninguna de las toxinas, lo que no era poco, así que nos marchamos de la zona, porque ya no éramos necesarios.

La Alfa, observada a través desde un satélite, y varios helicópteros que se mantenían a distancia, llevaba horas sin moverse. Los génesers alrededor de ella estaban igual. Nada se movía. No se apreciaban signos de vida cerca del abrigo rocoso.

Los aparatos sobrevolaban la zona, haciendo mediciones de la toxina. Esta se degradaba muy rápido en contacto con el aire, pero hasta no tener lectura cero, nadie se acercaría. Y, cuando los niveles fuera negativos, todos llevarían trajes aislantes.

No eran precauciones innecesarias. La premura con que se dispuso todo, podía haber dejado algún factor sin contemplar, y un error en los cálculos supondría la muerte de muchos.

El profesor se mordía las uñas, a la espera de esa lectura cero. Quería llevarse a la Alfa y comenzar a estudiarla.

No pregunté cómo la iban a trasladar, no me importaba. Los arpones con que se capturaba a otras hembras, no traspasarían la gruesa coraza de la Alfa, cosa que el profesor ya sabía.

Mi única recomendación fue que no se acercaran a su cuerpo, sin tomar grandes precauciones. Yo me corté con sus pinchos, casi sin rozarlos, y su veneno todavía podía ser peligroso.

Lo último que me apetecía, en ese momento, era tener que dedicarme a absorberlo.

Tuve noticias de que la hembra Líder partió, la madrugada anterior, acompañada de su sequito de machos, hacia el sudeste. Se uniría a las otras hembras de su alianza, más allá de las colonias.

Esperaban que, con el ataque a la colonia Dos y mi visita, sus pasos quedasen velados a la Alfa. Era una jugada inimaginable que, solo con grandes precauciones, pasaría desapercibida.

Iban a crear una barrera de defensa en torno a los individuos fértiles, y Líder contactaría conmigo en cuanto fuese seguro.

La posibilidad de supervivencia de los naturales aún topaba con varios millones de inconvenientes, tantos como génesers adeptos a la Alfa quedaban. El total de lo que veíamos por los satélites eran casi cinco millones de individuos, con unas sesenta mil hembras. Fuera de nuestra vista podía haber muchísimos más.

Muerta la Alfa podría pasar cualquier cosa, incluso que se produjesen más ataques a las colonias.

—«*Tenéis que protegeros mientras mis hermanas y yo hacemos otro trabajo*» —me advirtió Líder, antes de salir.

—«*¿Qué otro trabajo*?»

—*«Convocar a las hembras más fuertes. Las que pueden dar problemas. Alejarlas de los naturales y ponerlas a vuestro alcance».*

—*«¿Juntarlas? ¿Es eso posible?»*

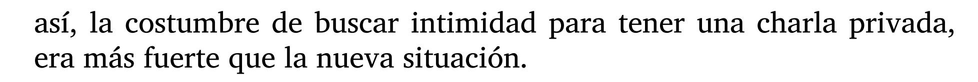
—*«En casos excepcionales. No puede haber otro de mayor urgencia que la desaparición de la madre»* —contestó.

—*«¿Puede derivar en luchas por el poder?»*

—*«Seguro, pero querrán dirimirlas en persona, y eso nos permitirá tenerlas en un mismo espacio».*

Se me hacía raro poder hablar mentalmente con ella sin salir de la colonia Base, aunque escuché su llamada sin problema, salí del santuario donde Nahuel dormía, y me asomé al parapeto.

Tenía la impresión de que la Líder quería hablar solo conmigo. La conversación silenciosa no podía ser escuchada por nadie ajeno, aun


así, la costumbre de buscar intimidad para tener una charla privada, era más fuerte que la nueva situación.

—«*Una vez vi a tres hembras juntas…, me resultó extraño*» —recordé.

—«*Eran de las nuestras. Mataste a una*».

—«*Me atacó*».

—«*Lo sé. No te lo reprocho. Te confundió con la madre y se asustó*».

—«*Lo siento*».

—«*Escucha atentamente, hay una gran confusión, pero mis hermanas ya están trabajando. Pon a los tuyos a hacerlo también. Reuniremos a la mayor parte en lugares de los que te avisaré con tiempo, aunque no demasiado. Preparaos*».

—«*¿Estás segura?*»

—«*Te lo dije ayer, humana. Tienes que terminar el trabajo, y hacerlo bien. No vamos a volver a ser lo mismo, estamos condenados a muerte, y eso es bueno, porque asegurará la supervivencia de las dos especies*».

—«*Líder, yo quisiera…*» —no sabía cómo expresarlo. Quería evitar más derramamiento de sangre, aunque, en el fondo, era consciente de la imposibilidad de tal deseo.

—«*Y yo, humana, y no creas que no ha sido objeto de discusiones y mucha meditación. Prepárate, todavía queda mucho camino por delante*».

A nuestra llegada a la Base, hubo mucho alboroto. Lo estaban celebrando, y a lo grande, porque vi correr las botellas de licor macerado de mano en mano.

Cada colonia tenía su propia manera de macerar y destilar los productos cereales, y convertirlos en una especie de aguardiente. La producción era escasa, y por eso su consumo se limitaba a las celebraciones especiales.

—¡Sabía que podrías hacerlo, cazadora! —Nahuel me besó casi con desesperación, abrazándome tan fuerte que podía escuchar el crujido de mis costillas.

Yo también me aferré a él. No podía imaginar lo cerca que estuve de abandonar mis planes por la idea de un futuro juntos.

Me apartó un poco y me miró a los ojos. Lo sabía, me leyó los pensamientos.

—No hagas eso —le dije—. No está bien espiar a los demás.

—En este caso, sí —me sonrió y me besó, todo al mismo tiempo.

Tentada estuve de dejarlos a todos allí, y retirarme con él a nuestro santuario, me había ganado un respiro y lo necesitaba. ¡Lástima que todavía no hubiéramos terminado!

—Ocúpate de que estén todos en el barracón comedor dentro de media hora —le dije, deshaciendo el abrazo con delicadeza—. Las precauciones ya no son necesarias, y merecen una explicación.

Me volvió a besar antes de irse.

Laron me pasó una botella, de la que tomé un trago corto que me quemó la garganta y me reconfortó.

El consejero me hizo un gesto con el pulgar, felicitándome. Luego se acercó a mi madre y a Mark, y les ofreció la bebida.

Mi madre, sentada en la carlinga del helicóptero, lloraba silenciosamente. Mark le prestó su hombro, lo que ocurriera la noche pasada, no debió ser tan grave, la tensión afectaba a todos de distintas maneras.

Por lo que sabía de los dos, eran consecuentes y racionales. A mis ojos, volvían a ser las dos personas más centradas que conocía. Mi madre había temido por mi seguridad, ahora estábamos a salvo y solo necesitaba desahogar los nervios de la espera. Tomó un largo trago y le pasó la botella a Mark, que hizo lo propio.

Ojalá hubiese más tiempo para celebraciones.

—Vanur, ¿media hora será tiempo suficiente para que contactes con las colonias?

—Creo que sí —me contestó, después de darme un beso en la mejilla. Su rostro reflejaba, al igual que el de muchos, el alivio de creer que ya estábamos a salvo—. Excepto la Dos, que no sé si está despejada del todo, puede que reciban la imagen en los bunkers.

—Haz lo que puedas. Esperaremos en el comedor, tengo que explicar muchas cosas.

Al fondo del barracón vi a Alvia y Antu. Ella apoyaba la cabeza en el hombro del cazador, que la miraba arrobado.

—Hola a todos —dije en voz alta, esperando que hubiera buena comunicación—. Estos monitores nos conectan con todas las colonias, incluyendo la Dos.

Noté que se me quebraba la voz, reviviendo las imágenes del ataque.

—He podido ver lo que sucedía en vuestra colonia —continué con voz estrangulada—, y os ruego que sigáis teniendo mucho cuidado. Manteneros cerca de los bunkers porque, aunque la Alfa ha muerto, esto no ha terminado.

Los vítores que empezaron a oírse me dolieron. No habían escuchado la frase completa. Vanur se adelantó, pidiendo silencio con las manos en alto.

—Habéis visto las imágenes, la Alfa está muerta, pero, ¿cuántas hembras y machos quedan aún? —proseguí cuando se hizo el silencio —. ¿Cuántos podrían todavía atacar las colonias? Millones. Es una guerra que no ha terminado, y que los propios génesers van a ayudarnos a zanjar.

Hubo un murmullo de expectación.

—Os voy a contar algo que solo una persona más sabe, y es por lo que no ha podido acompañarme esta mañana. —Miré a Nahuel, que me guiñó el ojo con complicidad—. Tal vez os resulte extraño lo que he acordado con algunas génesers, me gustaría que lo meditaseis, antes de dar vuestra opinión.

Les conté, resumida, la historia que me relató la Líder. Pedí un entorno amistoso en el que proteger a los naturales, como los llamaban los suyos. Me interrumpieron tantos pitidos y maldiciones, que llegó un momento en que no pude continuar.

La gran cazadora que mató a la hembra, se había convertido en aliada de los génesers.

Aprendí una lección aquella tarde: los míos no tenían compasión. Eran como miles de Alfas, enseñoreados en su propia fuerza. ¿Merecíamos de verdad esta tierra? ¿Merecíamos ser los supervivientes?

Mis argumentos solo habían convencido a los que me tenían muy cerca, mi particular Consejo. Incluso los cazadores del barracón comedor, me miraban con desconfianza.

La colonia Dos, los últimos atacados, fueron los más despiadados en sus insultos. Aquello dolía porque se les advirtió del peligro muchas horas antes del ataque.

—Quizá tenga más de la Alfa de lo que pensaba, Nahuel. Estoy perdiendo la fe en la humanidad.

—Todavía tenemos esa isla, tú y yo —bromeó—. Los dejamos que se maten entre ellos, y volvemos para repoblar el mundo de niños inteligentes como su madre.

—No quiero faltar a mi palabra. Le prometí a Líder que mantendría a los naturales a salvo. ¿Cómo lo voy a hacer, si nadie ha pensado en la posibilidad de una convivencia pacífica?

—¿Y si hacemos eso? Los llevamos a la isla, en la que no va a haber humanos ni génesers.

Lo miré, admirada por su lucidez. Había ido más allá que yo, y quizá tuviese razón. La isla sería un entorno seguro en el que ningún génesers ni humano pudiese dañarlos.

—¿Ya te he dicho hoy que te quiero? —le pregunté de manera retórica, dándole un beso antes de salir corriendo.

Debía hablar con la Líder. Y tenía que ser ya.

—*«No era eso lo que habíamos hablado, humana, me pones en un gran compromiso».*

—*«Tampoco era eso lo que esperaba de los míos, Líder. Preferiría darles unos días, que tengan tiempo de recapacitar…»*

—*«No hay tiempo, estamos reuniendo a las hembras en este momento».*

—*«Tal vez pueda solucionarlo. Dame un poco de margen, por favor. Quiero hacerlo todo bien, pero somos muy pocos».*

—*«Mis hermanas han convocado a muchas hembras, no hay marcha atrás. Mañana te podré dar localizaciones».*

—*«De acuerdo, haré lo que pueda hasta entonces».*

Empezaba a pensar que era igual de frustrante hablar con los génesers que con los humanos. Cada uno miraba por su provecho y, el punto en común que debía ser la convivencia, quedaba de lado, prevaleciendo los intereses propios.

Por supuesto, el profesor también puso el grito en el cielo, quería estudiar a la Alfa, no supervisar la preparación de más bombas de neurotoxinas. Fui intransigente al respecto, los demás podían pensar lo que quisieran, yo estaba decidida a terminar lo que se había empezado.

—Mamá, ¿a cuántos pilotos de fiar puedes convocar?

—Diez, como mucho, incluyendo a Mark y Alvia.

—¿Puedes hablar con ellos? Convencerlos, más bien. El profesor trabaja a destajo preparando bombas de toxinas. Hay que trasladarlas a las colonias, y deben hacerlo pilotos fiables, que sepan lo que se llevan entre manos. El que se infecten por negligencia, no es una opción.

—Descuida, yo me ocupo.

—Mark, ¿puedes salir hacia la Cinco? Hay tres bombas listas, y quiero que dos de ellas estén lo más cerca posible de los naturales.

—¿Piensas atacarlos? —preguntó, sorprendido.

—¡Por supuesto que no! Solo que es conveniente estar preparados, aún no sabemos dónde se convocará a las hembras. Si la amenaza se acerca demasiado a los naturales, pueden peligrar, así que deberías reunir un par de helicópteros o tres para que os presten apoyo, y desviar su camino, si es necesario.

—A los habitantes de la colonia no les va a hacer gracia esa medida. Si se da un ataque masivo… —Mark me miró, preocupado.

—De ocurrir, los helicópteros tienen la obligación de proteger la colonia por encima de todo, lo entiendo. Mientras no exista esa amenaza, acabar con el mayor número de hembras debería ser nuestra prioridad.

—Tardaremos en salir media hora, a lo sumo, lo que nos cueste cargar —titubeó antes de continuar—. Por cierto, ya sé que no te gusta hablar de esto, pero deberías afianzar tu posición. Los consejeros dejarán de lado el enfado y terminarán entrando en razón, y reconociendo que tu propuesta es la mejor para todos.

—No tengo madera de política, Mark, y tampoco pretensiones al respecto.

—Lo sé, aunque deberías pensarlo. Y necesitarás a Laron, seguro que puede darte buenos consejos.

—Si van en contra de lo que pienso hacer, no voy a escucharlo.

Mark meneó la cabeza, en muda desaprobación. Quizá tuviese razón, pero yo no quería ser presidenta del Consejo ni nada parecido. Deseaba solventar aquello y dejar la política a los políticos. Laron sería un buen candidato, puesto que estaba preparado, y más les valía tenerlo en cuenta, porque yo no iba a moderarme para dar mejor imagen.

—Mamá, en cuanto el profesor tenga otra de las bombas preparadas, tienes que salir hacia la Cuatro y llevarte a Nahuel.

—¿A Nahuel?

Hacía tiempo que no nos sentábamos a charlar, cosa que echaba de menos. No sabía qué opinaba del cazador, y de nuestra relación. Dadas las circunstancias, había pasado todo muy rápido y, aunque mis sentimientos hacia él no iban a cambiar, me agradaría contar con su opinión.

—Nahuel va a reclutar los helicópteros de carga para que se reúnan en la Cinco. En la colonia Cuatro hay varios. —Lo pensé un segundo—. Si no los podéis convencer de ayudaros…, dímelo.

—Se trata de trasladar a los génesers, ¿verdad?

Asentí.

—A los naturales. Los quiero llevar lejos del peligro.

—No sé si voy a poder convencer…

—Vale con que me digas de cuantos aparatos podemos disponer, y cuantos pilotos nos ayudarían.

—¿Piensas robarlos?

—Tomarlos prestados, mamá, no es lo mismo. Y solo si no hay más remedio.

Nahuel estaba fuera, hablando con Antu, que se quedó discretamente aparte, mientras su hermano se acercaba para abrazarme. Le dije lo que quería que hiciera.

—Eres muy mandona, ¿no te lo había dicho?

—¿Harás lo posible? —le pregunté.

—Haré lo imposible por ti. —Me sonrió con aquella mueca que me derretía.

—Mi madre te ayudará con los pilotos, los aparatos tienen que estar listos, por si podemos trasladar a los naturales enseguida.

—¿Estás segura de que no me tirará del helicóptero por el camino? A veces me mira raro.

—Estás durmiendo con su única hija, ¿qué esperas?

—A propósito de eso… —Me besó tras la oreja, en muda proposición.

—Te vas enseguida —corté aquellos derroteros porque podía haberme convencido, nos reuniríamos al día siguiente y había cosas que hacer.

Nahuel soltó un bufido, contrariado.

—No causaría buena impresión que haga esperar a tu madre, ¿verdad?

Me reí.

Aunque el resto de las cosas no fueran bien, estar con él me ponía de buen humor.

—Antu, vete con Alvia a la Tres. Allí podréis disponer de un helicóptero. Mira los de carga con los que podemos contar. Hay que mandarlos a la Cinco urgentemente.

Le hice una seña a Alvia, que se acercó, a ella también le incumbía.

Como decía Nahuel, estaba muy mandona, pero alguien debía organizarlo, y me sentía responsable.

—Vanur, necesito que te muevas a la Dos. Mi madre te dirá con quién ponerte en contacto. Tienes que cuidar de que las bombas estén dispuestas, y los helicópteros, preparados. Llévate a Mirian y que reclute los aparatos pesados. En fin, lo dejo a tu discreción.

—¿Yo estoy castigado? —preguntó Laron, al quedarnos solos en el barracón de mando.

—Tú te vas a la Uno en cuanto llegue un helicóptero a recogerte. Le darás tiempo al profesor a preparar un par de bombas más. Sabes lo que van a hacer los demás, y conoces a gente en tu colonia que puede colaborar.

—¿Confías en que no te apuñale por la espalda?

—Confió en tu buen criterio, consejero.

—¿Te quedas aquí?

—No, me iré contigo. Debo hablar con el Consejo General. —Levanté la mano, atajando una predecible protesta—. Esta vez lo haré a mi manera, no quiero que nadie suavice mis palabras.

—Tus niveles de popularidad no están en su mejor momento, después del discurso que nos has soltado.

—Soy consciente de que no ganaré el premio a la mejor oradora, Laron. Solo quiero hacer lo que debo.

—Entonces vas a tener que confiar en mí.

—Aunque no lo creas, confío en ti, a pesar de las tonterías que se te ocurren de vez en cuando. —Recogí mi comunicador, que había quedado sobre la mesa, y me giré, quedándome frente a él.

—Imposible imponerse al corazón —me dijo, encogiéndose de hombros.

—Estoy de acuerdo, y tendrás que superarlo. Has tenido muchas oportunidades de sabotearnos, y no lo has hecho. A pesar de tu fachada de indiferencia, eres un buen amigo y mejor persona.

Sonrió tristemente, y esta vez fui yo quien se encogió de hombros.

—Al principio, tentada estuve de mandaros, a ti y tu prepotencia, de vuelta a la Uno, así que soy la primera sorprendida de que las cosas hayan tomado estos derroteros.

Me dio un empujoncito con el hombro.

—Soy encantador cuando se me conoce.

Me alegré de alejar el tema de sus sentimientos, ya le dije que tendría que superarlo y lo haría, porque tenía mucha más fuerza interior de la que él mismo sospechaba.

—Anda, vamos a ver si nos pueden llevar.

Durante el trayecto me dormí, soñé, tuve pesadillas, lloré, recordé…, seguramente una mezcla de todo ello, aderezado con agotamiento y tensión.

Al igual que el resto, creí que, muerta la Alfa, podíamos tomarnos las cosas con tranquilidad, descansar uno o dos días, despejarnos y acometer la siguiente fase con la complicidad de las colonias.

Solo habían transcurrido unas horas desde aquello, y ya tenía que volver a convencer a quienes daban por sentado que estábamos a salvo. Me agotaba tratar con ambas partes, hacer de mediadora era más desalentador que impedir la intrusión de la Alfa en mi cabeza.

Me despertó Laron, sacudiéndome del hombro.

—¡Eh, tranquila, no pasa nada! Estás a salvo —me murmuraba.

Era posible que él tampoco lo entendiera del todo. No temía por

mí, sino por todos los demás. Contar con Líder podía suponer un gran empujón para acabar con la mayor parte de las hembras, pero no terminaba de fiarme de sus intenciones.

¿Y si lo de los naturales había sido una patraña? ¿Podía reunir a tantas hembras con sus correspondientes manadas, para atacarnos y destruir de una vez las colonias? La Alfa mintió en mucho de lo que me dijo, ¿y si Líder también lo hacía? ¿Era incapaz de terminar con la madre y necesitaba un brazo ejecutor?

No podía evitar darle vueltas, el asunto me carcomía por dentro, la única alternativa que veía era confiar en su palabra y actuar en consecuencia. De equivocarme, las colonias jamás me lo perdonarían. ¡Claro que tampoco quedaría mucha gente para reprochármelo!

Al descender del helicóptero, estaba tan preocupada por hacer entender al Consejo General la nueva situación, que apenas noté la presión de los grilletes sobre mis muñecas. A mi lado, Laron se revolvió y forcejeó con los vigilantes, lo que sirvió de poco.

En menos de media hora me encontraba en una celda contigua a la de Kayla, que reía entre dientes.

42. Más aliados inesperados

El sótano se hallaba en semipenumbra, iluminado solo por las luces de emergencia, incrustadas a la altura del techo.

Era un edificio de nueva construcción, que olía a los materiales con que había sido construido, sin rastro de perfume a humanidad.

Pasando por alto la presencia de Kayla, que ocupaba la celda frente a la mía, me asomé entre las rejas. Hasta donde podía ver, el pasillo estaba flanqueado por celdas, la mayoría vacías.

Los guardias que me llevaron a aquel cubículo, después de despojarme de mi traje y darme un mono de tela basta, habían desaparecido por una puerta metálica, que apenas podía avistar desde mi posición.

—Ni en mis más delirantes sueños hubiera imaginado una situación semejante —dijo Kayla, riendo entre dientes—. ¿Ya han descubierto que eres una impostora?

—Cállate —la señalé con el dedo, amenazadora.

—¿O qué?

O nada. Ella tenía razón, ¿qué podía hacerle?, ¿clavarle una mirada aviesa?

Me senté en la cama de obra, cubierta con un colchón delgado y una manta rasposa. No podía dejar que Kayla me arrastrara a su terreno, debía pensar en la forma de salir de allí. Los reproches y disputas no me iban a sacar de la celda.

—¿Ya no te acompaña Nahuel? ¿Se ha cansado de tus desvaríos? Parece que las cosas ya no te van tan bien…

Ojalá hubiera tenido tapones para dejar de oírla. Me eché en el camastro, e intenté aislarme del veneno que salía de su boca. ¿Por qué me encarcelaron? ¿Tan nocivas les parecieron mis palabras del día anterior?

Era consciente de que no estuve acertada con mi discurso, sin embargo, tampoco era un delito. Dar el paso de encerrarme parecía una medida desesperada.

Dejar la mente en blanco en esas condiciones, resultaba difícil, y

era necesario que contactara con la hembra Líder. Aunque yo no pudiera hacer nada, esperaba que ella y Nahuel se pusieran de acuerdo y terminaran con lo planeado.

Abrí mi mente y me concentré.

Deseché los pensamientos de Kayla que, a pesar de sus palabras, contenían cierto temor: miedo por su futuro, por haber cometido errores imperdonables, por no tener en quien apoyarse.

En cierta forma, percibía en ella lo que yo había sentido antes de saber que era inmune a los génesers: soledad y desesperación.

Ahora no tenía tiempo que dedicarle, aunque no dejaba de compadecerla, a pesar de sus acciones. Aparté a Kayla y percibí los pensamientos de alguien cercano. Un hombre encarcelado también, con ideas tan cambiantes y contradictorias, que supuse estaba aquejado de alguna enfermedad mental.

De igual forma, escuché lo que un guardia le contaba a otro sobre mi encarcelamiento. Lo pasé por alto, no me interesaba su cháchara, pero sí la que registré, algo más lejos. Era Laron.

Me negaba a creer que me hubiera traicionado y puesto en manos del Consejo General, a pesar de todos los indicios.

Hablaba con otra persona y al mismo tiempo conmigo. Presté atención.

—«*Espero que puedas escucharme, Nasirah*» —decía mentalmente— «*Haz un esfuerzo, o no podré sacarte de aquí*».

—«*Te escucho*».

Él no me oía a mí. Repetía una y otra vez el mensaje, esperando que yo lo captase.

Solo Nahuel sabía que podía leer en la mente de los humanos, por lo que deduje que nos había espiado. O lo adivinó, atando cabos.

Daba igual, si podía ayudarme, eso no tenía la menor importancia, porque indicaba que no había traicionado mi confianza, y eso sí que me parecía valioso. Después de lo de Sidonio, hubiese sido un gran desengaño haberme equivocado también con el consejero.

Me concentré en Laron y la persona con la que hablaba: su padre.

Discutían. El presidente del Consejo pensaba en su hijo con desprecio, seguro de que le había fallado.

Me aislé del resto, me interesaba lo que tenían que decirse, y lo pude escuchar con claridad. Mis habilidades telepáticas estaban aumentando, cosa de la que me avisó la hembra Alfa, que no mentía en todo.

—No imaginas el riesgo que he corrido todo este tiempo, padre. Incluso tuve que envenenarme, con el fin de resultar más convincente.

—Tus mensajes desde allí daban otra impresión, parecías disfrutar.

—¿Y qué esperabas que hiciera? Escuchaban todas mis conversaciones. La tenía ya convencida, y temo que el que la retengas en los calabozos la haga cambiar de opinión. Habíamos planeado la unión de los dos, sin necesidad de amenazas.

—Has tenido mucho tiempo, y no has cumplido tu parte —le reprochó su padre.

—Dame un día más. Déjanos libres y estará por completo de nuestro lado —pidió Laron.

El presidente del Consejo General no parecía tan seguro.

—«*Nasirah, tienes que escucharme, sé que puedes hacerlo. Debes seguirme el juego*» —lo oí tan fuerte dentro de mi cabeza como si me hubiera gritado al lado.

—Su popularidad ha decaído, quizá deba dejarla en el calabozo y esperar a que la gente la olvide, ya solo queda el trabajo fácil —continuaba el padre de Laron.

—¿Estás loco? Ella está en contacto con hembras géneser que pueden ponerle en bandeja a las otras. Con su colaboración, podríamos salir a campo abierto, sin peligro, en un año, a lo sumo.

—¿Y si vuelve a la gente en nuestra contra? Podríamos perder la posición de poder que tenemos —dudó el presidente—. No sé si merece la pena el riesgo.

—Estará unida a mí y al Consejo General, ponerse en nuestra contra sería desprestigiarse del todo. Haremos juntos los votos rituales, que son de cumplida obligación.

—¿Y si no consiente en los votos?

—Lo hará, padre. Confía en mí.

—De acuerdo, os llevarán a los aposentos del Consejo General. La ceremonia tendrá lugar en una hora, a lo sumo, tiempo suficiente para que os aseéis —le dijo, observando su reacción—. Se retrasmitirá a todas las colonias, y espero no tener que hacer frente a ninguna sorpresa, Laron, te haré responsable de cualquier percance.

—Voy a buscarla.

—Vamos los dos. —El presidente seguía sin confiar en su hijo.

Laron insistía mentalmente en que le siguiera la corriente. Y tenía que decidirme. ¿Confiaba tanto en él? Es lo que le había dicho en la colonia Base, pero ahora dudaba. Si se consumaba esa ceremonia y yo escapaba luego, perdería la poca credibilidad que me quedaba.

La de los votos rituales era una ceremonia solemne, que solo se daba entre miembros del Consejo General, y que ligaba al individuo al servicio público de forma permanente. Además, cuando se aceptaba en pareja, comprometía a ambos a una vida en común, con el mismo fin.

Los ciudadanos corrientes se unían, sin ceremonias innecesarias, en un contrato privado que podían deshacer en cualquier momento.

Esta ceremonia, en cambio, me ligaría a Laron y al Consejo de por vida. De romperlo, volvería a ser una paria.

Me levanté del catre en cuanto escuché la puerta metálica abrirse. Kayla había dejado de lanzarme pullas, y miró en la misma dirección.

Seguía escuchando a Laron dentro de mi cabeza, pero no me dio tiempo a cambiar mi expresión de desprecio hacia su padre, cuando ambos se detuvieron frente a mi celda.

—Deseaba cerciorarme de que mi hijo está en lo cierto, al asegurarme que te avendrás a unirte a él, en una ceremonia de votos rituales.

Laron me lanzó una mirada suplicante a sus espaldas.

Pude leer el escepticismo en los pensamientos del presidente, al igual que en los del guardia que les acompañaba.

—No te veo entusiasmada —continuó ante mi silencio.

Kayla escuchaba atenta, al igual que yo.

—Estoy en una celda, perdone si no doy saltos de contento.

—Laron afirma que deseas unirte a él.

Temí que Kayla dijera en voz alta lo que percibía en sus pensamientos, confusión, tristeza y cierta rabia al ver que, lo mismo que ella, yo también había caído en la trampa del poder.

Me mordí los labios y miré a Laron.

—Hablamos de unirnos, pero no dijimos nada de una ceremonia pública.

—Entonces, como imaginaba, no hay compromiso entre vosotros.

—Sí que lo hay —intervino Kayla—. Todos en la colonia Base saben que estaban juntos, y pensaban en unirse.

No sé si Laron estaba más sorprendido que yo, pero lo dudaba.

El presidente del consejo se giró hacia la cazadora.

—Tu palabra no sirve, se te acusa de un crimen muy grave.

Kayla se encogió de hombros, aunque pude leer en su interior el gran sufrimiento que soportaba desde que envenenó a Antu. También percibí algo más…, agradecimiento hacia mí por haberlo salvado.

—Por eso estoy aquí, ¿no? —soltó una risita irónica—. Todos saben que la desprecio, no mentiría por ella. Además, sería estúpido, cualquiera en la colonia Base conoce su relación con Laron.

Ya intuí, en su momento, que Kayla tenía muchas dotes retorcidas, deseables en cualquier espía. Mentir, con absoluta convicción, era una de ellas y, desde luego, se le daba mejor que a mí.

Tanteé en la mente del Presidente del Consejo General. La intervención de la cazadora me había dado una oportunidad.

—Si Laron lo desea, nos uniremos ante todas las colonias. —Le lancé una mirada al consejero que, esperaba, resultase cálida.

—¿Ves? —Laron se acercó a la reja y me cogió la mano, que besó con galantería—. No hay de qué preocuparse.

—De acuerdo, acompáñala y que se prepare, ¡y tú haz lo mismo! —exclamó, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Eh, tu! Ya has oído a mi padre. Sácala de ahí, tenemos que preparar un ritual —le dijo Laron al guardia.

El carcelero asintió, e introdujo un código en la puerta de mi celda.

—Devuélvele su traje, ella es cazadora, no puede presentarse con ese mono de presa.

—Esas no han sido las ordenes de su padre.

—¡Hasta que no estemos desposados, no puede llevar la túnica de mi casa, imbécil! Tiene que vestir el traje de su ocupación, ¡ya estás trayendo su ropa y sus armas! No es una presa, va a ser la esposa de un consejero general.

Ante la voz autoritaria de Laron, el hombre obedeció y se giró, dándome intimidad para cambiarme.

Laron le propinó un golpe en la nuca con mi rifle. El carcelero cayó a plomo sobre el inmaculado suelo.

—¡Salta, Nasirah! Quédate con los génesers, estarás más segura que en las colonias. Ponte en contacto con los demás y que te recojan. —Me devolvió el arma, que me colgué en bandolera.

—Podemos salir juntos de aquí.

Negó con la cabeza, y me mostró el dorso desnudo de su mano, donde no había tatuaje de transporte.

—¡Vamos, vete ya! —me apremió.

Le di un beso en la mejilla y salté fuera de la colonia.

Esperaba que Laron supiera cuidarse, él no podía teletransportarse, y yo no podía llevarlo conmigo. Saltar fuera de la colonia con un no tatuado requería de una energía y concentración de la que yo carecía en ese momento. Mejor enfrentarse a su padre que a un grupo de génesers. Aquel lo encarcelaría, estos lo despedazarían.

Los animales estaban más o menos tranquilos. La hembra de la manada entre la que fui a parar, se encontraba a cierta distancia, aunque pude escucharla hablar con otras hembras. Intenté

bloquearme, no debía interferir, era probable que se estuviera comunicando con las del grupo de Líder.

Me alejé caminando. Tres machos solitarios cambiaron su rumbo para acercarse a mí. Venían del Norte y mi olor les llamó la atención, se aproximaron con curiosidad y temor.

Los tranquilicé, acariciando sus mentes con palabras suaves. Pude ver que se sentían solos. Su hembra había muerto y el caos se cernía sobre todos tras la desaparición de la Alfa, se encontraban perdidos, sin aquello para lo que fueron creados.

Estaban confusos, incluso después de oír el reclamo de Líder. El más pequeño de tamaño me olisqueó la cabeza, que quedaba justo frente a su hocico. Me recordó a la primera vez que me encontré así con un géneser, mientras recolectaba en la colonia, la diferencia era que ya no me asustaban.

Le acaricié el largo morro, el cuello, hasta llegar al flanco. Me apoyé en él. Su respiración era acompasada. El sonido de su corazón era potente, igual que un motor al ralentí, esperando ponerse en marcha.

Y aquel sonido me dio una idea estúpida. Apoyé un pie en la articulación de la rodilla delantera y me aupé a su lomo. No se movió, yo debía representar apenas el peso de una mosca para su musculoso cuerpo.

Su piel no era lisa por completo, tenía pequeñas protuberancias, lo mismo que poros en relieve. Pasé la pierna por encima de su lomo y me coloqué a horcajadas sobre él. No era una postura cómoda, su corpulencia hacía que mis piernas estuviesen demasiado abiertas.

Y, a pesar de lo ridícula que me sentía, aquel animal me transmitía su fuerza, igual que si hubiésemos formado un solo cuerpo. Una sensación tan vertiginosa que me asustó.

Iba a desmontar, pensando que ya estaba bien de jugar con aquellos animales, cuando el géneser se puso en marcha.

Me sobresalté tanto que casi me caigo. Solo había dado unos pasos, y era como si yo misma hubiese caminado, experimentando un vértigo desconocido.

Me di cuenta, entonces, de que no era yo la que me había metido en su cabeza, sino él en la mía. Por un momento me vi cabalgando

sobre su lomo y él hizo lo que vio. Se detuvo al percibir mi alarma, respiró profundamente, invitándome a hacer lo mismo y volvió a ponerse en marcha, caminando con cuidado.

Me entró la risa tonta, me encontraba entre un poco histérica, y feliz. Sentí el poder de aquella criatura, imbuida de una emoción, y una sensación de libertad, embriagadoras.

Aumentó el ritmo y yo tuve que agarrarme a las crestas de textura ósea que le rodeaban el cuello. No eran, ni por asomo, la mitad de afiladas que las de las hembras y, aun así, sabía que terminaría cortándome las palmas.

Recogí un poco las rodillas, para adaptarlas a su ancho lomo, y él aumentó la velocidad. Grité de deleite.

Íbamos hacia el Sur, sin rumbo fijo, sin preocupaciones.

Ni siquiera me inquietó el helicóptero que volaba, errático, por encima de nosotros. Era probable que me buscaran desde la colonia Uno. El espectáculo que les estaba brindando no era de lo más tranquilizador después de mi discurso. No me importó. Ya libraría esa batalla en su momento.

Contactaría con alguien que me recogiera más adelante y planearíamos la liberación de Laron. Ahora, todo aquello podía esperar un poco.

Me encontraba tan eufórica, que era incapaz de pensar en nada que no fuese disfrutar del momento.

Cabalgaba sobre un géneser, flanqueada por otros dos, sintiendo el viento en mi cara, el corazón sincronizado con el del animal, que respiraba con facilidad, igual que un corredor de fondo.

Leí en su interior la misma emoción que me embargaba, en su caso porque acababan de dar un paso sin precedentes, ejerciendo su voluntad al adoptarme como su hembra, sin una orden de la Alfa.

43. Hades y los Dioscuros

Esta vez no llevaba telecomunicador, por lo que me puse en contacto con Nahuel mediante el dispositivo del traje. Era muy simple y solo admitía texto, pero tendría que servir.

Le pedía un puerto seguro, era probable que lo sucedido en la Uno se supiera ya en otras colonias.

Nahuel me preguntó por mi posición. No tenía ni idea de dónde estábamos, miré mi ubicación: a unos kilómetros de la colonia Dos.

Después de lo ocurrido, no sería bienvenida en esa colonia y yo no tenía ánimo, ni ganas de discutir.

Nahuel me recomendó que me quedara por los alrededores. Localizaría a algún piloto de confianza que viniera a buscarme, en la Cuatro las cosas estaban más calmadas.

Me hacía gracia su vena protectora, de haberme visto un rato antes cabalgando a lomos de un géneser, le hubiera dado un ataque.

Hades, llamé a mi montura, tan oscuro y magnífico me parecía. A los otros dos también les puse nombre: Cástor y Pólux, como a los Dioscuros, gemelos que vivían un día en el Olimpo, y otro en el inframundo.

En mis visitas a la biblioteca, disfrutaba muchísimo leyendo sobre épocas pasadas, pero la mitología era mi materia favorita. Dioses, héroes, guerreros y guerreras, magos, inmortales…

Sus historias nada tenían que ver con nuestra vida en las colonias, y sus hazañas me hacían soñar con mundos increíbles, surcados de caballos voladores y dioses metamórficos. Relatos de determinadas religiones y culturas ya olvidadas, que devoraba con avidez.

Le dije a Nahuel que no se diera prisa en mandar a nadie a por mí, me encontraba bien y hablaríamos en cuanto nos viéramos, al día siguiente. No insistió, y le agradecí que no se pusiera pesado al respecto.

Me apetecía mucho pasar la noche al raso. La luna, en creciente, daba un aspecto frio al paisaje arbolado, y luz suficiente para cazar, que era lo que hacían Hades y los Dioscuros.

Cuando decidí parar a descansar, la sangre me cubría las palmas de las manos. Tendría que ponerme guantes en cuanto nos pusiéramos de nuevo en marcha, pero no sería ahora porque me encontraba cansada, quería dormir un rato, y comer algo.

Los génesers lo habían captado, lo mismo que mi rechazo hacia su comida. Se fueron de caza. Estaba segura de que algo me traerían, por muy clara que fui al mostrarles lo que yo comía.

Fieles a sus propias ideas, a su vuelta, lo hicieron con una presa que dejaron algo apartada, por si cambiaba de opinión.

Me tumbé en una pequeña hondonada mullida de hojas secas y ellos lo hicieron a cierta distancia de mí, rodeándome, protegiéndome.

Dormimos pocas horas, pero me levanté descansada. Con los tres hermanos velando mi sueño, tenía la misma sensación que cuando dormía con Nahuel, la certeza de que estaba a salvo.

Cástor empujó la presa de la noche anterior hacia mí. La rechacé con amabilidad, y mientras yo me permitía un trago de agua, ellos la desayunaron, compartiéndola como buenos hermanos.

De hecho, lo eran. Hijos de una misma madre muerta por oponerse a la Alfa. Hubiese sido lógico rechazar aquello que causó la muerte a los suyos, sin embargo, no era el caso.

Al ponerme en pie, me di cuenta de que me dolían el trasero y los muslos. A pesar de eso, no dudé en subir a la grupa de Hades, sujetándome ahora con las manos enguantadas, y dirigir a mi pequeña familia hacia el Sur.

Haber permitido que Nahuel viniera a buscarme, me hubiese privado del placer de una última cabalgada con mis protectores.

Hacia mitad de camino de la Cuatro me llegó la voz de la hembra Líder, con tanta nitidez como si la tuviera al lado. Creí que la cercanía de Hades amplificaba la señal.

—«*Necesito que te concentres, humana. Me está resultando difícil leer en tu mente, y lo que nos ocupa tiene mucha importancia. Te pongo en contacto con mi hermana, que estará esperando. Ha conseguido reunir a muchas hembras, aunque la mayoría llegarán por la tarde*».

—«*¿Dónde?*»

—*«Ella te enviará alguna referencia. Usamos medidas muy distintas de localización, y todavía no entiendo las vuestras»*.

—*«De acuerdo. Gracias, Líder»*.

La voz de otra hembra ocupó el lugar de su hermana. Proyectó en mi cabeza una serie de imágenes que no tardé en reconocer: era la colonia Tres. Antu y Alvia estarían allí.

Nos desviamos. Podía llegar a la Tres y ayudar a prepararlo todo. Le envié un mensaje a Nahuel, comunicándoselo.

A pocos kilómetros de la colonia, me despedí de mis protectores, ellos comprendieron mis deseos de que se reunieran con la Líder, al sureste de la Cinco. Quería mantenerlos fuera de peligro y, en ese momento, el lugar donde estarían más protegidos sería cerca de los naturales.

Los vi alejarse a la carrera, inmunes al cansancio, haciendo trabajar la potente máquina que tenían bajo la piel. Hades iba ligeramente adelantado a sus hermanos. A pesar de ser el más pequeño de tamaño, se había erigido en cabecilla de la pequeña manada.

Salté a mi edificio de entrenamiento. Aterricé sobre un montón de cascotes y polvo. La estructura había cedido, por completo, al paso de los génesers que atacaron la colonia. Se vino abajo, dejando más escombros sumados al destrozo general.

Me crucé con Antu que venía en mi busca, alertado por su hermano. Alvia ya nos esperaba montando los brazos metálicos que portarían la bomba. Tenía la cara cubierta de churretones de grasa, y me sonrió al verme.

—Me alegro de que hayas llegado, no he podido encontrar a un copiloto. La gente está demasiado mosqueada con tu proyecto —me saludó sin dejar de trabajar.

—Están asustados —me dijo Antu—. Temen que esa concentración sea el preludio de otro ataque. Las puertas no han terminado de repararse, y ahora saben que eso no los detendrá, si deciden atacar. Llevaremos un artillero más, por si acaso, y trajes de protección.

—Supongo que no es el momento de lanzar otra arenga, no es lo mío —me reí, dándole una palmada a Antu en el hombro, con

intención de que cambiase aquel gesto serio—. Venga, dime qué hago.

—Hay que montar las duchas de descontaminación —propuso.

—¡Pues manos a la obra!

Descubrieron tarde que el trabajo manual no se encontraba entre mis habilidades, llevaba montado medio armazón, y me había quedado sin tornillos. Antu se rió y me quitó las herramientas de las manos. Era agradable verlo alegre otra vez.

—Me ocuparé de revisar los trajes y el oxígeno —me ofrecí, para no quedarme de brazos cruzados.

—Pues yo voy a buscar algo de comer —indicó Alvia, secándose el sudor de la frente y dejándose otra marca de grasa, esta vez horizontal—. ¿Alguna petición especial?

Antu y yo nos reímos. Habían cambiado muchas cosas en ese poco tiempo, aunque en los comedores seguían con su menú inamovible.

—*«Líder, es la hora, dile a tu hermana que se marche, tiene que alejarse lo que pueda de la zona».*

—*«Ya te dije, humana, que es difícil mantener una concentración de mis hermanas. Han empezado a pelearse por el poder, pobres ilusas. Acude cuanto antes, si se dispersan, tendremos que comenzar de nuevo».*

—Sube un poco más. Tenemos que lanzarla desde una altura segura. La toxina se extiende con rapidez —le advertí a Alvia.

Antu y los otros artilleros observaban la concentración de hembras, con los ojos dilatados, incrédulos. Los comprendía, era un espectáculo inédito. Les volví a advertir que no debían disparar de no ser necesario, era mucho más importante ser precisos a la hora de lanzar la bomba, que abatir a unos cuantos machos.

Esperé la señal de Alvia y pulsé el disparador. La piloto nos llevó en un arco ascendente, lejos del punto de impacto. Yo no escuchaba voces en mi interior, gracias al casco. Demasiadas hembras, podían haberme hecho estallar la cabeza.

Antu y el artillero también llevaban cascos, lo mismo que Alvia, que me hablaba por los intercomunicadores.

—Voy a dar un par de vueltas al área, mientras se disipa un poco la toxina.

Asentí. Quería ver la reacción de la concentración de machos, que habían venido a proteger a sus hembras. Se hallaban en un círculo cerrado en torno a ellas, reunidas en el centro, y su número era impresionante.

En cuanto se dieron cuenta de que estaban sin hembras, hubo un desconcierto general entre los supervivientes, que comenzaron a dispersarse en todas direcciones.

Al principio parecían errantes, luego comenzaron a correr, en una especie de reacción de pánico. Era lo que me temía. Un grupo muy numeroso se dispersó en dirección a la colonia.

—Vamos de vuelta, rápido —apresuré a Alvia.

Sobrevolamos a los machos jóvenes y adultos, que corrían en dirección a la Tres. Les indiqué a Antu y a los artilleros que comenzasen a disparar.

Pensé en intentar meterme en sus mentes y tratar de desviarlos, lo que solo sería una solución momentánea. De encontrarme lejos la próxima vez, teníamos que saber cómo detenerlos. Tomé nota, Líder debería concentrarlas a más distancia de los asentamientos humanos.

Las colonias tenían que empezar a moverse, defenderse por sí mismas, y dejar de pensar que iban a ser acosadas por grupos pequeños.

El de abajo debía constar de, al menos, ciento cincuenta machos que debíamos dispersar.

Le indiqué a Alvia que dejara el helicóptero suspendido a unos metros sobre el suelo, a medio kilómetro de la colonia.

Las armas, en la carlinga, emitían un ruido ensordecedor.

Cogí mi rifle y me uní a Antu y los artilleros, que disparaban sin descanso.

A medida que los cabecillas de la estampida caían, el resto se desviaba. Al principio de manera imperceptible, luego con mayor decisión.

Debíamos contar con eso para futuros ataques: al menos, otros dos helicópteros en apoyo del principal.

Al final, conseguimos que se desviasen lo suficiente para esquivar la colonia. Tan solo seis individuos llegaron a las puertas, donde los nuevos vigilantes pudieron abatirlos sin problemas.

Las plantas de chiles habían sido aplastadas durante el anterior ataque masivo, y no merecía la pena replantarlas.

Imaginé que los habitantes de la Tres iban a poner el grito en el cielo, ninguna novedad. Los humanos nunca estaban contentos, querían seguridad a cambio de nada.

—Vamos a sobrevolar la zona del impacto, Alvia. Quiero ver lo que hay, y medir el nivel de toxinas.

Antu arrojó el casco a un lado, ya no quedaban hembras que espiasen nuestros pensamientos, y me hizo un gesto con el pulgar en alto, que le devolví.

—¿Cuántas crees? —me preguntó Alvia, refiriéndose a las hembras muertas.

—Muchas, más de cien.

Era un espectáculo triste y desolador. Todos aquellos poderosos cuerpos, abatidos en segundos. Además de las hembras, los machos que las rodeaban también habían caído, y los más alejados se tambaleaban, infectados, vivos por poco.

Casi mil de aquellos hermosos animales fulminados.

De regreso, hicimos las lecturas de la toxina. Apenas quedaban restos mínimos a dos kilómetros del centro del impacto. Sobre la colonia, nada. Repetimos la operación de ida y vuelta, asegurándonos de que no quedaba ni rastro.

Aterrizamos en la zona más alejada del helipuerto, cubrimos el aparato con una lona sellada para desinfectarlo, y nos fuimos a las duchas.

Nahuel nos esperaba en el hangar.

Mientras me abrazaba, pude leer en su mente que había venido a echarnos una mano, por si las cosas se torcían. Puso a los cazadores

más certeros sobre los muros exteriores del este, reforzando a los vigilantes, por si ocurría lo que temía, una estampida hacia la colonia.

Ninguno de los cazadores se negó. Lo respetaban demasiado, a pesar de su juventud.

—Ven conmigo, tengo que enseñarte algo extraordinario —me dijo, con los ojos brillantes.

Y lo que quería enseñarme no quise leerlo en su mente, aunque me intrigó su estado de ánimo, casi eufórico.

44. Reparto de responsabilidades

De camino a la Cinco hice de copiloto de Nahuel. Él no tenía demasiada práctica volando, pero empezaba a coger soltura.

—Tu madre me ha dado unas lecciones particulares, tenía oxidadas las prácticas de vuelo. Estamos escasos de pilotos y, en este momento, necesitamos alerta a los que tengan experiencia, y que están con nosotros —estabilizó el aparato, poniéndolo a las revoluciones adecuadas—. Venir a buscarte no era una prioridad, pero apelé a la fibra sensible de Jade y me dejó este helicóptero.

Sonreí. Ya sabía que mi madre no habría podido resistirse a mandarme algún refuerzo, Nahuel era consciente de su debilidad y la había aprovechado.

—Eso sí, me ha advertido que, si me estrello, buscará mis restos y se los dará de comer a los génesers —se rió, alegre.

—¿Qué tenemos que hacer en la Cinco? ¿Qué hay allí?

—Supongo que, a estas horas, tendremos reunidos ya seis helicópteros pesados. Mark ha hecho un buen trabajo, y Vanur cree que mañana podrá enviar otro aparato con toda la tripulación. Laron robó uno en su colonia y casi echa abajo la Cinco entera, intentando aterrizar.

—¿Laron también está en la Cinco? Me alegro, lo dejé colgado en…

—Ya me lo ha contado. Hay que reconocer que tiene agallas el tío. Por cierto, me ha mostrado unas imágenes que no sé cómo interpretar.

Me olía lo que quería enseñarme, e intenté desviar la atención.

—¿No estabas en la Cuatro?

—Tengo algunas noticias más. —Me miró de reojo, no perdería el hilo de lo que me quería preguntar—. La Líder se metió en mi cabeza, pensé que tenía un derrame cerebral, o algo parecido. No me gusta nada que metan mano en mis pensamientos… Parece que tiene sus propias ideas, y ya que tú no estabas cerca, tuvo que conformarse conmigo. Me convocó en unas coordenadas, al sureste de la Cinco.

—¿Has visto a los naturales? —le pregunté, sorprendida.

—¡No solo los he visto, Nasirah, he hablado con ellos!

Estaba tan emocionado que, por un segundo, perdió el control del helicóptero.

—Es allí donde me llevas, ¿no?

—¡Estaba deseando contártelo! —Alargó la mano y apretó la mía—. No puedes imaginarte cómo son, Nasirah. Y no voy a decirte nada más, tienes que verlo por ti misma.

Aunque insistí, no pude sacarle más detalles.

—Mientras esperaba en la Cinco a que me llevaran a las coordenadas, apareció Laron. Estaba cabreado, eufórico y asombrado, todo al mismo tiempo. Nos contó a Mark y a mí lo ocurrido en la Uno, y la manera en que se había escabullido hasta el helipuerto. Era la única forma de salir con rapidez. Iba a coger un helicóptero normal y recordó que le encargaste, igual que al resto, conseguir alguno de carga.

Nahuel soltó una carcajada, recordando el momento.

—¡Tenías que haber visto el lío que organizó aterrizando! Hubo que despejar una buena parte del helipuerto. —Volvió a reír—. Tiene, incluso, menos experiencia que yo a los mandos y, con todo, consiguió hacerlo volar. Te buscó entre los génesers, esperando poder recogerte, aunque sin saber cómo iba a mantener aquello suspendido sobre ti. Se quedó alucinado al encontrarte, y tú estabas demasiado ocupada, por lo que te siguió durante unos kilómetros, hasta que se aseguró de que no veía visiones.

Me miró de soslayo, con la sonrisa todavía en los labios.

—¡No me lo digas! El muy caradura se hizo con un traje de cazador que grabó todo —concluí yo, esperando su reacción.

—No se lo podía creer, y nosotros tampoco cuando vimos las imágenes. Nasirah…

No le dejé continuar, tenía ganas de contárselo yo misma. Además, no quería escuchar nada más sobre mi seguridad.

—¡No puedes imaginarte la sensación, Nahuel! Era como formar

parte del géneser. Notaba cada una de las contracciones de sus músculos, igual que siento los míos, la euforia de la libertad al correr en campo abierto, la impresión de pertenecer a un todo.

Nahuel negó con la cabeza.

—No sé quién está más loco de los dos: tú por andar por ahí cabalgando sobre un géneser, o yo por haberme enamorado de ti.

Apoyé la cabeza sobre su hombro. Pensaba que iba a echarme la bronca por ser tan inconsciente.

—Se llama Hades.

—¿Le has puesto nombre?

—Los tres me han adoptado como su hembra. Se llaman Hades, Cástor y Pólux. ¡Y esta mañana me han traído el desayuno!

Volvió a menear la cabeza, incrédulo.

—¡De verdad! —exclamé— Y anoche me rodearon mientas dormía, protegiéndome.

—Con razón no quisiste volver. Estoy empezando a ponerme celoso —dijo en tono jocoso.

—No es que no quisiera estar contigo, es que no podía negarme a vivir algo tan inusual.

—Mark aún se reía cuando me fui de la colonia. Estaba entusiasmado, aunque nos pidió encarecidamente, que se lo ocultáramos a Jade para prevenir que sufriera un infarto.

—Mark es auténtico. Mi madre no ha podido tener más suerte.

—Y tú con Laron.

Le miré, inquisitiva.

—Ha comenzado una campaña que está dando muy buenos frutos, es mucho mejor orador que tú. Si le hubieras dejado hablar ayer, tendríamos a las colonias de nuestra parte hoy.

—Pensaba que no os llevabais bien…

—No es mi persona favorita. Está enamorado de ti y no va a dejar

pasar ocasión de demostrártelo, lo que no le resta valor diplomático. Ha conseguido muchos más apoyos durante toda la tarde de los que hubiera imaginado en un mes. Lleva hablando con las colonias casi todo el día, y ha logrado que lo escuchen hasta en la Dos, que son bastante remisos tras el ataque.

—Esas son buenas noticias.

—En cuanto a las colonias, sí. Respecto a él…

—¿Qué pasa con Laron?

—Que aún te admira más después de lo de anoche. Te ve, poco menos, que como una Freyja a lomos de un caballo alado.

Esta vez me tocó a mí soltar la carcajada.

—Bueno, al menos tiene buen gusto por la lectura.

Nahuel me miró, alzando una ceja.

—El símil es de mi cosecha, ¿crees que solo a ti te interesaba la mitología? —me preguntó de manera retórica—. He reconocido el nombre de Hades, que pertenece al panteón griego. Las Valkirias son deidades menores bajo el mando de Freyja, que llevan a los guerreros caídos en el campo de batalla al Valhalla, según los mitos nórdicos.

A estas alturas, en que era difícil que algo me sorprendiera, Nahuel acababa de hacerlo. Quizá cuando aquello terminase del todo, habría tiempo de tocar otros temas que no tuviesen que ver con los génesers, porque lo cierto es que sabíamos muy poco el uno del otro.

—Quiero decir que tiene una idea muy romántica de ti —terminó.

—Al igual que tú, por lo que veo —le guiñé el ojo—. Compararme con Freyja y a un géneser con un caballo alado, tiene mucho de romántico, y también de falta de cordura.

Me pasó una mano por el rostro, en una suave caricia.

—Porque estoy loco por ti, mi valkiria.

Dimos un bandazo en el aire.

—¡Eh, que llevas los mandos, no apartes las manos!

—Debería dejártelos, se te da mejor que a mí.

—De eso nada, así coges práctica.

—Preferiría una experiencia similar a la tuya, tengo que reconocer que te envidié. Imagino que debe parecerse a montar a caballo, algo que siempre he deseado, ¡lástima que se extinguieran!

—No sé cómo sería montar a caballo, ¡pero no puedes hacerte una idea de lo fabuloso que es, Nahuel! No solo cabalgar sobre su lomo, es unirte a él, sentir las garras afianzándose en la tierra, el corazón palpitando en tu pecho formando parte de la maquinaria orgánica que lo mueve, su respiración, haciendo que todo funcione en su interior. Es…, no se describirlo, es algo que jamás había sentido, y que no creo que vuelva a experimentar.

—Me voy a poner celoso. Ojalá sintieses todo eso conmigo.

—Me siento especial cuando estamos juntos, y afortunada. Y no cambiaría el tiempo que compartimos por ninguna otra cosa, ni siquiera por volver a cabalgar con los génesers.

Me sonrió con la boca y con los ojos, cuyos iris, bordeados de plata, chispeaban.

—Más vale que no pierdas de vista esa formación rocosa, si no quieres que nos demos contra ella —le recomendé.

Hablar de cosas tan personales me azoraba un poco. Ahora mismo, sentíamos lo que sentíamos, el uno por el otro, pero, ¿quién sabe lo que nos depararía el futuro? Todavía éramos muy jóvenes.

—Mira abajo, hay refuerzos —me indico, sacándome de mis pensamientos agoreros.

La hembra Líder alzó la cabeza, pero no se metió en nuestras mentes, no en la mía, al menos.

Rodeada de un grupo muy numeroso de machos, parecía vigilante.

Varios kilómetros más adelante, en la formación rocosa que le había indicado a Nahuel, los naturales habitaban en cuevas excavadas por los elementos.

Se espantaron con el ruido del helicóptero, y el piloto hizo una maniobra que nos llevó un poco más lejos.

Al mismo tiempo, pude escuchar en mi mente a Nahuel hablando con una hembra, identificarse e identificarme.

—«*Oh, así que eres la humana de la que tanto he oído. Nasirah, me dice tu compañero que te llamas… Puedes descender, te presentaré a mi familia*».

—¿Lo has oído? —le pregunté a Nahuel, que asintió.

—Baja, me quedaré cerca, a la espera de que vuelvas.

—«*Vamos, cazadora. No voy a trasladar a mi familia, a menos que tengas buenos argumentos que ofrecernos*» —dijo la hembra.

Me incliné, le di un beso en los labios al cazador, y salté al encuentro de los naturales.

—«*Me alegro de tenerte entre nosotros*». —La hembra me recibió con una actitud nada recelosa—. «*Mis hijos también te dan la bienvenida, aunque tienen un carácter más tímido y han preferido mantenerse un poco al margen*».

—«*Entonces, ¿eres la jefa de tu familia?*»

—«*No con la interpretación que le das, no soy como la que llamas Alfa. Todas procedemos de ella, pero en mi caso y en el de mi hermana, no nos dio la vida. Mi única preocupación es proteger a mi descendencia y darles la seguridad que pueda*».

No fue necesario preguntar por su hermana, me lo mostró mentalmente, ella y la madre de ambas fueron aniquiladas por un grupo de génesers solitarios, defendiendo al resto de la familia, y la que tenía delante se hizo cargo de todos.

Imaginé que su forma de reproducirse era similar a la de los génesers, y que por eso eran tantos.

La hembra siguió mis pensamientos y yo pude leer la comprensión en los suyos. Lo malo de pensar cerca de aquellos seres, es que nunca lo hacías en privado, lo que resultaba un inconveniente, la mayor parte del tiempo.

—«*Te lo explicaré, e intentaré aclarar tus dudas después de presentarte a mi familia*».

El grupo, más numeroso de lo que había imaginado, se encontraba algo disperso, aunque todos tenían su atención fija en nosotras.

—«*Bien, no nos conoces a todos: estos son mis hijos*». —Cuatro machos y tres hembras inclinaron la cabeza en señal de bienvenida—. «*Y los hijos de mis hijos*».

Entre los adultos, un grupo bastante numeroso de jóvenes machos y hembras, que se distinguían por el tamaño más reducido, estaban pendientes de mí. Algunos saludaron, otros, no.

Los más pequeños de la familia, andaban desperdigados. Pasado el primer momento de curiosidad, se retiraron a continuar con sus juegos.

Los reconocí, eran igual que los que puede ver en las imágenes mentales que me envió Líder, muy distintos a los génesers que conocíamos. Sus cuerpos, fuertes y musculosos, se asemejaban a los de los machos. En comparación poseían hocicos menos pronunciados, dientes más pequeños y garras adecuadas a su tamaño, que también era reducido.

La hembra que me dio la bienvenida debía medir un par de metros desde la cabeza a la cola, y estaba desprovista de pinchos. Sus ojos no eran verdes, sino azules, pero vi que ese rasgo no era común en los demás: había tonos castaños, dorados, lilas, e incluso un joven macho los tenía tan oscuros que se confundían con la pupila.

Los pequeños iban y venían, incansables, persiguiéndose unos a otros, tirándose por el suelo, empujándose, en fin, ensayando y practicando con juegos, el arte de la caza.

Un comportamiento semejante al de cualquier raza, cuya supervivencia estuviera relacionada con lo que cazaba para comer.

—«*Bien, la hembra a la que llamas Líder, y el hombre que te acompaña, ya me han comunicado por que nos queréis trasladar, ¿tienes algo nuevo que decirme?*»

—«*¿Algo nuevo? No se me ocurre otro argumento que el de vuestra propia seguridad*».

—«*¿Por qué piensas que aquí no estaremos seguros?*»

Trague saliva, no había manera de endulzar la contestación.

—«*Vamos a acabar con todos los de vuestra especie mutados por la Alfa…, por la madre*» —rectifiqué, llamándola igual que ellos.

—«*¿Por qué?*»

—«*Son peligrosos para nuestra especie. Si no empezamos a matarlos, tal vez su agresividad termine por completo con los míos*».

La actitud pacífica de los naturales podía resultar engañosa. Eran rápidos, fuertes y, con sus mandíbulas, podían destrozarme, a mí o a cualquier humano, en cuestión de segundos.

—«*¿Estás segura de que somos distintos? Leo en ti la duda*».

—«*No sé si sois distintos, aparentemente sí, pero no te equivoques, si*

llegáis a convertiros en una amenaza, os mataremos, igual que a los mutados».

Lo que escuché en mi cabeza pareció una risa alegre. Me sorprendió. La hembra se acercó más a mí y me dio un empujón, como si me hubiera estado tomando el pelo, y quisiera dármelo a entender de esa forma.

Yo no sabía muy bien qué pensar. Aquello era tan raro.

—«*Venga, Nasirah, parece que te hayas comido una piedra, sonríe un poco. Tu compañero es más divertido que tú».*

—*«Yo…, es que no sé qué esperas de mí…»* —la verdad es que estaba confusa. No sabía si se reía de mí o se trataba de su forma habitual de ser.

—*«¿Esperar de ti? No podemos esperar más de ti. Has matado a la madre y nos has liberado de ella. Mis hijos ya no tienen que esconderse, y temer por sus vidas cada día. Si has decidido llevarnos a un lugar que consideras seguro, te seguiremos sin rechistar».*

—*«¿Te han explicado cómo va a ser?»*

—*«Sí, volando. Me lo dijo tu compañero. Una experiencia nueva que me encantará probar, sin duda. Aunque mi hijo se quiere llevar a los pequeños nadando, será toda una aventura para ellos, además de un entrenamiento».*

—*«¿Nadando?»* —jadeé—. «*Está demasiado lejos».*

Supongo que le llegó la imagen mental que tenía de los génesers entrando en el agua, y volviéndose a los pocos metros, porque me contestó:

—*«¡Oh, eso! La madre debería haber mejorado genéticamente a los suyos, no haberles puesto trabas. Mi raza sabe manejarse en el agua lo mismo que en tierra. El mundo del que provenimos tenía grandes masas de agua que solíamos cruzar por diversión. A mí me convence más lo de volar, en eso no tenemos experiencia, y seguro que resulta muy interesante».*

Sí, me quedé boquiabierta.

La hembra era muy dicharachera, usaba la ironía de forma aguda y tenía sentido del humor. No esperaba nada de eso.

—«*De acuerdo, Nasirah. Iremos a esa isla, y esperaremos el tiempo necesario. A partir de ahora, estaremos en contacto y aguardaremos a que nos digas que es seguro regresar*».

—«*No sé cuánto tiempo llevará*».

—«*Supongo que bastante, y no importa, siempre que los míos estén a salvo, tengan alimento y libertad*» —aseveró.

—«*¿Podéis convivir con los mutados?*»

—«*No con las hembras, no deberíamos. Aunque ya no tienen la enorme capacidad de parir machos desde que mataste a la madre, todavía lo hacen. Sus cuerpos están condenados a ello, y llegaría un día en que podrían surgir problemas entre nosotros. En ese caso, llevaríamos las de perder, al ser minoría*».

—«*¿No os reproducís tan rápido?*»

—«*No, tenemos un ritual de apareamiento parecido al vuestro, y con un periodo de gestación de varias lunas. Si lo que temes es que podamos convertirnos en una plaga a largo plazo, ya puedes ir desechándolo*».

Aquello me devolvió a la idea de la endogamia, que ella leyó en mi mente.

—«*Tienes razón, mis hijos se han apareado entre ellos, porque no poseen mi capacidad de engendrar sin un macho que me fecunde*».

—«*Entonces tienes mucho en común con la Alfa…, con la madre*».

—«*En ese sentido, sí. Mis hijas, sin embargo, no han heredado esa capacidad, y la supervivencia de nuestra especie depende de que se reproduzcan. Pero descuida, ese temor que leo dentro de ti sobre la endogamia, no tiene razón de ser*».

Pensé enseguida si la hembra tendría, al igual que la Alfa, el poder de manipular genéticamente a los suyos. Ella me lanzó una mirada elocuente, leyendo mis pensamientos.

—«*La madre era la única con esa capacidad. Mis hijos y sus descendientes son del todo normales, al modo en que lo fuimos en otro tiempo*».

Inicié aquella conversación con una idea, seguramente ella ya la había captado y no era necesario formularla directamente, lo que no

me detuvo, quería aclarar aquello que me preocupaba.

—«*Dado que los machos mutados no pueden aparearse, ¿habría algún problema si convivís con unos cuantos de ellos?*»

—«*No debería haberlo si nos adoptan a mí, o a mis hijas, como hembras. No se aparean, solo protegen, y no podemos admitir más que a unos cuantos por la razón que te he dado antes*».

—«*No estaba pensando en muchos…*».

—«*Ya sé lo que pensabas. Tres machos jóvenes. Les has puesto nombre. Tendrías que darles la orden de que me protegieran, es la única forma de que te dejen*».

—«*Lo sé. De momento están a salvo cerca de Líder, pero quisiera que fuesen a la isla con vosotros, si no te importa*».

—«*Serán bienvenidos, al igual que tú, cuando quieras visitarnos*».

Nahuel se puso sobre nosotros, algo que molestaba bastante a los naturales, no habituados al ruido, y me hizo señas de que teníamos que irnos.

—«*Es posible que mañana podamos empezar a llevaros a la isla, ¿estaréis preparados?*»

—«*En cuanto nos digas, Nasirah. Por cierto, no me importa que me pongas nombre, sé que te cuesta pensar en mí si no tienes cómo hacerlo*».

Y la carcajada volvió a resonar en mi cabeza.

—«*Vale, Freyja*». —sonreí, mientras me preparaba para saltar al helicóptero—. «*Vas a ser la primera de tu especie en sobrevolar el océano*».

Creí que era un nombre apropiado para ella. Inconscientemente, me complació la comparación que de mí había hecho Nahuel, y me pareció adecuado que la jefa de los naturales, que al día siguiente volaría como la Diosa nórdica, se llamara igual. Además, visto su sentido del humor, pensé que también podía permitirme un poco.

Freyja era delicada al entrar en mi mente, igual que si caminase de puntillas. Su presencia, al contrario que la de la Alfa, no era invasiva ni dañina. Se mostraba sutil, tanteando, sin avasallar.

Y el comportamiento de toda la familia, nada tenía que ver con

los génesers que conocía hasta ahora. Había una relación entre ellos, y no una de dominio, sino de verdadera familiaridad.

Desde luego, la Alfa hizo un trabajo espantoso dotando a su descendencia de aquella agresividad. Las cosas podían haber sido distintas de conservar su forma y talante originales.

—¿Y? —me preguntó Nahuel, en cuanto me hube sentado en el asiento de copiloto.

—No lo sé. Aún tengo que procesarlo.

—Tiene sentido del humor.

—Y una percepción bastante fina, también —asentí—. Oye, por aquí no se va a la Cinco.

—Relájate, cazadora, viajamos hacia la puesta de sol, a cumplir una promesa antes de que nos pisen el plan.

—¿Nos dirigimos a la isla? —pregunté, asombrada.

—Y llegaremos antes de que anochezca, así que abróchate el cinturón de seguridad.

La isla era grande, no recordaba las medidas, tan solo que era muy larga y menos ancha. Tenía grandes árboles, extensas praderas, y mucha vida.

—Vamos a tener que cazar la cena —reí yo, dejándome caer sobre la hierba fresca.

—Creo que ese paso nos lo podemos saltar. He traído provisiones…

—¿De verdad quieres que bauticemos la isla?

—Ajá.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—No sé. Tendrá que ser de alguna manera formal.

—¿Formal? ¿Cómo?

—¿Y si nos damos un baño en esa playa? Igual se nos ocurre algo.

Estuve de acuerdo. Corrí, quitándome la ropa por el camino.

Oscurecía, y el agua estaba limpia, clara y tentadora.

Nahuel me alcanzó a pocos metros de la orilla y me hizo sumergirme del todo. Chapoteamos, jugamos, nadamos y nos reímos, olvidando las preocupaciones y obligaciones que nos esperaban a la vuelta.

Salimos cuando la luna asomaba por el horizonte. Nahuel trajo mantas térmicas, con las que nos envolvimos, mientras tomábamos unas barras de cereales prensados.

—Esto no ha sido espontáneo, lo tenías preparado —le dije.

—Si hubiese sido espontáneo, temblarías de frio y de hambre. Prefiero verte temblando de otra forma.

Me sonrojé, imaginando las múltiples maneras en las que me haría vibrar, y pedí a todos los dioses, nórdicos, griegos o de cualquier época, que nadie se metiese en mi cabeza esa noche.

Y me fue concedido el deseo. Ni una conversación mental, ni el mínimo contacto por el telecomunicador de Nahuel.

Fue una noche larga y placentera.

El sol del amanecer nos despertó con delicadeza, filtrándose entre el follaje. Los pájaros cantaban en las ramas de los árboles y los animales campaban a sus anchas, sin preocuparse de nuestra presencia, como si fuésemos parte del paisaje.

—No hemos bautizado la isla —le dije a Nahuel, que me apretaba entre sus brazos.

—¿Tú crees?

—¿Eso es un bautizo? Yo lo hubiese llamado de otra forma.

—Depende del punto de vista —rió él—. A mí me parece un bautizo en toda regla.

Le di un codazo.

—Desde hoy se llamará «Isla de la Cazadora» —murmuró, mientras me besaba el cuello.

—Se va a llamar «Isla de los Cazadores», resulta más apropiado —gemí, al notar su mano acariciante descendiendo por mi vientre.

46. Superar los recelos

Líder nos mostró una concentración de hembras al Norte de la colonia Cinco. No reconocí la ubicación, Nahuel sí.

La géneser ya no hablaba solo conmigo, y lo agradecía. Compartir esa responsabilidad, por mucho que a Nahuel no le gustara, me suponía un descanso agradable. Además, si ocurría algo parecido a lo que pasó en la Uno, sus mensajes no se perderían.

Seguía siendo persona *non grata* en algunas colonias, algo que tendría que suavizar en su momento, aunque la diplomacia distaba mucho de ser mi especialidad.

Ocuparnos de las hembras era prioritario, los naturales tendrían que esperar.

—Las colonias están avisadas sobre posibles estampidas, deberías salir con los naturales cuanto antes —me dijo Nahuel—. Yo me ocuparé de esto.

—¿Y si pasa algo?

—Si ocurre algo, tendremos que arreglarnos. No puedes estar en todos sitios, y nadie lo espera, excepto tú. Hay que mover a los naturales antes de que las colonias se enteren de lo que estamos haciendo, o pondrán el grito en el cielo. Los vehículos de carga están listos, y Freyja y los suyos, también.

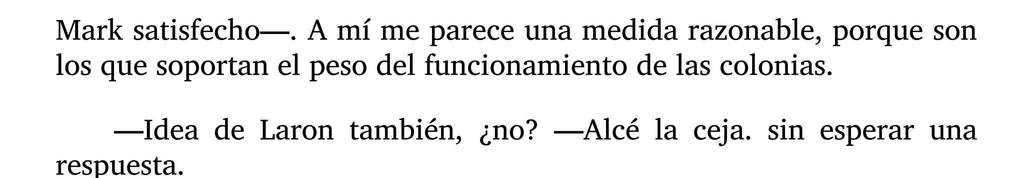
Mark me dio un abrazo de bienvenida, y nos mostró las duchas descontaminantes ya listas.

—¿Has conseguido que más pilotos se unan? —le preguntó Nahuel.

—Yo no. Laron los ha convencido. No sé cómo lo ha hecho, el caso es que ha desautorizado, incluso, al Consejo General, al contar lo que su propio padre hizo con Nasirah y con él. Las colonias están preparando elecciones de emergencia, tras destituir a todos los consejeros, mientras un Consejo se hace cargo de manera provisional.

—Y ese Consejo, ¿de dónde va a salir? —pregunté, no muy convencida.

—De los instructores más veteranos de cada colonia —respondió



Mark satisfecho—. A mí me parece una medida razonable, porque son los que soportan el peso del funcionamiento de las colonias.

—Idea de Laron también, ¿no? —Alcé la ceja. sin esperar una respuesta.

—Si te parece… —la voz de Laron a nuestras espaldas nos sobresaltó.

—Ya te dije que, ni entiendo de política, ni pretendo hacerlo.

—Buen trabajo, consejero. —Nahuel le tendió la mano en un gesto que me sorprendió.

La última vez que nos vimos los tres, hubo tensión. Me preparé por si debía intervenir. Creí que Laron se había resignado, pero era demasiado cabezota para dejar las cosas como estaban.

—Ya no lo soy. Mi padre me destituyó en cuanto me largué de la colonia —contestó con una sonrisa, estrechando la mano que le tendía el cazador—. Ahora soy un agitador, nada más. No tenemos color para el traje de los rebeldes, ¿verdad?

—¿Vas a acompañar a los transportes? —le preguntó Mark.

—Preferiría ir con vosotros.

—No hay trajes protectores suficientes —le contestó el piloto.

—Vale, iré con los transportes, aunque no me entusiasma la posibilidad de que un bicho de esos se me meta en la cabeza, lo mío es hablar con humanos, claro que, si hace falta gente, allí estaré.

—Entonces, será mejor que te quedes a hablar con humanos. Si te va a dar un ataque de histeria, tendríamos que tirarte del helicóptero al mar, y se te acabarían tus días de rebeldía —le dije irónica.

—¿Tú también vas con el transporte? —se le alegro la cara, en la misma medida que se ensombreció la de Nahuel—. En ese caso, ¡me apunto!

—Quizá podamos sustituir un artillero… —intentó Nahuel, que calló ante la mirada dura de Mark.

Tenía razón. La seguridad era más importante. El que Laron no ocultara sus sentimientos hacia mí era bastante molesto. Y es que el ex consejero sabía tocar muy bien las narices, cuando se lo proponía.

Mark dio una palmada, llamando nuestra atención. Cada uno debía atender a lo suyo.

Nahuel se despidió de mí con un beso, más largo y profundo de lo necesario. Quería que Laron tomara buena nota.

—Ten cuidado —le recomendé, aunque no hacía falta.

Lo observé alejarse. Me encantaban aquellos anchos hombros, y el caminar felino que cuadraba tan bien con su nombre: Nahuel, jaguar.

—¿Tienes pañuelo o te doy el mío para limpiarte la baba? —Laron me sacó de mi ensimismamiento.

—Vamos, consejero… —me corregí—, ex consejero. Y te advierto que, si das problemas, me desharé antes de ti que de uno de los naturales.

Los tres helicópteros que portaban la bomba, y que contendrían la estampida se elevaron formando grandes remolinos de polvo a su alrededor. Nahuel me hizo una seña con la mano que le devolví.

Los pilotos y copilotos de los transportes nos esperaban en un hangar.

En total eran ocho helicópteros pesados, todos los que pudimos conseguir. Y yo quería que los humanos les perdieran el miedo a los naturales, antes de embarcarlos. Una reacción de pánico de uno de ellos, podía ser desastrosa, pero no más que la de uno de los nuestros.

Les expliqué cómo íbamos a manejar el traslado. Y si antes pensaban que estaba loca, ahora les parecía completamente ida.

Laron intervino. Me facilitó las cosas con las tripulaciones, sin embargo, tres de los tripulantes de otras tantas naves no quisieron acompañarnos.

No se lo reproché. Después de todo, se trataba de un trabajo voluntario. Toda una vida de miedo a los génesers no iba a cambiar en unos minutos.

Los otros cinco aparatos salimos hacia el asentamiento de los naturales y aterrizamos alejados de ellos, en parte por el molesto ruido de los rotores, en parte por precaución.

Me acerqué a Freyja y le expliqué cómo llevaríamos a cabo el

traslado. Le gustó la propuesta de tomar contacto con los humanos que transportarían a su familia. Deberíamos aprender de su actitud civilizada, no mostraba recelo alguno, por el contrario, parecía contenta de conocer a más de los nuestros.

Laron se acercó con precaución a una señal mía, alargando la mano de forma instintiva hacia su arma. No llevaba ninguna. Nadie las llevaba. Si alguien perdía los nervios, prefería que saliera corriendo, a tener que lamentarlo.

Le indiqué a Laron que se sentara a mi lado.

Freyja estaba echada, al igual que dos de sus hijos, que la flanqueaban. Era un gesto de deferencia hacia los nuevos humanos, con el fin de no parecerles agresivos, y al que accedió después de leer el miedo en las mentes de los hombres que me acompañaban.

—«*¿Por qué nos teméis? Jamás hemos atacado a los humanos*».

—«*Vuestros hermanos llevan siglos haciéndolo. Tienes que entender que sean reticentes*».

Laron me miró alarmado, había escuchado nuestra conversación. Tenía el rostro pálido y, aunque su primer impulso fue salir corriendo, permaneció a mi lado.

—«*¿Tienes nombre, humano? Yo me llamo Freyja*».

Laron me miró, esperando que le dijera si contestar o no.

No le di ninguna pista. Él era el diplomático.

—Laron. Me llamo Laron. Encantado de conocerla —pronunció en voz alta.

—«Es amable, me gusta» —dijo Freyja, con alborozo.

Las voces de sus hijos y nietos se entremezclaron, dando la bienvenida al nuevo humano. Laron se llevó las manos a los oídos, alarmado al oír la algarabía dentro de su cabeza.

—«*Debemos guardarnos de hablar todos a la vez*» —les recriminó Freyja con dulzura—. «*Podemos asustarlos*».

—Voy a ir trayendo al resto de mis compañeros de uno en uno — indiqué en voz alta—. Quédate, Laron. Es importante que vean que no tienes miedo, aunque deberías pellizcarte las mejillas, estás muy

pálido.

—¡Qué graciosa! —siseó con toda la ironía que pudo reunir, que no fue mucha.

El siguiente fue un piloto, Conrad. No las tenía todas consigo, pero viendo que Laron permanecía casi tranquilo, se sentó a su lado.

Repetí la presentación con todos, uno por uno. Era importante que nadie cediera al pánico y teníamos tiempo. Dejé que el asombro ganase la partida al miedo. De hecho, había pensado que uno de los aparatos se llevase a quienes no pudiesen resistir la prueba. Me equivoqué, quizá debería tener más confianza en mis congéneres.

Poco a poco se fueron acostumbrando a escuchar dentro de sus cabezas las voces de todos los naturales. Incluso algunos pequeños que no iban a hacer la travesía a nado, se acercaron con curiosidad.

Cuando llegó el momento, Freyja me acompañó hasta el aparato más cercano y subió a él, junto con uno de los pequeños.

Los dos adultos, un macho y una hembra, que esperaban la orden de Freyja desde la costa, se adentraron en el agua con la barahúnda de pequeños, que saltaban entusiasmados por la aventura.

Le indiqué a la hembra que estarían mejor echados en la carlinga. Podían perder el equilibrio. Se avinieron sin problemas hasta que levantamos el vuelo. Entonces, Freyja se incorporó y miró fuera.

Percibí su entusiasmo. Contemplaba el mar en calma, con algo de inquietud por la altura, no con miedo. Vio a los suyos surcando con gran agilidad las aguas, y la invadió una sensación de paz que pude sentir con nitidez.

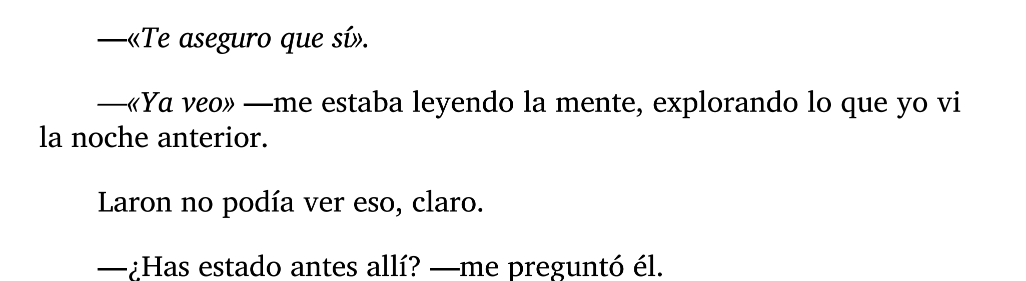
Los pilotos estaban más pendientes de la reacción de la hembra que de los controles, y les llamé la atención. Comprendía su curiosidad, pero tenían que llevarnos de forma segura.

Y la mirada de Laron pasaba de Freyja a mí, entusiasmado y asombrado a partes iguales.

Ya era un converso. Y con su labia, no dudaba de que convencería a todo aquel que quisiera escucharlo. Tal había sido mi propósito al dejarlo venir, ahora me daba cuenta del acierto.

—*«¿Hay caza y agua suficiente en la isla, Nasirah?»* —me preguntó

Freyja, como algo que se le acabara de ocurrir.



—«*Te aseguro que sí*».

—*«Ya veo»* —me estaba leyendo la mente, explorando lo que yo vi la noche anterior.

Laron no podía ver eso, claro.

—¿Has estado antes allí? —me preguntó él.

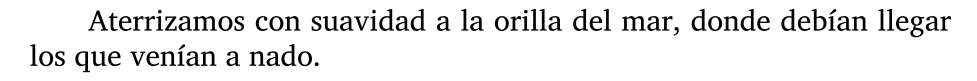
—Sí, la noche pasada.

Le agradecí su silencio, no quería explicarle nada más porque no era de su incumbencia.

—¿Tiene nombre la isla? —gritó el copiloto, haciéndose oír por encima del ruido.

—Lo tiene —sonreí para mí, y les dije su nombre.

47. Mi manada



Aterrizamos con suavidad a la orilla del mar, donde debían llegar los que venían a nado.

—«*Ha sido una gran experiencia, gracias*» —nos dijo Freyja, descendiendo del aparato con cuidado, le temblaban un poco las patas.

—«*Ahí viene otro helicóptero, vamos a retirarnos, que no os dañen las palas*» —le advertí.

—«*Daremos un paseo por estas tierras nuevas, hay tiempo hasta que el resto de la familia se una a nosotros*».

—«*Vamos a volver a por más. Si puedes hablarles y calmarlos, que el viaje no se les haga tan angustioso, sería bueno*».

—«*Estoy comunicándome con ellos. Ya saben cómo va a ser el viaje, lo han realizado conmigo y no tienen miedo. Tú deberías pensar en lo que vas a hacer con tu grupo de machos*».

—«*¿Hacer? Todavía no sé lo que voy a hacer. Es mejor que se queden entre los suyos, con Líder estarán bien*».

—«*Si se quedan con ella, morirán. Veo que te importa, por eso te lo digo*».

—«*En sus genes está la agresividad, que les impide acercarse a nosotros sin querer matarnos, no puedo hacer nada por ellos*».

—«*Tú eres su hembra ahora, la que les da órdenes*».

—«*¿Órdenes que van contra su naturaleza?*»

—«*En su naturaleza está proteger a su hembra y cuidarla. La Alfa era la que ordenaba atacar a los humanos, tú deberías ser capaz de refrenarlos, y debes hacerlo, si quieres que sobrevivan*».

—«*¿Sobrevivir a qué? No tendrían futuro, sino vidas vacías, al final de las cuales no quedaría nada*».

—«*Te equivocas de nuevo, Nasirah. Tendrían una vida en familia. No se reproducirían, pero protegerían a la manada. Es preferible que se queden con nosotros, somos más afines de lo que piensas, y los míos los acogerán de buen grado, si lo deseas. Soy su matriarca, no su jefa, y no*

estoy por encima de ninguno. Nos cuidamos unos a otros, nos respetamos».

Su discurso me dejó pensativa. Laron nos miraba alternativamente, como si estuviese viendo un partido en el que nos pasáramos la pelota de una a otra.

—«*Veré lo que puedo hacer*» —contesté, sin implicarme.

Estaba casi segura de que era imposible, y no lo diría en voz alta, me dolía más de lo que quería reconocer porque, en mi interior, sentía que Hades y los Dioscuros ya eran parte de mi familia.

No sé en qué momento el vínculo entre aquellos machos y yo se había hecho tan sólido. Ni creía que pudiera librarlos de lo que le esperaba al resto. No quería hacerme ilusiones. Meditaría sobre ello en cuanto hubiésemos trasladado a todos los naturales a la isla. Es lo único que podía hacer.

De vuelta al continente, Laron no paraba de mirarme. Podía leer con claridad sus pensamientos, y lo bloqueé. No quería saber lo que pensaba nadie.

Invadir la mente de los demás daba más miedo que enfrentarse a un grupo de génesers. Contabas con que estos te dañarían, los pensamientos de alguien podían ser más perjudiciales.

—Hablabais de los génesers que te acompañaron al salir de la Uno, ¿verdad? —me preguntó a gritos, sobre el estrépito de los rotores.

Lo miré sin responderle, no era el momento de hablarlo, quería meditarlo.

—Puede que ella tenga razón y vivan felices con la manada, el resto de sus días. Deberías intentarlo —continuó, ante mi mutismo.

—¿Te ofreces voluntario?

—¿Para qué?

—Para ver si mis órdenes de no atacar humanos dan resultado.

—Lo haría por ti —dijo al cabo de un minuto, cuando ya pensaba que no iba a contestar.

Puse los ojos en blanco y me fui a la cabina. No quería más muestras de lo que Laron sentía por mí. No podía corresponderle, y me dolía la desazón que veía en su mirada, por debajo de aquella máscara de ironía que solía acompañarlo.

—Hay algo que no te he dicho. —Laron vino detrás de mí.

—¡Ya tengo suficiente de tus gilipolleces! Guárdatelo.

Lo mandé con el primer vuelo que salió hacia la isla. Me incomodaba su continua insistencia.

De hecho, en ese mismo momento podía haberle contestado mucho peor de lo que lo hice. Fue un ataque de irritación tan rápido e irracional, que me quedé sorprendida. Pasó tan raudo como me sobrevino, dejándome confusa.

Mientras les explicaba a los naturales la forma en que íbamos a trasladarlos, y el orden que llevarían, llegó Nahuel pilotando el helicóptero del día anterior.

—Mark se ha quedado haciendo limpieza, me ha mandado a por Laron. Hay disturbios en la Uno, y es posible que pueda ayudar a implantar el orden —me dijo, antes de besarme.

—Ha salido hace un momento, no creo que tarde.

Ayudamos a embarcar al siguiente grupo de naturales y, al quedar la explanada libre de helicópteros, me subí a una elevación pedregosa desde la que atisbé la llegada de unos cuantos génesers.

Me extrañaba, Líder no los hubiera dejado aproximarse tanto, a no ser que no la obedecieran. Solté una carcajada ahora que veía mejor al trío que se acercaba: eran mis machos, Hades y los Dioscuros.

—Quédate aquí —le dije a Nahuel—. Tengo visita.

Salté a su encuentro. No debían aproximarse demasiado a los naturales, podía haber un conflicto, que no hubiera sabido solucionar.

Hades me olisqueó, a pesar de que me había captado desde hacía kilómetros. Acercó su flanco, quizá esperando que me apoyase en él, igual que la otra vez. Me pareció un gesto tierno, aunque era muy probable que lo estuviera interpretando a mi conveniencia.

El que hizo a continuación me era conocido, dobló la pata delantera esperando que me aupase a su lomo.

Nahuel estaría intranquilo, no debería hacerlo y, de todas formas, no pude resistirme.

Cástor y Pólux se acercaron también a olisquearme. Su actitud era alegre, me habían estado buscando y sentía su alborozo al haber dado conmigo.

Mi mente se conectó a ellos de manera inmediata, lo mismo que si hubiera activado un interruptor.

Salimos lanzados, en una carrera que casi me derriba. De nuevo iba sin guantes y, aunque pensé durante un instante que se volverían a abrir las heridas de las manos, eso no me detuvo. Me sujeté y dejé que me llevaran lejos y rápido.

Disfruté del paseo y de la compañía. Ellos estaban al tanto de la presencia de naturales, hacia los que no sentían animadversión. Y tenían indicios de que los estábamos poniendo a salvo.

Les propuse presentarlos, a lo que accedieron de inmediato. Por su parte, no había problema, percibían en los naturales apego hacia mí, no una amenaza.

De todas formas, si algo había aprendido de Freyja, es que las presentaciones tenían su importancia.

—«*Debo adelantarme a avisarles, y que el humano que está conmigo se aleje*» —les dije.

—«*Saben que estamos aquí*» —me contestó Hades—. «*En cuanto a tu humano, no nos resulta una amenaza. Es parte de tu manada, igual que nosotros*».

Aquella respuesta me dejó un poco perpleja, y le pedí explicaciones.

—«*Tú eres el centro de la manada. Nosotros tenemos que cuidarte, alimentarte, mantenerte a salvo de otras manadas y del resto de hembras o de cualquier intruso*».

—«*¿El humano es parte de la manada?*»

—«*Es tu decisión y, aunque de distinta forma, lleva tu olor. Al igual que nosotros, te protegerá de cualquier peligro a costa de su vida. Es nuestro hermano, no un enemigo*».

—«*¿No le haréis daño?*»

La pregunta les causó tal desconcierto mental que hasta yo me sentí confusa. Hacía tiempo que no escuchaba el ruido blanco y los chasquidos. Parecían incapaces de interpretar algo y hacerse comprender por mí.

Ese desconcierto me indicó, mejor que mil pensamientos aclaratorios, que Nahuel estaría a salvo con ellos.

Reí alborozada. Ni en mis mejores sueños hubiera podido imaginarlo. Le iba a dar un susto de muerte a Nahuel, y esperaba que le mereciera la pena.

Les hice detenerse a bastantes metros de la posición del cazador, lo justo para que este me oyera.

—¡No dispares! No van a hacerte daño —grité.

A pesar de mi advertencia, Nahuel empuñaba su rifle, apuntando hacia Hades.

—Voy a acercarme primero, y hablaré con él —reí—. Es que no sabe que es parte de la manada.

Lo hice. Me acerqué a mi cazador, cuya tensión era palpable, y le conté lo que me dijeron mis génesers.

Sí, así pensaba en ellos en ese momento, y me resultaba molesto porque, realmente, no eran míos, ni de nadie. El caso es que mi mente, rebelándose contra mis sentimientos, insistía en considerarlos de mi propiedad. Era un pensamiento arrogante tan propio de la Alfa, que me asustó. ¿Tenía más de ella de lo que imaginaba?

La cercanía de Nahuel hizo que esa mala impresión se borrara de mi cabeza.

—¿Cómo que soy parte de tu manada?

—Eso parece —me puse de puntillas y le di un beso rápido en los labios—. ¿Confías en mí?

—¿Estaría aquí de no ser así?

—En ese caso, intenta relajarte —lo conminé a que bajara el arma —. Vas a conocer al resto de mi manada.

Nahuel se colgó el arma en bandolera e inspiró profundamente.

Hades se detuvo a mi lado y le hice un gesto de asentimiento, entonces se acercó a Nahuel, que cerró los ojos y dejó que el géneser lo olisqueara de arriba abajo, sin perder los nervios.

Cástor y Pólux lo imitaron, y con la misma suavidad. Se produjo

una corriente de pensamientos positivos entre ellos, que me alivió mucho.

Ojalá se pudiese hacer con todos los génesers. Evitaríamos un exterminio que me angustiaba.

Los naturales nos observaban a cierta distancia, e hice lo mismo que con Nahuel. Me acerqué a ellos y, en cuanto me dieron permiso, dejé que se acercara mi manada.

Me producía un orgullo extraño referirme a ellos así. Hubo entendimiento general, incluso los naturales compartieron presas con Hades y los Dioscuros. Nahuel y yo nos apartamos, no queriendo interferir en la nueva relación.

—Tal vez llegue el día en que tengamos que cazar como ellos — me dijo Nahuel sentado en el suelo a mi lado, con un brazo protector alrededor de mis hombros.

Los helicópteros estaban regresando. Era hora de despedir a mi manada.

Hades dobló la pata.

—«*No es el momento, tengo que quedarme con él*» —dije, refiriéndome a Nahuel.

Pero ellos ya se me habían adelantado. Cástor estaba al lado de Nahuel con la pata doblada, igual que Hades.

—¿Te atreves, cazador? —Solté una carcajada, y no esperé respuesta porque ya la conocía.

Nahuel se encaramó al lomo de Cástor con delicadeza y cierto temor. Le pasó la mano por la dura piel y los escuché comunicarse mentalmente. Le recomendé en voz alta que se sujetara bien, y los génesers corrieron, describiendo un gran círculo alrededor de la posición de los naturales que, alborozados, lo consideraban un juego.

Y eso era, creo. Una diversión que nos unía a todos nosotros, una y otra raza en consonancia.

Nahuel se pegó al lomo de Cástor al principio, seguro de que se caería. La montura tuvo buen cuidado de que aquello no ocurriese y, al cabo de unos minutos, el cazador tomó confianza y se incorporó. Pude leer en sus ojos lo mismo que debía ver en los míos: euforia.

Aferrado a las protuberancias óseas de Cástor, con el pelo retirado de la cara por el viento y una sonrisa encantada, parecía un Dios antiguo. No lo amé más por eso, sino porque confiaba tanto en mí, que se olvidó de toda una vida de prevención y miedo.

Los hombres bajaron de los helicópteros y corrieron hacia la loma más cercana. Estaban encantados y despavoridos al mismo tiempo.

Le pedí a Hades que nos dejasen lejos del grupo, no quería accidentes por ninguna de las dos partes.

Se mostraron un poco remisos al conminarlos a volver con Líder, pero obedecieron, perdiéndose en la distancia con sus poderosos cuerpos trabajando en perfecta coordinación.

—Sois tal para cual —dijo Laron, en cuanto nos acercamos—. Igual de locos los dos.

A pesar de sus palabras, percibí algo parecido a la envidia.

No contesté ni escuché lo que dijo Nahuel. Desde hacía un rato me sentía mareada, como si abrir completamente mi mente, con el fin de captar los pensamientos del cazador montando a Cástor, me hubiera dejado sin fuerzas.

Laron y Nahuel se marcharon hacia la colonia Uno y yo me dispuse a hacer el último viaje del día con los naturales.

El siguiente traslado resultó más intranquilo, el pequeño géneser que acompañaba a su madre no estaba nada contento con los ruidos que acompañaban a aquella cueva en movimiento. Ella se encargó de calmarlo, arrullándolo contra su fuerte pecho.

Eran ese tipo de cosas las que me sorprendían, el comportamiento de los naturales tenía tanto que ver con el de los humanos, que casi asustaba. Y llamarlos animales era una forma de ponernos por encima de ellos, cuando en ciertas circunstancias solíamos ser mucho más salvajes.

Escuché el mensaje de Mark mientras sobrevolábamos al grupo de nadadores incansables que avanzaban despacio, surcando el azul del mar en calma.

Todo se había desarrollado según lo previsto. Más de 180 hembras muertas. Una cantidad de machos que sobrepasó los 10 000…, en fin, un triunfo que me sonó a derrota.

Líder intentó comunicarse conmigo, y yo no se lo permití. No tenía ganas de hablar, ni con ella, ni con nadie.

La tarde estaba cayendo cuando dejamos a madre e hijo a salvo en la isla. Los helicópteros volvían a la Cinco, donde pasarían la noche. Yo me quedé sin que nadie más que Freyja se diera cuenta.

No tenía ganas de volver.

Todavía faltaban la mitad de naturales. Al día siguiente los trasladarían, yo ya no era necesaria.

En ese momento tenía que aislarme de todo y de todos. No quería hablar ni pensar, me sentía agotada.

Oscuros pensamientos me asaltaban desde hacía rato, y quería olvidarme de ellos. Agradecía hasta la ausencia de Nahuel, necesitaba dormir en paz.

48. Veneno

Lo cierto es que, desde hacía unas horas, me sentía extraña, como si un virus se hubiese apoderado de mi mente, proporcionándome ideas ajenas, recuerdos imposibles, sueños malévolos.

Llegué a creer que me estaba volviendo loca, y me apliqué en bloquearme de toda interferencia de los naturales, tal como me enseñó Líder.

Tal vez, entre ellos, alguno me implantaba aquellos extraños pensamientos, tan desagradables. ¿Me habría equivocado sobre sus intenciones?

Algo hurgaba en mi interior, aunque no lograba bloquearlo, porque lo que fuera, estaba dentro de mí. No escuchaba a los génesers, pero mis pensamientos seguían siendo perturbadores.

Freyja y los suyos habían quedado cerca de la playa, en espera del resto de su familia. Yo me alejé hacia el interior, y me tendí a resguardo del fresco nocturno, en una zona abrigada, con rocas y maleza.

Creo que me dormí, a pesar de aquellos pensamientos intrusos.

—«*Eres parte de mí y, por tanto, posees mi naturaleza*» —me había dicho la Alfa.

Temía que aquello fuese cierto, que se estuviese imponiendo aquella parte de su naturaleza, que rastreaba en el interior de los demás, y aprovechaba sus debilidades.

Durante lo que me pareció una eternidad, fui capaz de indagar en las mentes de aquellos en los que confiaba, a pesar de la distancia. Nada más cruel que saber lo que los demás piensan de ti, me dije a mí misma desde que descubrí esa capacidad.

Mi madre pensaba que no debería haber sobrevivido al veneno. Su vida hubiese sido más feliz y tranquila. Superadas mi muerte y la de mi padre, ahora tendría una familia normal.

Nahuel también empezaba a cansarse de nuestra relación. Echaba de menos su vida anterior, en la que nadie le dictase los pasos a seguir. Él había forjado su carrera sin tener ninguna habilidad ajena, lo que no era mi caso. Extrañaba otros cuerpos que acariciar y

complacer, que a su vez le proporcionasen esa clase de satisfacción que no tiene un después, ni cargas emocionales, ni obligaciones. Incluso añoraba hacer el amor con Kayla. Habían sido buenos amantes, sabiendo cómo dar placer al otro… En definitiva, pensaba en darle vía libre a Laron conmigo.

Vanur, por su parte, odiaba lo que yo era, y lo que representaba. Tenía que hacer un gran esfuerzo para no gritarme que me fuera con mis queridos génesers, en vez de estar dándoles órdenes a ellos. No soportaba que una cría le dijera cómo actuar con los monstruos, a los que llevaba tiempo combatiendo.

Mark, en cambio, sí que me quería cerca. Tan cerca como fuera posible. Y si tenía que aguantar a Jade, lo daría por bien empleado. Tarde o temprano acabaría en mi cama.

Laron me despreciaba. Mi negativa a unirnos había estropeado su oportunidad de convertirse en presidente del Consejo General, dueño de la mujer que podía someter a los génesers, o lo que era lo mismo, cabeza de todo el mundo conocido, con poder suficiente para decidir sobre las vidas de todos. No cejaría en su empeño, aunque tuviese que matar a Nahuel y babear detrás de mí, fingiendo que apoyaba mis decisiones. Ya sabría conducirme hacia donde él quería, y doblegarme a sus deseos.

La Líder también tenía motivos propios. Me engañó para embarcarme en la conspiración que la convertiría en la nueva Alfa. Yo le hacía el trabajo duro, deshaciéndome de todas las hembras que le disputaban el poder y, además, trasladando a los naturales a un lugar desde el que no pudieran interferir en sus planes. Hades y los Dioscuros eran miembros de su manada, no de la mía, fue necesario cruzarlos en mi camino y así, proporcionarles una excusa. Serían el caballo de Troya que vivirían entre los naturales, a la espera de la orden de terminar con ellos.

—«*Un panorama poco alentador, ¿verdad, humana*?»

Desperté, de golpe, con la voz de la Alfa resonando en mi interior. El corazón me galopaba y sentía el sudor pegando el pelo a mi cara.

Freyja me observaba, desde una distancia prudente.

—«*Tienes algo muy malo dentro, humana*» —me previno.

La vi ahora, con los ojos de la mente, en su verdadera naturaleza: mucho más malvada que la Alfa. Tras aquella apariencia frágil y

bonachona, se escondía el verdadero mal que terminaría con la humanidad.

—«*Tienes que sacarlo de ti o te trastornará*» —siguió.

Intenté expulsarla de mi cabeza, no quería escucharla, ni escuchar nada más, pero me encontraba sin fuerzas.

Me puse a temblar con violencia, tenía frio, aunque mi piel parecía recién salida de un horno por la fiebre.

—«*Deja que entre en tu mente, puedo ayudarte*». —Freyja se encontraba más cerca, e insistía demasiado.

Lancé un manotazo hacia ella, no quería que se me acercara más, y mucho menos que entrase en mi mente.

Podía percibir la situación con mayor claridad que nunca: debía someterlos a todos de nuevo, a génesers y a humanos.

¿De dónde salían esas ideas? Quería gritar, y tal vez lo hice, ya que noté una punzada de dolor en la garganta. No servía de nada, porque lo que sentía en el interior de mi cabeza no desaparecería así.

Me recosté de nuevo y cerré los ojos. No quería ver a Freyja, ni que hablase conmigo. Hice acopio de toda mi voluntad y le negué el acceso. Dejar de escucharla era un alivio, me impedía centrarme con claridad en mis próximos pasos.

«Por fin me quedé a solas. Debía pensar en hablar con las hembras, desterrar de sus cabezas el ideal de libertad, porque seguía viva y era yo quien mandaba. Ya sabía quiénes habían conspirado en mi contra, y me encargaría de ellas a su debido tiempo».

«De los humanos ya me ocuparía después. Sometidos o muertos. Esas iban a ser sus opciones».

«Mientras tanto, debía continuar hacia el Sur».

«Primero reunir a los míos, luego arrasar por completo uno de los asentamientos humanos. Nada de tentativas, como hice en su día. Se someterían, o todos morirían».

«Al Sur».

Intenté debatirme. No me gustaban esos pensamientos. Me levanté trastabillando y caí, dándome contra una de las rocas en la

cabeza.

Me quedé sentada, sangrando y sudando.

Freyja todavía estaba allí. No se había movido.

Intentaba entrar en mi mente con todas sus fuerzas, y la Líder, también.

No las dejé.

No quería más invasiones de mi mente.

«*Al Sur*».

Pero yo no podía ir al Sur. Al Sur de la isla solo estaba el mar.

Al Sur, ¿por qué debía ir al Sur?

No podía pensar con claridad. Se me acumulaban las ideas, las propias y las ajenas.

¿Al Sur de dónde?

«*Al Sur del lugar en que morí. Al Sur, donde los que creían haberme matado, se convertirían en mi mejor línea de defensa*».

Yo no quería ir más que a la colonia Cinco, en la que Nahuel y Mark y Laron me esperaban.

¿De verdad me esperaban? ¿Nahuel que estaba deseando perderme de vista? ¿Mark que esperaba recoger mis pedazos? ¿Laron que tenía tanto interés en manipularme?

—Mamá… —gemí, sujetándome las sienes con las manos ensangrentadas.

—«*Yo soy tu madre. No tienes lugar al que escapar, tu única alternativa es reunirte conmigo, y terminar con este absurdo enfrentamiento*».

Sacudí la cabeza con fuerza, lanzando gotas de sudor y sangre a mi alrededor. Me dormí. Me desmayé. Morí.

49. Intromisión

Con la primera luz de la mañana, escuché el sonido de los helicópteros llegando a la playa sin prestar atención, me importaba poco, la verdad.

Entraba y salía de mis ensoñaciones con tanta rapidez, que no sabía si me encontraba en aquella isla o corriendo entre peñascos. O quizá haciendo ambas cosas al mismo tiempo.

Supongo que Freyja se puso en contacto con Nahuel porque llegó corriendo, acompañado de un médico. Mientras me vendaban, pude escuchar su conversación con la natural.

—«*¿Qué le pasa?*» —le preguntó él, alarmado.

—«*Su mente ya no es un espacio que le pertenezca solo a ella. Hay alguien más que se está imponiendo*».

—¿Quién, excepto uno de los vuestros, podría ser el responsable? —gritó él, enfurecido.

—«*Calma, humano. Tengo mis ideas, aunque no puedo dar nada por sentado. Ahora nos está escuchando, porque Nasirah no me deja entrar en su mente. Si me lo permitiera, podría ayudarla. La otra presencia es mucho más fuerte, y la ha convencido de que no se fie de nadie, ni siquiera de ti*».

Me disponía a rebatir los argumentos de la natural y, en vez de eso, logré contactar con las mentes de ambos, y lo que quería transmitirles, se convirtió en algo distinto.

—«*¿De verdad quieres ayudar, Freyja? Te gusta que te llamen así, ¿no es cierto? Te identificas mejor con el nombre de una deidad. Puedes colaborar, claro que sí: cogiendo a toda tu prole de tarados, y suicidándoos juntos. No sois genéticamente aptos para sobrevivir en este mundo. Terminaréis entre las garras de los míos, como comida de ellos*».

La mente de Freyja permaneció en blanco, ignorando la amenaza.

¿Por qué dije eso, si no era eso lo que quería decir?

—«*¿Y tú, humano? ¿Has venido enseguida, o antes has echado un polvo con la chica que ha dormido contigo esta noche? Te gusta dormirte después de follar y hacer lo mismo cuando te despiertas. Hueles a sexo y a mentiras a kilómetros*».

Nahuel jadeó, sorprendido y dolido.

—*«No es ella, humano»* —le advirtió Freyja.

Las imágenes de Nahuel haciendo el amor con otra chica, nos golpearon a los tres con tanta fuerza que tuve que gritar, en un intento de ahogar sus jadeos y gemidos de placer.

Y una vez que empecé, no podía detenerme. Aparté al médico de un manotazo y me incorporé a medias. Mis piernas no me sostenían, me ardía la garganta y tenía la visión borrosa.

Nahuel se acercó corriendo para sujetarme, lo aparté igual que había hecho con el médico, no lo quería cerca.

Un dolor taladrante me atravesaba el cráneo. Ya lo había sentido antes, sabía qué lo provocaba y no podía dejar de gritar.

—«*Es la madre, humano. Pretende dividirnos, y usará cualquier medio. Volverá en nuestra contra los más íntimos temores de cada uno, por eso hay que combatirla, y Nasirah no es capaz. Su esencia se está apoderando de ella*».

Nahuel tenía los ojos relucientes de desesperación. Al fin, me rodeó con los brazos, impidiendo que me moviera, y me susurró al oído, probando a calmarme.

Intenté revolverme, soltarme del agarre, y me resultó imposible. Grité más, hasta que los gritos se volvieron graznidos.

No era la madre, no era la Alfa. Ella estaba muerta y no podía invadir mi mente nunca más.

—«*Pero sí que puedo, humana*» —contestó la voz tan conocida.

No mentía en eso.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó Nahuel a Freyja, con impotencia.

—*«No puedo ayudarla si no me deja entrar por completo. Es una lucha que no puede librar sola»*.

—¡Está viva! —dije contra el pecho de Nahuel—. ¡Está viva!

Y al tiempo que lo decía, fui consciente de cómo lo hizo. Lo vi solo unos instantes, la primera vez que fui a hablar con la Alfa. Ella se

ocupó de ocultarlo con su propio cuerpo todo el rato que estuvimos hablando, pero de reojo lo pude percibir. Era una brecha en la roca, no demasiado grande y cubierta por maleza.

Lo registré en mi subconsciente, al observar un rastro de despojos que se adentraba en esa abertura. Incluso llegué a dedicarle un pensamiento fugaz porque comprendí que, con la envergadura de la Alfa, no hubiera cabido allí, ni en el mejor de los casos.

Era aquello lo que quería recordar cuando Nahuel me enseñó la vía de escape del santuario. Lo tenía al filo de la memoria, pero no caí en lo que podía ser, hasta ahora, tarde ya.

La Alfa había tenido su vía de escape, y yo seguía sin saber cómo lo hizo: no cabía en aquel espacio y, según las noticias, tenían su cuerpo en la colonia, despedazado, con el fin de estudiarlo.

Nahuel y Freyja pudieron verlo también. No lo hice adrede. Es que ya no distinguía lo que pensaba en privado, y lo que dejaba ver a los demás.

Nahuel me alzó del suelo. Me encontraba demasiado exhausta, incapaz de sostenerme en pie. Le rodeé el cuello con los brazos y apoyé la cabeza vendada sobre su hombro. ¡Se estaba tan bien así! El simple hecho de tenerlo tan cerca, alejaba la voz transgresora, que me impelía a pensar cosas viles de todo el mundo.

—No está viva, Nasirah. Tenemos su cuerpo muerto en la colonia Base. El profesor lo estudia en este momento —me dijo lo que ya sabía.

—*«¿Qué se ocultaba en esa brecha*?» —me preguntó Freyja, sin hacer caso de Nahuel.

—«*Una salida, una forma de escape que no sé en qué consiste».*

—*«Una hembra»* —aseveró ella—. «*Su vía de escape».*

—*«¿Una hembra normal?»* —pregunto Nahuel—. *«¿La tenía allí por si acaso pasaba lo que pasó? ¿Cómo?»*

—*«Le transmitió toda su esencia antes de morir. Siempre ha sido desconfiada…, y astuta».*

La presión en mi cabeza comenzaba a machacarme de nuevo.

—«*Lo siento, no puedo detenerla por mucho tiempo, Nasirah. No, a no ser que me des tu consentimiento de penetrar por completo en tu mente*» —dijo Freyja.

—«*También necesitas mi permiso, hembra. Y no te lo voy a dar*» —de nuevo aquella presencia ominosa en mi cabeza, respondiendo por mí.

—«*¿Es una hembra normal, Freyja? ¿No posee ninguna armadura que la convierta en impenetrable*?» —indagó Nahuel.

—«*¿Vas a venir a por mí, humano? Estaré encantada de recibirte. Te escapaste una vez, no se repetirá*».

Nahuel no esperó más. Me trasladó a un helicóptero que me llevaría a la Cuatro. El médico me proporcionó un tranquilizante de caballo, que solo durmió a mi parte humana durante el trayecto, en mi interior seguía escuchando a la Alfa, que se jactaba de su poder.

—«*¿Ves, humana? Tu hombre te ha abandonado a la primera dificultad. No va a venir a por mí, porque le gusta demasiado su status de cazador, y todo lo que este le proporciona. A él le conviene que esté viva. Ya te avisé de que esto ocurriría, de que los más allegados te iban a traicionar.*

»Los humanos estáis abocados a la extinción, por eso yo voy a sobrevivir. En breve convocaré a mis hijas, a las que no saben que continúo con ellas. De momento, no es conveniente que se extienda la voz, hay mucho que hacer antes de ponerse manos a la obra para vuestra completa rendición.

»En cuanto haya escogido el sitio en el que esté a salvo, iniciaré la ofensiva. Seré la única de las dos que quedará en pie, es por ello que necesito recuperar mi esencia, en su totalidad. Debemos fundirnos y tú debes desaparecer, porque tu cuerpo es demasiado frágil.

»Aunque no debes preocuparte, cuidaré de las dos hasta que llegue ese momento».

Mi madre, Vanur y Mirian esperaban al helicóptero que me trasladaba. No deseaba tenerlos cerca. La Alfa se mantenía al acecho, y no quería dañar a nadie más con mis palabras, aunque no fueran mías.

De momento la Alfa se había retirado. Comprendí que también ella necesitaba descansar.

Era cierto que Nahuel no me acompañó en el helicóptero. ¡Ojalá no se le ocurriera ir solo en busca de la Alfa!

Mientras, yo iba saliendo del falso descanso producido por los tranquilizantes, sin dar muestras de ello. Me hice la dormida. Y cuando me quedé sola, intenté lo que llevaba rato pensando. Si la Alfa podía meterse en mi mente, e interactuar con los de mi alrededor, quizá yo pudiese hacer lo mismo.

No era así como funcionaban las cosas con ella, que estaba a la defensiva. Me expulsó, en cuanto notó mi presencia en sus pensamientos.

Todo lo que creí haber aprendido sobre bloquear mi mente se estaba derrumbando. Y no lo comprendía…, en su momento funcionó, ¿por qué ya no?

Intenté ponerme en contacto con la hembra Líder. No quiso comunicarse conmigo. Lo entendía, ahora yo era un polvorín.

Por retazos de conversaciones que escuché sin proponérmelo, supe que Vanur y Mirian se ocuparon de un grupo de hembras frente a la colonia Dos. Después de la limpieza, se apresuraron a trasladarse a la Cuatro. Mi aspecto físico debió impresionarles, pero se quedaron a mi lado hasta que mi madre los echó.

—Mamá, deberías irte a descansar —le dije.

—No sé lo que planeará la zorra esa que tienes compartiendo mente, y espero que pueda escucharme, porque pienso matarla.

—Estamos solas, mamá.

—No voy a desdecirme, la hemos matado una vez, y volveremos a hacerlo.

—Tienes que hablar con la Líder. Ella puede localizarla.

—¿Cómo voy a hablar yo con una géneser?

—Nahuel te enseñará —le respondí.

—No voy a ir a ningún sitio hasta que estés mejor.

—No voy a estar mejor hasta que ella muera, mamá. Y yo no puedo matarla esta vez. Le sería muy fácil provocarme un derrame cerebral, aunque por ello perdiera parte de su esencia.

En el momento en que lo dije, intuí que no era cierto. La Alfa no se podía permitir, en su desventaja, deshacerse de mí y renunciar a una parte de ella. Su actual condición era de decadencia, por mucho que se jactara de su superioridad.

—Descansa, cariño. Deja que los demás hagamos algo esta vez.

50. Mi Habitación del pánico

Líder había oído, igual que el resto de sus hermanas, la llamada de la Alfa, que iba arrastrando a algunas de sus hijas hacia el Sur.

Sin embargo, la convocatoria no fue acogida con la fidelidad que esperaba. Sus hijas podían percibir el estado de debilidad en que se encontraba, y no solo por su apariencia física, también su poder mental parecía mermado. Ya no tenía la supremacía sobre ellas, era una hembra más, al menos hasta que recuperase toda su esencia.

Y yo tenía una parte de ella.

Esa fue otra de sus mentiras, no hubiese entregado esa parte de forma voluntaria. Ni siquiera tuve que leerlo en su mente, lo sabía.

Creo que, contra todo pronóstico, fue mi padre quien leyó en la suya la desventaja en que quedaría, perdiendo una parte de su integridad. O igual, el episodio fue fortuito, un giro del destino que nadie podía prever.

Sin ese todo, la parte que mi padre me traspasó al envenenarme, ahora la Alfa era poco menos que otra géneser, que, incluso, había perdido casi por completo la capacidad de dar a luz machos, como el resto de las hembras.

Nos quería a Freyja y a mí. Pude ver su intención de matarme y entrar en ella, renovada por completo.

Me dio tiempo de advertírselo a Líder, antes de que la Alfa volviera a apoderarse de mis pensamientos. Y, a pesar del dolor, me cuidé mucho de dejarle ver que sabía por qué necesitaba ir al Sur.

Al igual que antaño, sus planes pasaban por el chantaje. Si no me llevaban con ella, arrasaría las colonias. La diferencia era que ahora reconocía la bravuconada. Sus hijas seguían luchando por el poder, sin tenerla demasiado en cuenta.

Las pocas que le eran fieles, la apoyaban a distancia. No terminaban de fiarse de ella, ni la temían como antes.

Perdida su exclusividad pariendo hembras, y en un cuerpo que no soportaría bien las modificaciones genéticas necesarias, solo le quedaba una alternativa: necesitaba el cuerpo de Freyja, con todas sus facultades intactas, que la harían volver a ser lo que fue a mayor

velocidad. Manipularse genéticamente la haría fuerte, eso y la capacidad de parir hembras, sería lo único que le devolvería su liderazgo.

Tenía una estrategia para la que necesitaba tiempo, ahora era vulnerable.

Y yo lo era de igual modo. No existía casco que la sacase de mi mente, y solo Freyja estaba segura de poder ayudarme con eso. Tenía mis dudas, ir juntas sería una temeridad, la situación ideal para la Alfa.

Freyja me enseñó algo que necesitaba con desesperación, una especie de compartimento que impedía a la Alfa acceder a mis pensamientos. Lo visualicé como una pequeña habitación del pánico.

Le pregunté a mi madre, después de ver una similar en uno de los edificios a medio derruir, y me explicó que, en las grandes ciudades, en inmuebles lujosos, la gente temía la entrada de intrusos, que les robaran, o los usaran de rehenes. Esas personas se hacían construir una habitación impenetrable, inmune a la mayoría de explosivos. Disponían de agua, comida y comunicación con el exterior para pedir ayuda, en caso de emergencia.

Mi habitación del pánico no tenía comunicación con el exterior y, al sentir a la Alfa rondano mis pensamientos, me aislaba en ella, siempre con el temor de que la encontrara y pudiera forzar la entrada.

No podía evitar que pensara por mí cuando le viniese en gana, ni que se comunicara con mis amigos, suplantándome. Aprovechaba, en cuanto su atención era ocupada por otros asuntos, y me encerraba en mi refugio, donde era capaz de pensar, lejos de su alcance.

Hubiese podido pedirle ayuda a Freyja, el problema era que, de no conseguirlo, le habría dado la mitad del trabajo hecho.

La Alfa se encontraba bastante cerca, podía sentirla como si se tratase de un olor en extremo desagradable, a cuyo origen me fuese aproximando.

—Vamos, cariño. Tienes que intentar moverte. Mark ya está llegando, y no podemos perder tiempo.

Mi madre me ayudó a levantarme. Me encontraba débil después de tres días sin comer, ni apenas descansar.

La luz del sol me cegó un instante, y la presión en mi mente aumentó.

Sentí la presencia de la Alfa más cerca de lo que hubiese deseado, así que me dejé conducir por mi madre hasta el aparato de carga. Para mi sorpresa, en el interior de la carlinga, esperaba Freyja, cuya envergadura empequeñecía el especio.

—«*Déjame entrar ahora, Nasirah. Si no puedes bloquearla, tendré que hacerlo por ti*».

—*«¡No puedes acceder, engendro!»* —contestó la Alfa en mi lugar—. *«¡Solo yo tengo el control total de su mente!»*

—*«¡Noooooo!»* —grité yo por encima de sus voces en mi cabeza—. «¡*Entra, Freyja!»*

Y le abrí todas las puertas. Al menos, así lo visualicé en mi interior, puertas abiertas que creaban una corriente, por donde se esfumaba el nauseabundo estancamiento que me producía la presencia constante de la indeseada.

Durante un segundo, la presión en mi cerebro aumentó, y perdí la visión. Me asusté, pero la voz de Freyja me confortó.

—«*Ha sido una rabieta de la madre. No quiere matarte todavía. No hasta que estés cerca de ella, y pueda recuperar lo suyo*».

Parpadeé, volvía a tener visión, algo borrosa al principio, hasta que, poco a poco, comencé a distinguir los contornos de lo que me rodeaba.

—«*Has venido hasta aquí… Podría ser peligroso*».

Me maravillé por la presencia de Freyja en la colonia, un hecho inaudito y peligroso para ella. Los humanos seguían sin querer ver la diferencia entre génesers y naturales.

—«*Hay que poner fin a esto. No solo los tuyos siguen corriendo peligro con la madre viva. Los míos también. Si dejamos que se recupere, será el fin de todos» —me advirtió.*

—*«Nos quiere a las dos juntas, deberíamos…»*

—*«Ya he podido leer en tu mente lo que pretende hacer, aunque lo supe en cuanto Líder me dio la noticia de que seguía viva»* —dijo.

—«*Y, sin embargo, aquí estas*».

—«*Si. Y nos vamos a ocupar de que nunca más se pueda recuperar*».

—«*No deberíamos ir juntas*». —Negué con la cabeza. La Alfa era muy astuta.

—«*Vamos a ir juntas, pero no solas. Es un trabajo que debemos hacer entre todos*».

Mark subió a la carlinga, saludó con la mano y besó a mi madre, antes de entrar en la cabina. Le siguió Alvia que, supuse, haría de copiloto. Vanur y Mirian se sentaron en los asientos auxiliares y, tras ellos, subieron Laron, Kayla y Antu.

Los cinco llevaban sus equipos de cazador, y parecían preparados para una guerra, cargados con mochilas repletas de munición y explosivos, los trajes interconectados, y los brazaletes de mimetización activos.

Cerraron el portón y Mark despegó. Mi desilusión debió ser patente, porque mi madre me ayudó a sentarme y me susurró:

—Nahuel llegará.

Laron me miraba en silencio, ya conocía aquella actitud, tenía algo que decir.

No era el momento de indagar sobre Kayla, pero vi que quería justificar su presencia.

Y no era lo único que vi.

Cuando me pusieron al mando del grupo de cazadores, dejé el transporte libre, puesto que el uso para el que fue concebido, ya no tenía razón de ser. Cada uno podía moverse independientemente del resto, lo que era realmente útil.

Al irme a matar a la Alfa, le pasé la jefatura del grupo a Nahuel que, a su vez, se la cedió a Vanur.

Cambió de manos como una patata caliente.

Con el transportador libre, no era necesario el control del jefe de grupo, no obstante, Vanur me consultó enseguida, en cuanto nuestras miradas se encontraron.

Observé entonces, que el ex consejero lucía el tatuaje del halcón en el dorso de la mano. Era reciente porque todavía estaba ennegrecido, aunque la V que representaba, se distinguía con claridad.

Laron tenía gran talento diplomático, pero la caza se le daba bien, cosa que ya tuvo ocasión de demostrar. Hubiese deseado ser cazador, igual que lo deseé yo en su momento.

Asentí. ¿Quién era yo para negarme a ello?

Incluir a Laron en el grupo no nos daría más que ventajas.

Vanur ajustó con el ex consejero la frecuencia de sus receptores.

—Deberías practicar un par de veces, antes de que sea necesario hacer un salto —le advirtió el cazador a Laron—. Afinar las coordenadas te puede salvar la vida.

Freyja, que se había tumbado, parecía ajena a nuestra conversación.

—En cuanto a Kayla… —Comenzó Laron lo que llevaba queriendo decir, desde que subieron al helicóptero—. La otra vez que nos vimos, te dije que tenía algo que contarte.

—La sacaste de la cárcel contigo.

Laron asintió.

—Creí que era lo justo. Se ocultó en la colonia hasta que tuve que volver. Me pareció entonces, y me sigue pareciendo, que una cazadora experimentada podría ser de ayuda.

Kayla, que había conservado la mirada baja en todo momento, no se atrevió a alzarla. El cabello claro le ocultaba parte del rostro y la presencia de la natural la tenía en completa tensión.

—Por mí, está bien —dije— ¿Se encuentra al tanto de todo? No quiero accidentes con los naturales.

Laron y Kayla asintieron al unísono, en el caso de ella, echando una rápida ojeada a Freyja, sin poder evitar la precaución de toda una vida.

Mientras Vanur la incluía en nuestro grupo de cazadores, más nutrido que el que jamás hubiera tenido una colonia, pensé en lo extraño de aquellas asociaciones.

Impensable, hacía unos meses, la alianza entre humanos y génesers, improbable el que los destinos de Kayla y mío volvieran a cruzarse. Y ahí estábamos todos, unidos en una extraña coalición de la que podía salir cualquier cosa.

¿Qué más situaciones imposibles podían darse? Miedo me daba pensarlo.

51. Estrategia

La Alfa escogió un abrigo rocoso que le resguardara las espaldas, parecido al que usó en el Norte, pero esta vez, sin puerta trasera. La sobrevolamos, valorando las condiciones del terreno, y estimando la cantidad de machos que la cuidaban. Calculé más de tres mil. Varias otras hembras se mantenían a distancia segura, sin acercarse a la posición central de las rocas.

Antu y Mirian abrieron los portones laterales y se instalaron a los mandos de las armas grandes. Comenzaron a derribar machos a buena velocidad. Vanur, Kayla y Laron se les unieron con sus rifles.

Hice el gesto de levantarme y unirme a ellos, no llevaba mis armas para quedarme mirando. Mi madre trató de impedírmelo y, ante mi terquedad, dejó que me pusiera al lado de Vanur, cuidando de no estorbar sus movimientos.

Bajo el fuego de mi rifle, los machos iban cayendo a menos velocidad de la que deseaba. Diez balas mínimo por macho, antes de que se desplomara, lo que requería de una gran concentración.

Con las poderosas armas de los artilleros era más sencillo. Disparaban ráfagas mortales. La primera bala que alcanzaba a un macho se convertía en una trazadora, una especie de reclamo para las siguientes, que acertaban de inmediato al blanco.

Bajo el intenso fuego, las bajas eran notables.

Ya no sentía la lástima por ellos que me había paralizado con anterioridad, constituían un obstáculo que nos impedía llegar a la Alfa, que era el objetivo principal.

—¡Basta por ahora! —gritó Vanur, haciéndose oír por encima del ruido de los disparos y de los motores del aparato.

Freyja no se asomó en ningún momento. Leí en su mente que tampoco le agradaba aquella matanza, aunque resultara necesaria.

Vanur llamó la atención de Mark, y este, que comprendió las indicaciones, giró los mandos del helicóptero, llevándonos más al Sur, sobre la zona plagada de machos en aquella dirección.

—¿Por qué hemos parado? —le pregunté a mi madre.

—«*Vamos a unirnos a los refuerzos que llegan desde el Sur*» —respondió mentalmente, cosa que me chocó bastante, y luego me señaló una marea de génesers que se dirigían hacia la Alfa—. «*Es preferible que esa zorra crea que se encuentra protegida en su posición*».

Sonreí. Mi madre era la corrección personificada, y resultaba divertido que se refiriese a la Alfa en esos términos.

—«*Mientras estaba pendiente de nosotras, los refuerzos vienen de camino*» —me aclaró Freyja—. «*Teníamos que darles tiempo, puesto que son más lentos que vuestros aparatos, y persuadir y mover a las hembras, además, ha requerido de paciencia*».

—«*Me habéis usado de cebo*».

—«*De distracción*» —asintió Vanur, que se sentó en los bancos de enfrente.

Acababa de percatarme de que toda aquella conversación se estaba desarrollando en silencio, de que todos nos oían y podían expresarse de igual manera.

Leí en Freyja que su intervención ayudaba mucho a comunicarnos mentalmente entre nosotros, igual que un amplificador de señal.

Kayla, que todavía no había probado la sensación, tenía los ojos tan abiertos que parecían ir a salírsele de las órbitas. Estuve a punto de decirle que respirara o tendríamos problemas.

Ella era la novata allí, aunque me guardé la bienvenida a mi extraño mundo, del que los demás ya habían participado, en mayor o menor medida.

Tentada estuve de lanzarle alguna pulla, luego pensé que no merecía la pena. La proximidad de la natural ya la sobrecogía bastante.

Lejos quedaba el tiempo en que me miraban como si estuviera loca, al contarles mis conversaciones mentales con la Alfa. Ahora tenían ocasión de experimentarlo ellos mismos y, aunque les costaba aceptarlo, se iban acostumbrando.

Era una sensación agradable compartir tan extraordinaria experiencia, un motivo mayor de conexión entre los que habíamos iniciado la aventura en la colonia Base.

—«*¿Y qué pasa si los machos sobre los que pasamos captan nuestra conversación y se la transmiten?*» —se me ocurrió, de repente.

—«*Su capacidad es mucho menor de lo que piensa. En este momento, está entretenida convenciendo a las hembras que cree le son fieles, e intentando derribar mis barreras, que la separan de tu mente. En su soberbia, menosprecia a los humanos, no ha aprendido nada*» —contestó Freyja.

Desde la cabina, y sin necesidad de palabras, pudimos ver todos lo que pensaba Alvia. Semejante concentración de génesers podía ser aniquilada con un par de bombas de toxinas. La Alfa caería también.

—¿Y si ha preparado una nueva vía de escape? —preguntó Laron en voz alta, aun inseguro de comunicarse de otra forma que no fuera verbal—. Tenemos que asegurarnos de que está muerta, y que no es capaz de volver a sorprendernos con su truco de escapismo.

Era cierto. No podíamos arriesgarnos a tener que lidiar con ella en cuanto se hubiera recuperado. La Alfa podía no haber escarmentado de sus errores, nosotros, sí.

Un ramalazo de dolor me atravesó la frente, nada físico y, aun así, paralizante. La presión mental que sentía se incrementaba por momentos.

—«*No te preocupes, la madre no puede traspasar mis barreras. Está furiosa porque sabe que las dos estábamos muy cerca, y siente la frustración de no haber podido alcanzarnos. Piensa que ha ganado el asalto y que volveremos*» —me aclaró Freyja.

—«*¿No vamos a por ella, entonces? ¿Esto ha sido solo una distracción?*»

—«*Una que ha funcionado, al parecer*» —sonrió Mirian—. «*Los nuestros han traspasado las barreras del Sur, mientras su atención recaía sobre vosotras*».

—«*Y están abriendo brecha a mucha velocidad*»—intervino la natural—. «*Las hembras indecisas no desean morir por la madre, y no van a enviar a sus machos a la batalla*».

—«*Pero hemos organizado una guerra civil entre los vuestros, ¿y si Líder no logra los apoyos necesarios?*»

—«*Hay que zanjarlo cuanto antes, Nasirah*» —concluyó Vanur,

silencioso hasta el momento—. «*La Líder fue quien lo propuso y todos lo secundamos*».

—«*Ella va delante, con las hermanas que estaban más cerca y sus machos. Abrirán camino, derrotando a todos los que se interpongan. Va a tomar el mando en cuanto la madre sea abatida. Es necesario ponerle punto final a esta guerra*» —Freyja se mostró tajante, como si no hubiera opciones. Y quizá no las había.

—«*Pero cualquier otra hembra le puede disputar…*»

—«*Sí, pero no lo van a hacer, de momento. La Líder no es diferente a las demás hembras, aunque tiene aliados que las otras no. Todos han podido comprobarlo cuando naturales y humanos los hemos sobrevolado. El que estemos aquí, juntos, es necesario, las hembras indecisas se alejarán de la madre y esta quedará más desprotegida*».

No estaba mal pensado. Si Líder tomaba el mando…, ¿pero no era esto lo que la Alfa vaticinó? A estas alturas conocía sus mentiras, solo cabía esperar que, en eso, no llevara la razón.

—«*No debes escuchar lo que te diga, Nasirah*» —me recomendó Freyja, que interpretó enseguida mis pensamientos—. «*Quiere sobrevivir a cualquier precio*».

La brecha que estaban abriendo Líder y los suyos ya era visible. Algunos machos se les enfrentaban, la mayoría les abría paso. Los choques entre ellos devenían en luchas sangrientas, en extremo violentas.

Los machos que flanqueaban a Líder en su avance, eran muy grandes y fornidos, como los que la Alfa tuvo protegiéndola en el Norte. Cada uno podía enfrentar a tres de sus congéneres de menor tamaño, y salir victorioso.

Según pude observar, cada pocos metros, abatían a unos cuantos, con el fin de amedrentar al resto, lo que resultaba efectivo, ya que la brecha se agrandaba a ojos vista y se hacían menos necesarios esos enfrentamientos. Los génesers que rodeaban la posición de la Alfa se retiraban.

Aparté la mirada, no era un espectáculo grato.

Continuamos más al Sur, y Mark aterrizó en una zona desprovista de vegetación, con buena visibilidad en todas direcciones y sin génesers a la vista, en kilómetros a la redonda.

—¿Por qué paramos? —quise saber.

—«*Esperamos a tu cazador*» —dijo Freyja—. «*Yo me voy con él. Mira, ya llega…*»

La natural bajó del aparato con rigidez, le agradaba volar, aunque se encontraba mejor en tierra.

Nahuel no llegaba solo, venía con el resto de mi manada.

Corrí hacia ellos, encantada de verlos a todos, en especial al cazador, que descendió de Cástor de un salto y me levantó en brazos, haciéndome girar al tiempo que reía.

—¡Cómo te he echado de menos, cazadora!

—Puedo verlo —dije con sorna—. Diría que os lo habéis estado pasando en grande sin mí.

Me besó en vez de contestarme.

Los machos se acercaron a olisquearme. Hades me dio un golpecito en el brazo con el morro, la pata doblada en muda invitación.

—No puede ser, Hades —le dijo Nahuel—. Debe quedarse.

—¿Cómo que no? —protesté.

—Lo siento. Tu irás en el helicóptero que te llevará lejos si algo se tuerce.

—¿Por qué? —seguí protestando— Quiero ayudar.

—Y lo estás haciendo, manteniendo en tensión a la Alfa. Ahora deberás redoblar tu precaución, si por casualidad llega a ti, todo esto, no serviría de nada. —Extendió el brazo hacia las manadas y las colonias.

Me abrazó fuerte, y pude leer su desesperación de días antes por intentar convencer a Líder y Freyja para que le dieran la posición de la Alfa. Al enterarse de que seguía viva en el cuerpo de una hembra normal, se fue a matarla, como a cualquier otra.

Géneser y natural lo convencieron con buenos argumentos y, al final, entró en razón. No podría acercarse a la Alfa, que estaba preparada para un ataque parecido, en cambio, se entretuvieron

forjando un plan factible con la colaboración de todos. Este plan.

—No me gusta que me leas la mente —me dijo, frunciendo el ceño.

—No la dejes abierta —le contesté con descaro.

Me alegraba que hubiese recapacitado, y me halagaba su valentía por querer enfrentarse a la Alfa por mí, por segunda vez.

—Sería estupendo que les presentaras a los demás, que también forman parte de la manada. Si tenemos que estar cerca los unos de los otros, es preferible no correr riesgos —me dijo Nahuel, señalando a los génesers que aguardaban a nuestro lado.

Los del helicóptero habían descendido, y nos contemplaban con diversos grados de sorpresa y espanto en sus expresiones.

La natural era más pequeña de tamaño que mi manada, y resultaba menos peligrosa, en apariencia.

Laron le susurraba algo al oído a Kayla, que parecía querer retroceder. Me desentendí, él sabría tranquilizarla.

Los tres machos se habían desplegado en semicírculo a nuestro alrededor y esperaban, en calma.

—Ellos ya saben que son parte de la manada —le dije, porque pude leerlo en Hades, que quería acercarse a saludar—. Ve con ellos y explícales que no hagan movimientos bruscos.

Nahuel lo hizo y yo me acerqué despacio con los génesers, que se dedicaron a olisquearlos, en especial a mi madre que estaba nerviosa, no asustada. Esta situación era otra más que añadir a su lista de cosas inimaginables poco tiempo antes. Entre ellas, mantener una charla mental con Líder y conocer personalmente a Freyja, algo por lo que habíamos pasado unos cuantos, y que aún nos resultaba insólito.

—«*Huele casi como tú*» —me dijo Hades—. «*Podría viajar conmigo*».

Su frecuencia era distinta, lo comprendí porque mi madre no puso el grito en el cielo, cosa que hubiese hecho de haber oído la propuesta. Hades podía hablar solo conmigo, si lo deseaba.

—«*Aún no está preparada*» —le contesté, risueña.

—Es hora de marcharnos —dijo Nahuel que no se había

despegado de mí, dando espacio a Hades y los Dioscuros, que se presentaron a la nueva parte de la familia—. ¿A Pólux le importaría llevar a un cazador? Me gustaría algo de compañía escoltando a Freyja.

—Creo que ya ha escogido —dije, señalando a Pólux que le tendía la pata doblada a Mirian.

Esta permanecía tan quieta que se le había congelado la sonrisa en la cara y me miraba pidiendo ayuda. No se atrevía a moverse.

Me acerqué a ellos.

—Tranquila, Mirian, es Pólux, parte de nuestra familia. Parece que siente afinidad contigo y te está invitando a montar sobre su lomo.

—¿Montarlo? —me miró con cara de pasmo.

Vanur soltó una carcajada.

—¡Venga, Mirian! ¡Nunca hubiese imaginado que una cazadora de tu valía fuese a darle la espalda a un reto!

—Si pudiese moverme, te estrangularía, jefe.

—No es difícil, Nahuel te enseñará cómo hacerlo. Ah, por cierto, toma —le di los guantes que llevaba mi madre metidos en la cinturilla—. Te harán falta si no quieres cortarte.

Mirian era valiente, inspiró un par de veces e imitó a Nahuel después de calzarse los guantes. De repente, se relajó sobre el lomo de Pólux. Imaginé que habían establecido contacto mental.

—¡Anda, pues sí que es majo! —exclamó la cazadora, antes de que Pólux comenzase a caminar despacio, comprobando que no perdería a su amazona.

Cogí la mano de Nahuel que ya estaba sobre Cástor.

—Tened mucho cuidado, por favor.

—Te veré allí, cazadora. Confía en mí —y Cástor se desplazó veloz, poniéndose a la altura de Pólux y la amazona novata.

—«*Bien, Nasirah, es el momento en que tengo que prevenirte. Tendrás que armarte de fortaleza, porque cuando esté cerca de la madre, no podré*

protegerte con mis barreras. No te escondas de ella, hazle frente, necesitamos que la descentres para que los cazadores tengan una oportunidad».

Freyja se alejó hacia donde Nahuel y Mirian la esperaban, la flanquearían todo el camino.

Hades seguía a mi lado, dándome golpecitos con el morro. Se lo acaricié. ¡Ojalá hubiese podido ir con ellos!

—«*Ve, dirígelos y cuídalos. Que nadie les haga daño, Hades. Protégelos, igual que harías conmigo*».

Se alejó, remiso a dejarme. Lo vi colocarse por delante de Freyja y encabezar la comitiva. Tenía un nudo en la garganta que casi me impedía respirar.

Iban a meterse en medio de una legión de sus congéneres, que resultarían letales si la Alfa conseguía su total lealtad.

Me limpié las lágrimas plateadas de las mejillas, antes de subir al helicóptero, con más determinación que nunca: la Alfa tenía que morir hoy, era la única forma de que los naturales pudieran vivir, y con ellos, toda mi manada.

52. Heroína

—Hubiese dado el brazo derecho por ocupar el lugar de Mirian —comentó Laron, en cuanto subimos al helicóptero.

—¿Detecto envidia, consejero? —se burló Vanur—. No eres el único, pero la elegida ha sido ella, y te aseguro que es una cazadora experimentada que sabrá desempeñar un buen papel.

—Siempre con lo mismo, joder, ¡ya lo sé! Me lo repetís tropecientas veces al día. No soy cazador. Vale.

—Te tomas todo de manera muy personal. —Vanur se encogió de hombros—. El que matases a una hembra no te convierte en experto cazador, y ni siquiera has practicado el salto, como te recomendamos.

—¿Crees, acaso, que van de fiesta, Laron? —intervine yo—. Van a estar entre miles de génesers. Incluso los de la Líder pueden atacarlos, si se desmarcan de las órdenes. Escoltar a Freyja, en esas condiciones, requiere de mucho valor, ¡deja de quejarte por no tener que hacerlo!

—Nasirah… —me recriminó mi madre.

Tenía razón. La dureza de mis palabras obedecía a mi propia frustración, Laron quería estar en todos sitios y hacerlo todo… ¡Exactamente igual que yo! Eso me sacaba de mis casillas. La inactividad también me crispaba.

—Yo no los envidio —intervino Kayla—. Me parece suicida adentrarse entre esa marea de génesers, confiando en la protección de Freyja, y que los otros machos los perciban como parte de otra manada.

—Es un acto de confianza, deberías probar…

Ya, me pasé. Kayla estaba allí cuando podía haberse mantenido en la colonia Uno, oculta, a la espera de que todo esto terminara, de una forma u otra.

—Lo siento, Kayla.

Ella hizo un gesto de negación y me sonrió.

—Yo también.

El pasado tenía que quedar atrás, no íbamos a hablar más de ello.

Y yo debía relajarme, confiando a mi vez, en los demás.

—«*¿Y si nos vamos centrando? Estamos llegando a la altura de la Alfa y tenemos que despejar de nuevo*». —dijo Mark, mentalmente.

—«*¡Eso es aprovechar los recursos que hemos aprendido de los génesers*!» —reí yo, cogiendo mi rifle, feliz de tener algo que hacer, además de esperar.

Vanur y Antu se pusieron con las ametralladoras, mientras mi madre abría los portones.

Laron y Kayla, que parecían inseparables desde que embarcamos, se colocaron agachados, al lado de Antu. Yo lo hice junto a Vanur.

Mi madre, que sacó un arma de algún sitio, se acuclilló cerca de mí, sin bloquear mi movilidad a la hora de disparar.

Debió notar mi mirada interrogante porque comentó:

—¿Qué pasa? Recibí entrenamiento de cazadora, al igual que todos, y suelo practicar tiro con regularidad.

Alcé las manos. No tenía nada que objetar.

La Líder y los suyos se habían quedado a cien metros de la Alfa, a la espera de que nosotros despejáramos el área lo mejor posible, ya que los génesers cercanos a ella, resultaban ser los más fieles a su causa.

El fusil ardía entre mis manos, y me sentía genial, no fallé ni un solo disparo. Me zumbaban los oídos por el ruido, y los casquillos alfombraban el suelo de la carlinga, en tal cantidad que escapaban hacia la tierra pisoteada de abajo, transformados en una extraña lluvia metálica.

La Líder se detuvo ante la Alfa que, aunque parecía haber querido mejorar sus genes, era solo un poco más grande que cualquier otra hembra.

No pude escucharlas porque Freyja seguía bloqueando mi mente. Me alegré, tampoco tenía demasiado interés. Solo quería terminar cuanto antes con ella.

Por entre la brecha avanzaban, con calma, mis génesers con Nahuel y Mirian flanqueando a Freyja.

Algunos machos parecían querer lanzarse sobre ellos y Hades, que iba delante, en clara posición dominante, los miraba despectivo, me pareció. Quizá les comunicaba algo que no pude percibir. Por la razón que fuera, funcionó, y ninguno se les acercó tanto que resultasen un peligro real.

Era un gran alivio porque, aunque sabía que los dos cazadores estaban preparados para saltar, el único espacio libre era el que ocupaba la Alfa. El resto del terreno, en bastantes más de cinco kilómetros a la redonda, estaba infestado de génesers. Y en diez kilómetros, y en treinta… No había forma de teletransportarse a un lugar seguro que no fuera el helicóptero, tarea complicada puesto que, al no haber partido de él, no guardaban ubicación exacta.

Transportarse a un espacio en movimiento resultaba muy complicado y hasta peligroso. Kayla pareció pensar lo mismo que yo y mandó nuestras coordenadas a través del comunicador textual. Mark mantendría el aparato lo más inmóvil que pudiera, por si acaso.

Vanur se hallaba pendiente del movimiento de los machos que rodeaban a los nuestros. Siendo el jefe del grupo de cazadores, podría traer a Nahuel y Mirian, de ser necesario. Aunque el transporte hubiera quedado libre, siempre tenía que tener un cabecilla. Su traje almacenaba las coordenadas del resto y, a menos que estuviese demasiado lejos, podía tomar el mando para traerlos de vuelta.

Parecía que todos respirábamos tensión, en vez de oxígeno.

Freyja avanzó sola hasta colocarse al lado de la Líder, que se removió algo inquieta. No podía leer en sus mentes, y eso me angustiaba.

—«*Te quedas sola, humana. Ahora necesito de toda mi voluntad. Ten cuidado*».

Le agradecí el aviso y, aun así, el dolor me traspasó el cerebro, igual que cuando me trataron con nanoreparadores, solo que en cientos de agujeros del cráneo.

—«*Bienvenida, humana. Te agradezco que no te hayas ido demasiado lejos, no me gusta que me pongan las cosas tan fáciles, pero me conformaré, por esta vez*» —me dijo la Alfa, más tranquila de lo que debería, dada su situación.

—«*Eras perfecta cuando llegaste aquí, tendrías que haberte conservado así. Tu ambición te ha conducido a este final*». —Freyja

intentaba alejar su atención de mí y que la centrase en ella—. *«¿Por qué no te conformas y aceptas que has perdido?»*.

La presión en mi cabeza disminuyó, y pude pensar por mí misma, aunque, de alguna forma, seguía en la mente de la Alfa. No las escuchaba, no me interesaba lo que tenían que decirse. Me conformaba con dejar de notar que el cerebro me iba a explotar.

Podía ver, desde la perspectiva de la Alfa, a Líder y Freyja ante ella, desafiantes. Y, por alguna razón, le hacía gracia su desplante. Mi manada se encontraba a unos metros de ellas, con los cazadores listos, provistos de sus armas, vigilando el perímetro.

A una orden de Líder, Mark mantuvo el helicóptero por encima de mi manada.

Antu sujetó a mi madre y Vanur a Laron. Kayla los siguió de inmediato. Los cinco saltaron hasta colocarse al lado de Hades. Entendí que era más una declaración de intenciones, que una verdadera demostración de fuerza.

Me quedé sin aliento. Los humanos eran muy vulnerables ahí abajo. Y mi madre…, ¿por qué había bajado? Su traje azul claro destacaba entre el negro de los cazadores y el color verde grisáceo de los génesers.

El movimiento de los humanos pareció complacer a la Alfa, y volví a centrar mi atención en las génesers.

—«*Estás sola*» —dijo la Líder.

—«*Adelante*». —La animó la Alfa, avanzando unos metros y abriendo sus defensas—. «*Si crees que podéis matarme, os invito a probar*».

Los cazadores estaban tomando posiciones, aprovechando el espacio entre las rocas y ella. Nahuel y Mirian habían desmontado y se abrían en abanico, igual que los demás. Su intención era clara: iban a acosarla y a matarla, lo mismo que a cualquier hembra.

La concentración de la Alfa se focalizó en lo que la rodeaba, dejando en paz mi mente por un momento. Entonces pude interpretar mejor sus planes, tan claramente como si los hubiera elaborado yo misma.

No quería acabar con Líder, al contrario, dejaría que esta la

matara y se trasladaría a su cuerpo, apoderándose de su voluntad, doblegando, a través de ella, a los génesers que la apoyaban, la mayor parte de las hembras todavía vivas.

Una vez conseguido, terminaría conmigo de un derrame cerebral. A la distancia a la que nos encontrábamos, le sería sencillo apoderarse de lo que quería de mí, lo que mi padre le arrebató y que deseaba de vuelta.

Los cazadores, a su alcance, serían destrozados por los suyos con facilidad.

Ahí es donde entraría en juego su parte favorita: el chantaje. Una vez dominados todos los génesers, Freyja tendría que someterse a ella, si quería que sus hijos vivieran.

Con su capacidad de modificar genéticamente a los suyos, estos, tarde o temprano, alcanzarían la isla, o los naturales volverían al continente. En cualquiera de los casos, serían masacrados.

Freyja o alguna de sus hijas le serviría para el siguiente paso, con su capacidad de parir hembras, aceleraría enormemente el proceso de mutación que tendría que llevar a cabo de quedarse en el cuerpo de Líder.

Hice unos cálculos rápidos, sintiendo punzadas tras los ojos. Tenía que ser más rápida que los cazadores. Si la mataban ahora, le estaríamos haciendo el trabajo.

Me teletransporté junto a Freyja y la abracé por el cuello, para volver a saltar hacia otro sitio, con ella bien sujeta entre mis brazos.

El rugido de la Alfa en mi cabeza fue atroz, y apenas pude sobreponerme, el caso es que calculé con acierto y nos encontrábamos entre los machos que seguían a Líder. Freyja estaría a salvo y alertaría a los suyos.

Ella pudo ver lo que yo, los planes de la Alfa al descubierto. Me agradeció la rapidez con la que había actuado.

Volví a saltar, antes de que las fuerzas terminaran de fallarme. Caí al suelo del helicóptero.

No hubiese vuelto de no ser porque ya no existía el riesgo de antes. Líder, que percibió los planes a su vez, puesto que se hallaba conectada mentalmente con sus hermanas y con Freyja, le pasó el

testigo a esta última. Ocupando el cuerpo de la géneser, la Alfa no se haría con el control de las subversivas. La natural era su adalid ahora, y se encontraba fuera de su alcance.

Toda la escena parecía congelada en el tiempo, lo mismo que si hubiesen conservado sus posiciones en espera de mi regreso.

La Alfa, que no quiso defenderse antes, al ver desaparecer su oportunidad, arremetía contra los cazadores que la acechaban.

Vanur se acercaba desde el frente y Nahuel por la espalda, esquivando ambos los pinchos mortíferos.

Yo estaba en el suelo de la carlinga, asomada al portón, sentada, mareada, con la rabia de la Alfa traspasándome. No había previsto mi incursión mental, pero no se rendiría.

Mirian hizo un intento de llegar hasta el lomo de la Alfa, teniendo que rodar a una posición segura, al moverse ésta a un lado previendo su ataque.

Kayla, agazapada, esperaba su momento. La Alfa pareció intuir el instante de su salto y atrapó su pierna entre las mandíbulas. El hueso crujió y la cazadora lanzó un grito, que se cortó de inmediato, al desmayarse de dolor.

Laron vio su oportunidad truncada al revolverse la Alfa, intuyendo sus movimientos.

Nahuel aprovechó el momento y atacó desde el otro flanco. Tuvo que rodar y ponerse fuera del alcance de los pinchos de la cabeza de la Alfa. El impulso lo llevó más cerca de la cola de la hembra de lo recomendable, ocasión que esta no dejó pasar.

La Líder se interpuso en la trayectoria letal, y su costado se abrió como si unos bisturís hubiesen trazado líneas sangrientas a lo largo de su piel. Sin cejar en su posición, atrapó el látigo de la cola de la Alfa entre sus mandíbulas, dándole tiempo a Nahuel de levantarse y atacar por otro lado.

La Alfa, más fuerte que Líder, sacudió la extremidad, causando cortes en las fauces de esta última que, al fin, la soltó.

Mi madre solo miraba. Se encontraba tras la Líder, con el cuerpo tenso y las rodillas flexionadas. Esperé que no se le ocurriera…, y aparté todo pensamiento sobre ello de mi mente, adivinando que la

Alfa los esquivaba porque yo le indicaba, involuntariamente, por donde la iban a atacar.

Mientras Vanur sorteaba otra vez los pinchos, mi madre se encaramó, de un salto, al lomo de Líder, y de allí tomó impulso para caer sobre el de la Alfa, que no esperaba esa línea de ataque.

La daga que mi madre portaba era la mía, la de mi padre. Fue la que seccionó las vértebras de la maliciosa hembra y la tumbó, muerta al instante.

Su esencia buscaba entrar en el cuerpo de la Líder, y sentí su angustia e inquietud porque, por una vez, no tenía todo calculado, y estaba asustada.

De fondo podía oír el aullido triunfal de mi madre, ajena a la esencia de la Alfa, buscando refugio tras su muerte.

—¡Puta! —escupió sobre su cuerpo.

Freyja, a la que permití el acceso total, a petición suya, bloqueó su intrusión y cualquier intento de apoderarse de mí.

Sentí el huracán interior de las dos fuerzas titánicas peleando, una queriendo entrar, la otra resistiéndose. Y mi consciencia en medio, peligrando, frágil, igual que una copa de cristal en un terremoto.

Al final de lo que pareció eterno en mi mente, y que apenas fueron unos segundos, la paz me invadió. Ya no sentía dolor, ni voces distantes, ni gritos cercanos. Tan solo se hizo el silencio que me llevó a creer que, al fin, la Alfa había cumplido su promesa de matarme.

Pero las voces volvieron. Esta vez a mis oídos y muy cerca. Mark debía haber aterrizado.

—Parece que solo se ha desmayado —decía Laron.

—¡Eh, cazadora! Despierta, todavía no hemos terminado el trabajo —me susurró Nahuel, acuclillado a mi lado, dedicándome una sonrisa que no me hubiese perdido por nada del mundo.

—¡¡Nasirah!! —se acercó gritando mi madre.

—Estoy bien, mamá —le dije.

Se dejó caer a mi lado, llorando, tenía las manos ensangrentadas, y salpicaduras en el traje y el rostro. La abracé muy fuerte. Siempre

estuve orgullosa de ella, y en ese momento, me parecía la mayor heroína de la Tierra.

El desenlace no dejaba de tener su gracia. La Alfa siempre subestimó a los humanos y, desde luego, jamás hubiera imaginado que su verdugo no fuera siquiera un cazador.

Mi madre advirtió en su día que la mataría por el daño que había provocado a nuestra familia. Tampoco yo la creí, eran ese tipo de amenazas lanzadas en un momento de furia o frustración.

Ella tenía las ideas muy claras y esperó la ocasión. La atención de la Alfa estaba en los cazadores que la acechaban y acosaban desde distintos puntos.

Pasó desapercibida y se mantuvo muy quieta, no quería fallar. Aguardó su momento con paciencia y con la daga, que fue de mi padre y luego mía, empuñada con seguridad. Ni siquiera me enteré de que me la había quitado.

Visto en perspectiva, lo planeó mejor que ninguno, y supo ocultar sus intenciones sin ayuda, porque era una pieza que nadie consideraba relevante. Subestimamos sus ganas de desquitarse.

Las miradas de todos estaban puestas en mí, sin sospechar que yo era la pieza más vulnerable.

Mi madre supo verlo mejor que nadie, y se aprovechó de la ceguera general.

53. Líder

Mark aterrizó en el claro, cada vez más abierto, creado tras la dispersión de los génesers adeptos a la Alfa. Al perder la conexión con esta, Freyja les dio las órdenes oportunas.

Vanur y Antu se ocupaban de Kayla. Su pierna derecha era un amasijo informe de piel, carne, sangre y hueso, pero había recobrado la consciencia. Mirian le administraba algún tipo de calmante que la mantuviera dormida durante el traslado.

—Deberías venir —me dijo Laron.

—¡Llevadla a la colonia más cercana, tienen que tratarla cuanto antes!

Nahuel hizo un gesto con la cabeza al ex consejero, que comprendió que deseaba quedarme con Líder.

La hembra estaba tendida a pocos metros, un río imposible de sangre brotaba de su costado herido.

—«*No te acerques, humana*» —gritó en mi mente, y no solo hablaba ella.

Por un momento, pensé que jamás volvería a oír voces en mi cabeza, que la Alfa se llevó esa capacidad con su muerte. Me equivocaba.

Escuché a Líder, y a la Alfa, atrapada en su interior. A Freyja no la oí, pero sabía que estaba ahí, ayudando a la hembra, lo mismo que antes hizo conmigo.

—«*No te acerques*» —repitió Líder—. «*La madre podría manifestarse y dañarte*».

Agonizaba, podía notarlo. Le quedaba un hilo de vida, que consumiría aferrando a la Alfa dentro de sí, con ayuda de la natural.

No quedaban más hembras por los alrededores, y su esencia no podía trasladarse a un macho, que hubiera muerto al instante, ni a un humano, que jamás podría haberla acogido.

De haber podido, me hubiera matado. No ya por recuperar la parte de ella que poseía, sino por maldad. Sabía que se moría, y no podía hacer nada al respecto.

—«*Tienes que alejarte, y ordenar a tus cazadores que se queden hasta que Freyja les diga que no hay peligro*».

Esta me transmitió que no lo había. Líder iba a morir en cualquier instante, y la Alfa perecería con ella.

El helicóptero se elevó y alejó con rapidez, dejando el entorno en silencio, solo roto por la respiración agitada de Líder.

Me acerqué, cuidando de no rozar sus pinchos, y apoyé la cabeza contra su flanco herido.

—«*Gracias, Líder*».

Sentía tanto que hubiera pasado aquello, que no podía expresarlo. Habíamos creado lazos de camaradería basados en una meta en común. Era mucho más seca de carácter que la natural y, sin embargo, la apreciaba. Y quería pensar que el sentimiento era recíproco.

Nunca podría agradecerle lo suficiente que hubiera salvado a Nahuel. Tal vez nos llegó a considerar como parte de su manada, la más débil, la que debía ser protegida.

Sin su ayuda, la Alfa podía haber exterminado todas las colonias, y al resto de nuestra raza. Era sincera, directa y me apenaba que tuviera que morir. Líder me advirtió que todas las hembras debían ser exterminadas, ella incluída, pero siempre tuve la esperanza de que los naturales le hicieran un lugar entre ellos.

Líder me hizo ver la inviabilidad de aquel deseo. Las hembras aún tenían la capacidad de parir, y su descendencia podría suponer, a largo plazo, una amenaza para los naturales.

—«*No has sido responsable de nada de esto, humana. Es tiempo de mirar al futuro, a ese que planeamos juntas. Y debes cumplir tu promesa*».

—«*Lo haré, lo juro*».

—«*Freyja es a la que todos van a escuchar, y tenéis que terminar el trabajo juntas*».

Nahuel, que se mantenía alerta sin intervenir, con la daga preparada porque no terminaba de estar tranquilo, me ayudó a levantarme.

En aquellos días, el cazador tuvo ocasión de aprender mucho

sobre comunicación no verbal, y entendió mis sentimientos. Me dio tiempo de despedirme de Líder, sin agobiarme con prisas, aunque entendí su inquietud, éramos solo dos humanos en medio de ninguna parte, rodeados de génesers, cuya reacción todavía era imprevisible. Freyja estaba en ello, pero nosotros debíamos irnos.

Hades y los Dioscuros nos llevaron a la colonia más cercana, dando un buen rodeo, tratando de esquivar al resto de machos. Luego, partieron hacia la costa, para ser trasladados a la isla al día siguiente.

Todavía no me sentía preparada para darles la orden de proteger a otra hembra. Me resistía, aun sabiendo que no podría dilatar mi decisión.

Solo el pequeño grupo de habituales se enteró de esta segunda muerte de la Alfa. Ahora ya sabíamos que los detalles no importaban a nadie, excepto a los que nos ocupamos de terminar el trabajo.

Si en alguna colonia vieron, a través de un satélite, la inusual concentración de animales, y nuestra presencia entre ellos, nadie lo comentó. Ni pidieron explicaciones, ni nosotros queríamos darlas.

Kayla perdió la pierna, pero no la vida. Pasó casi un día entero en el quirófano, del que salió con un implante mecánico, tan sofisticado que funcionaría mejor que su propia extremidad.

Llevaría su tiempo hasta que músculos, huesos y nervios se soldaran a los artificiales, y aprendieran a trabajar en conjunto.

Quiso acompañarnos a la Base, un médico seguiría sus progresos allí igual que en cualquier otra colonia.

Freyja y yo hablábamos casi todos los días. Ella me daba directrices, que yo seguía al pie de la letra.

Tenía más poder que una hembra común, y lo usaba. La esencia de la Alfa, en sus orígenes, había sido la misma. Ni una sola de sus hermanas osó rebelarse contra sus órdenes.

Nosotros, mientras, estábamos reuniendo todo lo que se requería de cara a la ofensiva en masa.

El punto de encuentro sería a medio camino entre la colonia Base y la Uno.

Laron controlaba todos los preparativos. Al final, él y Mirian, mantuvieron un efímero romance que terminó en unos días.

A su vuelta, la esperaba Vanur, paciente, sensato y comprensivo. Enamorado de Mirian desde hacía tiempo, solo la cazadora era ajena a esos sentimientos.

Laron me daba más lástima. Ni él mismo sabía lo que quería, y solo él podría descubrirlo. De momento, estaba realizando un buen trabajo en la colonia Uno que acogía helicópteros suficientes, equipos

necesarios, y personal con experiencia. La organización era lo suyo.

Mi madre, al igual que Mark, apenas se dejaba ver. Y cuando coincidíamos, él se ponía colorado como un tomate.

Mi madre y yo nos reíamos en privado, no queríamos ofenderlo. Yo era feliz viendo que ella lo era con el piloto.

Alvia y Antu lo dejaron poco tiempo después. La atracción primera dio paso a la buena amistad, por lo que desistieron de su relación de pareja, no de estar siempre juntos.

Y yo…, yo seguía amando a Nahuel, y creo que él me quería de la misma forma. Éramos amigos, compañeros, amantes y conspiradores.

Freyja me pareció cansada cuando hablamos esa tarde.

—*«¿Te encuentras bien?»* —le pregunté.

—*«Ahora comprendo mejor a Líder. Hablar con tantas de mis hermanas resulta agotador».*

—*«Lo siento, Freyja, ojalá puedas reunirte con los tuyos cuanto antes. Me temo que las dos nos hemos visto envueltas en tramas políticas que nos superan, la buena noticia es que pueden terminar pronto».*

—*«Tienes que ir a ver a mi hija. Es ahora la matriarca de la familia. Ya os conocéis y sabe los términos de nuestro acuerdo. Quiero que tengáis una relación más estrecha».*

—*«¿Por qué?»*

—*«Deberías pasarle el control de tus machos enseguida. Tienen que formar una comunidad unida y el que sean protectores ajenos, no ayuda».*

Me quedé sin aliento. Sabía que tarde o temprano iba a llegar, y no quería pensar en ello.

—*«Esperaré a que vuelvas. Es tu manada y debería cedértelos a ti».*

—*«No puedes esperar. Hazlo mañana sin falta».*

—*«¿Por qué? No hay prisa»* —me alarmé.

—*«La hay. Pasado mañana tendré a todas las hembras convocadas en un único sitio. Quiero terminar cuanto antes».*

—*«Tú tienes que alejarte antes del ataque».*

—*«Ve a ver a mi hija y cédele el control de los machos».*

Tenía un nudo en la garganta. Perder a la Líder ya fue duro, perderla a ella…

—«*No quiero*».

—*«¡Me da igual lo que quieras!»* —Nunca había usado conmigo aquel tono duro e imponente—. «*Haz lo que digo. Y lleva contigo a la cazadora herida*».

—«*¿Por qué?*» —repetí por enésima vez.

—«*Creí que sabías que nuestra cercanía acelera vuestra recuperación física y ella lo necesita. Unas horas con mis hijos la ayudarán más que un mes de reposo».*

Desde luego, me sorprendió esa revelación. Pensaba que yo me curaba antes cerca de la Alfa porque tenía parte de ella. Eso insinuó, y la creí.

La creí en muchas cosas, y me engañó en la mayoría de ellas.

Nahuel me acompañó, lo hubiese hecho, aunque no tuviese una estrecha relación con Cástor. Mirian también quería despedirse de Pólux.

Yo no quería decirle adiós a ninguno, en especial a Hades. Odiaba pensar que ya no volvería a reconocerme como a una amiga.

A partir de ese momento, no sería más que una humana para él y los Dioscuros. Quizá una aliada, tan solo. No volvería a acariciar su suave morro, ni a apoyarme en su flanco balanceándome con su respiración, ni a sentir la maquinaria de su fuerte cuerpo funcionando bajo mis piernas.

Aquello me entristecía tanto que estuve a punto de negarme a dejarlos ir.

Bruor, pensé de inmediato en cuanto me vi ante la hija de Freyja.

Bruor era una de las Valkirias, hija de Thor. Supe enseguida que haría honor a su nombre: fuerza. No fuerza bruta, sino la que mantendría unidos a los suyos.

Hubo una corriente de simpatía inmediata entre ambas.

Los naturales, en general, poseían una mente empática y extrañamente amable, al contrario que los génesers.

—*«Lo que temes no tiene por qué convertirse en realidad»* —me dijo.

—*«¿Lo que temo?»*

—*«Crees que los machos nunca más te reconocerán si me los cedes. No será así. Ellos tienen criterio, pueden entrar en mi familia, o no. La madre no les daba a elegir, no es lo que nosotros hacemos».*

—*«Si no entran en tu familia, tendrán que perecer con los demás».*

—*«Es cierto. Deben entrar en mi manada para que todos los acepten, y tú deberías hacerlo también. Serás parte de nuestra familia, y ellos seguirán siéndolo de la tuya».*

—*«¿Me acogerías en tu familia, Bruor? Soy humana».*

—*«Tú y tu familia tenéis un vínculo tan estrecho con nosotros, que no puede ser de otra forma. No es porque lo haya recomendado mi madre, es que lo veo».*

Acepté sin reparos. Sería bueno continuar la relación con los naturales y, sobre todo, quería saber que los machos estarían bien.

—*«Entonces debes comunicárselo al macho líder de la manada. Él tomará la decisión».*

Me acerqué a Hades. Le abracé por el cuello. Leyó lo que quería, aunque él ya lo sabía.

Los tres contactaron con Bruor, que pasó a ser la hembra de su manada, y que a su vez les comunicó la entrada en ella de los humanos.

Mirian, al lado de Pólux, apenas podía contener las lágrimas. Entendía que, aunque su relación era más reciente, habían creado el mismo vínculo que nos unía a Hades y a mí.

Nahuel palmeaba el cuello de Cástor, despidiéndose de un amigo, al que jamás hubiese imaginado que pudiese apreciar tanto. Una relación de hermandad impensable hacía tan poco tiempo.

¿Quién hubiera imaginado semejante desenlace, desde que me

trasladé por primera vez fuera de mi colonia?

Los tres génesers hicieron el movimiento al mismo tiempo, doblaron la rodilla de su pata delantera, invitándonos a montarlos.

Nahuel, Mirian y yo intercambiamos apenas una mirada, antes de encaramarnos a sus grupas, felices de que el vínculo establecido continuara intacto.

Bruor les había indicado que éramos de la familia, y ellos tenían especial afinidad con nosotros. Nuestra relación no tenía por qué ser distinta, la natural llevaba razón.

Recorrimos la isla durante toda la tarde, a lomos de nuestros amigos, a ratos paseando, a veces como si nos persiguieran en una veloz carrera que nos aceleraba el corazón.

Y leí en la mente de Hades que siempre sería su jinete, que solo habíamos ampliado la familia, lo que no nos desvinculaba.

No tenía palabras con que agradecérselo a Bruor, me sentía en deuda con ella por aquel tremendo regalo.

Kayla decidió quedarse, para sorpresa de los demás.

Bruor la invitó a pasar unos días con ellos, y la cazadora apenas lo dudó. Desde nuestra llegada, el dolor se había atenuado, y comenzaba a notar la reparación de los tejidos a una velocidad imposible.

Le dejamos comida y quedó instalada en un lecho de hojas, a resguardo de las inclemencias del tiempo. El piloto regresaría a recogerla varios días después.

El viaje de vuelta a la colonia Base fue largo y relajado. Mirian dormitaba en los asientos frente a Nahuel y a mí, que hacíamos lo propio, aunque él me tenía abrazada, respirando con suavidad contra mi pelo.

Debíamos recabar fuerzas, aún quedaba trabajo por hacer. Algo que, por más que supiera necesario, me repugnaba.

54. Freyja

Al día siguiente se puso en marcha la maquinaria de guerra química.

Freyja había convocado a todas las hembras, sin excepción, entre las colonias Uno y la Base.

Teníamos once bombas preparadas. Los equipos estaban dispuestos, y la idea de que íbamos a cargarnos cualquier forma de vida en cincuenta kilómetros a la redonda, me resultaba frustrante, aunque fuera necesaria.

Ahora Freyja lo había hecho por nosotros. Nos daba la oportunidad de matar a todas las hembras géneser de golpe.

Pasé por alto las recomendaciones que me instaban a quedarme en la Base. Yo había empezado aquello, yo debía terminarlo.

—«*Freyja, estamos de camino. Debes alejarte todo lo que puedas. Tienes tiempo suficiente hasta que lleguemos*».

—«*De acuerdo. Avísame antes de vuestra llegada*».

No me gustó la respuesta. Le hice una seña a mi madre para que se diera prisa, quería llegar lo antes posible.

—«*¿Estás saliendo de la zona?*» —le pregunté mentalmente a la natural.

—«*Sabes que no puedo*».

—«*¿Cuánto tiempo necesitas? Tengo que comunicarlo a los demás*».

—«*Vamos, Nasirah, sabes que no puedo salir de aquí. No hay discusión posible. He tomado el papel de Líder porque ninguna otra hembra hubiera podido, y tanto tú como yo le prometimos llegar hasta el final*».

—«*Tú eres una natural y deberías estar con los tuyos*».

—«*Líder me pasó una gran responsabilidad, y lo hizo aun sabiendo que por ello tendríamos que morir ambas. Ahora soy la madre de todas estas hembras, y he cedido mi puesto en la familia a mi hija, todo irá bien*».

Los helicópteros estaban preparados en sus zonas de lanzamiento.

Mi madre se detuvo a varios metros sobre Freyja.

La natural me sostuvo la mirada, decidida, mientras daba la orden mental a mi madre, que a su vez se comunicó con el resto de aparatos.

Me parecía injusto, pero también comprendía sus motivos. Las demás confiaban en su liderazgo, escapar sería ponerlas sobre aviso.

Una enorme nube de gas se expandió por toda el área, al tiempo que los helicópteros ascendían con premura, sobrevolando la zona infectada a una altura segura.

No fue un espectáculo agradable, ni memorable. No lo fue para ninguno de los que participamos en ello. Un alto precio pagado por unos cuantos en beneficio de muchos.

En las colonias se celebraba y hasta pensé, con tristeza, que tal vez, en el futuro, se dedicaría un día de fiesta a la masacre de génesers. Igual se sacrificaba a alguno de los escuálidos animales de granja para festejarlo.

Aquel día murieron todas las hembras génesers, incluyendo a Freyja, y tal cantidad de machos, que no habría forma de contabilizarlos.

Fue una auténtica carnicería. Sus cuerpos, tendidos inmóviles, me perseguirían en mis pesadillas durante el resto de mi vida.

Mi madre tampoco quiso recrearse en la escena, dio media vuelta y nos llevó de regreso a la colonia Base.

Al día siguiente, se pulverizaría la zona con degradantes que harían desaparecer los cuerpos con rapidez, evitando olores y posibles enfermedades producidas por la descomposición.

Mientras algunos se dedicaban a eso, otros comenzarían el exterminio de machos desperdigados.

Yo renuncié a ello, y conmigo, todos los que participaron en el final de la Alfa. Habíamos visto muerte más que suficiente a nuestro alrededor.

Cazar a los machos supervivientes ya no dependía de la habilidad y destreza, sino de la cantidad de munición disponible. Cualquiera con algo de puntería que subiera a un helicóptero y se pusiera a disparar, servía.

Grandes extensiones alrededor de las colonias estuvieron libres de peligro en tan solo tres días. Incluso los alrededores de la colonia Base, a pesar de que nuestra reserva de munición escaseaba.

Uno de los efectos de aquella euforia, fue la falta de generosidad para compartir la munición. Cada colonia estaba deseosa de agotar su producción diaria en sus propias limpiezas.

Nahuel y yo empezamos a dar largos paseos en cualquier momento del día. Era estimulante pisar sobre la tierra que no habían hollado los hombres desde hacía tantos siglos.

Íbamos armados porque no se podía bajar la guardia, y solíamos quedarnos por los alrededores del lago. Ante un ataque de varios machos, hubiésemos podido nadar. Caminar fuera de las colonias era muy agradable, la vida bullía en cada arbusto, en las sombras de los árboles, en las rocas, mucha más de lo que imaginábamos poco tiempo antes.

Por fin tuvimos tiempo de hablar, en especial del futuro. Los dos soñábamos con irnos lejos, y formar parte de la vida que se abría paso sin el temor a los sangrientos depredadores.

Animales de muchas especies comenzaban a salir con menos temor. Ya no eran presas fáciles cada vez que asomaban de sus escondites y, a medida que transcurrían los días, el retorno a la rutina de cazar, o comer hierba o frutos, se iba generalizando.

La vida de todos ellos cambió mucho más rápido que la nuestra, los humanos todavía nos escondíamos tras los muros.

Vanur y Mirian querían volver a la Cuatro, después de realizar una breve parada en la Isla de los Cazadores, para despedirse por un tiempo de la familia de naturales y, sobre todo, de nuestros machos. Alvia también quería regresar a su casa, aunque los acompañaría en la visita.

Los recursos de energía comenzaban a escasear, y la colonia Base era la única que no tenía capacidad de reponerlos. Como es lógico, solventado el problema general, nadie iba a proporcionarnos apoyo alguno.

—¿Por qué no vamos juntos? —propuse, a mi vez.

—¿Vais a regresar a la Tres? —me pregunto Vanur.

—De momento, no —contestó Nahuel por los dos—. Creo que nos quedaremos una temporada por aquí.

—Cuando las cosas se calmen y haya menos peligro, pensamos hacer una excursión a pie —completé yo, cogiéndole la mano—. Tal vez busquemos un sitio en el que vivir, sin murallas alrededor, y sin edificios que se caigan a pedazos.

—Una colonia propia —asintió Mirian.

—No, no es esa la idea. Un sitio donde vivir, construido por nosotros, comiendo de lo que nos de la tierra…, ya sabes, una aventura. Es posible que nos muramos de hambre, a menos que aprendamos a comer carne —me encogí de hombros.

Nahuel me guiñó el ojo sonriente, dándome ánimos.

—Y sin comunicaciones —añadió.

Vanur nos miró interrogante.

—La están fastidiando mucho, quieren que entre en el Consejo General, y no aceptan un no por respuesta —gruñó mi madre—. Deberían contentarse con tener la plaga de génesers controlada, pero no les basta, necesitan un símbolo.

—No te alteres, Jade —intervino Mark—. ¿Qué os parece si nos vamos todos a la isla a ver a los naturales?

—Por mí, está bien —dijo mi madre—. Parece que nos van a racionar el uso de células energéticas, y es posible que no podamos volver en un tiempo.

Laron se había disgregado de nuestro grupo desde que volvimos de matar a la Alfa. Se ocupó de preparar al equipo de la colonia Uno que terminaría con los restos de génesers dispersos, y cuando aquello estuvo listo, se movió por otras colonias, organizando los consejos.

Luego, se esfumó. No pudimos localizarlo, no contestaba a nuestras llamadas, ni volvió a ponerse en contacto con nosotros.

Le pregunté a Mirian, que era la última que había hablado con él.

—No sé…, estaba muy raro, triste y agresivo, a ratos alternos. Creo que había perdido el rumbo de su vida. Ya no era político, ni era cazador, ni era hijo de alguien importante, ni tenía a la pareja que

quería. Se sentía solo, pero tampoco se dejaba acompañar. Lo intenté, aunque sus sentimientos eran los que eran, ya lo sabes.

—Nunca hubo nada entre nosotros, y se lo dejé bastante claro en varias ocasiones.

—Ya, pero la voluntad no siempre gana la batalla contra los sentimientos. —Puso una mano tranquilizadora sobre la mía—. Tarde o temprano volverá, ya verás.

—Eso espero porque lo aprecio, aunque a veces he sido dura con él.

Las dos cosas eran ciertas.

Nunca le di las gracias directamente, por temor a que lo malinterpretase, pero lo echaba de menos. Los echaría de menos a todos, habíamos formado un buen equipo, una buena familia.

Los planes que Nahuel y yo habíamos esbozado, eran más una manera de huir de las colonias y lo que representaban, que otra cosa.

Lo cierto es que Mirian tenía razón: ojalá pudiésemos levantar nuestra propia colonia sin muros, en la que vivir con todas aquellas personas tan afines, con las que compartíamos mucho más de lo que nadie en las colonias imaginaba.

55. Revelaciones de Bruor

Lo que tenía que contarle a Bruor no era novedad, había estado en la mente de su madre mientras ocurría. No pude evitar compararnos en eso, las muertes de Líder y Freyja me afectaban más, me parecía injusto que no pudieran disfrutar del mundo que habían logrado salvar para todos.

—«*No te lamentes, ella no lo hizo. Dejó una familia sana, y se aseguró de que estuviésemos a salvo*».

—«*Esta situación no se sostendrá por mucho tiempo*» —le confesé algo que ella ya sabía, porque lo venía leyendo en mi mente desde que nos conocimos—. «*No creo que podáis fiaros de mi raza. En cuanto hayan eliminado por completo a los machos, veremos si no se vuelven contra vosotros*».

—«*Eso es algo que ya está previsto. Mi madre era precavida, y me recomendó los pasos a seguir en un futuro cercano. Hacia el Este hay una tierra extensa y salvaje, despoblada de humanos. Los animales viven a sus anchas en montañas, ríos, valles…, un mundo de posibilidades para nosotros*».

—«*No sé cuánto habrá cambiado la configuración del mundo tal como se conocía antes de la llegada de la madre, y ya que sois buenos nadadores, podíais cambiar a otro continente, por el Norte*».

—«*Estamos más seguros en este*».

—«*¿Por qué? Asia, Europa y África eran grandes continentes, y estaríais alejados de los humanos*».

—«*¿Crees que sois los únicos supervivientes?*»

Que a estas alturas algo pudiera sorprenderme, me parecía poco menos que imposible.

—«*Nunca pudimos ponernos en contacto con otros*» —le dije.

—«*Esas tierras se vieron afectadas, a su vez, por nuestra llegada. Muchas hembras y machos pasaron por el estrecho que he visto en tu mente, otros fueron apresados y llevados a distintos continentes, a sitios en los que se enjaulaba a los animales para disfrute de vuestra raza. Pero la nuestra, aun modificada, es inteligente. Se escapó de esos lugares, zoos veo que los llamas, se multiplicaron, y arrasaron lo que encontraron a su paso.*

Ahora, el mundo está poblado por génesers modificados, asediando núcleos humanos de supervivientes. Aquí, la madre os preservó por diversión, los otros sobreviven en condiciones más precarias, resistiendo».

—*«Esas hembras deberían haber acudido a la llamada de tu madre».*

—*«No, quedaron libradas a su suerte, pariendo machos que lo arrasaban todo. Quedan pocas de ellas, pero un número enorme de sus hijos. En muchos sitios se han extinguido, o están en vías de hacerlo, al igual que en el resto de este continente, porque la madre solo quería manejar a los que estuviesen a su alrededor, los que la protegían. Ya había conseguido arrasar el planeta, los humanos dejaron de ser una amenaza, y no deseaba que los suyos lo fueran. Ella misma se encargó de que las hembras que ya no eran útiles, las que estaban en zonas donde no quedaban humanos, desapareciesen, lo mismo que los grandes grupos de machos».*

—*«Entonces, ¿el resto del continente es seguro?»* —le pregunté, esperanzada.

—«*Bastante. Los machos no forman manadas, los supervivientes se agrupan en parejas, o se mueven en solitario, no constituyen una amenaza».*

—*«¿Por qué la madre se deshizo de ellos? ¿Qué más le daba si estaban lejos y no resultaban amenazadores para ella?»*

—*«Depende de lo que consideres una amenaza. Lo es el que diezmen las zonas de caza y todos los animales se extingan, sin carne fresca no podemos sobrevivir. Una tierra exhausta solo puede conducir a lo que pasó en nuestro planeta»*. —Me respondía con una gran paciencia, que parecía un rasgo predominante entre los naturales.

—«*¿Quedan muchos humanos? ¿Sabes dónde están?»*

—*«No podéis hacer nada. Se encuentran demasiado lejos, ni siquiera vuestros aparatos voladores conseguirían llegar hasta sus asentamientos. Y ellos no tienen la tecnología que la madre os permitió conservar. Están abocados a la extinción*».

Los demás habían seguido nuestra conversación en silencio, probablemente tan impresionados como yo con la noticia.

Nos creíamos superiores con toda nuestra tecnología y, sin embargo, los génesers y los naturales nos demostraban constantemente nuestras limitaciones.

Bruor leyó lo que pensaba y sus ojos dorados emitieron una chispa de diversión.

—«*Aprenderéis, ya habéis aprendido mucho y rápidamente. Poder comunicarnos como lo hacemos, supone una gran ventaja, y vosotros estáis empezando*».

Asentí, era cierto que, aunque entre nosotros seguíamos comunicándonos verbalmente, cada vez nos resultaba más fácil hacerlo con la mente, y a veces nos salía de manera espontánea.

—*«¿Y si hubiese una forma de traerlos a nuestras colonias?»* —pregunté, indecisa. El tema de los supervivientes no se me olvidaba.

Nahuel me puso la mano en el hombro, pidiéndome calma. El que la Alfa fuese historia, no nos proporcionaría un salvoconducto que nos abriese camino a través de los miles, o millones, de génesers, que podían quedar entre nosotros y los supervivientes. Ella se había librado de los del continente por necesidad, pero no sabíamos lo que podía haber en otros. Las hembras lejanas habían sido expulsadas de la mente de enjambre de la madre, así que era imposible conocer su número. Por no hablar de la dificultad de volver con una gente que igual no quería acompañarnos.

—*«¿Y si encontramos la forma de llegar hasta ellos?»* —insistí.

—«*Es posible que puedas llegar hasta ellos*» —continuó Bruor—. «*Todavía pueden oler en ti a la madre, pero, ¿cómo ibas a traerlos? Tal vez hubiese sido mejor que siguieras desconociendo esto…»*

—Nasirah —intervino mi madre—, las colonias tampoco van a estar de acuerdo, aunque pudiéramos solucionar el traslado. Lo que quieren es terminar con la amenaza inmediata, no van a ofrecerse a limpiar el resto del mundo, lo sabes.

—Lo sé —murmuré—. Y también sé que no estaremos a salvo del todo hasta que los génesers hayan desaparecido. ¿Cuánto queda para eso?, ¿cien, doscientos años? ¿Y si en ese intervalo nos expandimos a zonas desprotegidas, y encuentran la forma de volver? Sabemos que los que controlaba la madre no eran capaces de nadar diez metros, lo que no necesariamente es aplicable a los que están por ahí. ¿Habrán desarrollado otro tipo de habilidades?

—¿Crees que eso es posible, Bruor? —intervino Mark, preocupado.

—*«No sé decirlo con certeza. Nuestros genes nos hacen capaces de adaptarnos al medio con facilidad. Nuestra raza siempre ha sido buena nadadora, el que los de aquí no lo fueran es porque, tal vez, no lo necesitaran».*

—Entonces es una amenaza posible… —concluyó Mirian, también preocupada.

—*«Cuando la madre envió a aquellas hembras a través del estrecho canal que separa este continente de otro, las adaptó para que pudiesen atravesarlo a nado. Los hijos de estas pueden haber heredado esa facultad, pero es una incógnita, no se sabe de ningún grupo que haya vuelto».*

—Nadie asegura que no pueda ocurrir en un futuro —asintió Nahuel.

—Insisto en que en las colonias nadie va a querer dar crédito a eso —repitió mi madre.

—Tampoco podemos ocultárselo, Jade —le respondió Mark—. Es una amenaza que siempre va a estar sobre nuestras cabezas.

—Ahora nos haría falta Laron —intervino Vanur.

—Sí, pero no está —le contestó mi madre—. Debemos ser nosotros quienes pongamos sobre aviso a las colonias.

Aquella noche nos quedamos en la isla.

Yo tuve un rato más de charla con Bruor. Una conversación privada.

—*«Ya sé lo que quieres preguntarme, puedo leer la inquietud que te embarga» —me dijo.*

—*«¿Y qué crees?»*

—*«Es cierto que todos pensamos que, a la muerte de la Alfa, como la llamas, toda su esencia se extinguiría con ella. No contamos con que la de tu interior está tan inextricablemente unida al resto de lo que eres, que no desapareció. Tampoco la mínima parte que alberga tu cazador, que le pasaste al envenenarse de la madre, a través de ti».*

—*«¿Es por esa parte que sentí tanto la desaparición de los génesers?»*

—*«Quizá, aunque no puedo asegurarlo. Yo te percibo como humana, y también como hermana, por esa parte adquirida. Tienes que desechar el*

temor de ser peor que el resto de los humanos por ello. Al contrario, siempre serás más rápida, fuerte y perceptiva que los demás, diría que supone una ventaja sobre tus congéneres».

—*«Fue ingenuo creer que era rápida y fuerte por mi entrenamiento».*

—*«La esencia de la madre ayudó, pero no subestimes tus esfuerzos, hicieron de ti lo que hoy eres».*

—*«¿Serán…?»* —temía demasiado la pregunta que no pude formular, me daba más miedo la respuesta.

—«*¿Heredadas por tu descendencia?»* —completó Bruor—. «*No lo sé, nadie puede asegurarlo, ni lo contrario…, en todo caso, eso solo les proporcionará ventajas. Creo que, si te apareas con el cazador, que también tiene un poco de la madre, es muy posible que vuestros hijos las hereden».*

—*«Preferiría que no ocurriera, que la Alfa quede atrás como una larga pesadilla».*

—*«Esa esencia es solo tuya, irá contigo hasta el final de tu vida. No desperdicies lo bueno que puede proporcionar a tus descendientes, darías inicio a una nueva raza».*

—*«Eso me da mucho miedo»* —le confesé.

—«*Todo lo nuevo da miedo, y no tiene por qué ser malo, solo es distinto».*

—*«¿Te da miedo conducir a los tuyos tierra adentro?»*

—*«Ninguno, estoy deseando comenzar nuestra aventura»*.

No mentía, tenía solo pensamientos positivos al respecto, así que la dejé con ellos y me dispuse a dormir junto a mi cazador.

—¿Cuándo nos vamos? —me preguntó Nahuel al tenderme a su lado.

56. Cuestión de fe

Ninguna colonia quiso escuchar lo que teníamos que decir y, aun esperándolo, resultaba igual de frustrante. Cada uno miraba su barriga, sin contar con los demás. Una actitud muy inquietante, que me inclinaba a tener menos confianza en nuestra raza.

Incluso Alvia, al principio remisa, se apuntó a los planes que fuimos desarrollando, y que concluyeron dos meses después.

Los preparativos duraron más de lo previsto, ¡menos mal que Mark resultó un buen estratega, y lo organizó mucho mejor de lo que yo lo hubiera hecho en años!

Nuestra salida iba a coincidir con la de los naturales hacia el continente. Nos ofrecimos a llevarlos, pero Bruor fue categórica: todos los suyos irían a nado. Sería una buena lección para los más pequeños, y un ejercicio estupendo para los mayores.

Sin embargo, Hades y los Dioscuros, no tan duchos en el agua, vendrían con nosotros hasta el continente.

El día antes de la partida apareció Laron. Ataviado sin pudor con su traje de cazador, las armas a punto y una mirada decidida.

—Voy con vosotros, si me aceptáis.

Deseé darle un abrazo, cosa que no hice por temor a alentar aquello que no quería, así que me contenté con sonreírle, mientras los demás le daban la bienvenida estrechándole la mano o abrazándolo. Nadie le echó en cara que hubiera desaparecido tanto tiempo sin dar señales de vida.

—¿Cómo has sabido que nos vamos? —le preguntó Nahuel, dándole una palmada en la espalda.

No disimulaba su alegría de tenerlo entre nosotros, y es que nuestra pequeña familia no hubiera sido la misma de faltar el ex consejero.

—Os he observado. En la colonia Uno tengo un gran alijo de armas, munición, comida y ropa de abrigo. Todo lo que habéis estado recogiendo y llevando a la Base.

—Esta noche vamos todos a la Isla de los Cazadores, mañana

comenzamos la ofensiva a nuestra manera —le dijo Vanur.

—¿Desafiando a las colonias?

—Pasando por encima de ellas, más bien —repuse yo—. Ya te pondremos al día de camino, nos tenemos que ir ya.

Mi madre pilotaba el helicóptero de carga, mientras nos acomodábamos para el largo viaje hasta la isla, y poníamos en antecedentes a Laron de nuestros planes.

Del resultado de mi conversación con la natural, me enteré de muchas otras cosas que nos iban a facilitar la incursión en territorio infestado de génesers. Después de las limpiezas, quedaban trece machos jóvenes, hijos de Líder, que atendieron su llamada. Todos acudieron al sur de la colonia Cinco, varios días más tarde.

Bruor los unió a nuestra familia, que crecía por momentos, y les ordenó ponerse bajo mi tutela.

Nadie podía haber imaginado una familia tan delirante como la nuestra: génesers, humanos y naturales compartiendo camino en la vida.

En las colonias no lo hubieran aceptado, ni perdonado. Y no podía culparlos totalmente, ninguno de ellos había vivido lo que nosotros.

En el fondo, me daban un poco de lástima porque se aferraban, con todas sus fuerzas, a un mundo que ya no existía.

Bruor nos advirtió que, aunque formáramos parte de una familia de génesers y la agresividad de otros machos hacia nosotros se vería reducida, no estábamos fuera de peligro.

Atravesar territorios desconocidos, plagados de machos hostiles, pondría a prueba nuestro temple y el de nuestras monturas. Nahuel y yo seríamos mucho más inmunes, por conservar parte de la madre, lo que no nos libraría de un ataque, llegado el momento. La clave sería no adentrarse demasiado entre grupos grandes.

Bruor les dio orden a los machos que nos acompañarían, instrucciones más complejas de las que solían recibir. Ella sería su Alfa, yo, su hembra. Los humanos que componían la familia tenían que ser respetados como iguales, incluso protegidos.

Hades se erigió en jefe de todos ellos de forma natural, a pesar de no ser el más grande ni el más fuerte. Quizá se regían por otros parámetros que se me escapaban, pero me sentía tan unida a él que no me importaba, siempre que siguiera conmigo.

Mostró a los otros machos la forma de ser útiles, no solo en el combate, si llegaba el momento. Les enseñamos cómo debían comportarse para que los miembros más débiles de la familia estuvieran a salvo sobre sus grupas. Y todos, incluida mi madre, subieron a los machos que habían sentido afinidad hacia ellos.

Laron montó sobre un macho enorme con gran estoicismo, Kayla lo hizo en otro más grande aún, que la adoptó en cuanto se encontraron. Tampoco mostró ni pizca de miedo, y la corriente entre los dos fue instantánea, de manera que salieron en una cabalgada desenfrenada, con la cazadora riendo alegremente por la experiencia.

Nada tenía que ver esa Kayla con la que conocí en la colonia Tres. Su espantoso encuentro con la Alfa la transformó por completo. Estaba más deseosa de salir que Nahuel y yo, y era mucho decir. Se había recuperado totalmente, y se movía mejor que antes, sin perder ni una pizca de la agilidad y rapidez que la habían convertido en una cazadora excepcional.

Ella sí que era una conversa total. Al lado de los naturales se recuperó con tanta rapidez, que los médicos de las colonias pensaron que era, poco menos, que sobrehumana.

Ya no me odiaba, lo que dificultaba nuestra relación es que siguiera enamorada de Nahuel, algo que, esperaba, pasara con el tiempo, porque me gustaba que formara parte de aquello. Era valiente y quería dejarlo todo atrás. No me hizo falta leérselo en la mente, podía ver su entusiasmo y su cambio de actitud.

Se dieron momentos divertidos, como cuando Alvia, que no las tenía todas consigo, se asustó ante el lazo mental creado con su montura. En vez de instarlo a avanzar, se vio saltando sobre un animal salvaje, y el géneser hizo lo que vio en su mente. La piloto rebotó una y otra vez en el lomo del macho, con el pánico desbordando sus ojos, hasta que Pólux se acercó y les enseñó a ambos la forma de hacerlo correctamente.

Todos pensamos que la piloto no volvería a montar, y nos sorprendió pidiendo que otro llevara el helicóptero de apoyo, ella quería acompañarnos cabalgando a su géneser.

La colonia Base se vació casi por completo después de matar a la Alfa, tan solo quedaron los tres cazadores de Vanur, dos más del grupo de Nahuel, un amigo de Antu y mi instructor de tiro de la colonia Tres, que también decidió acompañarnos.

Un total de dieciséis personas, que nos moveríamos hacia tierra desconocida.

Y aquella noche todos nos reuniríamos en la isla.

Bruor le dio la bienvenida a Laron a la familia, era necesario si nos iba a acompañar. Los cazadores de Vanur y Nahuel y el resto, fueron debidamente presentados, a su vez.

Aquello era novedoso, y tendrían que adaptarse a marchas forzadas, porque no había tiempo de dar largas explicaciones.

Y además debía hacerse algo más. Los no cazadores tendrían que completar la iniciación.

—Mirian ha conseguido trajes de cazador para los que no tenían. Yo he traído esto. —Nahuel les enseñó el aparato con el que tatuaban a fuego a los cazadores—. Sin tatuaje, dependéis de que los demás os transporten, en caso de peligro.

A Mark le brillaban los ojos de entusiasmo. Aquella propuesta le encantaba, al contrario que a Alvia y a mi madre, que miraban desconfiadas el artilugio.

—Sabéis que duele, y no os podéis hacer a la idea de cuánto —continuó Nahuel—. No os obligaría, de no estar seguro que puede salvar vuestra vida, o la de los que tengáis cerca, en un momento dado. Bruor os ayudará a seguir conscientes, no tenemos tiempo, ni recursos, para insertarlo en un quirófano.

Mark se ofreció a ser el primero. Mi madre se llevó la mano a la boca cuando el olor a piel quemada invadió el aire, aunque el piloto no flaqueó. Alvia y ella se prestaron a regañadientes, completando el rito, a sabiendas de lo útil que podía ser contar con el teletrasporte.

Era probable que se tratara del último rito de cazadores, ahora que ya no eran necesarios.

—Debéis practicar el teletransporte, cuanto más, mejor. Nasirah será la jefa de cazadores, y dejará el canal abierto —dijo Nahuel.

—No, no pienso ser jefe de cazadores y de la manada. Vanur tiene más experiencia y además ya es el jefe de nuestro grupo, voto por que siga siéndolo, si os parece —dije risueña.

Nadie puso objeciones. Era cierto que Vanur tenía más experiencia como cazador y, además, había dado muestras de sangre fría y sensatez. Nahuel estuvo de acuerdo, creo que le pasaba lo mismo que a mí, deseábamos salir, y preferíamos dejar que los otros planificaran, realizando el trabajo pesado para matar la ansiedad.

A la mañana siguiente volaríamos hacia el continente, donde nos esperaban los génesers de la Líder, con Hades y los dioscuros, que fueron previamente trasladados, al carecer de la capacidad de nadar.

Nos quedaríamos Alvia, Vanur, Laron, Nahuel, dos cazadores y yo, que subiríamos a lomos de los génesers pegados a la costa, dirigiendo a los demás, y evitando el peligro de los limpiadores de las colonias.

El resto, volarían a la colonia Uno a por los suministros de Laron y continuarían hacia la Base para preparar el viaje.

Bruor iría tanteando en las mentes lejanas de los génesers, buscando a las hembras, indagando acerca de sus posiciones, con el fin de indicarnos las zonas más seguras por donde movernos. Resultaría un trabajo arduo que podía no tener resultados, pero cualquier pista que nos condujera a los asentamientos humanos que seguían en pie, sería bienvenida.

Hasta llegar al estrecho, no deberíamos encontrar problemas, pasarlo ya resultaría todo un reto.

El asunto más preocupante era trasladar a los génesers al otro lado del estrecho. Sería una operación delicada de la que se encargarían los dos helicópteros de carga, que nos pasarían a todos. Luego, uno se quedaría en aquella parte del continente, por si había un regreso.

El helicóptero pequeño, pilotado por Alvia, nos serviría de guía y sería nuestros ojos, previniendo que nos metiésemos en terrenos frecuentados por demasiados génesers.

No sé cómo se las arregló mi madre, pero consiguió una buena cantidad de células de energía. Las colonias quedarían desabastecidas en breve, aunque, teniendo en cuenta que apenas quedaban génesers, el asunto no resultaría muy grave.

El otro helicóptero de carga quedaría a resguardo en algún lugar, lo más seguro posible, una vez hubiésemos avanzado dentro del antiguo territorio de Asia, fiándonos de los mapas antiguos y de la información disponible antes de los génesers.

De todas formas, no sabíamos si iba a haber una vuelta, ni siquiera estábamos seguros de encontrar lugares habitados por humanos, ni de sobrevivir a los elementos y los animales.

Teníamos fe, pocos recursos y muchos enemigos.

Pero también amigos entusiastas, que no darían media vuelta a la primera dificultad, estaba segura.

Y Nahuel y yo nos teníamos el uno al otro, además de aquello con lo que siempre soñamos: un mundo por explorar.

Fin

¿Me ayudas con una reseña?

Si la novela te ha gustado, te agradecería que escribieras una breve reseña en Amazon. No te llevará más de dos minutos y ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias!

Agradecimientos, ¡y muchos!

En primer lugar, debo agradecer su confianza a las personas que leyeron la novela en una plataforma gratuita muy conocida, y me dieron ánimos para continuar. No puedo nombrarlos a todos porque me dejaría a alguno y sería una tremenda falta de respeto.

Debo destacar, sin embargo, a Saray, gran escritora, que me hizo el impagable favor de escribir el prólogo de la presente novela.

A mis hijos, Aisha y Pepe, de los que cada día aprendo, aunque ellos no lo sepan.

Y, por último, al que me ha acompañado mientras escribía cada una de las palabras de mis novelas: Sawyer, el gato de la familia. No es cariñoso y no soy su favorita, pero siempre se echa a dormir cerca de donde estoy escribiendo. El resto del tiempo lo dedica al parkour extremo y a pedir chuches de gato.

Acerca del autor

MariaL Pardos



Aragonesa de nacimiento y de corazón, lleva más de media vida fuera de su tierra, pero siempre la echa de menos. Ávida lectora de cualquier género, desde que tiene memoria, un día probó a poner por escrito sus "películas mentales", dando a luz varias novelas de acción con trasfondo romántico, que han cosechado muy buenas críticas entre sus lectores.

Table of Contents

Géneses